

# El tiempo o la muerte: realidades o artificios de la imaginación

Antología crítico-pedagógica  
del cuento fantástico español del XIX



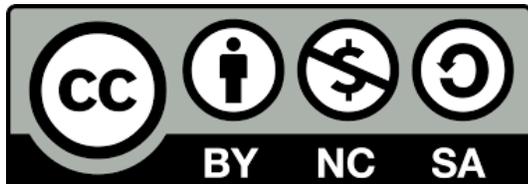
GRUPO DE MAESTRÍA – Lehman College 2022

*El tiempo y la muerte: realidades o artificios de la imaginación* © 2023  
Gracias a Nidia Reyes Salomón por brindarle título a esta antología

Juan Jesús Payán, coord.

Los derechos de los textos pertenecen lógicamente a los autores del XIX. Los derechos introducción, edición y preguntas corresponden a sus editores, así que cítese al editor correspondiente cuando se cite la fuente.

Los editores del volumen, por orden alfabético, fueron los siguientes: José Abreu Castaño, Paula Castro, Liliana Contreras, Leonela Francisco Cruz, Angelin Hernández, Markela Khosrowshahi, Alfonso del Orbe, Juan Jesús Payán, Luis E. Pérez, Ana Ramírez Rosario, Nidia Reyes Salomón y Mauren Urbáez.



Attribution - Non Commercial - Share Alike

Imagen de portada:

Philippe de Champaigne, *Vanitas* (c. 1671), Musée de Tesée. Dominio público.

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:StillLifeWithASkull.jpg>

## Índice

Prólogo de JUAN JESÚS PAYÁN	5
PRIMERA PARTE: El espejismo del tiempo	11
Precedentes fundacionales	
Don Juan Manuel, <i>Enxiemplo</i> XI. “El deán de Santiago”	12
Editor: JUAN JESÚS PAYÁN	
Textos del XIX	
José María Blanco White, “El sultán de Egipto. Cuento turco imitado en español”.	19
Editora: NIDIA REYES SALOMÓN	
Jorge Montgomery, “El serrano de las Alpujarras”	30
Editora: LILIANA CONTRERAS	
Juan Valera, “El pescadorcito Urashima”	40
Editora: MARKELA KHOSROWSHAHI	
Gustavo Adolfo Bécquer, “Creed en Dios”	46
Editora: LEONELA FRANCISCO CRUZ	
SEGUNDA PARTE: El sueño de la vida	59
Precedentes fundacionales	
Cristóbal Lozano, “El estudiante Lisardo”	61
Editora: ANGELIN HERNÁNDEZ	
Textos del XIX	
Luis García de Luna, “Don Miguel Mañara”	68
Editor: JOSÉ GABRIEL ABREU CASTAÑO	
Emilia Pardo Bazán, “La borgoñona”	81
Editor: LUIS E. PÉREZ	
Pedro Antonio de Alarcón, “El amigo de la Muerte”	94
Editoras: PAULA CASTRO Y ANA RAMÍREZ ROSARIO	

Leopoldo Alas (“Clarín), “Mi entierro”	156
Editor: ALFONSO DEL ORBE	
Transición hacia el siglo XX:	
Miguel de Unamuno, “Del que se enterró”	169
Editora: MAUREN URBÁEZ	
Contribuidores del volumen	179

# PRÓLOGO

## Cuestión de tiempo: el siglo XIX frente a las fábulas temporales

De entre las realidades más elusivas de nuestro mundo ontológico, quizá la más notable y profunda sea el tiempo. Si bien a nadie se le ocurriría cuestionar la existencia insoslayable de un antes y un después de la sarta de instantes en que transcurre nuestra vivencia humana, el tiempo se presta, como pocas entidades, a su cuestionamiento como ilusión, espejismo de conciencia o sueño. Su falta de materialidad ha empujado a la especie humana a fabular sobre otras perspectivas del devenir diacrónico. ¿Qué otras formas de durar son posibles en el reino de la imaginación? Esta antología es, a su modo, un tributo a las consideraciones inherentemente metafísicas que discurren a través del género fantástico en relación a la vida y a su devenir temporal.

Recientemente, David Roas ha ahondado en el que ha sido un tema frecuentemente dejado a un lado en su excelente indagación pionera: *Cronologías alteradas*, publicada en 2022. El investigador nos invita a preguntarnos de qué manera trata el tiempo la ficción fantástica. Para empezar, y no sin motivo, Roas lamenta el modo en que los cuestionamientos temporales se han visto pospuestos en los estudios de campo, bien como resultado de un enfoque prioritario sobre el espacio, bien como aspecto casi marginal de las formulaciones que unifican ambas categorías bajo el membrete del espaciotiempo (15).

Según Roas, los estudios sobre el tiempo fantástico tienen desarrollo en el momento en el que, desde el punto de vista sociocultural, ciencia y artes comienzan a explorar nociones sobre relatividad, secuencialidad y perspectivismo. Roas se siente compelido a considerar que la fabulación temporal supone fundamentalmente una contribución del siglo XX. Pese a anotar casos puntuales sobre el tratamiento del tiempo ya en el siglo XIX, tiende a considerar su presencia en el corpus decimonónico como incidencias puntuales más que constantes. Aun cuando no le falta razón a Roas en su veredicto, estimo que el eje temporal tiene en realidad más peso de lo que se podría pensar en el XIX a simple vista. En este contexto, nuestra antología viene a mostrar que, si bien el período decimonónico no invierte con el mismo empeño en las fabulaciones sobre el tiempo, este eje temático no deja de ser una obsesión que recorre buena parte de la ficción sobrenatural de este periodo: sea a partir de saltos en el tiempo y expresión de diferentes temporalidad, sea como vehículo para un énfasis cristino en la impermanencia de la vida y de lo material.

Debe estimarse que la consolidación del tiempo como entidad también instrumentalizable por el ser humano se vincula al contexto occidental ilustrado, que trata el eje diacrónico como herramienta o espacio de cultivo de las ideologías de progreso y de modernidad. Desde este impulso de sistematización, se genera una forma de historizar con ambiciones de objetividad científica (cada vez más basada en pruebas empíricas y menos en la inercia del criterio de autoridad bíblica o grecolatina), así como formas de control como husos, calendarios, relojes, periodizaciones, todos ellos encaminados a ejercer un control sobre la materia fluvial y elusiva del tiempo. Desde el momento en que el tiempo se hace monetizable, su explotación se hace igualmente necesario en los compases que preludian el nacimiento oficial de la revolución industrial y el sustrato económico del capitalismo. Difícilmente puede esperarse del espíritu de modernidad, que afianzaba una ficción material del tiempo, un cuestionamiento de sus mismas lógicas de linealidad y de progreso.

Sin embargo, cabría objetar que en otros espacios culturales, la entidad diacrónica ya se antojaba como una experiencia harto problemática. Por vía de la literatura fantástico-maravillosa (aquí en sentido amplio), sobre todo en oriente, no era raro ahondar en prefiguraciones del relativismo. Así, por ejemplo, el célebre cuento de Iroshima Tarō, popularizado por Lafcadio Hearn,<sup>1</sup> ya se movía en un territorio de tiempos con distintas temporalidades: frente al tiempo lento que se desarrolla en el palacio del dragón donde vive la princesa, el tiempo en el mundo de la superficie transcurre a un ritmo vertiginoso. Es esta fractura del tiempo uniforme lo que condena al protagonista a la tragedia, pues al intentar reinsertarse en el mundo humano, los siglos transcurridos terminan por consumir su cuerpo. Ejemplos como el cuento japonés, demuestran que la preocupación por el tiempo no es algo realmente nuevo. Es más, cabe hipotetizar que la prisión de modernidad del tiempo está en la matriz incuestionable de la flecha unidireccional del tiempo y su consideración como entidad estable y constante.

Roas apunta tres formas en las que el tiempo se adentra en la ficción fantástica del XIX: aquella que surge como salto hacia el futuro o hacia el pasado en el contexto del sueño del protagonista; aquellas que ahondan semánticamente en la irrupción del pasado en el presente (por ejemplo un fantasma); y finalmente aquellas que tratan una alteración imposible de las coordenadas temporales y que el investigador vincula a la herencia de Edgar Allan Poe (15).

Por supuesto, el examen que aporta Roas se limita a tratamientos propiamente fantásticos. Si del territorio de este género en concreto, pasamos a unas consideraciones más generales sobre el XIX, cabría apuntar que el período decimonónico manifiesta otros acercamientos añadidos al tema: sea desde la novela histórica o desde proyectos de historización del presente inmediato en los proyectos comprensivos de la *comedia humana* de Honoré de Balzac o los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós. Sea desde el Romanticismo o el Realismo, lo que domina es una mirada hacia el pasado, sea de nostalgia o con pretensiones de cronista histórico.

El viaje en el tiempo semeja, como tropo, un gesto innecesario en un siglo que viajaba en el tiempo de manera constante sin otra ayuda que el de la imaginación artística. Puesto que para el romántico, el problema es el presente, viajará al pasado. Puesto que para el escritor realista la preocupación es el presente, solo viajará hacia el pasado para comprender su propio tiempo. Ambas consideraciones, que deben tomarse como necesarias generalizaciones pragmáticas, ofrecían un campo poco propicio para cuestionar la constancia y linealidad del tiempo.

Ahora bien, cabría añadir una faceta más al diagrama que, con agudeza, dibuja David Roas en su tipología del tiempo fantástico en el XIX. Desde espacios ajenos a la hegemonía, molestaba la conceptualización moderna, constructiva y de progreso. Esta rebeldía contra el vitalismo que ostentaban las literaturas de modernidad (francesa y británica, fundamentalmente), hará que en espacios como España se busque el desmantelamiento del tiempo desde una priorización del más allá. Con un pie en la religión y con otro la “recalcitrancia” identitaria (Delgado et al.), la literatura española del período imbricará tiempo e ilusión.

La forma más española de un cuestionamiento del tiempo, por tanto, en el contexto documental que me ha sido posible consultar, viene a surgir fundamentalmente como herencia de la *vanitas* barroca. La temporalidad científica de la modernidad cuyo desmantelamiento rastrea Roas probablemente no

---

<sup>1</sup> Para una versión española del cuento remito al cuento “El pescadorcito Urashima” de Juan Valera, editado en este mismo volumen por Markela Khosrowshahi.

encuentre el mismo predicamento en el mundo hispánico que otras literaturas hegemónicas, habida cuenta de la posición reactiva que en buena medida viene a caracterizar espacios, ahora periféricos, frente a una visión del tiempo que estiman ya tan invasiva como su marco de modernidad.

En su lugar, la alternativa radica en un distanciamiento metafísico que pagaba tributo a la tradición propia del barroco (Calderón de la Barca, Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo, Cristóbal Lozano) y se afincaba en la muerte como bofetada al inmanentismo materialista de países como Francia. Pedro Antonio de Alarcón hace particularmente ostensible la conexión entre este distanciamiento y el sentimiento antigalicista del período. Al recordar los años de ocupación francesa en la península, el escritor señala: “[Los franceses n]os regalaron, sí, puentes y caminos, academias y museos; pero nuestras artes, nuestras letras, nuestra particular filosofía, desaparecieron para siempre, y la intriga sustituyó a la fuerza, y la comodidad material al [sic] inefable, y lo temporal a lo eterno” (“España y los franceses”, 138). De este pasaje lo que más me interesa subrayar es su porción final. Alarcón contrapone dos cosmovisiones distintas: una materialista y temporal que se vincula a la herencia francesa y otra volcada a lo inefable y lo eterno que deriva el escritor de lo “propiamente español”.

No ha de extrañar que desde este privilegio de una metafísica católica, los juegos con el tiempo del fantástico español del XIX se orienten bien hacia su desrealidad, como ilusión o espejismo, o se subordinen a una defensa de la vida más allá de la muerte.<sup>2</sup> No es por tanto la idea moderna del tiempo lo que invita exploraciones fantásticas, sino su reemplazo por las temporalidades mucho más difusas del alma y del espíritu. El tratamiento fantástico que echa raíces con la posmodernidad es, por todo ello, lógicamente al tratamiento fantástico del tiempo que deriva de la religiosidad.

El intenso legado religioso permea la historia de España. Así lo evidencian abundantes citas sobre el íntimo vínculo entre la muerte y el ser español de autores como Federico García Lorca o Miguel de Unamuno (vid. Payán 333-334). Con todas las reservas que merece la siempre sesgada autopercepción identitaria y su tendencia al esencialismo simplificador, es razonable pensar que, como forma cosmovisiva central, tuvo que alterar el modo en el que tratamiento de la vida y el tiempo tenían lugar en las artes y la literatura española. Si el materialismo hegemónico se estimada como némesis identitario es lógico que, desde una posición de espiritualidad, también la idea del tiempo se ajustara a una cosmovisión distinta y alternativa.

El ensayo *¡Viva la muerte!* de Rafael y Elena Núñez hacen un rastreo de la omnipresencia cultural de la *vanitas* necrofílica en la cultura de España. Lo hacen con un énfasis, de nuevo, en el siglo XX. Curiosamente, en lo que menos ahonda este trabajo, es en su desarrollo constante durante el siglo XIX. La posposición tanto en el ensayo de Rafael y Elena Núñez como en el estudio de Roas de una exploración del tiempo en la cultural del XIX española me parece una laguna que merece ser subsanada. Sirvan los textos que hemos incluido en esta antología como complementar cuanto considero que faltaba en ambos trabajos.

---

<sup>2</sup> Para un mayor análisis de este punto remito al capítulo 6, titulado “El mundo es sueño: metafísica cristiana o los engaños de la muerte” de mi último libro ( *Los conjuros del asombro* 283-334). En dicho capítulo ejemplifico este vertiente de necrofilia fantástica en tres autores: Fernán Caballero (“La hija del sol”), Pedro Antonio de Alarcón (“El amigo de la Muerte”) y Gaspar Núñez de Arce (“Las aventuras de un muerto”). El texto de Alarcón aparece en este volumen por medio de la cuidadosa edición de Paula Castro y Ana Ramírez Rosario.

## Formas del tiempo y de la muerte en esta antología

En esta antología unifíco, quizá de manera sobradamente laxa, la idea de tiempo y de vida que aparece en los relatos de este volumen. Quizá esta conexión merezca una explicación previa. En el contexto religioso, la vida aparece ideada no solo como ilusión, sino en términos claramente temporales, como duración efímera, contrapuesta a la temporalidad sin límite de lo eterno. Hay, por tanto, un tratamiento explícitamente temporal en la contraposición entre el mundo inmanente y la vida trascendente.

Como discurso, tal oposición entre los órdenes material y espiritual redundaba en diversos tratamientos que desrealizan la idea de tiempo. La centralidad de este concepto en la España del XIX permitía además el rescate desde otras claves (como la fantástica) de una cierta tradición previa. Entre las claves referenciales, no solo tenía peso el drama *La vida es sueño* de Calderón de la Barca (cuyo autor fuera reverenciado gracias al culto romántico y las conmemoraciones de su centenario en 1881). Esta misma idea de la vida como algo soñado, presidía textos que, de manera retroactiva, cabría calificar como prefiguradores de lo fantástico, como el relato XI (“El deán de Santiago”) de *El conde Lucanor* de don Juan Manuel, la leyenda del estudiante Lisardo de Cristóbal Lozano o las que surgieron a partir de la vida de Miguel Mañara y en torno al mito de don Juan Tenorio.<sup>3</sup>

La antología se organiza en dos bloques. La primera parte gira alrededor de dos tratamientos concretos sobre el tiempo. Desde el primero de ellos se exhibe una idea virtual del tiempo. En cuentos como “El sultán de Egipto” de José María Blanco White, traducción más o menos libre sobre el original de François Pétis de la Croix (*Contes turcs* de 1785, pp. 14-36), se continúa con el recurso de una vivencia solo existente en la mente de sus protagonistas. Blanco White, explícitamente, rinde aquí tributo a la tradición que desde oriente (la India, Persia) llegó a la península, y a don Juan Manuel, por medio de los árabes. Hasta la fecha no he podido trazar más textos sobre este tratamiento del tiempo. Lo que, por el contrario, sí aparece, es su reverso semántico. Frente a un tiempo que parece pasar pero que no pasa, los cuentos restantes exploran los saltos inexplicables en el tiempo: “El serrano de las Alpujarras” de Jorge Montgomery, inspirado en “Rip Van Winkle” de Washington Irving,<sup>4</sup> “Creed en Dios” de Gustavo Adolfo Bécquer y “El pescadorcito Urashima” de Juan Valera (traducción de la versión en inglés de W. H. Chamberlain de 1886 sobre la leyenda japonesa de origen).<sup>5</sup> Todos estos textos pueden incluirse en la primera categoría propuesta por Roas para la fabulación fantástica del tiempo. Se trata de narrativas en las que el protagonista viaja hacia el futuro, sin que pueda darse una explicación racional sobre ello. A este bloque contribuyeron brillantemente Nidia Reyes Salomón, Liliana Contreras, Leonela Francisco Ruiz, Markela Khosrowshahi, además de yo mismo.

---

<sup>3</sup> Merece comentario que el final del drama de José Zorrilla transcurre en un no-tiempo, en un limbo entre la vida y la muerte, entre el purgatorio, el cielo y el infierno. Es en este no-tiempo, en el que doña Inés media frente al severo comendador de piedra para la salvación del alma del caballero. La originalidad del episodio no pasó desapercibido a Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, quienes incluyeron este fragmento de la obra como cierre a su *Antología de la literatura fantástica* (431). Junto con la versión borgesiana del cuento XI de don Juan Manuel, Zorrilla es el único autor español incluido en esta selectiva antología.

<sup>4</sup> Washington Irving, a su vez, se inspiró en la leyenda alemana de Peter Klaus (Payán 177). El juego de versiones y reversiones está en la matriz compositiva tanto del relato de Irving como en su nacionalización morisca de Jorge Montgomery, cuyo relato fantástico también aparece en este volumen.

<sup>5</sup> Para el cotejo de esta hermosa edición, puede accederse a una copia digital del texto de Chamberlain en este enlace de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos:

[https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl\\_20191/?st=gallery](https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl_20191/?st=gallery)

Por su parte, el segundo bloque agrupa relatos que giran frente al tema general de la vida como ilusión, apoyados en muchos casos en el subtema de la contemplación del propio entierro. Quise comenzar esta sección con un episodio fundamental: la leyenda del estudiante Lisardo, que tan influyente llegaría a ser entre autores de primera fila como José de Espronceda o José Zorrilla. En paralelo al diseño del bloque anterior, también esta segunda parte se inicia con la propuesta de lectura fantástica de un texto anterior al XIX. En este caso es Angelin Hernández quien nos brinda un modelo de lectura para analizar este pasaje, ya ampliamente conocido como relato casi autosuficiente. A continuación, José Abreu Castaño, Luis Ernesto Pérez, Paula Castro, Ana Ramírez Rosario y Alfonso del Orbe nos invitan a explorar continuidades semánticas de los motivos ya presentes en el texto de Lozano. Con la salvedad de Fernán Caballero (“La hija del sol”) cuyo texto no tuvimos oportunidad de cubrir durante el curso, exploramos un amplio campo de autores: Luis García de Luna, Emilia Pardo Bazán, Pedro Antonio de Alarcón y Leopoldo Alas (“Clarín”). Como epígono de excepción, nuestra compañera, Mauren Urbáez, se encarga de editar un texto de principios del XX en el que la continuidad semántica de esta sección se abre a un nuevo siglo.

Cabe precisar la motivación que guía a un marco laxo de lo fantástico en este libro. Como ya discutí en otro lugar, si tomamos en cuenta el marco teórico del XIX y las formas de reapropiación conceptual que fueron surgiendo en España en torno a la idea de lo fantástico, realmente lo que necesitamos en abrir el marco más allá de la oposición rígida que desde Tzvetan Todorov se ha asentado en la literatura crítica. Muchos de estos relatos serán considerados desde la crítica actual como “maravilloso”, otros sí serán fácilmente validados como “propiaamente” fantásticos. Estimo que buena parte del empoderamiento de la periferia reside en la subversión de las taxonomías comúnmente naturalizadas desde mecanismo de universalización de expectativas hegemónica (cuando desde sesgos anacrónicos de proyección teórica sobre el pasado). Todos estos temas los he simplemente dejado a un lado. Cuanto importa aquí son las ficciones y el valor que este capítulo postergado de nuestra literatura puede tener entre lectores y educadores. El hilo común son simplemente historias en las que lo imposible (sobre o preternatural) viene a subvertir una idea estable o racional de la realidad.

### Dimensión pedagógica

Esta antología es resultado del trabajo colectivo de nuestros estudiantes de Lehman College y yo. Como proyecto, nació con una vocación múltiple. Con esta antología, no solo hemos querido visibilizar un capítulo de la historia literaria más o menos interesante, sino que hemos querido aportar herramientas para maestrxs como nosotrxs y modelar una manera alternativa de enseñar literatura. En lugar del diseño vertical y asimétrico, con el profesor como experto, arriba de una pirámide ficticia, y el grupo estudiantil como recipiendario pasivo, este trabajo viene a modelar formas docentes alternativas, no solo más igualitarias, sino también más creativas, participativas y de mayor impacto externo.

Cada editora o editor fue responsable de enseñar cada uno de los textos que lxs lectores tienen frente a sí. A partir de estas lecciones semanales, cada uno de lxs participantes elaboró una edición crítica-pedagógica.

Durante un semestre, nuestros estudiantes fueron profesores, creadores, editores y alumnos los unos de los otros. El curso intentó explorar los diversos talentos de cada miembro del grupo en un impulso agente y colectivo (frente al tradicional aislamiento con que se conceptualiza el trabajo académico en las

humanidades). Tan vital como es el aprendizaje de un capítulo literario era el empoderamiento de nuestros estudiantes y espero que, no solo como producto, sino como proceso, esta antología haya permitido una oportunidad valiosa para cada uno de ellos. Esta antología es el producto macerado de esta hermosa labor colectiva. Confío en que este modelo pueda servir también de inspiración a colegas como nosotros. Nada te impide lector, reproducir esta bella experiencia también en tu aula.

## Referencias

Alarcón, Pedro Antonio de. "España y los franceses". *Anales de la Universidad de Murcia* vol. XXXIX, no. 1, 1982, pp. 125-174.

Borges, Jorge Luis, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1976.

Delgado, Elena L., Jordana Mendelson y Óscar Vázquez. "Introduction: Recalcitrant Modernities – Spain, cultural difference, and the location of Modernism". *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 13, no. 2-3, 2007, pp. 105-119.

Núñez Florencio, Rafael y Elena Núñez González. *¡Viva la muerte! Política y cultura de lo macabro*. Madrid, Marcial Pons, 2014.

Payán, Juan Jesús. *Los conjuros del asombro. Expresión fantástica e identidad nacional en la España del siglo XIX*. Newark: Juan de la Cuesta, 2022.

Roas, David. *Cronología alteradas. Lo fantástico y la transgresión del tiempo*. Madrid: CSIC, 2022.

Juan Jesús Payán

27 de julio- 13 de septiembre de 2023

# Primera parte

El espejismo del tiempo

# Don Juan Manuel

(1282-1348)



Fig. 1. Retrato que se supone representa a don Juan Manuel. Retablo de la Virgen de la leche en la catedral de Murcia. Fuente: <https://www.eldiasoria.es/noticia/z62f74feb-9eb6-d37d-5dffebecaa0f3d60/202210/el-infante-don-juan-manuel-y-el-conde-lucano-r>

Don Juan Manuel nació en el castillo de Escalona, cerca de la capital del antiguo reino visigodo, Toledo, y falleció en Córdoba en 1348. Su contexto familiar fue decisivo, pues nuestro autor era sobrino de Alfonso X el Sabio y nieto de Fernando III el Santo, grandes figuras de la política y la cultura medieval de este período. Don Juan Manuel procedía de una estirpe de reyes y escritores, así que podemos decir que llevaba la literatura en la sangre. Como infante o príncipe, su vida se vio continuamente rodeada de abundantes intrigas políticas. A pesar ello, la literatura ocupó un lugar principal en su trayectoria.

De entre los numerosos aspectos que hacen aún hoy vigente el legado de don Juan Manuel, cabe destacar los siguientes. Fue uno de los principales autores que consolidaron el uso del castellano (futuro español) como lengua de cultura, en lugar del latín, que hasta entonces y aún después dominaba el espacio de transmisión culto. Asimismo, a don Juan Manuel se le debe la primera colección destacada de cuentos en prosa en español: *El conde Lucanor*. Dentro de este libro, su sección principal y más

recordaba está compuesta de más de cincuenta relatos (se calcula que 51). También se considera a don Juan Manuel el primer autor de la literatura española con clara conciencia de autoría. Estimaba tanto su producción literaria que la clasificó y consignó a unos monjes en el castillo de Peñafiel con el objetivo de que llegaran a generaciones futuras. Por desgracia, los originales se perdieron en un incendio. Ello complicó la difusión de los trabajos de don Juan Manuel por bastante tiempo.

Como autor, escribió diversos tratados importantes en la época, sobre temas diversos: historia, caza, política y religión. La extensión de su conocimiento ha hecho que se le relacione con frecuencia con el humanismo renacentista posterior. Su obra más importantes es *El conde Lucanor*, que fue escrita en 1335, en la segunda etapa de su vida, en que trabaja con mayor afán la ficción ejemplarizante. El libro consta cinco tratados organizados en tres partes claramente separadas: la primera incluye más de 50 cuentos; la segunda (tratados 2 a 4) incluyen proverbios en orden de creciente complejidad (se lo ha considerado como antecedente del barroco e incluso la vanguardia); y la tercera que es un ensayo doctrinal de carácter religioso y filosófico. En la primera parte, se registran por primera vez relatos populares hoy muy conocidos. Entre ellos cabe destacar una versión del “Cuento de la lechera”, más tarde inmortalizada por Jean de la Fontaine, y de “El traje nuevo del emperador” que después popularizaría Hans Christian Andersen. El argumento del enxiemplo XXXV (conocido como “La mujer brava”) ha sido conectado con el de *La fierecilla domada* de William Shakespeare.

El cuento o *enxiemplum* XI incluido en esta antología se ha estudiado como uno de las primeras prefiguraciones del cuento fantástico en Occidente, pues presenta *una ruptura del orden racional en un mundo como el nuestro*. Ha cautivado a numerosos escritores posteriores: José María Blanco White, Jorge Luis Borges, José Martínez Ruiz “Azorín” y Juan Valera, entre otros.

La estructura del tratado I es muy sencilla. El conde protagonista tiene un problema y acude a su criado, Patronio, en busca de consejo. Este le ofrece una guía por medio de una historia. Al final de cada cuento, el escritor don Juan Manuel se incluye a sí mismo y consigna una moraleja en verso. Se trata, por tanto, de narraciones enmarcadas (también conocidas como *myse en abyme*, de muñecas rusas o cajas chinas). El hecho de escribir historias dentro de historias es un recurso fascinante de obras muy antiguas, desde las *Mil y una noches* al *Quijote*, por ejemplo.

En el caso de *El conde Lucanor* la estructura es fascinantemente original y compleja. Si usamos como ejemplo el cuento XI tenemos la siguiente estructura:

- Fuera de la narración, tenemos al autor real. Este se inscribe como personaje al final de cada relato, cuando consigna la moraleja del cuento.
- Ya dentro de la narración, tenemos primero el diálogo entre Lucanor y Patronio.
- Dentro, a su vez, de este diálogo, Patronio relata un cuento a modo de ejemplo o enseñanza moral. En el relato XI, se trata del cuento del deán de Santiago y don Illán, el mago de Toledo.

## Preguntas de prelectura

1. Durante la Edad Media, ¿qué tipo de literatura crees que se hacía? ¿Quiénes escribían y quiénes leían en este período?
2. ¿Sabes qué es un deán? Ordena los puestos eclesiásticos siguientes en orden de importancia: cardenal, papa, obispo, arzobispo.

3. ¿Qué sabes sobre la ciudad de Toledo, en España? ¿Y de Santiago de Compostela? Busca información para entender por qué el escritor eligió ambas ciudades para su cuento.

### Cuento XI de *El Conde Lucanor* Lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el mago de Toledo <sup>6</sup>

Otro día hablaba el Conde Lucanor con Patronio y le dijo lo siguiente:

-Patronio, un hombre vino a pedirme que le ayudara en un asunto en que me necesitaba, prometiéndome que él haría por mí cuanto me fuera más provechoso y de mayor honra. Yo le empecé a ayudar en todo lo que pude. Sin haber logrado aún lo que pretendía, pero pensando él que el asunto estaba ya solucionado, le pedí que me ayudara en una cosa que me convenía mucho, pero se excusó. Luego volví a pedirle su ayuda, y nuevamente se negó, con un pretexto; y así hizo en todo lo que le pedí. Pero aún no ha logrado lo que pretendía, ni lo podrá conseguir si yo no le ayudo. Por la confianza que tengo en vos y en vuestra inteligencia, os ruego que me aconsejéis lo que deba hacer.

-Señor conde -dijo Patronio-, para que en este asunto hagáis lo que se debe, mucho me gustaría que supierais lo que ocurrió a un deán<sup>7</sup> de Santiago con don Illán,<sup>8</sup> el mago que vivía en Toledo.

El conde le preguntó lo que había pasado.

-Señor conde -dijo Patronio-, en Santiago había un deán que deseaba aprender el arte de la nigromancia<sup>9</sup> y, como oyó decir que don Illán de Toledo era el que más sabía en aquella época, se marchó a Toledo para aprender con él aquella ciencia. Cuando llegó a Toledo, se dirigió a casa de don Illán, a quien encontró leyendo en una cámara muy apartada. Cuando lo vio entrar en su casa, don Illán lo recibió con mucha cortesía y le dijo que no quería que le contase los motivos de su venida hasta que hubiese comido y, para demostrarle su estima, lo acomodó muy bien, le dio todo lo necesario y le hizo saber que se alegraba mucho con su venida.

»Después de comer, quedaron solos ambos y el deán le explicó la razón de su llegada, rogándole encarecidamente a don Illán que le enseñara aquella ciencia, pues tenía deseos de conocerla a fondo. Don Illán le dijo que si ya era deán y persona muy respetada, podría alcanzar más altas dignidades en la Iglesia, y que quienes han prosperado mucho, cuando consiguen todo lo que deseaban, suelen olvidar rápidamente los favores que han recibido, por lo que recelaba que, cuando hubiese aprendido con él aquella ciencia, no querría hacer lo que ahora le prometía. Entonces el deán le aseguró que, por mucha dignidad que alcanzara, no haría sino lo que él le mandase.

---

<sup>6</sup> En lo posible se ha actualizado el texto original medieval según el léxico y reglas de ortografía actuales.

<sup>7</sup> Etimológicamente conectado con la palabra *dean* del inglés, el término va referido a aquel sacerdote de la iglesia católica que preside el cabildo catedralicio por debajo de la autoridad del obispo.

<sup>8</sup> Illán. Forma antigua, concretamente mozárabe, del nombre Julián.

<sup>9</sup> Por nigromancia o necromancia se entiende una rama de la hechicería, etimológicamente conectada con la magia negra, que se apoya en la alianza de espíritus para la adivinación del futuro.

»Hablando de este y otros temas estuvieron desde que acabaron de comer hasta que se hizo la hora de la cena. Cuando ya se pusieron de acuerdo, dijo el mago al deán que aquella ciencia sólo se podía enseñar en un lugar muy apartado y que por la noche le mostraría dónde había de retirarse hasta que la aprendiera. Luego, cogiéndolo de la mano, lo llevó a una sala y, cuando se quedaron solos, llamó a una criada, a la que pidió que les preparase unas perdices para la cena, pero que no las asara hasta que él se lo mandase.

»Después llamó al deán, se entraron los dos por una escalera de piedra muy bien labrada y tanto bajaron que parecía que el río Tajo<sup>10</sup> tenía que pasar por encima de ellos. Al final de la escalera encontraron una estancia muy amplia, así como un salón muy adornado, donde estaban los libros y la sala de estudio en la que permanecerían. Una vez sentados, y mientras ellos pensaban con qué libros habrían de comenzar, entraron dos hombres por la puerta y dieron al deán una carta de su tío el arzobispo en la que le comunicaba que estaba enfermo y que rápidamente fuese a verlo si deseaba llegar antes de su muerte. Al deán esta noticia le causó gran pesar, no sólo por la grave situación de su tío sino también porque pensó que habría de abandonar aquellos estudios apenas iniciados. Pero decidió no dejarlos tan pronto y envió una carta a su tío, como respuesta a la que había recibido.

»Al cabo de tres o cuatro días, llegaron otros hombres a pie con una carta para el deán en la que se le comunicaba la muerte de su tío el arzobispo y la reunión que estaban celebrando en la catedral para buscarle un sucesor, que todos creían que sería él con la ayuda de Dios; y por esta razón no debía ir a la iglesia, pues sería mejor que lo eligieran arzobispo mientras estaba fuera de la diócesis que no presente en la catedral.

»Y después de siete u ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos, con armas y caballos, y cuando llegaron al deán le besaron la mano y le enseñaron las cartas donde le decían que había sido elegido arzobispo. Al enterarse, don Illán se dirigió al nuevo arzobispo y le dijo que agradecía mucho a Dios que le hubieran llegado estas noticias estando en su casa y que, pues Dios le había otorgado tan alta dignidad, le rogaba que concediese su vacante como deán a un hijo suyo. El nuevo arzobispo le pidió a don Illán que le permitiera otorgar el deanazgo a un hermano suyo prometiéndole que daría otro cargo a su hijo. Por eso pidió a don Illán que se fuese con su hijo a Santiago. Don Illán dijo que lo haría así.

»Marcharon, pues, para Santiago, donde los recibieron con mucha pompa y solemnidad. Cuando vivieron allí cierto tiempo, llegaron un día enviados del papa con una carta para el arzobispo en la que le concedía el obispado de Tolosa<sup>11</sup> y le autorizaba, además, a dejar su arzobispado a quien quisiera.

---

<sup>10</sup> El río Tajo es el más largo de toda la Península Ibérica. Recorre el centro de esta, rumbo este-oeste. Históricamente llegó a ser muy importante, pues servía como conexión entre dos tan relevantes como Lisboa y Toledo. Muchos escritores han rendido tributo al río. Entre ellos destacan Miguel de Cervantes y José Luis Sampedro.

<sup>11</sup> Este punto ha despertado la extrañeza de numerosos críticos, que consideran insólito abandonar un arzobispado en Santiago por un obispado (un peldaño más bajo) en la ciudad de Tolosa. Probablemente este desconcierto motiva que en algunas versiones, como la de Jorge Luis Borges, se modifique la progresión de una manera, intuitivamente, más lógica (deán ->obispo -> arzobispo->cardenal-> papa). Luis Galván explica la caracterización de Tolosa como destino superior a Santiago de Compostela del modo siguiente: "El prelado de Tolosa había sido el más rico y poderoso del Mediodía [i.e. "al sur"] de Francia, por la amplitud y opulencia de su territorio. La conversión en arzobispado no consistió en extender su autoridad sobre otras diócesis ya existentes, sino en crear siete nuevas desmembrándolas de la antigua diócesis tolosana [...] Lo oportuno para el cuento manuelino, por tanto, era el obispado, que aportaba las notas de antigüedad y extraordinaria riqueza."(291)

Cuando se enteró don Illán, echándole en cara el olvido de sus promesas, le pidió encarecidamente que se lo diese a su hijo, pero el arzobispo le rogó que consintiera en otorgárselo a un tío suyo, hermano de su padre. Don Illán contestó que, aunque era injusto, se sometía a su voluntad con tal de que le prometiera otra dignidad. El arzobispo volvió a prometerle que así sería y le pidió que él y su hijo lo acompañasen a Tolosa.

»Cuando llegaron a Tolosa fueron muy bien recibidos por los condes y por la nobleza de aquella tierra. Pasaron allí dos años, al cabo de los cuales llegaron mensajeros del papa con cartas en las que le nombraba cardenal y le decía que podía dejar el obispado de Tolosa a quien quisiera. Entonces don Illán se dirigió a él y le dijo que, como tantas veces había faltado a sus promesas, ya no debía poner más excusas para dar aquella sede vacante a su hijo. Pero el cardenal le rogó que consintiera en que otro tío suyo, anciano muy honrado y hermano de su madre, fuese el nuevo obispo; y, como él ya era cardenal, le pedía que lo acompañara a Roma, donde bien podría favorecerlo. Don Illán se quejó mucho, pero accedió al ruego del nuevo cardenal y partió con él hacia la corte romana.

»Cuando allí llegaron, fueron muy bien recibidos por los cardenales y por la ciudad entera, donde vivieron mucho tiempo. Pero don Illán seguía rogando casi a diario al cardenal para que diese algún beneficio eclesiástico a su hijo, cosa que el cardenal excusaba.

»Murió el papa y todos los cardenales eligieron como nuevo papa a este cardenal del que os hablo. Entonces, don Illán se dirigió al papa y le dijo que ya no podía poner más excusas para cumplir lo que le había prometido tanto tiempo atrás, contestándole el papa que no le apremiara tanto pues siempre habría tiempo y forma de favorecerle. Don Illán empezó a quejarse con amargura, recordándole también las promesas que le había hecho y que nunca había cumplido, y también le dijo que ya se lo esperaba desde la primera vez que hablaron; y que, pues había alcanzado tan alta dignidad y seguía sin otorgar ningún privilegio, ya no podía esperar de él ninguna merced. El papa, cuando oyó hablar así a don Illán, se enfadó mucho y le contestó que, si seguía insistiendo, le haría encarcelar por hereje y por mago, pues bien sabía él, que era el papa, cómo en Toledo todos le tenían por sabio nigromante y que había practicado la magia durante toda su vida.

»Al ver don Illán qué pobre recompensa recibía del papa, a pesar de cuanto había hecho, se despidió de él, que ni siquiera le quiso dar comida para el camino. Don Illán, entonces, le dijo al papa que, como no tenía nada para comer, habría de echar mano a las perdices que había mandado asar la noche que él llegó, y así llamó a su criada y le mandó que asase las perdices.

»Cuando don Illán dijo esto, se encontró el papa en Toledo, como deán de Santiago, tal y como estaba cuando allí llegó, siendo tan grande su vergüenza que no supo qué decir para disculparse. Don Illán lo miró y le dijo que bien podía marcharse, pues ya había comprobado lo que podía esperar de él, y que daría por mal empleadas las perdices si lo invitase a comer.

»Y vos, señor Conde Lucanor, pues veis que la persona a quien tanto habéis ayudado no os lo agradece, no debéis esforzaros por él ni seguir ayudándole, pues podéis esperar el mismo trato que recibió don Illán de aquel deán de Santiago.

El conde pensó que era este un buen consejo, lo siguió y le fue muy bien.

Y como comprendió don Juan que el cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo los versos, que dicen así:

*Cuanto más alto suba aquel a quien ayudéis, menos apoyo os dará cuando lo necesitéis.*

### Preguntas de comprensión

1. Presta atención al comienzo del cuento. ¿Qué problema tiene el conde Lucanor y qué estrategia usa Patronio para aconsejarle?
2. ¿Cuál es la motivación de la visita del deán a don Illán, mago de Toledo?
3. ¿Qué ascensos recibe el deán durante la historia y por qué ciudades pasan? Comenta el sentido que pueden tener estos espacios en la narración
4. ¿Cuál es la sorpresa que hay al final del cuento?
5. ¿Cuál es la moraleja del relato?

### Preguntas de análisis

1. ¿Qué simboliza la escalera y la cámara subterránea bajo tierra?
2. Fíjate en el tratamiento del tiempo. ¿Cuánto tiempo pasa (o parece pasar) entre cada ascenso del deán? ¿Cuánto tiempo pasa realmente, si tomamos en cuenta la resolución final del relato?
3. ¿Qué tipo de desarrollo tiene el cuento: progresivo (mejoramiento), regresivo (empeoramiento) o circular (vuelve al principio)?
4. ¿Qué importancia tienen las perdices que encarga don Illán al comienzo?
5. El final se puede abrir a diversas lecturas posibles. Medita en estas dos explicaciones posibles: o bien el tiempo pasó “realmente” y el mago lo deshizo por encantamiento, o bien todo fue una ilusión desde el comienzo que solo existió en la mente del deán. ¿Qué lectura consideras que encaja mejor con las pistas que nos da el relato? ¿Qué lectura prefieres?
6. Piensa en el público de la época. ¿Qué mensaje social está transmitiendo don Juan Manuel a sus lectores?

### Preguntas de opinión

1. ¿Qué simboliza la escalera y la cámara subterránea bajo tierra?
2. ¿Cuál fue tu primera reacción al leer el cuento? ¿Te esperabas el final?
3. ¿Te gustó el cuento? ¿Sí/no? ¿Por qué?
4. ¿Qué opinas de la moraleja del autor?
5. ¿Qué fue lo que más te costó entender?
6. ¿En qué sentido se puede considerar el cuento de don Juan Manuel como un “cuento muy moderno”?

## Temas de investigación

1. La magia y el género fantástico en los cuentos medievales
2. El *enxiemplum XI* y sus fuentes orientales
3. El tratamiento del tiempo: tiempo virtual y tiempo deshecho
4. La ingratitud y la corrupción moral del poder
5. La narración enmarcada y los planos de la ficción
6. Dos cuentos, dos versiones: Don Juan Manuel y Jorge Luis Borges

## Bibliografía preliminar

- Casaldueiro, Joaquín Gimeno. "El conde Lucanor: composición y significado". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 24, no. 1, 1975, pp. 101-12.
- Cooperson, Michael. "Remembering the Future: Arabic Time-Travel Literature". *Edebiyât: The Journal of Middle Eastern Literatures*, vol. 8, no. 2, 1998, pp. 171-89.
- Devoto, Daniel. *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en particular de El Conde Lucanor*. Ediciones Hispano-Americanas, 1972.
- Diz, Ana María. "El mago de Toledo: Borges y don Juan Manuel". *Modern Language Notes*, vol. 100, no. 2, 1985, pp. 281-97.
- Galván, Luis. "Horizontes de la lectura en el ejemplo XI de *El Conde Lucanor*". *Revista de Filología Española*, vol. 84, no. 2, 2004, pp 285–301.
- Hamilton, Michael. "Retelling the Future: Don Juan Manuel's 'Example XI' and the Power of Fiction." *Hispanic Issues*, vol. 8, 2011, pp. 152-67.
- Larson, Paul E. "Don Juan Manuel, don Yllán, el deán de Santiago y la práctica de la necromancia". *Hipotexto*, vol. 12, 2010, pp. 27-36.
- Risco, Antonio. "Don Illán, el mágico". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 4, no. 1, 1979, pp. 93-102.
- Wiesse Rebagliati, Jorge. "El mago y el brujo. El *Exemplo XI* de *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel y El brujo postergado de Jorge Luis Borges". *Cuadernos del Instituto Riva-Agüero*, vol. 3, 2015, pp. 17-52.

Prólogo, edición y preguntas de Juan Jesús Payán

Textos del XIX

# José María Blanco White

(1775 – 1841)



Fuente: Sevilla Secreta, a través del siguiente enlace: [Blanco White: el sevillano que fue sacerdote y enemigo de la Iglesia Católica - Sevilla Secreta](#)

## Contexto biográfico del autor

José María Blanco Crespo o White, nació en Sevilla (España) en 1775 y murió en 1841 como exiliado en Liverpool (Inglaterra). Sus padres, fueron Guillermo Blanco Morrogh y María Gertrudis Crespo, y su abuelo de origen Irlandés, fue William White. La vida de este autor suele analizarse en dos períodos: el primero en España (1775 – 1810), y el segundo, en Inglaterra (a partir de 1810).

Desde los ocho años, su padre lo involucró en el negocio familiar de comercio, el cual, José María Blanco White detestaba. Como su única distracción era la lectura y las clases de violín, desde muy temprano se convirtió en un voraz lector. Leyó entre otros, a Feijoo (Martínez de Pisón Caveno 222), a Cervantes, y varias colecciones de cuentos que han sido vinculados con la tradición morisca en España, como *Las Mil y Una Noches*.

Para librarse de la actividad del comercio, convenció a su padre de su deseo de ser sacerdote, y por esto, fue enviado a estudiar con los Dominicos en el Colegio de Santo Tomás. Posteriormente, fue a la Universidad de Sevilla, en donde se graduó en artes y teología. En 1799

(a sus 24 años), se ordenó como sacerdote católico. Observó con horror la vida que llevaban sus hermanas en conventos de clausura, una de las cuales murió muy joven, con apenas 24 años. A los tres años de su ordenación como sacerdote, entró en una profunda crisis de fe, que lo llevó a enfermarse físicamente.

En 1806, se radicó por dos años en Madrid, logrando en cierta forma dejar de lado la opresión que sentía como religioso. La relación personal de Blanco White con la iglesia a lo largo de su vida fue angustiada y conflictiva, en parte porque vivió bajo el yugo de la inquisición española imperante a finales del siglo XVIII (Rodríguez-Moranta 203 y 204), y de la cual no logró liberarse por completo como exiliado en Inglaterra.

Después de su estadía en Madrid, regresó a Sevilla para seguir ejerciendo como sacerdote y también para trabajar como redactor del *Semanario Patriótico*. Esta segunda actividad la ejerció apenas por cinco meses, pero le permitió descubrir su pasión como periodista político (Martínez de Pisón Caveró 223). Posteriormente, para evitar colaborar con las tropas francesas, viajó a Cádiz por un breve tiempo y finalmente emigró hacia Inglaterra en 1810.

En su nueva patria, inició la publicación de sus ideas políticas a través de *El Español*. Esta actividad terminó con la llegada del Rey Fernando VII al poder. En 1812, se hizo miembro de la iglesia Anglicana. En 1822, escribió un libro conformado por una colección de cartas acerca de España, llamado *Letters from Spain*, en el cual describe el carácter de los españoles y señala que su país está dominado por el fanatismo religioso, al cual atribuye el débil progreso político y económico de su nación.

Escribió poesía en inglés, la cual incorporó en una novela anticlerical llamada *Vargas, a tale of Spain*. Entre 1823 y 1825, escribió para la revista *Variedades* o el *Mensajero de Londres*, en la cual se publicó el cuento *El Sultán de Egipto*. Vivió un par de años en Irlanda, donde pudo advertir la intolerancia de los anglicanos hacia los cristianos irlandeses. Escribió dos libros más sobre las religiones: *Second travels of an Irish Gentleman in Search of Religion (1833)* y *Observations on Heresy and Orthodoxy (1835)*. En este último, Blanco White argumenta que el dogmatismo religioso, de cualquier tipo, conduce a la inquisición e intolerancia. Finalmente, abandonó también el anglicanismo.

Los analistas de la producción literaria de este autor destacan su rebeldía moral y su interés por buscar las verdades y cimientos del alma. Dada su experiencia personal, uno de los temas centrales de su obra es la oposición a la intolerancia religiosa. A nivel político, Blanco White apoyó las ideas liberales que promovían la separación de poderes, en donde la creación de las leyes debía ser responsabilidad de las cortes, y no de la iglesia o del Rey, y bajo las cuales debía someterse todo ciudadano por igual, incluyendo a los miembros de la monarquía y de la iglesia. También promovió la creación de la primera constitución política española de 1812.

Además de su oposición a los beneficios y privilegios de la iglesia y de la monarquía que lo llevaron a promover la igualdad entre los hombres, Blanco White resaltó el valor de la imaginación y la libertad de conciencia. Atribuye en parte la falta de imaginación de la literatura

española a la iglesia. Por sus posturas frente a la religión y a la política, fue un autor que tuvo poca resonancia en España (Rodríguez-Moranta 201).

Unos de los grandes aportes de Blanco White fue reivindicar como raíz de la fantasía en España la herencia árabe-musulmana. Este autor conecta la vertiente fantástica española con las raíces del pueblo morisco no solo a nivel literario sino político y estético. En lo político reivindica "...el derecho democrático a la libertad de expresión y el cultivo de la fantasía" (Payán Martín, *Los Conjurados* 83). También conecta la erradicación de la fantasía con la expulsión del pueblo morisco de España en el siglo XVII, y construye un símil entre esa parte de la historia española, y su propia historia personal como exiliado (Payán Martín, *Los Conjurados* 86).

### Contexto del cuento

Las raíces del cuento *El Sultán de Egipto* (1824), las sitúa el autor en los pueblos moriscos que habitaron España por siete siglos, hasta principios del siglo XVII. Blanco White presenta este cuento como una traducción española sobre una versión previamente recopilada por Petis de Croix en el siglo XVIII.

El Sultán de Egipto, comparte con otro cuento (El Dean de Santiago tomado del Enxiemplum XI del Conde Lucanor del siglo XIV) el tema de la relatividad del tiempo (Payán Martín, *Los Conjurados* 90). Plantea que el paso del tiempo, que es un fenómeno que todos los seres humanos experimentamos de forma inequívoca, puede percibirse de diferentes maneras. De una parte, el tiempo puede asumirse como un concepto objetivo y concreto, y de otra, como una noción subjetiva, que permite que cada individuo lo perciba de forma diferente. Los protagonistas de estos dos cuentos tienen en común la experimentación de una experiencia sensorial relacionada con el transcurrir del tiempo, que es distinta de aquella que experimentan las personas rodean a los protagonistas de los cuentos. Al final de las dos historias, queda abierta a interpretación del lector, una solución lógica y natural de los hechos, o una solución sobrenatural.

Antes de la publicación del cuento *El Sultán de Egipto*, Blanco White escribió un artículo denominado *Bosquexo de la Historia del Entendimiento en España* (enero de 1824), en el que destacaba tres ideas que definían su visión sobre la imaginación y lo fantástico: i) el efecto de la persecución de las libertades de expresión en la Península que condujeron a España a su postración histórica, ii) el efecto castrante y pernicioso de la herencia del catolicismo inquisitorial y, iii) la tendencia peligrosa imperante en España de imitar la literatura de otros países, como ocurrió con las historias de caballería, y de la literatura fantástica Alemana, (Payán Martín, *Los Conjurados* 84-85)

## Elementos del estilo del autor o del cuento

Blanco White realza las raíces árabe-musulmanas de la literatura fantástica española<sup>12</sup>, al tiempo que critica la tendencia de su patria hacia la adopción de modelos literarios extranjeros. Su disgusto frente a la corriente fantástica asociada a la obra de Hoffmann tiene que ver con la conexión que Blanco White observa entre el estilo fantástico alemán y el uso exagerado de elementos sobrenaturales y extravagantes, en donde abundan todo tipo de encantos y hechizos (Payán Martín, *Los Conjuros* 87).

Para Blanco White, la literatura fantástica debe ser verosímil, de forma que los sucesos fantásticos que se narren puedan incorporarse de forma creíble a la cotidianidad y hacer parte de ésta. Blanco White señala además que la literatura fantástica debe cumplir una doble función, de una parte, permitir el goce y el placer del lector, y de otra, transmitir una lección moral. Al combinar estas dos características de verosimilitud y aportar una enseñanza, el autor introduce el concepto de verosimilitud moral (Blanco White 416), para referirse a un estilo narrativo que además de ser creíble, comunica una enseñanza.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Qué ideas o conocimiento previo tienes acerca de la relación histórica que existió entre España y el pueblo árabe-musulmán?
2. Cuándo se hace referencia a la colección de cuentos conocida como *Las Mil y una Noches*, ¿Qué ideas tienes sobre estas historias? ¿Conoces algún título perteneciente a esta colección de cuentos? ¿Cuáles son los temas narrados en estas historias?
3. En tu opinión ¿Los conceptos de “imaginación” y “superstición” son similares, opuestos o complementarios?
4. En el prólogo al cuento denominado *El pacer de imaginaciones inverosímiles – 1824*, Blanco White afirma que, “*El tiempo es una creación de la mente que se interpreta según las percepciones de cada individuo*” ¿Cómo entiendes esta idea? ¿Estás de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?

---

<sup>12</sup> Payán Martín plantea que este autor “reflexiona sobre la importancia de recuperar la tradición fantástica autóctona, emblema de la libertad de pensamiento y que él asocia con la herencia cultural árabe y morisca”. (*La Magia Postergada* 57)

## El Sultán de Egipto, Cuento Turco<sup>13</sup> imitado en Español

En una junta de Doctores Mahometanos convocada por el Sultán de Egipto<sup>14</sup>, se ofreció tratar de un pasaje<sup>15</sup> del Alcoran<sup>16</sup> en que se cuenta que el arcángel Gabriel arrebató a Mahoma en espíritu, y sacándolo de la cama en que dormía, le mostró quanto<sup>17</sup> los siete cielos contienen. Hízole ver, al mismo tiempo, el Empyreo<sup>18</sup>, y el Infierno; e introduciéndolo a la Divina Presencia, el Profeta gozó de diez mil y ochenta comunicaciones con el Ser Supremo. Todo esto se verificó en tan corto espacio que el lecho estaba aún caliente quando<sup>19</sup> Mahoma volvió a él: y aún hay comentadores del Alcoran que aseguran, que Mahoma llegó a tiempo de enderezar una botija que se había volcado al empezar la visión, sin que el agua hubiese tenido lugar de derramarse.

El Sultán, como presidente de la junta propuso el siguiente argumento contra la explicación de los Doctores. Según vosotros hay siete cielos, cuya distancia intermedia requeriría quinientos años de viage<sup>20</sup> para atravesarla. Esos cielos son, además, sólidos y gruesos ¿cómo pues es posible que Mahoma penetrase las esferas, caminase tanto espacio, y viese y oyese todo lo que el Alcoran dice? Los Doctores dieron sus respuestas; pero el Sultán era duro e incrédulo, y la consulta se concluyó dexándolo<sup>21</sup> obstinado en su argumento.

Una disputa de esta clase, entre los Doctores más reverenciados de los pueblos Mahometanos, y el poderoso Sultán de Egipto, no podía quedar de puertas adentro del palacio. Corrió su fama por todas partes, y llegando a los oídos del célebre Xequé Chahabeddin, quien unía en sí el saber más profundo del Alcoran, con las ciencias ocultas y misteriosas llamadas Mekaxefa\*<sup>22</sup> y Algaib-an-alabsart\*<sup>23</sup>, lo movió a presentarse al Sultán, aunque no había podido hallarse en la junta.

La veneración en que los Xequés eran tenidos, hacia que, hasta los príncipes, mirasen a Chahabeddin como su igual. El Sultán lo recibió en el principal salón del palacio: hízolo sentar junto a sí sobre un tapete riquísimo, y después de haber bebido con él los sorbetes más deliciosos, le preguntó la razón de su venida. "Gran Señor," respondió el Xequé, "he oído que, en una consulta de los Doctores de la Ley, negasteis la verdad de la famosa visión del Profeta, oponiendo a su realidad una multitud de razones. No vengo a disputar con vos; sino a haceros

---

<sup>13</sup> Lo que aquí se pone no es más que parte del cuento original, que se intitula, Historia del Xequé Chahabeddin.

<sup>14</sup> Egipto.

<sup>15</sup> Pasaje.

<sup>16</sup> Corán: libro Sagrado en que se contienen las revelaciones de Dios a Mahoma y que es fundamento de la religión musulmana.

<sup>17</sup> Cuanto.

<sup>18</sup> Empíreo: cielo o paraíso.

<sup>19</sup> Cuando.

<sup>20</sup> Viaje.

<sup>21</sup> Dejándolo.

<sup>22</sup> El arte de leer los corazones.

<sup>23</sup> El arte de hacerse invisible.

ver por experiencia propia quan<sup>24</sup> fácil es el poder sobrenatural de los favorecidos del Cielo, verificar lo que a los hombres parece imposible. Haced que traigan a este salón una gran tina, y que la llenen de agua." Los esclavos ejecutaron<sup>25</sup> esta orden en pocos momentos. "Ahora bien," dixo<sup>26</sup> Chahabeddin, "tened a bien desnudaros, quedando solo con una toalla atada a la cintura." El Sultán se desnudó, e hizo lo que el Xequé mandaba. Acercándose inmediatamente a la tina, rodeado de sus ministros y oficiales; "solo os queda una cosa que hacer," continuó el Sabio, "y es que zabullais<sup>27</sup> la cabeza en el agua."

Apenas había el Sultán sumergido la cara quando transportado de un modo inexplicable, se halló desnudo, y con la toalla a la cintura, a la orilla del mar, en una costa desconocida. "Válgame el Profeta!" exclamó con asombro, "que traición tan infame es esta! Si vuelvo a Egypto, yo le prometo a Chahabeddin, que no le pese la cabeza sobre los hombros muchas horas. ¿Pero que hemos de hacer en este caso? En vano es quejarse<sup>28</sup>, y amenazar a quien no teme mi enojo."

A poca distancia del mar se descubría un monte, y en él se veían unos leñadores empleados en desgajar las ramas de que iban a formar sus haces<sup>29</sup>. A ellos, pues, se dirigió el cuitado<sup>30</sup> Sultán, pidiendo que hiciesen por él lo que estuviese en su poder. "Yo soy, les dixo, un pobre navegante, que he perdido mi buque, en unas peñas, a poca distancia; y me he salvado en una tabla, en el estado que veis." "Buen hombre (respondieron los leñadores) lo único que podemos hacer por ti, es darte estos zapatos, y esta manta: ambos están llenos de agujeros; pero algo es algo. Dirígete por esta senda a la ciudad que está al otro lado de aquella loma, y Ala te ayude, como puede."

En este traje andrajoso se enderezó el Sultán acia<sup>31</sup> el pueblo, y quando llegaba a las primeras casas, vio a un herrero, que le pareció, por el rostro, hombre bondadoso. A este pues se acercó, y contándole la fingida historia del naufragio, le suplicó le aconsejase cómo había de ganar la vida. "Las costumbres y leyes de esta ciudad," dixo el herrero, "son muy favorables a los extranjeros que quieren avecindarse en ella. Tu eres joven, y no mal parecido; y no será mucho que hagas aquí fortuna. Vete al baño de las mugeres<sup>32</sup>: siéntate a la puerta, y pregunta a cada qual<sup>33</sup> de las que vayan saliendo, si tiene marido: la que te responda que no, está obligada a casarse contigo." A un hombre en la situación del Sultán nada le parece inconveniente o gravoso

---

<sup>24</sup> Cuan.

<sup>25</sup> Ejecutaron.

<sup>26</sup> Dijo.

<sup>27</sup> Zambullir: meter debajo del agua con ímpetu o de golpe.

<sup>28</sup> Quejarse.

<sup>29</sup> Haz: Atado de mieses lino, hierba, leña o cosas semejantes.

<sup>30</sup> Afligido, desventurado.

<sup>31</sup> Hacia, en dirección a.

<sup>32</sup> Mugeres o muger, forma antigua de escritura de la palabra mujeres o mujer, según se trate de la forma plural o singular.

<sup>33</sup> Cual.

con tal que le proporcione medios de vivir; mucho menos quando había de ser a tan poca costa como ofrecerse por marido; y ¿quién sabía si la muger que le había de tocar en suerte sería hermosa y rica? Preguntó, pues, por el baño de las mugeres, y sentándose a la puerta estuvo aguardando un rato; quando he aquí que sale una muger bellísima, y adornada con ropas que denotaban ser de alta condición. Entre deseoso, y abochornado, el Sultán, cruzando las manos sobre el pecho, y haciendo un profundo salam, o reverencia, dixo: "Princesa y Señora mía ¿tenéis marido? La dama, con semblante halagüeño respondió, "sí, tengo; y paso adelante." "Mala suerte la mía," dixo el Sultán, "pero, ánimo y a ellas; pues segun veo, el herrero no me ha engañado."

A poco rato vio venir otra, pero quanto la primera era hermosa otro tanto era esta fea, y desagradable. "Válgame el Profeta," dixo nuestro pretendiente, "si me cabe en suerte esta fantasma, mejor quisiera pasar la vida cabando<sup>34</sup>. Pero, según me dixo el herrero, no me es permitido dexar pasar a ninguna sin hacer la pregunta de estilo." Había llegado en esto la Dama, y el Sultán con voz tímida le preguntó, "Señora ¿tenéis marido?" La respuesta " Si, tengo," sacó al buen hombre del peligro y sobresalto en que se hallaba; pero no habían pasado dos minutos quando otra muger más fea que la anterior apareció a la puerta del baño. "Desgraciado de mí!" exclamó el Sultán. "Pero qué he de hacer; el hambre crece, y si no he de comer sino a costa de enamorar una de estas tarascas<sup>35</sup>, hágase la boda quanto antes." Tal es el efecto de la necesidad que el Sultán se llegó a la tercera dama con el ánimo hecho de ser su marido; pero el puesto estaba ocupado; y tuvo que volverse a poner en espera.

En esto se abrió por quarta<sup>36</sup> vez la puerta del baño, y he aquí que se presenta una de las bellezas más singulares que se había visto en todo el Oriente. Olvidóse el Sultán de su hambre, en un momento, y solo se acordó de los andrajos que lo cubrían, sintiendo en su corazón tener que llegarse en tal estado a hablar a la hermosa criatura que se acercaba. Abochornado y confuso le pregunto si tenía marido. Mirólo de pies a cabeza la dama, y con aire enojado y desdeñoso, le respondió con un No seco, y paso adelante. "Voto va," dixo el Sultán entre sí, "que el herrero me ha engañado. Esta muger no tiene marido, y no obstante me dexa<sup>37</sup> de este modo. Esta desgracia la debo a mi capa rota."

La desazón aumenta el hambre como todos saben; y el Sultán estaba para darse a una desesperación completa, quando una esclava negra le preguntó ¿si era él el extranjero que se había ofrecido por marido a una Señora? Al oír que sí, le rogó la siguiese; y en poco tiempo se halló nuestro Príncipe en una casa hermosa, y ricamente adornada. Guíolo la esclava al estrado; y luego vio venir acia si seis doncellas magníficamente vestidas, y detrás de ellas la dama: a quien había hecho últimamente la pregunta de estilo. "Ya estáis en vuestra casa, marido y

---

<sup>34</sup> Cavando.

<sup>35</sup> Tarasca: mujer temible o denigrada por su agresividad, fealdad, desaseo o excesiva desvergüenza.

<sup>36</sup> Cuarta.

<sup>37</sup> Deja.

dueño mío, le dixo con una sonrisa encantadora." - Bellísima Señora," respondió el Sultán, " ¿cómo podré creer a mis ojos y oídos? ¿No fuisteis vos la que me respondisteis con tanto desdén?" "Las costumbres de nuestro pays<sup>38</sup>, contextó<sup>39</sup> la Dama, requieren este desdén en público: pero sus leyes nos mandan ser humildes, y amorosas, al punto que recibimos a nuestros maridos en casa."

En vano querría pintar pormenores, que dexo a la imaginación del lector. El Sultán vivió con su esposa siete años, viendo nacer un hijo o hija en cada qual de ellos. Acostumbrado al lujo de un príncipe, no había placer que se negase a sí propio, o a su muger. El caudal de esta era grande en extremo; pero los gastos anuales subían de modo que quando quisieron mirar por si, la familia estaba ya sumergida en pobreza, y los acreedores no habían dexado más que las paredes de la casa.

¿Qué hemos de hacer ahora?" dixo la muger del Sultán. "Tus hijos perecen, y yo no tengo a quien acudir por consuelo. Por tus manos han pasado mis riquezas, y todas han desaparecido. Tus manos pues nos deben mantener, trabajando." Atónito con la multitud de sus recientes desgracias, el Sultán salió de su casa, y se dirigió a la del herrero, su primer consejero y amigo. Contóle todo lo que le había pasado, y pidióle su parecer en el caso presente. El herrero se encogió de hombros, y sacando dos monedas del valor de un real de vellón<sup>40</sup>, las dio al Sultán aconsejándole que comprase un cordel (no para ahorcarse, como supondrán varios de mis lectores) sino para hacerse mandadero de plaza; ocupación en que podría ganar pan, si le ayudase la Fortuna. Maldiciendo la que le había traído a tal condición, el Sultán se fue al Bazar o Mercado; compró su cordel, y se arrimó con él a una esquina. En breve vino uno a preguntarle si quería hacer un mandado; y poniéndole a los hombros un saco de cebada que lo agoviaba<sup>41</sup>, le hizo marchar al otro cabo de la ciudad; en pago de lo qual le dio el valor de real y medio.

Con tal recado, molido del peso y camino, y desollado por el pescuezo, y hombros con la aspereza del costal, se presentó a media tarde ante su muger e hijos; todos hambrientos, y por consiguiente, todos de malísimo humor. Compró con el dinero un par de hogazas de pan bazo, y cenaron como pudieron. Pero quando llegó la mañana, y vio el maldito cordel, que le recordaba la ocupación del día, el pobre Sultán salió desesperado con intención de poner pronto fin a su vida y su miseria. Fuese a la orilla del mar, y llegando al sitio en que se vio primero, quando metió la cabeza en la tina; empezó a denostar<sup>42</sup> a Chahabeddin, causa y autor de todas sus desgracias. "Mágico infame (exclamó) qué diera por cortarte la cabeza de un solo tajo! Pero en

---

<sup>38</sup> País.

<sup>39</sup> Contestó.

<sup>40</sup> Vellón: aleación de plata y cobre con que se labró moneda antiguamente.

<sup>41</sup> Agoviaba.

<sup>42</sup> Denostar: injuriar gravemente.

vano me entretengo con estos deseos de impotente venganza. La muerte es mi único remedio." Dixo<sup>43</sup>; y dando un salto, se echó al mar, cabeza abaxo<sup>44</sup>.

Apenas empezó a sentir la falta de aliento, quando acosado de las ansias de la muerte, quiso sacar la cabeza al aire. Sacóla en efecto, y queriendo nadar a la orilla, extendió los brazos con la mayor violencia. Sin saber con lo que tropezaba, sintió que dos obstáculos, que se oponían a su nadar, habían caído. Abrió los ojos, desatinado, y se vio en seco, con dos esclavos negros, en el suelo, a quien había derribado. Lo cierto es que, en cueros, a excepción de la toalla que lo ceñía, y rodeado de sus criados y cortesanos, el Sultán acababa de sacar la cabeza de la tina.

Al ver a Chahabeddin se arrojó a él como un furioso, y a no haberlo contenido los circunstantes<sup>45</sup>, lo hubiera sofocado, por falta de espada con que cortarle la cabeza. "¿Que furor, es este?" dixo Chahabeddin. ¿Tal me preguntas, infame (respondió el Sultán), habiéndome tenido siete años fuera de mi reyno<sup>46</sup>, poniéndome al fin en la necesidad de vivir como mozo de cordel?" Mirábanse unos a otros los presentes, como que sabían que el Sultán no había estado medio minuto con la cabeza en el agua. Pero Chahabeddin con voz pausada y serena les explicó todo el mysterio<sup>47</sup>, haciéndoles ver que, en el mundo intelectual en que había pasado la visión del Sultán, mil años son como un solo día.

#### Preguntas de comprensión

1. El cuento inicia con una reunión entre el Sultán de Egipto y la Junta de Doctores mahometanos ¿Cuál es el tema de discusión en esta reunión? ¿Cuál es la postura del Sultán? ¿Cuál es la postura de los doctores mahometanos?
2. ¿Quién era el Xequé de Chahabeddin y qué cualidades tenía?
3. ¿El Xequé era un personaje respetado? ¿Cómo fue tratado el Xequé por parte del Sultán de Egipto?
4. ¿Qué se proponía el Xequé al visitar al Sultán de Egipto? ¿Qué le pidió el Xequé hacer al Sultán de Egipto? ¿Qué sucedió al Sultán de Egipto al sumergir su cabeza en la tina con agua?
5. ¿Con quién se encontró inicialmente el Sultán de Egipto y qué ayuda le brindó? Posteriormente al llegar a un pueblo ¿Con quién se encontró el Sultán de Egipto y qué consejo recibió de parte de dicho personaje?
6. Una vez en la puerta del baño de mujeres ¿La actitud del Sultán de Egipto fue la misma hacia todas las mujeres? Explica ¿qué sucedió?

---

<sup>43</sup> Dijo.

<sup>44</sup> Abajo.

<sup>45</sup> Circunstante: Dicho de una persona que está presente, asiste o concurre.

<sup>46</sup> Reino.

<sup>47</sup> Misterio.

7. ¿Qué mujer fue la que finalmente terminó siendo la esposa del Sultán? ¿Cuál fue la actitud inicial de esta mujer hacia el Sultán? ¿Por qué?
8. ¿Cuántos años vivió el Sultán de Egipto con su esposa? ¿Cómo fue su vida del Sultán y de su familia durante este tiempo?
9. ¿Qué ocurrió al Sultán de Egipto cuando la riqueza de su mujer se agotó? ¿A quién acudió el Sultán a pedir consejo? ¿Qué consejo recibió? ¿Cuál fue la actitud del Sultán cuando trabajó como mozo de cordel o mandadero de plaza?
10. ¿Cómo concluye la historia?

#### Preguntas de análisis

1. José María Blanco White es considerado por algunos críticos como un escritor romántico, ¿Cuáles son los principales rasgos del romanticismo? ¿Qué características de Blanco White nos permiten catalogarlo como un representante del romanticismo?
2. Cuando se comparan los cuentos: i) El Deán de Santiago y ii) El Sultán de Egipto ¿existen temas comunes entre ambas historias? ¿Qué lección moral, si la hay, nos presenta el cuento El Sultán de Egipto?
3. ¿Qué ideas u opiniones nos presenta este cuento, respecto de la mujer y la belleza, la riqueza, y el trabajo?
4. En el prólogo a este cuento *El Placer de imaginaciones inverosímiles (1824)*, Blanco White nos presenta algunas opiniones que pueden resultar desconcertantes sobre El Quijote de Cervantes, cuando afirma: “*El Quijote representa uno de los factores más importantes en el arrinconamiento de lo maravilloso*”, y España pasó de “*gustar más que hechicerías y vestiglos, a caer en una apatía de imaginación*” ¿Cómo interpretas estas ideas de Blanco White? ¿Qué relación encuentras entre estas opiniones, con algunas interpretaciones en las que se califica al personaje de Don Quijote de la Mancha, como un personaje loco o cómico?
5. ¿Cuál crees que es el mayor aporte de Blanco White frente al reconocimiento y valoración de la literatura fantástica de España en el siglo XIX? ¿Qué aspectos de la experiencia personal del autor, le permitieron construir su visión personal frente a la literatura fantástica española?

#### Posibles temas para futuras investigaciones

1. Blanco White identifica raíces del género literario fantástico Español en el folclor y tradiciones árabe-musulmanas. Con esta idea en mente, resulta de interés estudiar la conexión e incidencia de las tradiciones y el folclor ancestral de los pueblos indígenas de las

Américas (América del Norte y América Latina) sobre la literatura imaginativa y fantástica en este Continente.

2. Evaluar ¿En qué medida existen conexiones, divergencias o complementariedades entre el folclor y las tradiciones ancestrales españolas y aquellas de los países del Continente Americano?
3. Blanco White también observó obsesivamente la incidencia de la opresión religiosa y política sobre los estilos y temáticas predominantes en la literatura fantástica española del siglo XIX. Al respecto, resulta interesante evaluar, para los países de América Latina, ¿Cuál ha sido el impacto sobre la producción literaria fantástica (en cuanto a estilo y temas abordados), de los largos conflictos políticos y de violencia que han persistido por décadas en esta Región?

### Bibliografía preliminar

- Blanco White, José María. "Sobre el placer de las imaginaciones inverosímiles", en *Variedades o el Mensajero de Londres*, I, V, 1824, pp. 413 – 418.
- Calvelo, Óscar. "Cervantes en la obra crítica de José María Blanco White", *Cervantes Virtual*, 2006, pp. 579 – 582. Consultado a través del siguiente enlace: [Cervantes en la obra crítica de José María Blanco White](#)
- Martínez de Pisón Caverro, José María. "José María Blanco White: Un proyecto liberal en la revolución española". *Anuario de Filosofía del Derecho*, 2005, pp. 221-234.
- Payán Martín, Juan Jesús. *La magia postergada: género fantástico e identidad nacional en la España del XIX*, Universidad de California, Los Ángeles, 2015, pp. 17 – 25 y 54 – 72.
- . *Los conjuros del asombro. Expresión fantástica e identidad nacional en la España del siglo XIX*. Juan de la Cuesta Newark. Delaware, 2022, pp. 81 – 93.
- Reyes Cano, Rogelio. "El cervantismo de José Blanco White: entre la novedad romántica y la deuda ilustrada", *Institucional*, 1991, pp. 215 – 224. Consultado a través del siguiente enlace: [El cervantismo de José Blanco White - Google Scholar](#).
- Rodríguez-Moranta, Inmaculada. "Blanco White a la luz de Juan Goytisolo: Una reivindicación de la heterodoxia hispánica", *Changes, Conflicts and Ideologies in Contemporary Hispanic Culture*, edited by Teresa Fernández Ulloa, Cambridge Scholars Publishing, Chapter 10, 2014, pp. 198 – 218.

Prólogo, edición y preguntas de Nidia Reyes Salomón

# Jorge Montgomery

(c.1804- 1841)

Nació en Alicante, España. Su madre de origen español y su padre un comerciante irlandés. Completó su educación entre Inglaterra y España lo que le ayudó a ser fluente en los dos idiomas inglés y español. Después de vivir mucho tiempo en Inglaterra regresó a España a trabajar como interprete y secretario de Alexander H. Everett. Mediante este conoce a su gran amigo e influyente Washington Irving. Al lado de Irving goza de una vida social activa y nace una amistad estrecha. Los dos comparten ideas y opiniones sobre la literatura durante tertulias. Mas tarde muere su padre y Jorge se ve obligado a emigrar a los Estados Unidos porque prácticamente queda en la ruina y debe mantener a su madre y hermana. Con las recomendaciones de Everett y Irving fue designado cónsul de Puerto Rico y más tarde de Guatemala. Fue asignado a cargos menores en Tampico, México donde se enferma y tiene que regresar a Washington y terminó con el oficio de copiador y *findexer*. Finalmente muere en 1841 a la edad de 37.

Montgomery durante su transcurso de vida escribió grandes obras. Una de la más reconocida e importante fue "El Serrano de las Alpujarras," considerándose esta una adaptación de la gran obra de su amigo Irving, "Rip Van Winkle." Montgomery consiguió extrapolar una historia extranjera y nacionalizarla al país europeo, España.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Cuál es tu experiencia como intérprete/traductor?
2. ¿Qué entiendes por traducción?
3. ¿Te gusta leer textos traducidos sí o no? ¿Por qué?
4. ¿Puede considerarse la traducción creación?

## Introducción

Quería yo, lector benigno (tal quiera Dios que sea) conciliarme tu buena voluntad, y disponerte a mirar con indulgencia las páginas que siguen, antes que de principio a su lectura. Para este fin no tratare de desarmar a la crítica afectando una humildad impertinente, e indicando yo mismo mis propios defectos: ni menos he de insinuar el mérito ni ponderar el trabajo de una obrita de tan poco bulto y tan superficial como la presente. Lo que si hare es ofrecer a tu consideración la circunstancias de que en un tiempo en que apenas se ven sino mera traducciones (por no decir malas) te presento en el género romántico una producción original. Pero no lo es tanto que no pueda rastrearse el origen y semblanza de las ficciones que contine, si se discurre por el vasto campo de la literatura, y se reconocen sus escondrijos. *Nil sub sole novum*. No obstante, si alguna vez he imitado, también he inventado otras, mas nunca traducido. No se crea que al escribir estas novelitas he aspirado a la gloria literaria, bien sé que esta no se alcanza por tan fáciles caminos; y el incognito que guardo prueba cuán lejos me considero merecerla. Tampoco me

ha estimulado el interés; pues ¿Qué beneficio podría resultarme de un trabajo tan humilde? Mi objeto solo ha sido el de agradar y divertir, y el de animar con mi ejemplo a los que con más acierto y mejor pluma puedan cultivar este ramo, que en el día va haciendo tan grandes progresos y tanta aceptación tiene en la Europa. Con este preliminar, y con tales títulos a tu benevolencia, me aventuro, lector discreto, a poner en tus manos este ensayo, esperando formarás de él un juicio favorable, y que si no puedes elogiarle por su mérito, le perdonaras a los menos por su brevedad. Pero antes de pasar adelante, conviene referir una aventura que tuve en la biblioteca real, que, aunque parece no tener analogía con el asunto principal, no deja de venir al caso, y podrá intitularse.

### El serrano de las Alpujarras

Son muy conocidas las montañas de las Alpujarras, famosa en la historia como que fueron teatro de la sangrienta y dilatada guerra que sostuvieron los moriscos contra el segundo Felipe. Los habitantes de estas sierras conservan hasta el presente tradiciones muy curiosas de sucesos ocurridos en aquellos contornos, de combates, hazañas y grandes hechos de armas. Aún saben señalar el sitio mismo donde halló muerte el intrépido don Alonso de Aguilar<sup>48</sup>, cuando puesto de espalda contra un peñasco, hizo frente a un enjambre de moros, matando muchos de ellos antes que sucumbiese a la multitud que le acosaba: aquí enseñan los Silos<sup>49</sup> en que los africanos depositaban sus municiones y pertrechos de guerra; allí la cueva misma que sirvió de albergue al desventurado Aben-Humeya,<sup>50</sup> cuando la fortuna le fuera adversa. Todo en este territorio clásico respira historia, todo recuerda los tiempos de la caballería, y las pasadas gloria de la antigua España. Pero a vuelta de muchos hechos históricos andan mezclado algunos cuya verosimilitud no todos quieren admitir por ciertos visos<sup>51</sup> que tiene de fábula. En efecto, se asegura que desde el seno de aquellas montañas suelen salir voces extrañas y espantosas, y que a veces, como si se batieran dos ejércitos, se oye el estrepito de las armas y las carreras de los caballos. Aún hoy día afirman algunos haber visto allí, unas figuras que parecieran moros. De aquí ha nacido el misterio y el temeroso respecto con los que los naturales hablan de aquellas sierras y este podrá ser el origen de las admirables cosas que se dice haber ocurrido en ellas. Sea de esto lo que fuere, a mí no me basta en los anales de aquellos pueblos, y que no me toca averiguar verdades, sino contar de la misma manera que me la refieren.

Desde la falda, pues, de una de estas sierras descuella el pequeño, pero antiguo pueblo de Cadiar,<sup>52</sup> que si en otro tiempo fue celebre por el valor de sus moradores, y por haberse proclamado en sus cercanías a Aben-Humeya, el jefe de los moriscos sublevados,<sup>53</sup> no lo será menos ahora por la parte que le toca del suceso que voy a referir. En este pueblo vivía antiguamente un labrador sencillo, llamado Andrés Gazul, hombre de buena condición, y de un carácter sumamente dócil y pacífico, y sobre todo era un marido obsequioso y obediente. A esta última circunstancia debe de atribuirse, sin duda, aquella humildad de

---

<sup>48</sup> Considerado un bandolero y pirata morisco del siglo XVI.

<sup>49</sup> Sótanos.

<sup>50</sup> Fue el líder de la revolución morisca contra Felipe II.

<sup>51</sup> Aspectos o apariencias.

<sup>52</sup> Pueblo localizado en la falda de las sierras de Las Alpujarras, España.

<sup>53</sup> La revolución de los moriscos en España fue una rebelión contra Felipe II porque este dictó la pragmática sanción de 1502, la cual limitaba los derechos culturales de los moros quienes formaban gran parte de la población del reino de Granada.

espíritu por la que vino a ser tan bien querido de todos y que le concilió la estimación general; ¡raro ejemplo de lo que puede la disciplina conyugal! Pues vemos que no hay genio tan fuerte y duro, que no ceda y se ablande al pasar por el crisol ardiente de la tribulación doméstica. Así, pues, era el tío Andrés el querido de su pueblo. Las comadres le protegían tomando su parte contra la implacable Gertrudis (que así se llamaba su mujer) en las frecuentes camorras que esta le suscitaba. Las solteras hallaban en él un árbitro imparcial en sus rencillas amorosas, y un mediador que componía las pendencias y restauraba la paz. De los muchachos, apenas había uno que no fuese partidario suyo, pues le acompañaba en sus juegos, les contaba cuentos y batallas de moriscos<sup>54</sup> y cristianos, en que los últimos siempre ganaban; y, en fin, sufría con paciencia todas sus aventuras. Así le querían ellos, así, cuando se presentaban en sus corrillos, le recibían con aclamaciones. En una palabra, hasta los perros, cuando pasaba Andrés, se abstenían a ladrarle.

Por desgracia se reconocía en la índole de Andrés un defecto fatal, y era una aversión insuperable a todo género de trabajo provechoso. No obstante, en algunas ocasiones se hacía notable su constancia y aplicación; pues se sabe que era hombre que llevaba los días enteros discurriendo por aquellas soledades, trepando montes y atravesando barrancos con la escopeta al hombro, sin más objeto que matar una perdiz o malherir algún conejo. Otras veces se le veía al pie de un arroyo convertido en pescador, sosteniendo una caña tan larga y pesada como una garrocha de picar; y estaba así, desafiando los rigores de un cielo abrasador, para volverse a fin sin sacar para el desayuno. Jamás solicitó en vano ningún vecino los auxilios de Andrés: al uno le podaba una parra<sup>55</sup>, al otro le sembraba un campo, y en todo tiempo se hallaba dispuesto a intervenir en los negocios ajenos; pero en cuanto a cuidar de los suyos propios, ni a mirar por su hacienda, eso no había forma de que lo hiciese. “¿para qué, decía Gazul, me tengo de afanar en cultivar mi heredad, si me ha cabido en suerte un terreno pestífero, el más ingrato de toda monarca? Allí donde había de crecer el trigo, prosperaban los abrojos; donde pensaba coger garbanzos medran las malezas con admirable lozanía.<sup>56</sup> Si me hace falta el tiempo seco, luego diluvia; si necesito del agua, la tierra se abrasa de calor.” Por estos términos discurría Andrés, y mientras tanto su patrimonio se le iba de entre las manos, habiendo ya menguado tanto que solo le quedaba un huertecillo que escasamente le proporcionaba algunas hortalizas.

Los hijos de Andrés (pues también lo tenía) eran copia fiel de su padre, y seguían puntualmente sus huellas. Al mirar su desaliño, y al verlos tan traviosos y bravíos, cualquiera hubiera dicho que no pertenecían a nadie.

El amigo fiel y constante compañero de Andrés, era un podenco que se llamaba Tarfe.<sup>57</sup> Ambos corrían la misma fortuna, y uno y otro vivían sujetos a la férula de la tía Gertrudis; la cual tenía una ojeriza singular al pobre perro, pues le miraba como la causa de los extravíos de su marido, y como partícipe de sus excesos; y así se los hacía conocer por el duro trato que le daba. Era Tarfe un animal generoso, sin que le faltase valor y demás prendas que corresponden a un perro bien nacido. En los lances y en los peligros habría quedado siempre con honor: tan solo la cólera de Gertrudis aterraba su valentía. Lo mismo era entrar en cuidado por su casa, que ya desde los umbrales perdía su altivez; se le humillaba la cerviz,

---

<sup>54</sup> En el contexto histórico español, musulmanes convertidos al cristianismo.

<sup>55</sup> Planta que cuelga de su propio albor.

<sup>56</sup> Tierra lozana o joven.

<sup>57</sup> Nombre de personaje cervantino. Se encuentra en la segunda parte del Quijote.

bajaba la cola, y se ponía en recelo a estudiar el semblante de su señora: notaba un movimiento de ira, veía alzar una escoba, un mano de almirez, y al punto lanzando un aullido, se precipitaba fuera la puerta.

Pasaban los años, los tiempos eran cada vez peores, y al paso que la hacienda y los intereses de Gazul iban de menos en menos, las reconvenciones y clamores de su esposa iban de más a más. En medio de esta angustia, Andrés, muy lejos de pensar en la enmienda, procuraba el alivio de sus penas concurriendo a la tertulia del boticario, donde los hombres graves y principales de Cadiar, el alcalde, el escribano y el sacristán, tenían sus sesiones, y desplegaban los primores de su elocuencia sobre asuntos de economía rural, horas calculando el producto de las cosechas, horas pronosticando mudanzas en el tiempo, menos cuando alguna vez manoseaban la reputación de algún vecino. Creía Andrés seguro en este sagrado, y al abrigo de la persecución conyugal, pero se engañaba; porque aún de esta fuerte posición sabía desalojarle la formidable Gertrudis, presentándose allí mismo reprimir a su relajado consorte.

La situación del miserable Gazul rayaba en la desesperación; y no quedándole ya más alternativa para huir de las labores de su heredad y despotismo de su mujer, que la caza, echó una tarde la escopeta al hombro, y en compañía de Tarfe, se fue para los montes. En esta ocasión, habiéndose alejado más de lo regular, se internó hasta lo más solitario y escabroso de la sierra; y después de haber hecho resonar un largo rato las cavidades de aquellas rocas con el repetido estruendo del arcabuz,<sup>58</sup> cuyos ecos retumbaban en el hondo valle, llegó insensiblemente a la cima de un escarpado cerro que dominaba todo el país circunvecino.

Rendido de tanta fatiga, determinó Andrés descansar allí un momento, y contemplar entre tanto el grandioso espectáculo que la naturaleza le presentaba. Tendió la vista, y por una parte se descubría toda la extensión de las alpujarras, erizadas de riscos y peñascos hacinados los unos sobre los otros y semejantes a las alborotadas olas de un mar embravecido. Por otro lado, se divisaba debajo de sus pies su lugar nativo y en torno de él se veía girar un raudo vuelo de águila real, ya remontándose pausadamente hasta las nubes, ya precipitándose por los espacios aéreos con la rapidez del rayo. Mas adelante se extendía un anchuroso valle, matizado de innumerables huertas y sembrado; y allá en la lontananza se columbraban, en medio de su deliciosa vega, las altas torres, los regios alcázares, y dorados chapiteles<sup>59</sup> de ínclita Granada.

Pero todo era casi perdido para Andrés, porque la disposición de ánimo en que se hallaba, o por mejor decir rudeza de su entendimiento, le hacían casi insensible a tan majestuosa perspectiva. Aquí fue cuando Gazul se abandonó por primera vez a las reflexiones más melancólicas, recapacitando allá en su mente los sinsabores y trabajos de su vida. Absorto estuvo algún rato en estos tristes pensamientos; y en tanto tocaba ya el sol el término de su carrera, y las lenguas sombras que caían de las montañas se extendían hacia el horizonte. Por fin, lanzando un suspiro, tornó Andrés en sí; y al disponerse a volver a su cabaña para evitar los gritos y reconvenciones de su esposa, oyó una voz que desde lejos parecía pronunciar su nombre. Volvió la cabeza a una y otra parte, y no viendo en aquellos silenciosos sitios objeto alguno viviente, creyó sería ilusión, más al punto resonó otra vez la misma voz, prorrumpiendo distintivamente en el grito de “¡Andrés! ¡Andrés Gazul!”

---

<sup>58</sup> Rifle o escopeta.

<sup>59</sup> Almohadillas.

Un temor secreto se apoderó del pusilánime<sup>60</sup> de Gazul en este momento, pues en un punto y de tropel asaltaron su memoria todos los misterios y portentos de aquella sierra, y temblaba de que también a él le sucediese alguna terrible ventura. En esto Tarfe, que no se separaba de su lado, empujando las orejas y erizando el lomo, dio un ladrido sordo, y se puso a mirar receloso por las montañas abajo. Volvió Andrés la vista en aquella dirección, y vio una figura extraña que a pasos lentos se venía por las laderas del monte arriba, la cual, alzando la mano y la cabeza, le hizo señas de que bajase. Obedeció Gazul, ya fuese por miedo o ya por su natural condescendencia, y al acercarse a aquel objeto, vio un anciano venerable, vestido de una ropa talar, blanca como el armiño. Las hebras argentadas de su barba le llegaban hasta la cintura: traía un báculo en la mano; y una especie de turbante le cubría la cabeza. El anciano, con aire de autoridad y rostro grave, hizo nueva señal a Andrés para que le siguiese. Hízolos este así, y por parajes apenas pisados de planta humana fue siguiendo, sin desplegar los labios, a tan misterioso personaje.

Anduvieron algunos pasos, y habiendo dado la vuelta al monte, fueron a desembocar en un rambladizo que se formaba de la reunión de uso cerros empinados que ceñían este recinto, figurando así un anfiteatro espacioso y sombrío. ¡Cual sería el asombro de Andrés al descubrir repentinamente en este sitio una lucidísima comparsa de caballeros moriscos bizarramente vestidos! Las marlotas recamadas de oro y plata, los turbantes de diversos colores, las relucientes cimitarras, y, en fin, el lujo exquisito de sus arneses deslumbraba la vista, llenando al pobre Andrés de una confusión inexplicable. Quería ya el temeroso labrador volver sobre sus pasos para retirarse e incontinenti los moriscos le rodean, le detienen, y le saludan a la usanza mora, cruzando las manos sobre el pecho y haciéndole profundas zalemas<sup>61</sup>. En seguida le despojan de la rústica zamarra, la montera y las albahacas, y le visten un magnífico caftán<sup>62</sup> forrado de pieles de marta, y bordado de oro con franjas de lo mismo. Un precioso cinturón, guarnecido de piedras finas, ciñe su cuerpo, y a su lado pende un corvo alfanje damasquino de inestimable precio. Unos borceguíes de finísimo tafete adornan los pies del serrano; y, por último, colocan sobre su cabeza un ancho turbante de tocas verdes y blancas, bandeadas de oro con muchas sartas de perlas. Sobre el turbante ondeaba un penacho blanco, y una media luna de diamantes centelleaba sobre su frente eclipsando la luz del día.

Ocupaba el centro del anfiteatro una antigua y frondosa encina, cuyas ramas, paramentadas de colgaduras de damasco sembradas de medias lunas, formaban un soberbio dosel. Al pie del árbol se había tendido una alfombra primorosamente labrada al gusto asiático, y encima de ella estaba colocado un ancho y mullido almohadón de terciopelo con borlas de oro y bordados exquisitos.

Crecía por momentos la admiración de Andrés a la vista de tan esplendorosa escena; pero subió de todo punto al ver que le conducen al dosel, que le sientan sobre el almohadón, y que habiéndole hecho nuevamente el más rendido acatamiento, suena un ruidoso golpe de música de cajas, timbales y clarines, y prorrumpen todos a una en la aclamación de “¡viva Aben-Humeya!”

En seguida se le acercan unos mancebos que le sirven variedad de dulces y sorbetes, le presentan el opio,<sup>63</sup> y deponen a sus pies una hermosa trípoda en que ardían los aromas más preciosos del Arabia.

---

<sup>60</sup> Bueno para nada y cobarde.

<sup>61</sup> Saludo o reverencia.

<sup>62</sup> Túnica.

<sup>63</sup> Sustancia con propiedades analgésica.

“¡Cielos santos!” se decía el atónito serrano, ¡qué visiones son estas! ¡yo rey de Granada, yo musulmán! Pecador de mí, ¿no soy yo aquel infeliz labrador Andrés Gazul, el desventurado y asendereado marido de la áspera Gertrudis? Iba y venía nuestro Andrés en estas reflexiones, ya figurándose que era un sueño cuanto veía, ya atribuyéndolo todo a encantamiento, sin acertar en cosa alguna. Entre tanto los respetos más sagrados acaso hubieran cedido a los impulsos de la ambición; pero ya los efectos narcóticos del opio y los vapores de la trípoda le iban embargando los sentidos, y un letargo irresistible pesaba sobre sus párpados: así es, que inclinó la cabeza, cerró los ojos, y quedó sepultado en un profundo sueño.

Andrés, al despertarse, se halló en la cima del mismo cerro, y precisamente en el propio sitio, desde donde había visto al anciano de la barba blanca. Era un bello día de primavera: el nuevo sol comenzaba a herir con sus rayos de oro las altas cumbres de las Alpujarras, y las alegresavecillas celebraban ya con gorjeos su luminosa y vivificante presencia. Quedó Gazul suspenso algún instante, se estregó los ojos y empezó a mirar cuidadoso en derredor de sí. El extraño suceso de la víspera, y los objetos que había visto, ocupaban tan intensamente su imaginación, que no cesaba de buscarlo con la vista, pero en vano: todo se había desvanecido. “¿Será posible, dijo Andrés, que se me haya pasado la noche entera durmiendo en este monte? ¿pero qué han hecho los moriscos? ¿qué se hizo la dignidad y la pompa regia en que me ví? ¡luego todo ha sido ilusión! ¡y cuanto he visto no fue sino sombras vanas, solo ficciones de las fantasías!” Reparando en su vestido, vio que era la misma ropa rustica que solía llevar. A su lado estaba la escopeta, carcomida la caja, y el cañón amohecido: allí cerca halló también el zurrón<sup>64</sup> enteramente apolillado.

Pensó el pobre hombre perder el juicio: pues era tal el tropel confuso de ideas que le acometían, que cuanto más discurría sobre el caso, mayores dudas se acumulaban en su pensamiento. En esto echó de menos el perro; y no viéndole, se persuadió que se había descarriado en seguimiento de alguna pieza; dio un silbido, le llamó una y otra vez por su nombre, pero fue en valde: el eco solamente respondió al silbido y a la voz, y Tarfe no aparecía. Entonces determinó Andrés volver a visitar el lugar de la escena pasada, por si de esta suerte hallaba el hilo de tan intricado laberinto, y la solución de tantas dudas. Al ponerse en pie sintió tal rigidez en todas sus coyunturas, que el cuerpo parecía haber perdido su natural agilidad. Tomó la escopeta entre las manos, y cabizbajo y pensativo echó a andar por la misma senda que antes le había conducido al azaroso anfiteatro. Tropezando y cayendo por entre aquellas asperezas, pudo llegar a duras penas hasta el paraje donde debía estar la entrada del encantado país que buscaba; pero en su lugar encontró, con harta sorpresa, un peñasco enorme que le parecía tajado a cincel, y que le cerraba el paso. Un muro impenetrable le impedía seguir adelante; y para volver atrás, las dificultades vencidas y por vencer le aterraban y retraían. En este conflicto, y viéndose solo entre aquellas breñas, se le oprimió el corazón; y no sabiendo que partido tomar, miraba ansiosamente a todas partes por si hallaba algún consuelo en tanta pena. Volvió a llamar a el perro más no tuvo otra respuesta que el graznido de un ominoso cuervo, que desde lo alto de un elevado risco parecía que se burlaba de su turbación. Por fin, cobró animo nuestro serrano y haciendo un esfuerzo lo logró, no sin algún peligro, salir a terreno más igual, dirigiendo desde allí los pasos hacia su pueblo.

Estando ya cerca de él, encontró varias gentes que iban y venían; pero le causaba mucha novedad no conocer a ninguno; tanto más cuanto apenas había vecino en Cadiar con quien no tuviese alguna relación o intimidad. Todas eran caras nuevas: hasta los trajes parecían diferentes de lo que solían llevar; y todos invariablemente, al pasar por su lado, señalaban la mano, y le miraban con admiración y

---

<sup>64</sup> Bolsa de cuero.

curiosidad. Esta acción tantas veces repetida dio lugar a que Andrés hiciese involuntariamente lo mismo, y bajando al propio tiempo los ojos, echó de ver con espanto que la barba le había crecido más de un palmo.

A la entrada del pueblo se vio en un instante rodeado de una multitud de muchachos, que luego le levantaron una grito descomunal, y se fueron detrás de él, burlándose de su facha extraña y de su deforme y canosa barba. Hasta los perros que solían ser antes tan amigos suyos, ya no lo reconocían, y saliéndole al encuentro le ladraban con desapacible porfía. No daba un paso sin hallar nuevos motivos para admirarse. Muchas de las casas que tan frecuentadas y conocidas tenía, habían desaparecido, y en su lugar se veían otras diferentes. Las caras que se asomaban a las puertas y ventanas también eran nuevas para él. En suma, las casas, las calles, los vecinos y el pueblo, todo para el desconsolado Gazul era nuevo, extraño y desconocido.

En medio de tan grandes novedades empezó el triste villano a entrar en aprensión, y sospechó que se le había trastornado la cabeza. Ya le parecía que él, y su pueblo, y el mundo todo, estaba hechizado; y tras un profundo suspiro: “Válgame Dios, exclamó, ¿en qué vendrá a parar todo esto? ¿no es este mi pueblo, de donde no hace más de un día salí? ¿no son aquellas sierras las Alpujarras, o será que todavía estoy soñando?” y acordándose entonces del anciano de marras. “¡Ah! Ese viejo maldito, siguió diciendo, ese barbón hechicero, es quien tiene la culpa de todo: nunca yo le viera, ni menos me fiara de él, que no me hallaría hoy en paso tan riguroso.”

Después de algunos rodeos que hubo de hacer para encontrar su propia casa, dio al fin con ella, y fue acercándose a la puerta no sin algún recelo, pues temía a cada instante oír los agudos acentos de la tía Gertrudis. Estaba la pobre choza hecha una ruina, el techo desmoronado, rotas las ventanas, y la puerta por el suelo. Por allí cerca andaba a sombra de tejado un perro flaco, ruin y hambriento, y muy parecido a Tarfe. Le llamó Andrés por su nombre; pero aquel no hizo más que enseñar los dientes, y volviendo las espaldas, siguió su camino. “¡Tú también, dijo Andrés, tú también me desconoces perro ingrato!” Entró dentro de la casa, y la halló desierta y abandonada. Dio voces; pero nadie le respondía: pasó a la cocina, y de la cocina al corral, y del corral a la cuadra, y volvió a llamar a su mujer y a sus hijos. Resonaron por un momento las paredes con su voz, y luego al punto todo era soledad y silencio.

Ya no pudo permanecer por más tiempo en este sitio, y saliéndose, se fue en busca de la casa de su amigo el boticario; pero también había desaparecido, y en lugar de la botica vio que se había construido un mesón.<sup>65</sup> A la puerta había un grupo de soldados y estudiantes, gente aciaga para nuestro aventurero; pues lo mismo fue llegar este allí, desgredado y mugriento, con la escopeta al hombro, y una turba de muchachos en su alcance, que se movió entre ellos una gresca cual no se puede ponderar. Los soldados le preguntaban si venía a sentar plaza, los estudiantes decían si se habría desprendido de algún tapiz. Quien le tenía por un loco escapado de su jaula, quien por un jefe de bandoleros; y todos, en vez de responder derecho a las preguntas que le hacía Andrés, le aburrían con sus impertinencias, en términos que poco faltó para que del todo perdiese la paciencia el pacífico Gazul.

En esto salió el mesonero diciéndole: “Ea, buen hombre, apacíguese, y díganos lo que le sucede, qué quiere, de donde viene, y qué amigos o conocimientos tiene en este pueblo, que de todo daremos razón lo mejor que supiere.” Procedió Andrés entonces a preguntar por el boticario, por el escribano, y por otros amigos suyos, nombrándolo por su nombre y apellidos. “¡Jesús! Exclamó el mesonero, mire

---

<sup>65</sup> Establecimiento donde se sirve comida.

hermano lo que dice, porque todos, o la mayor parte de las personas que acaba de nombrar murieron cerca de veinte años.” “pues yo juraría, dijo Andrés, que ayer los dejé sanos y buenos en este pueblo, del cual soy hijo y vecino, y de donde dé no ha más de un día que salí; pero desde entonces acá todo ha mudado, pues ya aquí nadie me conoce, ni yo veo ni conozco a ninguno de tantos amigos y parientes como antes tenía.”

Aquí fue el prorrumpir en quejas el mísero Gazul, y el lamentarse de su suerte, pues se miraba solo y aislado en el mundo, sin amigos, sin casa y sin familia. Cada palabra que le decían en satisfacción de sus preguntas era un golpe que le traspasaba, acrecentando a un mismo tiempo su pena y confusión; pero al fin exclamó en tono desesperado: “¿Y aquí no habrá nadie que conozca a Andrés Gazul?” “Cómo si le conocemos, dijeron dos o tres de los circunstantes, desde aquí le podéis ver: miradlo ahí plantado en aquella esquina, donde está tomando el sol y fumando su cigarrillo ni más ni menos como lo hacía su padre que paz haya.” Miró Andrés y en efecto, vio un hombre de hasta unos treinta años, que se le semejaba tanto que parecía su mismo trasunto<sup>66</sup>. Figuraba se él cuitado estarse viendo a sí mismo, y con esto se acabó de confundir, de manera que llegó a dudar de su propia identidad.

En esto se presentó el alcalde, y le preguntó que quien era y como se llamaba. “Dios lo sabe, respondió Andrés; yo ya no soy yo mismo, soy aquel que está allí, y él debe ser yo. Ahora solamente se que anoche era Andrés Gazul; pero me quedé dormido en el monte, y ya no soy el mismo que era, ni el pueblo el mismo en que vivía, ni las casas, ni las gentes, ni ninguna cosa es hoy lo que era ayer.” Los que así le oían desbarrar se persuadían de que el pobre hombre estaba fuera de sí, y unos a otros se lo daban a entender por señas, meneando la cabeza y tocándose la frente con el dedo. Ya trataban de quitarle la escopeta y de asegurarse de su persona, cuando llegó felizmente allí una mujer joven que, haciéndose lugar por entre la gente, se empeñó en que había de ver al viejo barbudo que tanto movía la curiosidad de todos. Traía esta mujer en brazos un niño, que al ver a Andrés se asustó y empezó a llorar. “calla, Andresillo, le dijo la madre, y no temas, que el buen viejo no te hará daño.” El aire de esta mujer, su metal voz, y el nombre de la criatura, fijaron desde luego la atención de Andrés, despertando en su ánimo los más tiernos recuerdos: así es que no pudo menos de preguntar cómo se llamaba.

“Aldonza<sup>67</sup> Gazul,” respondió ella. “y tú padre,” preguntó Andrés. “¡Ah! Mi pobre padre se llamaba Andrés Gazul, y murió siendo yo niña. Hace veinte años que se fue un día a cazar a la sierra, y desde entonces acá no le hemos vuelto a ver, ni de él se ha tenido la menor noticia. El perro que le acompañaba se volvió solo a casa, pero mi padre sin duda ya no existe.”

Solo una cosa le faltaba saber a nuestro Andrés, pero titubeaba al preguntarlo: “dónde está tu madre,” dijo.

“¿Mi madre, la tía Gertrudis? También hace muchos años que murió.”

“Allá se la tenga Dios en la gloria,” dijo Andrés; pero con cierto tono socarrón que dejaba dudar si lo decía de alegría o de sentimiento. En seguida tomando entre sus brazos a Aldonza y a su niño: “Yo soy vuestro padre, dijo: yo soy Andrés Gazul, hija mía; y aquel que veo allí debe ser mi hijo, pues tanto se parece a lo que era yo cuando tenía su edad, que según tu cuenta hará ya veinte años, aunque para la mía no han pasado ni tampoco veinte horas.” Entre tanto salió de entre la multitud una vieja decrepita,

---

<sup>66</sup> Imitación

<sup>67</sup> Aldonza Lorenzo (idealizada por don Alonso Quijano como Dulcinea). Personaje femenino del Quijote.

que, acercándose a Andrés, se puso a mirarle de hito en hito, y después de un rato exclamó: “Él es, no hay que dudar, es el mismo Andrés Gazul: pero, compadre, ¿qué se ha hecho en tanto tiempo que no le hemos visto?” no tardó mucho Andrés en contar todo el suceso, puesto que para él habían sido los veinte años lo mismo que una noche, como que todo este tiempo lo había pasado durmiendo sin interrupción.

La admiración y el espanto se apoderó de los que escuchaban, viendo las maravillas que contaba de la sierra, con todo aquello de visiones de moriscos y demás que allí le avino. Pero no faltaron algunos espíritus incrédulos y rebeldes que se resistían a darle crédito; y ya le empezaban a tratar de loco y de embustero, cuando dio la casualidad de pasar por allí el sacristán, hombre sabido y leído, que hablaba por sentencias, citaba textos, y solía disparar latines. Este grave sujeto, les aseguró que podía ser muy cierto cuanto refería Andrés, pues ya sabían ellos las cosas extrañas que se contaban de aquella sierra, y como en ella se habían vistos las sombras de don Alonso Aguilar y del rey de los moriscos rebeldes; y que tuviesen por cierto que cuando en las tempestades se oían los truenos allá en la sierra, no eran truenos, sino el ruido de los desaforados golpes que estos dos se daban el uno al otro en las crudas batallas que trataban entre sí.

Satisfechos todos con razones tan convincentes, dieron a Andrés la enhorabuena de su regreso, aconsejándole que no volviese más a visitar aquella montaña, y su hija se lo llevó a su casa, donde vivió por muchos años con ella y con su marido, que era un hombre labrador hombre de bien y acomodado. Entre tanto, se daba Andrés no poca importancia con la relación de sus aventuras, que de puro repetidas se le llegaron a olvidar. Así vivió hasta verse en una edad avanzada, lleno de consideración, y respetado como patriarca y coronista de su pueblo. Por último, murió en medio del sentimiento general; y este es el día que en Cadiar se conserva afectuosamente la memoria de Andrés Gazul, el serrano de las Alpujarras.

#### Preguntas de comprensión

1. ¿Cómo comienza el narrador de la historia? ¿Qué tipo de narrador es?
2. ¿Dónde se sitúa la historia?
3. Nombra los personajes primarios de la historia y descríbelos. ¿Notas algo en particular en algunos de estos?
4. ¿Cómo es la vida de Andrés Gazul?
5. ¿Cuál era el defecto de Andrés Gazul?
6. ¿Por qué y hacia dónde se va Gazul?
7. ¿Qué le pasa a Gazul en la sierra?
8. ¿Qué pasa cuando Andrés regresa a su pueblo?
9. ¿Cómo termina la historia?

#### Preguntas de análisis

1. ¿Cuál crees tú que es o son los temas de la historia?
2. ¿Dónde se refleja la crítica a Fernando VII en esta historia?

3. ¿Por qué crees tú que el autor no es fiel a la historia “original” y construye otra versión?
4. ¿Cómo se maneja el tiempo en esta historia, en comparación con lo que hemos visto en los cuentos anteriores?
5. ¿Cuáles son algunas referencias literarias que podemos señalar en el cuento?

#### Preguntas de opinión

1. ¿Qué te pareció el cuento? ¿Qué te parece que una traducción no sea fiel al original?
2. ¿Qué aprendiste del cuento?
3. ¿Puedes hacer alguna conexión con la vida actual o literaria de las últimas épocas?

#### Temas de investigación propuestos

1. La identidad es un tema trabajado en el texto. Puedes partir de las siguientes líneas de Andrés Gazul: “yo ya no soy yo mismo, soy aquel que está ahí, y él debe ser yo”.
2. La historia del pueblo árabe y español es otro tema relevante en la historia.
3. La creencia de lo fantástico de los pueblos árabes como parte de su cultura.
4. La nacionalidad exaltar las características históricas de lugares enigmáticos como de España

#### Bibliografía preliminar

García Castañeda, Salvador. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. “Acerca De George Washington Montgomery, Washington Irving y Otros Hispanistas Norteamericanos De La Época Fernandina.” *Biblioteca Virtual Miguel De Cervantes*, Biblioteca Virtual Miguel De Cervantes, [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/acerca-de-george-washington-montgomery-washington-irving-y-otros-hispanistas-norteamericanos-de-la-poca-fernandina-0/html/011b349e-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html#I\\_0](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/acerca-de-george-washington-montgomery-washington-irving-y-otros-hispanistas-norteamericanos-de-la-poca-fernandina-0/html/011b349e-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_0).

Irving, Pierre Munroe. *The Life and Letters of Washington Irving*. New York: Putnam, 1883. <https://archive.org/details/lifelettersofwa01irviuoft>.

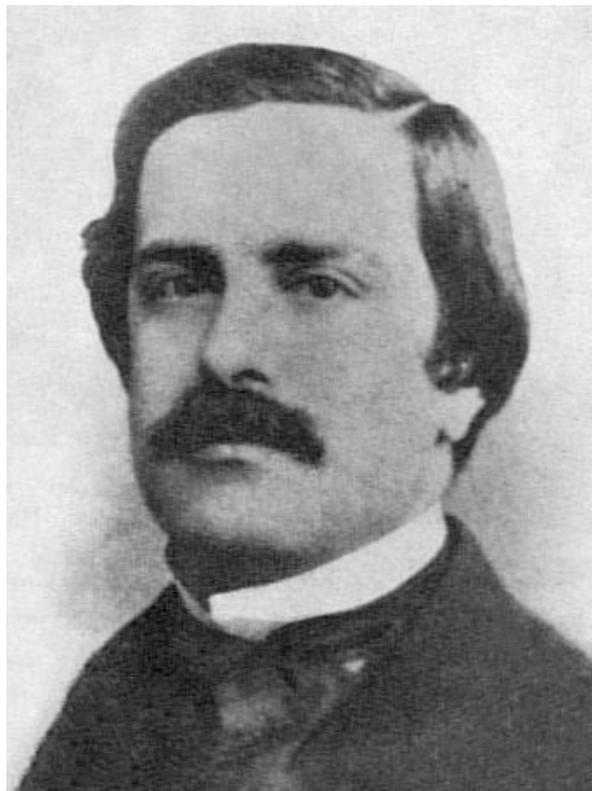
Payán, Juan Jesús. “Jorge Montgomery o el poder de la subversión traslaticia.” *Los conjuros del asombro: expresión fantástica e identidad nacional en la España del Siglo XIX*, Juan de la Cuesta, 2022, pp. 175–193.

Prieto, Javier Villoria. “Tareas de un solitario: traducción o reescritura.” *Livius*, vol. 12, 1998, pp. 203–221.

Prólogo, edición y preguntas de Liliana Contreras

# Juan Valera

(1824-1905)



[https://en.wikipedia.org/wiki/File:Juan\\_Valera.jpg](https://en.wikipedia.org/wiki/File:Juan_Valera.jpg)

Juan Valera, nació en Cabra, España el 18 de octubre de 1824 y murió en Madrid, el 18 de abril de 1905. Juan Valera, fue criado en Cabra hasta los nueve años y gracias al trabajo de su padre continuó su vida entre Córdoba, Madrid y Málaga. Valera venía de un hogar católico cuyos padres fueron José Valera y Viaña, oficial de la Marina española retirado y Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, marquesa de la Paniega. Su nombre completo era Juan Valera y Alcalá-Galiano.

Valera no siguió los pasos de su padre en la carrera de las armas por influencia de su madre, ya que la misma se oponía. Por consiguiente, estudió Lengua y Filosofía en el seminario de Málaga entre 1837 y 1840. Asimismo, asistió al colegio de Sacromonte de Granada en 1841 y posteriormente, estudió Filosofía y Derecho en la Universidad de Granada obteniendo su licenciatura en 1846. Evidentemente, fue un hombre polifacético ya que desempeñó varios roles a lo largo de su vida, entre ellos ejerció como el de director de una serie de periódicos y revistas. Además, realizó labores diplomáticas y políticas para el gobierno español.

Valera tenía un excelente dominio de varias lenguas, las cuales aprendió simultáneamente mientras estudiaba y trabajaba. Es decir que, Valera llegó a hablar, leer y escribir en francés, alemán, italiano e inglés, lo que resultó en que tradujera muchas obras de un idioma a otro. Se puede señalar, que la

versatilidad de Valera se debe en gran parte al hecho de ser un políglota<sup>68</sup> y también a su gran interés por viajar y estudiar.

Cultivó principalmente la prosa, destacándose dentro de distintos géneros literarios. En cuanto a su estilo se le cataloga como un idealizador e irónico, inclinado a la filosofía. No obstante, siempre fue firme a definir su propio sistema y estilo, con el cual buscaba proponer el sosiego necesario para una vida feliz y placentera. En otras palabras, Valera no incluye en sus obras los temores al destino, a los dioses o a la muerte. Por tal motivo, para él la novela debe reflejar la vida de forma idealizada y embellecida, sin embargo, debe plantear la realidad.

Evidentemente creó muchas obras, entre ellas están varias novelas<sup>69</sup> de las cuales las más importantes son *Pepita Jiménez*<sup>70</sup> (1874), *Juanita la Larga* (1896) y *Morsamor* (1899). Por otro lado, vale mencionar que se destacó por sus cuentos<sup>71</sup>, tanto los que escribió como los que tradujo e interpretó. Notablemente su conocimiento y dominio de seis lenguas, le permitieron traducir e interpretar muchas obras. Tal es el caso, de los dos cuentos tradicionales japoneses que tradujo, “El pescadorcito de Urashima” y “El espejo de Matsuyama”, en Madrid, 1887.

Cabe recalcar que, Valera al traducir e interpretar cuentos japoneses, desencadena entre España y Japón “la recepción y la valoración de estas publicaciones en ambos países.” (Takagi 127), es decir que los japoneses también tradujeron algunos cuentos españoles, como por ejemplo cuento infantil *El Ratón Pérez*<sup>72</sup>. De esta manera, Valera al traducir e interpretar “El pescadorcito de Urashima”, pone en evidencia su interés por el realismo fantástico<sup>73</sup>, además de que considera que el cuento tiene “curiosa similitud con las tradiciones cristianas...”. (Takagi 132).

Dentro de este orden de ideas, es importante aclarar que el origen del cuento tradicional japonés “El pescadorcito de Urashima”, se remonta al siglo VIII y tiene su antecedente en *Nihonshoki*<sup>74</sup>.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Dónde se localiza Japón geográficamente?
2. ¿Qué sabes de la cultura japonesa y sus creencias?
3. ¿En qué consiste la gastronomía japonesa?
4. ¿Cómo es la educación en Japón?

---

<sup>68</sup> Políglota: Dicho de persona: que habla varias lenguas. RAE.

<sup>69</sup> Las ilusiones del doctor Faustino, El comendador Mendoza, Pasarse de Listo, Juanita la Larga, etc.

<sup>70</sup> Históricamente reconocida y la cual escribió a sus 50 años, y con la cual consiguió el ideal que quería en una novela y fue convertida en ópera.

<sup>71</sup> El pájaro verde, La buena fama, Lo mejor del tesoro, etc.

<sup>72</sup> El Ratón Pérez. “el cuento del Ratón Pérez del que ningún niño español podría ser ignorante, se publicó en 1911 en España y se tradujo al japonés en 1953 por la editorial Iwanami.” Takagi.

<sup>73</sup> Realismo fantástico. Estilo que se preocupa por mostrar lo irreal y extraño como algo cotidiano y normal.

<sup>74</sup> Segundo libro más antiguo de la historia de Japón y según Takagi “Urashima Tarō tiene su antecedente ya en *Nihonshoki*...” (127).

## El pescadorcito de Urashima

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió a pescar en su barca; pero en vez de coger un pez<sup>75</sup>, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga<sup>76</sup> con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

-Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizá mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar a este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al mediodía a echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

-Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende<sup>77</sup> los mares. No fue tortuga la que pescaste poco ha, y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tú eras bueno o malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía e imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh que sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, ponlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el Palacio parecía. Y todo ello pertenecía a Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles

---

<sup>75</sup> El pez koi es un símbolo de amor y amistad en Japón.

<sup>76</sup> La tortuga está relacionada con la longevidad, sabiduría y la buena suerte.

<sup>77</sup> Allende. "Más allá de". (RAE)

con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima a su mujer:

-Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver a mi casa y ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

-No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver a verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto a la choza de su padre, seguía corriendo: pero ya no iban allí mujeres a lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces a pasar un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

- ¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

- ¿Urashima? ¿Cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió a la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años en compañía de la princesa, había sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se le marcaría?

-Tal vez -caviló él- si abro la caja que ella me dio, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, o bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una

nube<sup>78</sup> blanca que se fue flotando sobre la mar. Gritaba él en balde a la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr hacia la playa en pos<sup>79</sup> de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrepito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir a ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?

### Preguntas de comprensión

1. ¿Cómo es la personalidad del pescador?
2. ¿En qué época del año se desarrolla el cuento?
3. ¿Qué hizo Urashima con la tortuga? y ¿por qué?
4. ¿Quién era la tortuga?
5. ¿Por qué se va Urashima de su pueblo?
6. ¿Con qué realidad se encuentra Urashima al regresar a su pueblo?
7. ¿Cómo reaccionó Urashima emocionalmente cuando descubrió lo que le sucedió a su familia?
8. ¿Qué cantidad de tiempo transcurre según Urashima desde que se fue?
9. ¿Cuál es el tiempo según los pobladores de su tierra? ¿Qué año es?
10. ¿Por qué el pescador no pudo regresar?

### Preguntas de análisis

1. ¿Por qué regresó a Urashima?
2. ¿Qué significado tienen los peces?
3. ¿Qué significado tiene la tortuga?
4. ¿Qué significa la nube?
5. ¿Cómo se puede explicar el tiempo vs la realidad en los dos lugares?

---

<sup>78</sup> Nube. Considero que está relacionado a la liberación, ya sea del alma, del cuerpo o algo más. También puede referir el pasar de los años o la pasión nubla la razón.

<sup>79</sup> “Detrás de”

6. ¿Cómo podía regresar Urashima al Palacio del Dragón<sup>80</sup> con su amada?
7. ¿Crees que Urashima tenía la opción de regresar?

### Temas de investigación propuestos

1. La magia y el género fantástico en los cuentos japoneses
2. Los simbolismos orientales
3. El tratamiento del tiempo
4. La importancia de la familia
5. La pasión y el amor cuando nublan y controlan la razón

### Bibliografía preliminar

- Cantos Casenave, Marieta. "Juan Valera y la magia del relato decimonónico." Servicio de Publicaciones UCA, 1999.
- Cisneros, Consuelo de. "Colaboraciones de Consuelo Jiménez de Cisneros". Penélope, evolución histórica y literaria desde la antigüedad, 2018.
- Estévez, Roberto Morales. "[es]" Japón y España: Acercamiento y Desencuentros (XVI Y XVII)". Libros de la corte 7, 2013, pp. 169-172.
- García, Montserrat Amores. "Frente al cuento folclórico." CIF 1993, pp. 171.
- Rubio Cremades, Enrique. "Los relatos fantásticos de Juan Valera." Narrativa fantástica del siglo XIX (España e Hispanoamérica). Edición de Jaume Pont, Milenio, 1997, pp. 119-26.
- Takagi, Kayoko. "Tres cuentos en el inicio del intercambio España-Japón." Mira. Estudios Japoneses 3, 2019, pp. 127-142.
- Valera, Juan. *De varios colores*. Librería de San Fernando Fe, 1898.

Prólogo, edición y preguntas de Markela Khosrowshahi

---

<sup>80</sup> Dragón.

# Gustavo Adolfo Bécquer

(1836-1870)



<https://images.app.goo.gl/7AtLGPPXXZto4psC9>

El poeta y pintor Gustavo Adolfo Bécquer nació en Sevilla en 1836. Quedó huérfano a los diez años cuando murieron sus padres, José Domínguez Bécquer y Joaquina Batista y Vargas. Vivió durante su infancia en Sevilla y a los dieciocho años se va a estudiar a humanidades y pintura. El amor por la pintura corría por la sangre de su familia pues su padre y hermano Valeriano también fueron pintores. Cuando viaja a Madrid lo hace con la intención de crear una carrera literaria, esto escribiendo una historia sobre los templos de España, en lo que no tuvo éxito. Por esta razón para sobrevivir se dedicó al periodismo y a hacer adaptaciones de obras de teatro extranjero. Cuando tenía veintidós años, en 1858 enfermó por nueve meses y durante cual periodo de tiempo fue cuidado por su hermano Valeriano. Durante ese tiempo debido a sus problemas económicos sus amigos publican su primera leyenda, “El caudillo de las manos rojas”. En el 1861, se casó con Casta Esteban con quien tuvo tres hijos. Acerca de su matrimonio, se dice que nunca fue feliz y por esa razón el poeta se refugió en su trabajo. Cabe destacar que Gustavo Adolfo Bécquer es, junto a Rosalía de Castro, uno de los dos máximos exponentes de la poesía posromántica. Entre 1861 y 1865 cuando, entre los veinticinco y veintinueve años de edad fue la etapa en la que Bécquer produjo la mayoría de sus leyendas. Su situación económica empezó a mejorar a partir del 1866, cuando tenía treinta años y comenzó a trabajar como censor oficial de novelas. Trabajo que pierde en 1868, a los treinta y dos años y a causa de cual se traslada a Toledo a vivir con su hermano Valeriano. En septiembre de 1870, muere su hermano de Valeriano y tres meses después muere Bécquer de tuberculosis.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Qué es el romanticismo y cuáles son sus características?
2. ¿Qué crees que pensaban los románticos sobre la religión?
3. ¿Has escuchado sobre el viaje astral/transcendental?

### “Creed En Dios”

#### Cantiga Provenzal

“Yo fui el verdadero Teobaldo de Montagut, barón de Fortcastell. Noble o villano,<sup>81</sup> señor o pechero,<sup>82</sup> tú, cualquiera que seas, que te detienes un instante al borde de mi sepultura, cree en Dios, como yo he creído y ruégale por mí.”

#### Parte I

##### I

Nobles aventureros, que puesta la lanza en la cuja,<sup>83</sup> caída la víspera del casco y jinetes sobre un corcel poderoso recorréis la tierra sin más patrimonio que vuestro nombre clarísimo y vuestro montante, buscando honra y prez<sup>84</sup> en la profesión de las armas; si al atravesar el que bravo valle de Montagut os han sorprendido en él la tormenta y la noche, y habéis encontrado un refugio en las ruinas del monasterio que aún se ve en su fondo, oídme.

##### II

Pastores, que seguís con lento paso vuestras ovejas que pacen derramadas por las colinas y las llanuras; si al conducir las al borde del transparente riachuelo que corre, forcejea y salta por entre los peñascos del valle de Montagut en el rigor<sup>85</sup> del verano, y en una siesta de fuego habéis encontrado la sombra y el reposo al pie de las derruidas<sup>86</sup> arcadas del monasterio, cuyos musgosos<sup>87</sup> pilares besan las ondas, oídme.

##### III

Niñas de las cercanas aldeas, lirios silvestres que crecéis felices al abrigo de vuestra humildad; si en la mañana del santo Patrono de estos lugares, al bajar al valle de Montagut a coger tréboles<sup>88</sup> y margaritas con que embellecer su retablo,<sup>89</sup> venciendo el temor que os inspira el sombrío monasterio que se alza en

---

<sup>81</sup> Vecino o habitador del estado llano en una villa o aldea, a distinción de noble o hidalgo.

<sup>82</sup> Plebeyo, que no es noble.

<sup>83</sup> Bolsa de cuero asida a la silla del caballo, para meter el cuento de la lanza o bandera.

<sup>84</sup> Honor, estima o consideración que se adquiere o gana con una acción gloriosa.

<sup>85</sup> Excesiva y escrupulosa severidad.

<sup>86</sup> Derribadas, destruidas.

<sup>87</sup> Pertenecientes o relativo al musgo

<sup>88</sup> Tipo de planta herbácea.

<sup>89</sup> Estructura de Piedra, madera u otros materiales que cubre el muro situado detrás del altar, compuesta de obras escultóricas o pictóricas con motivos religiosos.

sus peñas, habéis penetrado en su claustro mudo y desierto para vagar entre sus abandonadas tumbas, a cuyos bordes crecen las margaritas más dobles y los jacintos más azules, oídmе.

#### IV

Tú, noble caballero, tal vez el resplandor de un relámpago; tú pastor errante; calcinado por los rayos del sol; tú, en fin, hermosa niña, cubierta aún con gotas de rocío semejantes a lágrimas, todos habréis visto en aquel santo lugar una tumba, una tumba humilde. Antes la componían una piedra tosca<sup>90</sup> y una cruz de palo; la cruz ha desaparecido, y solo queda la piedra. En esa tumba, cuya inspiración es el monte de mi canto, reposa en paz el último barón de Fortcastell, Teobaldo de Montagut, del cual voy a referiros la peregrina historia.

### Parte II

#### I

Cuando la noble condesa de Montagut estaba en cinta de su primogénito Teobaldo, tuvo un ensueño misterioso y terrible. Acaso un aviso de Dios; tal vez una vana fantasía, que el tiempo realizó más adelante. Soñó que en su seno engendraba una serpiente, una serpiente monstruosa que, arrojando agudos silbidos, y ora arrastrándose entre la menuda hierba, ora replegándose sobre sí misma para saltar, huyó de su vida, escondiéndose al fin entre unas zarzas.<sup>91</sup>

—¡Allí está! ¡allí está! gritaba la condesa en su horrible pesadilla, señalando a sus servidores la zarza en que se había escondido al asqueroso reptil. Cuando sus servidores llegaron presurosos al punto que la dama, inmóvil y presa de un profundo terror, les señalaba aún con el dedo, una blanca paloma se levantó entre las breñas y se remontó a las nubes. La serpiente había desaparecido.

#### II

Teobaldo vino al mundo. Su madre murió al darlo a luz, su padre pareció algunos años después en una emboscada, peleando como bueno contra los enemigos de Dios. Desde este punto la juventud del primogénito de Fortcastell solo puede compararse a un huracán. Por donde pasaba se veía señalando su camino un rastro de lágrimas y de sangre. Ahorcaba a sus pecheros, se batía con sus iguales, perseguía a las doncellas, daba de palos a los monjes, y en sus blasfemias y juramentos ni dejaba Santo en paz ni cosa sagrada que no maldijese.

#### III

Un día en que salió de caza, y que, como era su costumbre, hizo entrar a guardarse de la lluvia a toda su endiablada comitiva de pajes licenciosos,<sup>92</sup> arqueros desalmados y siervos envilecidos, con perros, caballos y gerifaltes,<sup>93</sup> en la iglesia de una aldea de sus dominios, un venerable sacerdote, arrostrando su cólera<sup>94</sup> y sin temer a los violentos arranques de su carácter impetuoso, le conjuró en nombre del cielo

---

<sup>90</sup> Dicho de una cosa: Poco trabajada, sin pulimentar o hecha con materiales de escasa calidad.

<sup>91</sup> Arbusto espinoso.

<sup>92</sup> Libre, atrevido.

<sup>93</sup> Halcón con gran tamaño, que vive ordinariamente en el norte de Europa.

<sup>94</sup> Ira, enojo, enfado.

y llevando una hostia consagrada en sus manos, a que abandonase aquel lugar y fuese a pie y con un bordón de romero a pedir al Papa la absolución de sus culpas.

—¡Déjame en paz, viejo loco! Exclamó Teobaldo al oírle; déjame en paz; o ya que no he encontrado una sola pieza durante el día, te suelto mis perros y te cazo como a un jabalí para distraerme.

#### IV

Teobaldo era hombre de hacer lo que decía. El sacerdote, sin embargo, se limitó a contestarle:

—Haz lo que quieras, pero ten presente que hay un Dios que castiga y perdona, y que si

muero a tus manos borraré mis culpas del libro de su indignación para escribir tu nombre y hacerte tu crimen.

—¡Un Dios que castiga y perdona! Prorrumpió<sup>95</sup> el sacrílego barón con una carcajada. Yo no creo en Dios, y para darte una prueba voy a cumplirte lo que te he prometido; porque, aunque poco rezador, soy amigo de no faltar a mis palabras. ¡Raimundo! ¡Gerardo! ¡Pedro! Azuzad la jauría, dadme el venablo,<sup>96</sup> tocad el *alalí* en vuestras trompas, que vamos a darle caza a este imbécil, aunque se suba a los retablos de sus altares.

#### V

Ya después de dudar un instante y a una nueva orden de su señor, comenzaban los pajes a desatar los lebreles<sup>97</sup> que aturdían la iglesia con sus ladridos; ya el barón había armado su ballesta<sup>98</sup> riendo con una risa de Satanás y el venerable sacerdote, murmurando una plegaria, eleva sus ojos al cielo y esperaba tranquilo la muerte, cuando se oyó fuera del sagrado recinto<sup>99</sup> una vocería horrible, bramidos de trompas que hacían señales de ojeo, y gritos de *¡Al jabalí!* —*¡Por las breñas!*

—*Hacia el monte!* Teobaldo, al anuncio de la deseada res, corrió a las puertas del santuario, ebrio de alegría; tras él fueron sus servidores, y con sus servidores los caballos y los lebreles.

#### VI

—¿Por dónde va el jabalí? Preguntó el barón subiendo a su corcel, sin apoyarse en el estribo ni desarmar la ballesta.

—Por la cañada que se extiende al pie de esas colinas, le respondieron. Sin escuchar la última palabra, el impetuoso cazador hundió su acicate de oro en el ijar<sup>100</sup> del caballo, que partió a escape. Tras él partieron todos.

---

<sup>95</sup> Pasado de prorrumpir que significa: proferir repentinamente y con fuerza o violencia una voz, un suspiro u otra demostración de dolor o pasión vehemente.

<sup>96</sup> Dardo o lanza corta y arrojadiza.

<sup>97</sup> Raza de perros.

<sup>98</sup> Arma portátil que dispara flechas y proyectiles impulsados por la combinación de un muelle en forma de arco y una cuerda.

<sup>99</sup> Espacio, generalmente cerrado comprendido dentro de ciertos límites.

<sup>100</sup> Cada una de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.

Los habitantes de la aldea, que fueron los primeros en dar voz de alarma, y que al aproximarse el terrible animal se habían guarecido<sup>101</sup> en sus chozas, asomaron tímidamente la cabeza a los quicios de sus ventanas; y cuando vieron desaparecer la infernal comitiva por entre el follaje de la espesura, se santiguaron en silencio.

## VII

Temblado iba delante de todos. Su corcel, más ligero o más castigado que los de sus servidores, seguía tan de cerca a la res, que dos o tres veces, dejándole la brida<sup>102</sup> sobre el cuello al fogoso brugo,<sup>103</sup> de había empinado sobre los estribos, y echándose al hombro la ballesta para herirlo. Pero el jabalí, al que solo divisaba a intervalos<sup>104</sup> entre los espesos matorrales, tornaba a desaparecer de su vista para mostrársele de nuevo fuera del alcance de su arma.

Así corrió muchas horas, atravesó las cañadas del valle y el pedregoso lecho del río, e internándose en un bosque inmenso, se perdió entre sus sombrías revueltas, siempre fijos los ojos en la codiciada res, siempre creyendo alcanzarla, siempre viéndose burlado por su agilidad maravillosa.

## VII

Por último, pudo encontrar una ocasión propicia; tendió el brazo y voló la saeta, que fue a clavarse temblando en el lomo del terrible animal, que dio un salto y un espantoso bufido.

—¡Muerto está! exclama con un grito de alegría el cazador, volviendo a hundir por la centésima vez el acicate en el sangriento ijar de su caballo; ¡muerto está! en balde huye. El rastro de la sangre que arroja marca su camino. Y esto diciendo, comenzó a hacer en la bocina la señal del triunfo para que la oyesen sus servidores.

En aquel instante el corcel se detuvo, flaquearon sus piernas, un ligero temblor agitó sus contraídos músculos, cayó al suelo desplomado, arrojando por la hinchada nariz cubierta de espuma un caño de sangre. Había muerto de fatiga, había muerto cuando la carrera del herido jabalí comenzaba a acortarse; cuando bastaba un solo esfuerzo más para alcanzarlo.

## IX

Pintar la ira del colérico Teobaldo sería imposible. Repetir sus maldiciones y sus blasfemias, sólo repetirlas fuera escandaloso e impío. Llamó a grandes voces a sus servidores, y únicamente le contestó el eco en aquellas inmensas soledades, y se arrancó los cabellos y se mesó<sup>105</sup> las barbas, presa de la más espantosa desesperación.

---

<sup>101</sup> Acoger a alguien, ponerlo a cubierto de persecuciones o de ataques, preservarlo de algún mal.

<sup>102</sup> Freno del caballo con las riendas y todo el correaje que sirve para sujetarlo a la cabeza del animal.

<sup>103</sup> Larva de un lepidóptero pequeño y nocturno que devora las hojas de los encinares y robledales.

<sup>104</sup> Espacio o distancia que hay de un tiempo a otro o de un lugar a otro.

<sup>105</sup> Pasado de mesar, que significa: arrancar el cabello o la barba con las manos o tirar con fuerza de ellos.

—Le seguiré a la carrera, aun cuando haya de reventarme, exclamó al fin, armando de nuevo su ballesta y disponiéndose a seguir a la res; pero en aquel momento sintió ruido a sus espaldas; se presentó a sus ojos un paje que traía del diestro un corcel negro como la noche.

—El cielo me lo envía, dijo el cazador, lanzándose sobre sus lomos ágil como un gamo. El paje, que era delgado, muy delgado, y amarillo como la muerte se sonrió de una manera extraña al presentarle la brida.

## X

El caballo relinchó con una fuerza que hizo estremecer el bosque, dio un bote<sup>106</sup> increíble, un bote en que se levantó más de diez varas del suelo, y el aire comenzó a zumbir en los oídos del jinete, como zumba una piedra arrojada por la honda. Había partido al escape; pero a un escape tan rápido, que temeroso de perder los estribos y caer a tierra turbado por el vértigo, tuvo que cerrar los ojos y agarrarse con ambas manos a sus flotantes crines.

Y sin agitar sus riendas, sin herirle con el acicate<sup>107</sup> ni animarlo con la voz, el corcel corría, corría sin detenerse. ¿Cuánto tiempo corrió Teobaldo con él, sin saber a dónde, sintiendo que las ramas le abofeteaban el rostro al pasar, y los zarzales desgarraban sus vestidos, y el viento silbaba a su alrededor? Nadie lo sabe.

## XI

Cuando, recobrando el ánimo, abrió los ojos un instante para arrojar en torno suyo una mirada inquieta, se encontró lejos, muy lejos de Montagut, y en unos lugares para él completamente extraños. El corcel corría, corría sin detenerse, y árboles, rocas, castillos y aldeas pasaban a su lado como una exhalación. Nuevos y nuevos horizontes se abrían ante su vista; horizontes que se borraban para dejar lugar a otros más y más desconocidos. Valles angostos, erizados de colosales fragmentos de granito que las montañas; alegres campiñas,<sup>108</sup> cubiertas de un tapiz de verdura y sembradas de blancos caseríos; desiertos sin límites, donde hervían las arenas calcinadas por los rayos de un sol de fuego; vastas soledades, llanuras inmensas, regiones de eternas nieves, donde los gigantescos témpanos asemejaban, destacándose sobre un cielo gris y oscuro, blancos fantasmas que extendían sus brazos para asirle por los cabellos al pasar; todo esto, y mil y mil otras cosas que yo no podré deciros, vio en su fantástica carrera, hasta tanto que envuelto en una niebla oscura, dejó de percibir el ruido que producían los cascos del caballo al herir la tierra.

## Parte III

### I

Nobles caballeros, sencillos pastores hermosas niñas que escucháis mi relato, si os maravilla lo que os cuento; no creáis que es una fábula tejida a mi antojo para sorprender vuestra credulidad; de boca en

---

<sup>106</sup> Salto que da una pelota u otro cuerpo elástico que sale despedido al chocar contra una superficie dura.

<sup>107</sup> Espuela para picar al caballo provista de una punta aguda con un tope para que no penetre demasiado.

<sup>108</sup> Plural de campiña, que significa: espacio grande de tierra llana labrantía.

boca ha llegado hasta mí esta tradición, y la leyenda del sepulcro, que aún subsiste en el monasterio de Montagut, es un testimonio irrecusable de la veracidad de mis palabras.

Creed, pues, lo que he dicho, y creed lo que aún me resta, lo que he dicho, y creed lo que aún me resta por decir, que es tan cierto como lo anterior, aunque más maravillosos. Yo podré acaso adornar con algunas galas de la poesía del desnudo esqueleto de esta sencilla y terrible historia, pero nunca me aparté un punto de la verdad a sabiendas.

## II

Cuando Teobaldo dejó de percibir las pisadas de su corcel y se sintió lanzado en el vacío, no pudo reprimir un involuntario estremecimiento de terror. Hasta entonces había creído que los objetos que se representaban a sus ojos eran fantasmas de su imaginación, turbada por el vértigo, y que su corcel corría desbocado, es verdad, pero corría, sin salir del término de su señorío.<sup>109</sup> Ya no le quedaba duda de que era el juguete de un poder sobrenatural que le arrastraba sin que supiese a dónde, a través de aquellas nieblas oscuras, de aquellas nubes de formas caprichosas y fantásticas, en cuyo seno, que se iluminaba a veces con el resplandor de un relámpago, creía distinguir las hirvientes centellas, próximas a desprenderse.

El corcel corría, o mejor dicho, nadaba en aquel océano de vapores caliginosos<sup>110</sup> y encendidos, y las maravillas del cielo comenzaron a desplegarse unas tras otras ante los espantados ojos de su jinete.

## III

Cabalgando sobre las nubes, vestidos de luengas<sup>111</sup> túnicas con orlas<sup>112</sup> de fuego, suelta al huracán la encendida cabellera, y blandiendo sus espadas que relampagueaban arrojando chispas de cárdena luz, vio a los ángeles, ministros de la cólera del Señor cruzar como un formidable ejército sobre las alas de la tempestad.

Y subió más alto, y creyó divisar a lo lejos las tormentosas nubes semejantes a un mar de lava, y oyó mugir<sup>113</sup> el trueno a sus pies como muge el océano azotando la roca desde cuya cima le contempla el atónito peregrino.

## IV

Y vio el arcángel, blanco como la nieve, que sentado sobre un inmenso globo de cristal, lo dirige por el espacio en las noches serenas, como un bajel<sup>114</sup> de plata sobre la superficie de un lago azul.

Y vio el sol volteando encendido sobre ejes de oro en una atmósfera de colores y de fuego, y en su foco a los ígneos<sup>115</sup> espíritus que habitan incólumes entre las llamas, y desde su ardiente seno entonan al

---

<sup>109</sup> Territorio perteneciente a un señor.

<sup>110</sup> Denso, oscuro, nebuloso.

<sup>111</sup> Largas.

<sup>112</sup> Orilla de paños, telas, vestidos u otras cosas, con algún adorno que la distingue.

<sup>113</sup> Producir gran ruido.

<sup>114</sup> Antigua embarcación de considerable dimensiones, generalmente de vela.

<sup>115</sup> De fuego o que tiene naturaleza de fuego.

Criador<sup>116</sup> himnos de alegría. Vio los hilos de luz imperceptible que atan los hombres a las estrellas, y vio el arco iris, echado como un puente colosal<sup>117</sup> sobre el abismo que separa al primer cielo del segundo.

## V

Por una escala misteriosa vio bajar las almas a la tierra; vio bajar muchas, y subir pocas. Cada una de aquellas almas inocentes iba acompañada de un arcángel purísimo que le cubría con la sombra de sus alas. Los que tornaban solos, tornaban en silencio y con lágrimas los ojos; los que no, subían cantando como suben las alondras en las mañanas de abril.

Después las tinieblas rosadas y azules que flotaban en el espacio, como cortinas de gasa<sup>118</sup> trasparente, se rasgaron como el día de gloria se rasga en nuestros templos el velo de los altares, y el paraíso de los justos se ofreció a sus miradas deslumbrador y magnífico.

## VI

Allí estaban los santos profetas que habréis visto groseramente esculpidos en las portadas de piedra de nuestras catedrales; allí las vírgenes luminosas, que intenta en vano copiar de sus sueños el pintor en los vidrios de colores de las ojivas; allí los querubines, con sus largas y flotantes vestiduras y sus limbos de oro, como los de las tablas de los altares; allí, en fin coronada de estrellas vestidas de luz, rodeada de todas las jerarquías celestes, y hermosa sobre toda ponderación, Nuestra Señora de Monserrat, la Madre de Dios, la Reina de los arcángeles, el amparo de los pecadores y el consuelo de los afligidos.

## VII

Más allá el paraíso de los justos, más allá el trono donde se asienta la Virgen María. El ánimo de Teobaldo se sobrecogió temeroso, y un hondo pavor se apoderó de su alma. La eterna soledad, el eterno silencio viven en aquellas regiones, que conducen al misterioso santuario del Señor. De cuando en cuando azotaba su frente una ráfaga de aire, frío como la hoja de un puñal, que crispaba sus cabellos de horror y penetraba hasta la médula de sus huesos; ráfagas y penetraba hasta la médula de sus huesos; ráfagas semejantes a las que anunciaban a los profetas la aproximación del espíritu divino. Al fin llegó a un punto donde creyó percibir un rumor sordo, que pudiera compararse al zumbido lejano de un enjambre de abejas, cuando, en las tardes del otoño, revolotean en derredor de las últimas flores.

## VIII

Atravesaba esa fantástica región adónde van todos los acentos de la tierra, los sonidos que decimos que se desvanecen, las palabras que juzgamos que se pierden en el aire, los lamentos que creemos que nadie oye.

Aquí, en un círculo armónico, flotan las plegarias de los niños, las oraciones de las vírgenes, los salmos de los piadosos eremitas, las peticiones de los humildes, las castas palabras de los limpios de corazón, las resignadas quejas de los que padecen, los ayes<sup>119</sup> de los que sufren y los himnos de los que esperan.

---

<sup>116</sup> Creador

<sup>117</sup> Enorme, de dimensiones extraordinarias.

<sup>118</sup> Tela de seda o hilo muy clara y fina.

<sup>119</sup> Plural de ¡ay!, cual expresión se usa para expresar diversos movimientos de ánimo, y más ordinariamente aflicción o dolor.

Teobaldo oyó entre aquellas voces que palpitaban aún en el éter<sup>120</sup> luminoso, la voz de su santa madre que pedía a Dios por él; pero no oyó la suya.

## IX

Más allá hirieron sus oídos con un estrépito discordante mil y mil acentos ásperos, y roncós, blasfemias, gritos de venganzas, cantares de orgías, palabras lúbricas,<sup>121</sup> maldiciones de la desesperación, amenazas de impotencia y juramento sacrílegos de la impiedad.

Teobaldo atravesó el segundo círculo con la rapidez que el meteoro cruza el cielo en una tarde de verano, por no oír su voz que vibraba allí sonante y atronadora, sobreponiéndose a las otras voces en medio de aquel concierto infernal.

—*¡No creo en Dios! ¡No creo en Dios!* Decía aún su acento agitándose en aquel océano de blasfemias; y Teobaldo comenzaba a creer.

## X

Dejó atrás aquellas regiones y atravesó otras inmensidades llenas de visiones terribles, que ni él pudo comprender ni yo acierto a concebir, y llegó al cabo al último círculo de la espiral de los cielos, donde los serafines adoran el Señor, cubierto el rostro con las triples alas y postrados a sus pies. Él quiso mirarlo.

Un aliento de fuego abrasó su cara, un mar de luz obscureció sus ojos, un trueno gigante retumbó en sus oídos, y arrancado del corcel y lanzado al vacío como la piedra candente que arroja un volcán, se sintió bajar, y bajar sin caer nunca, ciego, abrasado y ensordecido, como cayó el ángel rebelde cuando Dios derribó el pedestal de su orgullo con un soplo de sus labios.

## Parte IV

### I

La noche había cerrado, y el viento gemía agitando las hojas de los árboles, por entre cuyas frondosas ramas se deslizaba un suave rayo de luna, cuando Teobaldo, incorporándose sobre el codo y restregándose los ojos como si despertara de un profundo sueño, tendió alrededor una mirada y se encontró en el mismo bosque donde hirió al jabalí, donde cayó muertos su corcel, donde le dieron aquella fantástica cabalgadura que le había arrastrado a unas regiones desconocidas y misteriosas.

Un silencio de muerte reinaba a su alrededor; un silencio que solo interrumpía el lejano bramido<sup>122</sup> de los ciervos, el temeroso murmullo de las hojas, y el eco de una campana distante que de vez en cuando traía el viento en sus ráfagas.

—Habré soñado, dijo el barón: y emprendió su camino al través del bosque, y salió al fin de la llanura.

### II

---

<sup>120</sup> Esfera aparente que rodea a la Tierra.

<sup>121</sup> Inclinado a la lujuria, libidinoso, lascivo.

<sup>122</sup> Voz de toro, del ciervo y de otros animales salvajes.

En lontananza, y sobre las rocas de Montagut, vio destacarse la negra silueta de su castillo, sobre el fondo azulado y transparente del cielo de la noche.

— Mi castillo está lejos y estoy cansado, murmuró; esperaré el día en un lugar cercano, y se dirigió al lugar.

— Llamó a la puerta.

—¿Quién sois? Le preguntaron.

—El barón de Fortcastell, respondió, y se le rieron en sus barbas. Llamó a otra.

—¿Quién sois y qué queréis? Tornaron a preguntarle.

—Vuestro señor, insistió el caballero, sorprendido de que no le conociesen; Teobaldo de Montagut.

—Teobaldo de Montagut! dijo colérica su interlocutora, que no era una vieja; ¡Teobaldo de Montagut el del cuento!... ¡Bah!... Seguid vuestro camino, y no vengáis a sacar de su sueño a las gentes honradas para decirles chanzonetas<sup>123</sup> insulsas.

### III

Teobaldo, lleno de asombro, abandonó la aldea y se dirigió al castillo, a cuyas puertas llegó cuando apenas clareaba el día. El foso estaba cegado con los sillares<sup>124</sup> de las derruidas almenas;<sup>125</sup> el puente levadizo,<sup>126</sup> inútil ya, se pudría colgado aún de sus fuertes tirantes de hierro, cubiertos de orín<sup>127</sup> por la acción de los años; en la torre del homenaje tañía<sup>128</sup> lentamente una campana; frente al arco principal de la fortaleza y sobre un pedestal de granito se eleva como un murmullo lejano, un himno religioso, grave, solemne y magnífico.

—¡Y este es mi castillo, no hay duda! Decía Teobaldo, paseando su inquieta mirada de un punto a otro, sin acertar a comprender lo que le pasaba. ¡Aquel es mi escudo, grabado aún sobre la clave del arco! ¡Ese es el valle de Montagut! Estas tierras que domina, el señorío de Fortcastell... En aquel instante las pesadas hojas de la puerta giraron sobre sus goznes<sup>129</sup> y apareció en su dintel<sup>130</sup> un religioso.

### IV

—¿Quién sois y qué hacéis aquí? Preguntó Teobaldo al monje.

---

<sup>123</sup> Coplas o composición en verso ligera y festiva.

<sup>124</sup> Piedras labradas, por lo común en forma de paralelepípedo rectángulo, que forma parte de un muro de sillería.

<sup>125</sup> Cada uno de los prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarse en ellas los defensores.

<sup>126</sup> Que se levanta o puede levantar con algún artificio.

<sup>127</sup> Óxido rojizo que se forma en la superficie del hierro por la acción del aire húmedo.

<sup>128</sup> Pasado de tañer, que significa: tocar instrumento musical de percusión o cuerda, en especial una campana.

<sup>129</sup> Herraje articulado que se fijan las hojas de las puertas y ventanas al quicial para que, al abrirlas o cerrarlas giren sobre aquel.

<sup>130</sup> Pieza horizontal superior de puertas, ventanas y otros huecos, apoyada en sus extremos sobre las jambas y destinada a soportar cargas.

—Yo soy, contestó este, un humilde servidor de Dios, religioso del monasterio de Montagut.

—Pero... interrumpió el barón, Montagut ¿no es un señorío?

—Lo fue, prosiguió el monje... hace mucho tiempo... A su último señor, según cuentan, se lo llevó el diablo; y como no tenía a nadie que le sucediera en el feudo, los religiosos de nuestra regla, que están aquí desde habrá cosa de ciento a ciento veinte años. Y vos ¿quién sois?

— Yo... balbuceó el barón de Fortcastell, después de un largo rato de silencio; yo soy... un miserable pecador, que arrepentido de sus faltas, viene a confesarlas a vuestro abad,<sup>131</sup> y a pedirle que le admita en el seno de su religión.

### Preguntas de comprensión

1. ¿En qué lugar pasa en cuento?
2. ¿Qué pasa en el sueño de la madre de Teobaldo?
3. ¿Cómo mueren los padres de Teobaldo?
4. ¿Cómo era Teobaldo antes de la experiencia transcendental que tuvo?
5. ¿Qué crees que afectó la fe de Teobaldo antes de tener esta experiencia transcendental? ¿Cuál crees que es la razón para tanta amargura a pesar de tener tantos bienes materiales?
6. Según el narrador, ¿cuánto tiempo piensa Teobaldo que estuvo en el caballo negro antes de subir al cielo?
7. ¿Qué ve y escucha Teobaldo en la primera dimensión de este espacio fantástico o cielo?
8. ¿Qué siente Teobaldo cuando está en la primera dimensión del cielo? ¿Qué se encuentra Teobaldo cuando regresa del espacio fantástico en el que estaba?
9. ¿Cuánto tiempo ha pasado Teobaldo en esta dimensión fantástica? ¿Cómo termina el cuento?

### Preguntas de análisis

1. ¿Cuáles son los diferentes espacios que hay en este cuento?
2. ¿Qué diferencias y similitudes ven en este cuento con otros cuentos pertenecientes al género fantástico del siglo XIX como “El serrano de las Alpujarras” o “El pescadorcito de Urashima”?
3. ¿Cómo cambia el protagonista en el cuento y por qué?
4. ¿Qué temas vemos en el cuento? ¿Cuál crees que es la enseñanza o el mensaje de este cuento?
5. En tu opinión, ¿le dice Teobaldo la verdad al monje? Por favor explica tu respuesta.
6. ¿En tu opinión, merecía Teobaldo esa segunda oportunidad? ¿Por qué?

---

<sup>131</sup> Superior de un monasterio.

## Temas de investigación propuestos

1. La presencia de la religión en el género fantástico español del siglo XIX.
2. La ambigüedad del tiempo en el género fantástico español del siglo XIX.
3. El comportamiento de personajes después del olvido en el género fantástico español del siglo XIX.

## Bibliografía preliminar

Fernández, Tomás y Elena Tamaro. "Biografía de Gustavo Adolfo Bécquer." *Biografías y Vidas*. La enciclopedia biográfica en línea [Internet]. Barcelona, España, 2004.

<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/becquer.htm>. Accessed 17 May 2023.

González Grueso, Fernando Darío. "Lo tradicional y el elemento del miedo en las leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer". *Revista de Letras*, vol. 57, no. 1, 2017, pp. 57–70. *JSTOR*,

<https://www.jstor.org/stable/26508602>. Accessed 18 May 2023.

Rubio Jiménez, Jesús. "Cronología de Gustavo Adolfo Bécquer." Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:59851/bmc0s038>. Accessed 17 May 2023.

Prólogo, edición y preguntas de Leonela Francisco Ruiz



# Segunda parte

El sueño de la vida



# Cristóbal Lozano

(1609-1667)

Cristóbal Lozano nació a finales de 1609 en Hellín (Albacete, España). Su familia decidió darle carrera a pesar de sus limitados recursos, pero Lozano no tardó en decantarse por el sacerdocio. Alrededor de 1630, se trasladó a Alcalá de Henares, en cuya universidad ingresó con aproximadamente 20 años de edad. Después de 3 años, regresó a Hellín, siendo ya un licenciado. En el 1635 viajó a Valencia, donde publicó su primera obra, *Flores Sacramentales*, cuya acogida no fue muy calurosa entre los contemporáneos. Un año más tarde, probó fortuna con una segunda pieza, *Persecuciones de Lucinda y trágicos sucesos de don Carlos*, que salió a la luz a finales de 1636. En esta época escribió también *El buen pastor*, destinado a la formación moral del sacerdote.

Tras cumplir aquel requisito en Alcalá volvió a su villa natal, desde donde inició las gestiones para hacerse con el curato de la parroquia de San Salvador de Lagartera (Toledo). El 29 de abril de 1638 tomó posesión del cargo. En estos años de permanencia en Lagartera escribió las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, que no se imprimirían hasta 1658. En 1640 marchó a Alcalá de Henares para examinarse y alcanzar el grado de doctor. También desempeñó los cargos de cura ecónomo y vicario. Fue comisario de la Santa Cruzada de la villa de Hellín y su partido. Fue promovido a procurador fiscal de la Reverenda Cámara Apostólica del Obispado de Murcia. Durante este período escribió su obra más importante, con la que alcanzaría mayor celebridad: la trilogía formada por *David perseguido*, *David penitente* y *El hijo de David más perseguido*. En 1650, Cristóbal Lozano se hallaba ya en Madrid para ultimar la publicación de la primera parte del *David perseguido*. En 1658 logró imprimir por fin las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*; mientras en 1659 y 1661, respectivamente, entregó a las prensas madrileñas la segunda y tercera parte del *David perseguido*. Hacia 1662 su salud se resintió a causa de tanto esfuerzo, mientras su ánimo decayó por culpa de ciertos desengaños que manifestó en el prólogo de algunas obras. Pocos meses más tarde, cuando escribía el comienzo de la tercera parte de *El gran hijo de David*, soltó la pluma aquejada de una grave enfermedad. Tras hacer su testamento, falleció el 3 de octubre de 1667.

El cuento corto *El estudiante Lisardo* es un episodio incluido dentro de la novela *Soledades de la vida y desengaños del mundo*. Esta fue la obra más popular de Lozano. A pesar de gozar de mucha fama en su tiempo de publicación, hoy día su enorme influencia ha sido bastante olvidada. El relato narra la espeluznante historia de un estudiante que presencia su propia muerte y entierro. Debido a todo por lo que tiene que pasar el protagonista, al final le hace reflexionar acerca de su vida y la forma en la que la está viviendo.

Lozano fue muy popular entre los escritores del Barroco. Su obra *Soledades de la vida y desengaños del mundo* sirvió de inspiración para otros autores pasmar sus obras, como *El*

*capitán Montoya* (1840) de José Zorrilla, *El estudiante de Salamanca* (1840) de Espronceda, *Las ánimas del purgatorio* (1834) de Prosper Mérimée, entre otras.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Qué sabes acerca del Barroco como época artística y literaria?
2. ¿Qué conocimiento tienes del purgatorio?
3. ¿Cuál es tu mayor miedo?
4. Según los países hispanohablantes, ¿qué pasa durante la medianoche?

## El estudiante Lisardo

Presurosa vino la aplazada noche, que, aunque el amor la juzgaba perezosa, por lograr sus gustos, bien conocí que mi fortuna me la trajo aprisa atemorizarme con cuidados. Salió tan oscura y negra, envuelta en pabellones de algunos densos nublados,<sup>132</sup> que verdaderamente parecía que todo el cielo salió arrastrando bayetas;<sup>133</sup> noche, en fin, la más oportuna que pudo desear un pecho enamorado para salir de rebozo<sup>134</sup> a vista de amores. Prometiéndome en tanta oscuridad feliz suceso me arme lo mejor que puse, y como hay casos en que la compañía más leal es sospechosa no quise que en semejante empresa me acompañase Camacho, que a veces desdora<sup>135</sup> más un testigo de un delito, que el mismo delito, por atroz que sea, estándose secreto. Fingí que iba a acompañar a Julio, como acostumbraba, e hice que se quedase en mí mismo aposento hasta que volviese. Con esto, en siendo las diez, no quise esperar la hora, que eran las doce, sino poco a poco viendo el tiempo tan propicio, comencé a caminar hacia el convento, que estaba algo apartado de mi casa. La oscuridad era tanta que a mí mismo no me veía, y para no caer tras cada paso, vino a obligarme a hacer báculo<sup>136</sup> la espada, con que pude ahorrar de algunos tropiezos. El silencio de la noche era tan profundo que, a no ir arrimado a las paredes de las casas, pensara muchas veces que no estaba en medio de una ciudad tan populosa, sino en algún inculto<sup>137</sup> bosque fuera de poblado.

¡Ay, amor, a cuanto obligas a los mortales, pues sin temer presagios de los cielos les haces romper por todo, hasta que los ves llorar su precipicio.<sup>138</sup> ¡Prometeos que ahora vuelvo a cubrirme de sudores, nuevos espeluznos me amedrentan<sup>139</sup> y nuevos miedos parece me acompañan. Ayudadme atentos, no desfallezcan lo bríos con narración tan penosa.

---

<sup>132</sup> Nubes densas y oscuras, como de tormenta.

<sup>133</sup> En las universidades antiguas, ir a hablar con el rector para pedir una beca vestido con bonete y hábitos de bayeta sueltos y arrastrando.

<sup>134</sup> Embozado, tapado con la capa hasta cubrir el rostro.

<sup>135</sup> Quitar brillo, afear.

<sup>136</sup> Bastón.

<sup>137</sup> En agricultura, terreno no cultivado o domado por la mano del hombre.

<sup>138</sup> Acto de precipitar o cometer locuras.

<sup>139</sup> Asustar.

Llegué a las últimas calles, y las mismas, si os acordáis de que os dije, me hizo atravesar aquella embozada sombra que al principio de mis amores me pronostico ruinas con firmes desengaños, y apenas aquí llego cuando inopinadamente oigo un confuso ruido de espadas y broqueles,<sup>140</sup> y siento como una tropa que iba siguiendo mis pisadas. Alargue más el paso, pensando entonces serian estudiantes que, ocasionados de la noche, irían también buscando su aventura, más poco aprovecho mi diligencia,<sup>141</sup> pues corriendo tras mí me iban ya al alcance, y me alcanzaran sin duda si, con alguna advertencia, al volver una esquina no me cubriera entre unos corrales, y al encontrarme con ellos oí que dijo uno en alta voz: “ ¡Lisardo es, matadle!”; y repitiendo todos: “¡Muera, muera !”, movieron un tropel de cuchilladas, y a poco rato, escuchando una voz que lastimada y triste dijo solamente: “ ¡Ay, que me han muerto!”, escaparon todos corriendo a toda prisa, dejando la calle n aquel sordo silencio que antes estaba.

¡Qué tropel de miedos! ¡Qué ejército de espantos me embarazaría<sup>142</sup> entonces toda el alma! Pues, según todas las señales que han escuchado y visto, yo era propiamente el que dejaron muerto, que lo quede tanto del temor, que pienso hubiera tenido por ahorro que allí me matasen, para no haber tragado tantas muertes como permitió el Cielo que padeciese. Procuraba moverme y no podía, porque aprisionado los pies del mucho miedo no acertaba a dar paso. Quería hablar y hallaba me impedido, porque atada la lengua aun para quejarse no podía encuadernar palabras.<sup>143</sup> Me Miraba a mí mismo, y estaban tan turbados los ojos que no me conocían. Tentaba me con mis manos y dudaba si era yo Lisardo. Así me estuve hasta que me dejo el temor con algún brío<sup>144</sup> para irme degollando poco a poco con otros sustos mayores.<sup>145</sup> Volví a salir por la parte que había entrado, procurando presuroso huirme de aquel puesto, más apenas doy cuatro o seis pasos cuando, tropezando con un bulto, me hallo tendido sobre un difunto cuerpo, frío cadáver que en sangre revolcado provocara a dolor <sup>146</sup>al pecho más animoso. Aquí confirme verdad lo que juzgaba sueno, aquí mire cumplido lo que juzgaba fantasía, y aquí halle verdadero aquel aviso de que en aquella parte habían de matar a un hombre; y aquí finalmente, volví a resolver las dudas de si era yo el difunto; y no muy descaminado, pues juzgando aquel cadáver ser mi cuerpo, solo me contaba ya por alma en pena. Confirmaba este recelo<sup>147</sup> ver que cuando le mataron me oí nombrar por mi propio nombre, y aumentaba esta duda mirándome sin sentido en un mar de confusiones; más cuando, determinado a salir de ellas, iba a mirar el rostro del herido, escuche atento un tumulto de gente que se iba acercando, y hube de dejar por entonces el examen de estas sospechas, temiendo no caer en manos de la justicia, que hallándome con el difunto en las manos, sin prueba que pudiera hacer en mi favor, fuera posible con afrentosa muerte darme el castigo debido a mis arrojos.<sup>148</sup>

Temeroso, pues, de dar de un peligro a otro mayor, salí de la calle a toda prisa, al mismo tiempo que, dando el reloj las doce, mostraba de la noche la mitad de la carrera. Rodeé por otra parte y, aunque desviado, procure irme acercando al convento, deseoso de avisarle a Teodora estos avisos para elegir conformes camino más seguro, cuando de improviso oigo que las campanas en lúgubres clamores

---

<sup>140</sup> Escudo pequeño de madera y cuero

<sup>141</sup> Cosa que se hace para resolver un asunto

<sup>142</sup> Turbar, cohibir

<sup>143</sup> Hablar con lógica.

<sup>144</sup> Energía, decisión.

<sup>145</sup> Matado de miedo poco a poco.

<sup>146</sup> Diera pena.

<sup>147</sup> Sospecha.

<sup>148</sup> Atrevimiento.

comienzan a publicar la muerte de aquel desdichado. Estoy por certificaros<sup>149</sup> que me asusto más esta novedad que todo el pasado susto, porque dobles, y generales, y a tal hora, o se ha de creer ser muerto persona de importancia, y aun con todo se excusan, o se ha de tener por cierto agüero<sup>150</sup> infeliz de algún horrendo fracaso. Al compás de estos temores llegaba casi a vista del monasterio, y atento escucho que por la vecina calle se oían voces de funerales, que en canto triste daban a entender ser entierro de algún muerto. Me escondí en una esquina y vi pasar, a la luz de algunas hachas, un grande acompañamiento de eclesiásticos revestidos de sobrepellices y roquetes,<sup>151</sup> con su cruz y manda negra delante sin que todos ellos, con ir tantos, pudiese conocer a ninguno.

A la postre, llevaban entre cuatro un difunto tendido en un pavez<sup>152</sup> y cubierto con una bayeta negra. Acabaron de pasar y, como me hallaba tan metido en miedos, ya me parecía entonces que de puro temor cobrara aliento; y así, reparándome un poco y acompañado de todo el valor, quise curioso saber el fin de tan triste y lamentables presagios, y apenas acabamos de pasar una gran calle, al cabo de la cual estaba el monasterio donde yo iba, cuando, mirando desde lejos abiertas las puertas de la iglesia, y todo ella poblada de mil luces, vi que entraron todos dentro, aumentándose allí mis congojas y cuidados, y ya consideráis lo crecidas que serían pues, apenas me acababa de deslizar de una confusión, cuando me precipitaba en un mar de confusiones; apenas escapaba temeroso de un asombro, cuando me hallaba descuadernado en un bajío de sustos.<sup>153</sup> Llegué también a la iglesia, donde antes de entrar me detuve un poco, tragando saliva entre neutrales discursos, y atropellando ahogos en varias determinaciones, porque ya que un valor se trague a un miedo, ha menester<sup>154</sup> repasar mucho un valor en arrojarse al miedo, visto entre un escuadrón de miedos.

Si entrará, si no entrará, me estuve a la puerta un rato atendiendo<sup>155</sup> desde allí al orden y concierto con que la clerecía, dividida en dos coros, comenzaron las exequias,<sup>156</sup> después que pusieron al pavés en medio, rodeando con algunas luces; y pareciéndome que en canticos, aunque fúnebres, tan santos, no podía haber fantásticas visiones que me atemorizasen, me resolví a entrar dentro; y así, con el mejor aliño<sup>157</sup> que la modestia pudo aderezarme con el vestido de ronda<sup>158</sup> y armas que llevaba, me entre por un lado lo más secreto que pude, quíteme el sombrero, tome agua bendita, sígneme<sup>159</sup> muchas veces, e hincado de rodillas al altar, entre temblores mortales, dándose dientes con dientes, apenas pude acertar a decir un *paternóster*:<sup>160</sup> fue la causa, que todos clavaron en mi los ojos al punto que me vieron, hasta que viendo yo al cabo de rato que ya nadie reparaba,<sup>161</sup> y que ninguno me impedía,<sup>162</sup> animándome algo más, quise saber ya de un golpe todo aquel suceso, porque quedarme con semejante duda fuera llevar

---

<sup>149</sup> Afirmar o declarar cierta una cosa.

<sup>150</sup> Presagio.

<sup>151</sup> Vestiduras que se ponen los eclesiásticos sobre la sotana para celebrar una misa.

<sup>152</sup> Escudo largo sobre el que se tendía al difunto.

<sup>153</sup> Aturdido por tantos sustos.

<sup>154</sup> Es necesario.

<sup>155</sup> Escuchar.

<sup>156</sup> Funeral.

<sup>157</sup> Aspecto.

<sup>158</sup> Traje de estudiante similar al de la tuna.

<sup>159</sup> Hacer la señal de la cruz.

<sup>160</sup> Oración del padrenuestro.

<sup>161</sup> Fijarse.

<sup>162</sup> Parar a alguien.

achaque<sup>163</sup> bastante para morirme. Arrodillado, pues, de la manera que estaba, me acerque un poco al último de los cantores que estaban en aquella banda, y tirándole de la ropa, y el inclinado él cuerpo para oírme, le pregunte con mucha cortesía quien era aquel difunto que enterraban, y me respondió, dando primero un suspiro:

-Este es Lisardo el estudiante.

-¿Qué Lisardo? - le repliqué, palpitando ya el corazón en nuevas y más crecidas angustias; y me dijo:

- Lisardo el de Córdoba, que vos conocéis como a vos mismo.

Aquí fueron los verdaderos temblores, aquí sí que acometieron bien los miedos, aquí fue tentarme<sup>164</sup> el pecho para ver si estaba herido, aquí el mirarme a la luz de las candelas a ver si tenía cuerpo, aquí el temer, aquí el sentir, aquí el llorar; más dudoso todavía, si como suele acontecer, se habían engañado en tener por mí al difunto, alentado la voz de entre el desmayo, volví a preguntar a otro que estaba al lado de aquel que me había respondido, y oyendo que en palabras formales me daba la misma razón,<sup>165</sup> les replique a los dos mirarse que se engañaban, porque yo sabía que no era el muerto Lisardo. La cual replica apenas la hube hecho, cuando dando una palmada aquel que presidía, haciendo a pausa funeral al Oficio,<sup>166</sup> mirándome severo, me dijo con grave voz estas palabras:

-Caballero, todos los que estamos presentes somos almas que, ayudadas con las oraciones y limosnas de Lisardo, salimos del purgatorio, y, a cuyo favor reconocidas, venimos a enterrarle y a hacer por él aquestas,<sup>167</sup> porque esta su alma en duda de salvación. Mas, pues vos nos impedís diciendo que no está muerto, cesara el oficio, y vos lo perderéis.

Esto dijo, y al punto, matándose las luces, cesando los clamores, y desapareciendo todos, caí en tierra desmayado al ay de un triste quejido, que no fuera valor<sup>168</sup> en tales lances alentarse<sup>169</sup> la vida escuchando divinas amenazas, que al más bárbaro pecho le postran<sup>170</sup> y le humillan.

Vuelto en mi acuerdo<sup>171</sup> al cabo de un gran rato, me halle en la iglesia solo, sin más luz que la lampara encendida, con cuyos resplandores y reflejos examine, inquirí, rastree y revolví toda la pieza,<sup>172</sup> sin ver que la ocupase otra persona, si no es la mía. Del fúnebre aparato no halle nada, porque todo como sombra lo halle desvanecido. Y satisfecho así del celestial aviso, deshaciendo el corazón en vivas lágrimas, que al compás de suspiros ardientes les di puerta por los ojos, comencé a hacer tantos sentimientos, acusándome ante Dios de mi amagada<sup>173</sup> culpa, y ofreciéndole en satisfacción mil enmiendas<sup>174</sup> al proceso de mi vida que, temiendo volver a desmayarme (tal era mi sentir, tanta mi

---

<sup>163</sup> Enfermedad crónica. Aquí, preocupación.

<sup>164</sup> Palpar.

<sup>165</sup> Explicación.

<sup>166</sup> Misa.

<sup>167</sup> Estas.

<sup>168</sup> No vale la pena.

<sup>169</sup> Vivir.

<sup>170</sup> Abatir moralmente.

<sup>171</sup> Recuperada la calma.

<sup>172</sup> Habitación.

<sup>173</sup> Mostrada.

<sup>174</sup> Acción de corregir los propios errores.

pena), procure aliviarme del dolor hasta buscar lugar más oportuno, que aun para llorar un desdichado la pena que le aflige, ni se le concede todo el tiempo ni le dan todo lugar.

#### Preguntas de comprensión

1. ¿Hacia dónde se dirigía Lisardo y aproximadamente que hora era?
2. ¿Qué clase de armas llevaban las personas que atacaron a Lisardo?
3. ¿Que intentaba hacer Lisardo que no pudo después que lo atacaron?
4. ¿Por qué cuando Lisardo estaba decidido a ver quién era el muerto no pudo mirar el rostro?
5. ¿Entre cuantas personas llevaban al muerto? ¿Sobre qué lo llevaban?
6. ¿A cuántas personas Lisardo le pregunto por el muerto y que respondieron?
7. ¿Cuál fue la reacción de Lisardo al enterarse de quien era el muerto?

#### Preguntas de análisis

1. ¿Crees que Lisardo era una persona buena o mala? ¿Por qué?
2. Presta atención a esta cita: “procure aliviarme del dolor hasta buscar lugar más oportuno, que aun para llorar un desdichado la pena que le aflige, ni se le concede todo el tiempo ni le dan todo el lugar”. Cuando lees la frase anterior, ¿qué es lo primero que piensas?
3. ¿Esperabas un final diferente o mediante ibas leyendo el cuento ibas entendiendo de que se trataba?

#### Temas de investigación propuestos

1. La vida después de la muerte.
2. El purgatorio y las almas en pena.
3. El arrepentimiento antes de la muerte.
4. Pecados cometidos en contra de la iglesia.
5. La iglesia y el perdón.

## Bibliografía preliminar

Lozano, Cristóbal. "El estudiante Lisardo". Marina P. Aranda, ed. *Antología de relatos fantásticos españoles*. Anaya, 2016, pp. 113-122.

Schweizer, Federico Rodolfo. "Cristóbal Lozano's Ideology in *Soledades de La Vida y Desengaños del Mundo*". *The University of Texas at Austin*. 2007, pp. 7- 133.

Sutherland, Madeline. "La leyenda de Lisardo en la literature española". *University of Texas at Austin*. pp. 284-291.

Prólogo, edición crítica y preguntas de Angelin Hernández

# Luis García de Luna

(1834-1867)



*Miguel Mañara lee la regla de la Hermandad de la Caridad (1681).*

Se conoce bastante poco sobre este autor. De acuerdo al rescate de Juan Jesús Payán, Luis García de Luna, nació en Sevilla en 1834, en el seno de una familia notable. Huérfano temprano de padre y madre, se crió bajo el cuidado de su abuelo paterno y de dos de sus tíos. García de Luna y Bécquer sobrevivieron en la bohemia madrileña bajo el signo de la precariedad y una amistad entrañable, durante los años que prolongaron la década de 1860.

La primera huella literaria de García de Luna de la que tenemos noticia se produce en 1855. Ese año, el autor colabora con soneto titulado *A España* en la *Corona poética dedicada a Don José Manuel de Quintana* (103). Se cree que buena parte de su obra desapareció. Este autor supo producir algunos cuentos, leyendas y uno que otro poema; tales como “El diablo en Sevilla”, “A España” entre otras obras.

García de Luna revive el mito de Don Juan, personaje que aparentemente le resultó muy interesante para plasmarlo en su obra.

“Don Miguel de Mañara” es publicado en el periódico La América, en el año 1862, en la ciudad de Madrid. Este cuento está basado en el mito de Don Juan y principalmente en la leyenda de Miguel Mañara y la calle del ataúd de Sevilla. Mañara fue un aristócrata sevillano del siglo XVII, a quien la vida le cambió luego de un peculiar y fantástico suceso.

El estilo del autor está basado en lo fantástico y real. Esta obra en específico contiene muchos elementos del barroco español del siglo XVII, y refleja la tensión social, económica y existencial tanto de este período como del XIX. A mi juicio, lo más remarcable es la dimensión crítica y el papel consolador que desempeña la fe religiosa. Otra gran característica del autor en esta obra es su continuidad con el romanticismo estético. Podemos examinar las pasiones descontroladas, la dificultad para alcanzar el amor, la felicidad, los fantasmas, marcan el texto de una forma violenta y desesperanzada propias de dicho movimiento.

### Preguntas de prelectura

1. ¿Qué sabes sobre el Barroco literario español?
2. ¿Qué sabes sobre el Romanticismo en España?
3. ¿Qué sabes sobre el tema de lo fantástico, lo moral en el siglo XIX?

### Don Miguel de Mañara (Leyenda)

Diez veces había hecho vibrar el aire el grave y pausado sonido del reloj de la catedral de Sevilla; la plaza del palacio arzobispal apenas bastaba a contener la inmensa muchedumbre que se agrupaba delante de la iglesia del convento de la Encarnación, cuyas puertas estaban aun cerradas. Dentro del palacio, cuyas paredes cubrían esos riquísimos tapices que aun hoy se conservan como una maravilla del arte, reinaba una animación a la que el público no estaba acostumbrado. En el extenso patio de entrada se prevenían las literas<sup>175</sup> de su eminencia y una infinidad de pajes y familiares se movían de un punto a otro, subían y bajaban la ancha escalera, dando o recibiendo órdenes, comunicándolas a los servidores, e inspeccionando por sí mismos los preparativos indispensables para la solemne salida del prelado.

En tanto la muchedumbre que llenaba la plaza iba perdiendo la paciencia paulatinamente, y dirigía miradas ansiosas, ya al palacio del Arzobispo, ya a la cerrada puerta del convento. Los muchachos tomaban posiciones subiéndose a las rejas de las ventanas; las mujeres, abriéndose paso con los codos, adelantaban cuanto les era posible en dirección al monasterio, sin cuidarse de las murmuraciones o amenazas con que las saludaban las menos atrevidas, y renegando de tanta aglomeración de gente, ni más ni menos que si ellas no fueran unas de tantas curiosas; aquí resonaba un grito de dolor exhalado por la víctima de algún pie tan imprudente como pesado; allí se oía un requiebro, acá una grosería, más allá un insulto: en este lado un pillastre<sup>176</sup> se aprovechaba del descuido de un espectador para meterle

---

<sup>175</sup> Vehículo antiguo capaz para una o dos personas, a manera de caja de coche y con dos varas laterales que se afianzaban en dos caballerías, puestas una delante y otra detrás.

<sup>176</sup> Dicho de una persona: Pícara y hábil para engañar a los demás.

dos dedos en la escarcela;<sup>177</sup> en otro, repitiendo la hazaña con menos fortuna, era sorprendido y abofeteado; y los que no tenían del lance<sup>178</sup> más noticias que el ruido, temiendo que el mal se hiciera contagioso, encomendaban su salvación a la fuga, y apretaban a correr en lamentable desorden, atropellándose los unos a los otros, pisando los más ágiles por una alfombra humana, que magullada<sup>179</sup> y dolida, llamaba a un mismo tiempo a Dios y al diablo; y la plaza tomaba el aspecto de otro campo de Agramante;<sup>180</sup> lloraban los chiquillos, gritaban las mujeres, se enfurecían los hombres, hasta que deshecha la alarma y restablecida la tranquilidad, aquel mar de cabezas volvía a su centro, y entonces un silbido prolongado y terrible, eso de mil bocas, ponía fin al ridículo de aquella escena de desolación y espanto, que volvía a repetirse cien veces, y las ciento por idénticos motivos.

Poco menos que incrustadas en la puerta del convento, hasta donde las había ido llevando el empuje de la multitud, más que sus propios esfuerzos, estaban dos mujeres tan viejas, tan encartonadas, tan semejantes, que parecían vaciadas en un mismo molde. Ambas no tenían del sexo bello otra cosa que el traje, y este era tan arrugado y raído, que desde luego podía tomársele por coetáneo<sup>181</sup> de sus verdes primaveras. Al verlas tan inmóviles, tan graves y tan circunspectas,<sup>182</sup> hubiérase creído que eran dos estatuas, a no haberse refugiado en sus ojos toda la movilidad de que carecían sus cuerpos. Al fin una de ellas, menos sufrida que la otra, rompió el silencio y dijo:

- ¡Jesús! Esto no se puede sufrir: si las madres no mandan al sacristán<sup>183</sup> que abra pronto la puerta, vamos a echar el alma por la boca.
- Es mucha verdad: yo no sé qué espera esa gente: ya sabe toda Sevilla que la iglesia del convento es como una cáscara de nuez: en ocupando sus sitios los convidados y los parientes de la novicia,<sup>184</sup> buenas noches: apenas cabrá una docena de personas.
- ¡Toma! por eso estoy yo aquí desde las cinco de la mañana, y me traje el almuerzo y mi sillita. Como esta profesión ha metido tanto ruido, que no se habla en Sevilla de otra cosa, y como por honrar a la novicia dice misa de pontifical el señor arzobispo, ni más ni menos que si fuese el día del Corpus...
- ¡Ya lo creo! Como que, según yo he oído, la novicia es nada menos que hija del duque de Alcalá.
- ¡Qué disparate, señora! Si conozco yo a su familia lo mismo que a los cinco dedos de mi mano. ¡Vaya un gusto en mentir que tiene la gente...!
- Pues yo se lo he oído asegurar al barbero de calle Linos.

---

<sup>177</sup> Especie de bolsa que pendía de la cintura.

<sup>178</sup> Encuentro, riña.

<sup>179</sup> Contusión.

<sup>180</sup> Desorden, Discordia o división de pareceres.

<sup>181</sup> De la misma edad.

<sup>182</sup> Prudencia ante las circunstancias, para comportarse comedidamente.

<sup>183</sup> Persona que en las iglesias tiene a su cargo ayudar al sacerdote en el servicio del altar y cuidarle los ornamentos y de la limpieza a y aseo de la iglesia y sacristía.

<sup>184</sup> Persona que, en la religión donde tomó el hábito, no ha profesado todavía.

- ¿Qué sabe ese monigote,<sup>185</sup> fuera de rapar<sup>186</sup> barbas? Créame vuestra merced a mí, que lo sé como el Padre nuestro. ¡Y qué gracia! Como que soy casi de la familia: figúrese vuesarced<sup>187</sup> que tengo un yerno, que ya murió, y era grande amigo de un palafrenero<sup>188</sup> del difunto D. Rodrigo de Pacheco y Carvajal, Veinte y cuatro de Sevilla y conde de Carrión.

- ¿De veras?

- Lo que vuestra merced oye: también dicen que doña Violante es hija del duque de Medina Sidonia, y otros afirman que es una dama de origen misterioso, a quien protege el señor arzobispo, pero todo eso es cuento, y nada más que cuento: doña Violante no tiene más padre que el conde de Carrión, un señor muy bueno y muy noble, que estuvo casado muchísimo tiempo con la más hermosa mujer que vieron los nacidos, la hija segunda del conde de Olivares, y tuvo la ocurrencia de irse a morir apenas doña Violante tenía cinco años.

- ¡Pobrecilla!

- Es lo que se dice: cuando los padres se mueren, los niños debían ir por delante, más bien que quedarse en el mundo solos y tan pequeños.

- ¿Murió también la mujer de don Rodrigo?

- A los cinco meses cabales. Pues qué, ¿le parece a vuestra merced que si ella viviera, estaríamos ahora aquí esperando la profesión de su hija? ¡Buen genio tenía para consentirlo! Ya la hubiera casado con el galán más apuesto y mejor de toda la nobleza sevillana. Pero ya se ve, como doña Violante quedó sola, al cuidado de su hermano el nuevo conde, y los hombres, en punto a guardar mujeres, no ven más allá de las narices; el hermano no se ha andado por las ramas, la mete en un convento, y Cristo con todos...

- Yo he oído contar una historia...

- Sí: hay quien dice que Doña Violante se resistió mucho antes de consentir en el noviciado<sup>189</sup>, y que al fin cedió a la fuerza, porque estaba enamorada.

- De Don Álvaro de Guzmán.

- Señora, ¿de dónde viene vuestra merced que tales noticias trae? De quien estaba enamorada perdida, era de Don Miguel de Mañara.

- ¡Avemaría purísima!

-Santígüese vuestra merced, que el caso bien lo merece, porque el tal D. Miguel es el diablo en cuerpo y alma: más libertino, más pendenciero<sup>190</sup> y más decididor, no puede haber otro en todos los dominios del rey. D. Fadrique, porque así se llama el hermano de doña Violante, se enteró de estas camorras,<sup>191</sup> y no

---

<sup>185</sup> Persona ignorante y ruda, de ninguna representación ni valer.

<sup>186</sup> Rasurar o afeitarse las barbas.

<sup>187</sup> Vuestra merced.

<sup>188</sup> Criado que lleva del freno el caballo.

<sup>189</sup> Tiempo destinado para la probación en las religiones, antes de profesar.

<sup>190</sup> Propenso a riñas o pendencias.

<sup>191</sup> Bronca, pelea.

perdonó medio para hacer que su hermana desistiese de aquella inclinación. Pero no hay como andar contradiciendo a las muchachas, para que ellas se aficionen más y más a lo mismo en que se las contradice: cuanto más Don Fadrique se oponía, Doña Violante amaba más a Don Miguel. Y era natural; a su edad, todas hemos hecho lo mismo.

- ¡Ay! ¿A quién se lo cuenta vuestra merced?

- Pues, como iba diciendo: al ver Don Fadrique que no adelantaba terreno, y que de la noche a la mañana Don Miguel de Mañara podía jugarle una de las suyas, se avistó en secreto con la abadesa<sup>192</sup> de este convento, y en seguida hizo saber a su hermana su firme decisión de que profesase. La pobre joven oyó esta sentencia, con la desesperación que era natural; pero, ¿qué había de hacer? Por más que pusiese el grito en el cielo, como las mujeres no tenemos voluntad propia, Lloró, suplicó, hizo mil demostraciones de sentimiento, pero todo en vano. Don Fadrique seguía en sus trece, y a los pocos días, a pesar de los esfuerzos de Don Miguel de Mañara, las puertas del claustro de la Encarnación se abrieron para recibir a la novicia Doña Violante.

- Mucho es que Don Miguel no cometió alguna tropelía.<sup>193</sup>

- ¡Qué! Si dicen que estuvo a punto de volverse loco, porque amaba de todo corazón a Doña Violante, y no pudo obtener su mano, a pesar de habérsela pedido con grande empeño a Don Fadrique, en lo cual creo que este no anduvo muy acertado, porque al fin, más vale un mal matrimonio, que.... ya sabe vuestra merced lo demás. La misma oposición que encontraba, era parte para que Don Miguel prosiguiese con más tenacidad su aventura, y llegó a tanto su audacia, que sin respetar el santo asilo de estas vírgenes del Señor, seducía a los demandaderos<sup>194</sup> para que llevasen billetes amorosos, hasta la misma celda de Doña Violante: parece que la abadesa sorprendió un paquete tamaño: yo no sé si Doña Violante le contestaría, porque de esto las monjas han hecho siempre un misterio, y si yo sé algo, es porque a mí me lo cuenta todo la cuñada del sacristán. Lo cierto es que Don Miguel no limitaba sus diabólicos planes a escribir billetes: todas las noches de Dios se situaba en esta plazuela una banda de músicos, que, al compás de los más dulces instrumentos, entonaban coplas llenas de ingeniosas y delicadas alusiones al cautiverio de Doña Violante, y al amor del impío caballero.

¿Bajaban las monjas al coro? pues Don Miguel estaba en la iglesia, y buscaba con los ojos a la novicia para fascinarla con sus miradas. ¿Cantaban maitines?<sup>195</sup> pues allí veían a Don Miguel inmóvil como una estatua, ¿Asistían a misa? pues Don Miguel asistía también distrayéndola de su santa devoción con audacia tan increíble. Las madres dieron parte al arzobispo, pero su eminencia se lavó las manos, porque nada podía hacer en el asunto, y solo les recomendó que la novicia no volviese a bajar al coro y ellas redoblasen su vigilancia. La primera parte de este encargo era inútil, porque Doña Violante, cuyo corazón no es de piedra, combatida por tantas emociones y tanta pesadumbres, cayó en cama tan malita que estuvo a dos dedos del sepulcro.

- ¡Jesús y que crueldad! Yo la hubiese devuelto a su familia.

---

<sup>192</sup> Superior de un monasterio.

<sup>193</sup> Aceleración confusa, desordenada e incluso violenta.

<sup>194</sup> Persona destinada para hacer los recados de las monjas fuera del convento, o de los presos fuera de la cárcel.

<sup>195</sup> Primera de las horas canónicas, rezada antes de amanecer.

- ¡Qué habían de pensar en eso las monjas! Al contrario; hicieron todo lo posible para que Don Fadrique no conociese nunca la verdad. ¡Pues hubiera perdido el convento chica canonjía<sup>196</sup>! Y luego, que es lo que ellas dicen: como para sostener ese rebaño y mantener el culto en la iglesia, no cuentan con más recursos que las limosnas de los fieles...

- Eso también es verdad.

- Pues como decía de mi cuento, fue tanto lo que apenó a Don Miguel la noticia de la enfermedad que padecía Doña Violante, que apenas la supo se presentó en casa de Don Fadrique, decidido a someterse a cuantas condiciones le impusiera para obtener la mano de su hermana: pero Don Fadrique ni siquiera le recibió.

- Eso era un agravio.

- Y por tal lo tomó D. Miguel que juró tomar venganza arrancando la vida a su enemigo; pero en el negocio mediaron personas de respeto para los dos, y luego que como estaba por en medio el honor y hasta la existencia de doña Violante, no era cosa de atropellar por todo y se le echó tierra al asunto; pero D. Miguel que es testarudo si los hay y ama a la novicia más que a las niñas de sus ojos, no dijo esta boca es mía mientras duró la enfermedad; más apenas salió de ella doña Violante y se presentó de nuevo en el coro, volvió a las andadas con más tesón que nunca y acaso con más aprovechamiento.

- ¡Y profesa a pesar de todo lo que vuestra merced me está contando!

- ¿Y qué ha de hacer la pobre más que profesar? Don Fadrique es el hermano mayor y ya ve vuestra merced...

- ¿Pero D. Miguel de Mañara no ha podido impedirlo?

- ¡Qué, si no lo sabe! Hace quince días poco más o menos que se ausentó de Sevilla para un asunto de grande importancia, y D. Fadrique aprovechando esta ocasión, puso en juego su valimiento<sup>197</sup> para conseguir del arzobispo que abreviase el tiempo del noviciado. El buen señor, atento a la salvación un alma que está en tan grande peligro accedió a lo que se le pedía, y él mismo viene a recibir los votos de la novicia y presidir la ceremonia de la profesión. Buen chasco<sup>198</sup> se va a llevar D. Miguel cuando regrese y vea que durante su ausencia le han birlado,<sup>199</sup> como suele decirse, el santo y la limosna.

Aquí llegaban de su conversación las dos honradas comadres cuando abriéndose de repente la puerta del monasterio, en que ellas se apoyaban, estuvieron a punto de caer de espaldas sobre el pavimento de la Iglesia. El templo resplandecía como un ascua<sup>200</sup> de oro, inundado por la brillante luz de un sin número de antorchas: nubes de vaporoso incienso condensaban la atmósfera, y los ecos graves y profundos del órgano,<sup>201</sup> mezclados con el alegre repique de las campanas, ensordecieron el rumor gigante de la apiñada multitud que se estrechó para abrir paso a la brillante comitiva que acompañaba al arzobispo.

---

<sup>196</sup> Empleo de poco trabajo y bastante provecho.

<sup>197</sup> Privanza o aceptación particular que alguien tiene con otra persona, especialmente si es príncipe o superior.

<sup>198</sup> Decepción que causa a veces un suceso contrario a lo que se esperaba.

<sup>199</sup> Hurtar algo sin intimidación y con disimulo.

<sup>200</sup> Pedazo de cualquier materia sólida y combustible que por la acción del fuego se pone incandescente y sin llama.

<sup>201</sup> Instrumento musical de viento, compuesto de muchos tubos donde se produce el sonido, unos fuelles que impulsan el aire y un teclado y varios registros ordenados para modificar el timbre de las voces.

El príncipe de la Iglesia tomó asiento bajo el dosel<sup>202</sup> que le estaba preparado: el templo se llenó de curiosos; extinguieron los ecos graves y profundos del órgano; dejaron de repicar las campanas, y cien miradas anhelantes se fijaron en la reja del coro, como queriendo penetrar el velo que la cubría: al fin este se descorrió, y un nuevo torrente de luz fue a confundirse con el del ara.<sup>203</sup>

Las monjas, formando un semicírculo, en cuya extremidad derecha se veía a la abadesa, rodeaban a la novicia, vestida con todo el lujo deslumbrador, y adornada con todas las galas que el mundo ha inventado para dar mayor realce a la hermosura. Doña Violante, en cuyo rostro se retrataba la palidez de la muerte, hacía gigantescos esfuerzos de voluntad para impedir que el alma se escapase por sus labios desvanecida en suspiros. Dócil a un deseo que ella estaba muy lejos de compartir, había consentido en aquel sacrificio inmenso, y de lo íntimo de su corazón pedía a Dios que le conservase un resto de energía para realizarlo. Avanzó con paso vacilante hacia la reja del coro, y con voz que la conmoción hacía poco menos que ininteligible, extendiendo la temblorosa mano exclamó, acaso sin darse cuenta de sus palabras:

-Juro renunciar al mundo y sus pompas;<sup>204</sup> juro obediencia; juro vivir y morir en perpetua castidad, no quiero para mí más esposo que Jesucristo, a cuyo servicio juro consagrarme. Pronunciadas estas palabras, que abrían, por decirlo así, una tumba para el alma de aquella mujer joven y hermosa, llena de vida, llena de esperanzas y rica de ilusiones, de aquella mujer que había nacido para el amor, y a quien la bárbara crueldad del egoísmo arrebató en un instante todas las aspiraciones y todas las felicidades de la vida; la abadesa se acercó a ella, secó las lágrimas que brotaban de sus ojos, y empezó a despojarla de sus flores y brillantes que lucían entrelazados en su hermosa cabellera. Doña Violante, con la resignación de la víctima, que acepta el sacrificio comprendiendo toda su inmensidad, tenía los ojos fijos en el suelo y no los alzaba ni aun para despedirse con una mirada dolorosa de aquellas superfluidades<sup>205</sup> que tienen tanto atractivo para una mujer hermosa, y que eran ya los últimos ecos de un mundo que ella amaba, y en el que hubiera deseado vivir, porque en él había un corazón amante que latía al mismo tiempo que el suyo. Una de las madres se acercó a la novicia con una bandeja de plata, y cortó con mano despiadada la hermosa trenza de cabellos de la joven, que, al caer sobre el metal, produjo un sonido seco y sofocado, que arrancó un grito semejante al corazón de todos los espectadores. La joven involuntariamente abrió los ojos como para dar gracias a aquellas almas desconocidas que simpatizaban con su infortunio, y al pasear la vista por el concurso de los fieles, arrastrada como por una atracción magnética, la fijó en un hombre que acababa de penetrar en el templo, atropellando a la multitud. Al reconocerle, doña Violante dio un grito terrible, grito de desesperación arrancado del fondo del alma, y cayó sin sentido en los brazos de la abadesa. Volvióse a correr el velo, tornó á resonar el órgano y las monjas entonaron el *Hosanna*<sup>206</sup> con voz melodiosa y suave. Cuando despojada doña Violante de sus ricas vestiduras apareció otra vez en el coro, su palidez había aumentado; en sus ojos se notaba la vaguedad propia de los dementes, y al dar el ósculo de paz a sus nuevas hermanas, lo hacía sin conciencia de sus acciones, como obedece una máquina al motor físico que la impulsa. Al pronunciar los votos, había renunciado a un tiempo al mundo y a su voluntad: las violentas emociones porque estaba combatida habían paralizado en ella el ejercicio de la razón.

---

<sup>202</sup> Mueble que a cierta altura cubre o resguarda un altar, sitial, lecho, etc., adelantándose en pabellón horizontal y cayendo por detrás a modo de colgadura.

<sup>203</sup> Altar donde se celebran ritos religiosos.

<sup>204</sup> Fausto, vanidad y grandeza.

<sup>205</sup> No necesario, que está de más.

<sup>206</sup> Exclamación de júbilo usada en los salmos y en la liturgia cristiana y judía.

El desconocido, cuya presencia causó efecto tan deplorable en el ánimo de la joven, no era tampoco insensible a aquel espectáculo: una angustia cruel atormentaba su pecho, y sentía impulsos de arrojarse por sí solo a impedir la consumación de aquel sacrificio: no era un temor vulgar lo que le detenía: sobrabanle valor y audacia para arrostrar<sup>207</sup> todo género de peligros con ánimo sereno, porque hasta la misma muerte le parecía menos horrible, que los tormentos en que se despedazaba su corazón; más, sin embargo, permaneció inmóvil encadenado por una fuerza misteriosa, a la que no podía resistir, quizá dominado, sin darse cuenta de ello, por ese temor religioso que la augusta majestad de un templo infunde hasta en las almas de los más descreídos: su cólera era impotente para estallar, y solo se podía advertir en las chispas de fuego que centelleaban en sus pupilas.

Cuando se corrió el velo de la reja del coro, y desapareció a su vista aquella escena dolorosa, el caballero, lanzando un profundo suspiro, débil desahogo de su pecho, que había tenido el bárbaro valor de asistir al espectáculo de su desgracia, juzgó terminada la ceremonia, y salió a la calle: el puro ambiente de la atmósfera refrescó su cerebro, y devolvió a su ánimo la energía que momentáneamente había perdido.

- ¡Necio de mí! - exclamó: ¿Por qué no di crédito al mensajero de mi desdicha, y no emprendí mi viaje con la velocidad del rayo, para llegar a tiempo, y arrebatarla a ese claustro odioso, que me la roba para siempre?... ¡Para siempre! ¡Horrible verdad!... Y, ¿por qué? ¿Qué obstáculo se ha opuesto nunca al capricho de Don Miguel de Mañara? ¿Quién puede arrebatarme un corazón que ya es mío? ¿Quién tiene derecho a privarnos de una felicidad que nos pertenece? ¡La religión! Y, ¿qué me importa a mí la religión? Yo no creo, yo no quiero creer en nada... Doña Violante será mía: yo romperé su clausura, cien veces, si fuera necesario. Juro a Dios, que, si la veo en los brazos de Jesucristo, de sus mismos brazos me atreveré a robarla.

Esta horrenda blasfemia, este impío juramento, eco de una desesperación horrible, llevó la tranquilidad al espíritu de Don Miguel de Mañara, confiado por una parte en el frenético amor que le profesaba doña Violante, y por otra en la singular fortuna que hasta entonces le había ayudado en todas sus empresas. Así es que al separarse del convento en que la joven acababa de renunciar a todas las pompas y afecciones del mundo, lo hizo con esa tranquilidad perfecta del hombre que se separa con una despedida cariñosa de la mujer que ama, y aguarda confiado la noche siguiente para cambiar dulces juramentos de fidelidad y ternura.

Constante en su propósito de rescatar para sí aquel corazón sobre el cual se creía con derechos, y que ya pertenecía a otro mundo; sorda su conciencia a la voz de los remordimientos que nunca había escuchado, D. Miguel de Mañara no era hombre que temiese al escándalo, ni retrocediese ante un sacrilegio. Para él las rejas que defendían la virtud de las vírgenes del Señor, no eran más que hierros de una odiosa cárcel, fáciles de romper, sin otra razón que su voluntad para todos irresistible. Idólatra de sí mismo ajeno a toda creencia religiosa, apasionado por carácter é impetuoso por temperamento, ni comprendía siquiera toda la extensión del abismo que unas cuantas palabras pronunciadas en presencia de Dios habían abierto entre él y doña Violante.

La pasión verdadera, anhelante por satisfacerse, dispone de argumentos irresistibles y de arbitrios infernales, contra los que rara vez prevalece la energía de la mujer, y menos a una voz interior se alza de continuo en su pecho aconsejándole aquello mismo que desea. Ni la austera severidad de las costumbres del claustro, ni la práctica constante de una contemplación religiosa, ni los más obstinados

---

<sup>207</sup> Hacer cara, resistir, sin dar muestras de cobardía, a las calamidades o peligros.

esfuerzos de una voluntad subyugada al influjo de una pasión frenética, fueron en doña Violante elementos de fuerza suficientes para que el deber triunfase en la lucha que estaba sosteniendo con el amor. Cuanto más procuraba elevar su pensamiento a otras regiones, más y más lo sentía encadenado al mundo. Quizás aquella infeliz mujer hubiera podido triunfar de su corazón si hubiese vivido abandonada a sí misma; el tiempo y la soledad son a veces bálsamos prodigiosos para cicatrizar las heridas del alma; pero en la iglesia, en sus paseos solitarios por los jardines, en el libro en que rezaba, a la cabecera del lecho en que dormía, hallaba siempre un billete, una flor, una memoria de D. Miguel de Mañara, que algún espíritu invisible ponía ante sus ojos o deslizaba en sus manos, para mantener en combustión continua el fuego voraz que enardecía hasta la última gota de su sangre. Diríase que estaba impregnado de amor hasta el ambiente que respiraba.

D. Miguel veía con infernal satisfacción acercarse el momento de su triunfo: la joven debía sucumbir y sucumbió. Una tarde que paseaba al pie de las descarnadas paredes del convento, vio en una de las rejas asomarse una mano y deslizarse un billete. Mañara lo leyó con avidez,<sup>208</sup> y no pudo contener un grito de júbilo. Doña Violante consentía en la fuga que le había propuesto: aquella noche iba a cumplir su promesa, sacrílega de arrancar de los brazos de Jesucristo una de sus esposas.

La noche cubrió la ciudad con su manto de tinieblas: la luna se alzaba majestuosa en el espacio, seguida de su magnífico séquito<sup>209</sup> de estrellas relucientes; la brisa plegaba sus leves alas respetando la pureza de la atmósfera; era una de esas noches templadas y serenas, rodeadas de encanto y de misterio que incitan al amor en el voluptuoso clima de Andalucía; la hora de la felicidad de los dos amantes había sonado. D. Miguel, seguido de su escudero, acudía a la cita: un bulto sospechoso le impidió acercarse al monasterio. En vano estuvo esperando a que la calle quedase despejada: el bulto no se movía. D. Miguel, que no era hombre de mucha paciencia, acabó por perder la poca que le quedaba, y decidido a hacer desaparecer cuanto antes aquel obstáculo, avanzó hacia el desconocido. Al acercarse D. Miguel, pudo reconocer en aquel hombre al hermano de doña Violante. Mañara creyó con fundamento que algún miserable le había vendido, y en efecto, al volver la cara atrás para asegurarse de que no estaba cercado; observó que su escudero había desaparecido como una sombra.

Ya no era tiempo de retroceder, ni Mañara lo hubiera hecho por todas las consideraciones del mundo. Al contrario, era tan firme en una resolución tomada y tan dado su carácter a las empresas peligrosas, que casi se alegraba de la nueva complicación que ofrecía su aventura. Además, D. Fadrique también le había reconocido y avanzaba hacia él lentamente.

-Ya veis, señor D. Miguel, - le dijo- que estoy al cabo de vuestros planes. Mucho os habéis engañado al creer que mi hermana no tenía otros defensores que la reja del convento y la santidad de su estado, porque aún vivo y aún tengo espada que esgrimir por ella.

- Pláceme D. Fadrique que aceptéis la cuestión con franqueza; así como así nos odiamos, y ya es tiempo de romper los diques de este odio: me habéis robado una felicidad que me pertenecía, y yo la reivindico: he aquí todo. Desnudad la espada y quede el campo por quien disponga la fortuna.

Ambos caballeros iban a desnudar las espadas, cuando a sus pies resonó el golpe producido por una llave, que cierta mano misteriosa había arrojado envuelta en un pañuelo. Movidos como por un solo

---

<sup>208</sup> Ansia, codicia.

<sup>209</sup> Agregación de gente que en obsequio, autoridad o aplauso de alguien lo acompaña y sigue.

resorte, D. Miguel y D. Fadrique dieron un salto para apoderarse de ella, pero este fue más ágil o más afortunado. D. Miguel bramaba<sup>210</sup> de cólera, y dijo a su adversario:

- ¡Por Cristo! dadme esa llave o vive Dios que os la arranco con la vida.

- ¡Solo a ese precio la conseguiréis! ¡En guardia, que me ahoga la sed de vuestra sangre!  
Cruzáronse los aceros que hablaban por sus señores; los golpes eran frecuentes y terribles, ninguno de los dos combatientes aventajaba en destreza o en valor a su adversario: para un golpe bien dirigido, tenían siempre un quite afortunado; hasta que al fin Mañara, arrojándose sobre D. Fadrique con el salvaje empuje de la desesperación, consiguió aprovechar un instante de descuido y le atravesó el corazón de una estocada. Don Fadrique cayó al suelo sin exhalar un suspiro: su muerte había sido tan súbita como la que produce el rayo: Mañara se arrojó sobre el cadáver y sin detenerse a recoger su espada, ni temor a empaparse la mano en aquella sangre inflamada por la cólera, le arrebató la llave que había de abrirle las puertas del convento. Disponíase ya a cometer la profanación cuando le detuvo el rumor cercano de una ronda. No le faltaba valor para resistir, aunque fuera a todos los alguaciles del mundo; pero un escándalo podía comprometer el éxito de su empresa y se decidió a ocultarse: dobló la esquina del convento y viendo luz en la iglesia se dirigió a aquel punto: la puerta estaba entornada<sup>211</sup> y cedió fácilmente a su empuje.

Al penetrar Don Miguel en el templo un extraño espectáculo se ofreció a su vista: las paredes estaban cubiertas de paños funerales y rodeados de blandones se alzaban dos féretros en el centro de la iglesia. Las monjas arrodilladas en el coro entonaban con acento fervoroso preces por el descanso eterno de aquellas dos almas que habían comparecido en la presencia de Dios.

La augusta soledad de aquel sagrado recinto: aquellos dos catafalcos,<sup>212</sup> símbolo misterioso y terrible de la fragilidad humana; el canto fúnebre y monótono de aquellas vírgenes del Señor que elevaban al cielo su espíritu implorando perdón para las iniquidades de los hombres; en fin, las emociones violentas de aquella noche de crímenes, inclinaron hacia la contemplación el ánimo de Don Miguel y arrancaron una lágrima a sus ojos: cierta inquietud extraña, cierto terror vago e incomprensible se apoderaron de su corazón, y sin darse cuenta de sus acciones, cayó de rodillas y sus labios murmuraron una plegaria por el alma de aquellos tan felices que se habían libertado para siempre de las tempestades del mundo.

A su lado había una buena mujer rezando fervorosamente el caballero le preguntó:

- ¿Queréis decirme quiénes eran los muertos?

-Don Miguel de Mañara y Doña Violante Carbajal, contestó secamente la interpelada.  
Don Miguel dio un salto y exhaló un rugido como la pantera herida: más reponiéndose muy luego creyó que aquella mujer estaba loca.

- ¡Por quién rezáis? preguntó a un anciano arrodillado al otro extremo de la iglesia.

-Por el descanso eterno de D. Miguel de Mañara y doña Violante de Carbajal.

---

<sup>210</sup>Dicho de una persona: manifestar con voces articuladas o inarticuladas y con extraordinaria violencia la ira de que está poseída.

<sup>211</sup> Volver la puerta o la ventana sin cerrarla del todo.

<sup>212</sup> Armazón de madera, vestida de paños fúnebres, que se erige para la celebración de las honras de un difunto.

D. Miguel se hizo repetir estos nombres una vez y otra: a su primera sorpresa sucedió un terror profundo: restregábase los ojos como para despertarse de un horrible sueño; se tocó a sí mismo para convencerse de que existía, tocó los objetos que le rodeaban, cerró una y otra vez los ojos para triunfar de aquella visión espantosa, pero al abrirlos volvían a fijarse en aquellas paredes enlutadas, en aquellos blandones de luz siniestra y amarillenta, en aquellos dos féretros que encerraban misterio tan horrible.

- ¡Bah! ¡se burlan de mí, exclamó, y yo me dejo engañar con la credulidad de un niño!

Avanzó con paso firme y resuelto hasta el catafalco: los ataúdes estaban abiertos, y el caballero miró a los dos cadáveres con ansiedad indescriptible. Un grito espantoso se escapó de su pecho: la mujer y el anciano habían dicho verdad: D. Miguel vio en aquellos dos ataúdes su propio cadáver y el de la mujer a quien amaba.

Sobrecogido de terror, temeroso hasta del ruido de sus pasos; sin valor para volver la espalda a aquel extraño prodigio, y sin cerrar los ojos por miedo de que en la oscuridad tomase proporciones gigantescas aquella visión espantosa, salió a la plaza y echó a correr despavorido.

En la calle de Placentines se encontró una ronda que le detuvo, pero muy luego el jefe de ella, deshaciéndose en disculpas, le dijo:

-Dispensad la imprudencia de mis alguaciles; os habían tomado por otro: Buscamos a D. Fadrique Carbajal.

- ¿Pues qué ha hecho? Preguntó D. Miguel, temiendo y anhelando la respuesta.

- Ha matado en desafío a D. Miguel de Mañara.

- ¡Mentira! ¡Yo soy el que decís!

Los alguaciles le miraron, prorrumpieron en una carcajada, y exclamaron a una voz:

- ¡Está loco!

D. Miguel, al separarse de la ronda, corrió un largo espacio, y al fin se detuvo como para reunir sus recuerdos, fortalecer su razón y convencerse de que todo cuanto le pasaba no era más que una pesadilla. Miró su mano derecha, y la vio empapada en sangre; faltábale la espada al cinto; llevaba en el bolsillo la llave que había arrebatado a D. Fadrique. Era evidente que le habían tomado por juego de una burla odiosa, a la que habían dado mayor fuerza las aberraciones de la imaginación exaltada. En aquel mismo instante pasó a su lado un caballero, que, como él, no llevaba espada, y tenía tinta en sangre la mano derecha.

-Alma que habitaste el cuerpo de D. Miguel de Mañara, yo soy quien te arrancó la vida, y yo te emplazo por tu sacrilegio ante el tribunal divino.

D. Miguel se fijó en aquel caballero que tan extrañas palabras le dirigió, y reconoció en él a D.

Fadrique Carbajal, sin embargo, no queriendo dar fe al testimonio de sus sentidos, preguntó a algunos transeúntes:

- ¿Conocéis a ese hombre? ¿Qué ha hecho?

- Es el conde de Carrión; ha matado en desafío a D. Miguel de Mañara, le contestaron. de Mañara, le contestaron.

- ¡Y a mí me conocéis?

- No.

- ¡Impostura! Yo soy ese D. Miguel de Mañara que decís: yo quien ha matado en duelo al conde de Carrión.

- ¡Já! ¡já! ¡Pobre hombre!... ¡Está loco!

- ¡Loco! ¡loco!... Acaso dicen verdad, exclamó D. Miguel; esto que me sucede no está en los límites de la razón humana; o yo he perdido el juicio o el cielo obra conmigo un milagro.

Cualquiera que haya visitado en Sevilla el famoso hospital de la Caridad, habrá visto en el patio de entrada y en la pared que da frente a la puerta, una inscripción grabada en mármol, que recuerda la vida penitente de D. Miguel de Mañara, fundador de aquel piadoso establecimiento. Si ansiosos por conocer la historia de aquel hombre singular que consagró toda su vida y toda su hacienda al servicio de los pobres desvalidos; que a pesar de su elevado rango no desdeñaba descender a los oficios más humildes si redundaban en provecho de la humanidad doliente, preguntáis a algún enfermero, o alguno de los infelices que descansan en el lecho del dolor, ellos os referirán, con corta diferencia lo mismo que yo he referido, y no pronunciarán una sola vez el nombre de D. Miguel de Mañara sin colmarle de bendiciones que parten de lo íntimo del corazón

“Fue un santo, os dirán; no podía ser otra cosa quien poseyó el secreto de dejar vivo en el mundo un sentimiento eterno de gratitud.”

### Preguntas de comprensión

1. ¿Qué ocurre al inicio del cuento? ¿Por qué hay tanta gente concentrada frente a la plaza? ¿Cuál era el estado de ánimo de algunos espectadores?
2. ¿Qué dijo una de las mujeres muy viejas ante la muchedumbre?
3. ¿Quién es doña Violante y según la conversación al inicio, cuál es su conexión con Don Miguel?
4. ¿Qué hizo Don Fadrique con su hermana? ¿Cómo y qué hizo D. Miguel, luego?
5. ¿Qué le ocurrió a doña Violante que casi muere y qué hicieron las monjas?
6. El hermano se aprovecha de que D. Miguel salió de Sevilla. ¿Qué le pidió al arzobispo?
7. “Juro renunciar al mundo y a sus pompas; juró obediencia; juro vivir y morir en perpetua castidad; no quiero para mí más esposo que Jesucristo...” ¿en realidad, fueron estas las palabras de doña Violante, su voz, su querer?

8. ¿Qué representó el corte despiadado de la hermosa trenza de doña Violante? ¿Qué se notaba en sus ojos? ¿Por qué creen que Don Miguel no hizo nada para impedir la ceremonia?
9. ¿De qué manera estalla D. Miguel al salir del convento? ¿Qué juramentos hace?
10. ¿Qué cree D. Miguel sobre la virtud de las vírgenes del señor?
11. ¿Qué contenía el billete que doña Violante le dio a D. Miguel por las rejas? ¿A quién encuentra D. Miguel frente al convento? ¿Sintió miedo?
12. Brevemente describe el enfrentamiento entre D. Miguel y D. Fadrique. ¿Quién le quita la vida a quién?

#### Preguntas de análisis

1. ¿Qué relación hay entre Don Miguel de Mañara y El estudiante Lizardo?
2. ¿Creen que D. Miguel creía en Dios?
3. ¿Consideran que la iglesia fue un instrumento de opresión?
4. ¿A quién consideran el protagonista del cuento: a Don Miguel o a doña Violante?

#### Temas de investigación propuestos

1. El sufrimiento en vida por amor e injusticia.
2. El rol tradicional de la mujer en la toma de decisiones.
3. La religión desde un punto de vista opresor y de fe.

#### Bibliografía preliminar

García de Luna, Luis. "Don Miguel de Mañara." *La América*, 24 Ag. 1862, pp. 14–15.

Payán, Juan Jesús. "Pesadillas de un don Juan: emasculación radical de un seductor en "El diablo en Sevilla" de Luis García de Luna" *Siglo Diecinueve (Literatura Hispánica)*, vol. 25, 2019, pp. 369–394.

Valdés Leal, Juan de. *Miguel Mañara Lee La Regla de La Hermandad de La Caridad*, óleo sobre lienzo, 1681.

Prólogo, edición y preguntas de José Gabriel Abreu Castaño

# Emilia Pardo Bazán

(1851 – 1921)



Emilia Pardo-Bazán y de la Rúa-Figueroa. Fue hija de José María Pardo-Bazán y de Amalia de la Rúa-Figueroa y Somoza. Hija de una familia gallega noble y muy pudiente de España. Su padre fue una gran ayuda para ella, proporcionándole la mejor educación posible, fomentando su amor por la literatura. Ella recibió formación humanística en historia, filosofía, literatura e idiomas. Tuvo una infancia llena de conocimientos y fue una lectora constante desde los ocho años, componiendo sus primeros versos a la edad de nueve años. A los quince años, escribió su primer cuento (*Un matrimonio del siglo XIX*), que sería el primero de los numerosos cuentos que publicaría a lo largo de su vida. A los dieciséis años se casó con José Quiroga y Pérez Deza, también de familia hidalga; él tenía diecinueve años y todavía era estudiante de derecho. Una vez casada tuvo la oportunidad de recorrer por Europa.

Se le describe a menudo como una mujer que amaba la literatura, los viajes y los idiomas. Su popularidad como escritora comenzó con la publicación de *Estudio crítico de Feijoo* (1876). En ese año también nace su primer hijo Jaime, quien le inspira el libro de poemas *Jaime* (1881).

Emilia Pardo Bazán fue una novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poetisa, dramaturga, traductora, editora, catedrática, y conferencista española. Fue una de las grandes escritoras e intelectuales europeas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Dentro de todas estas áreas que ocupaba podemos decir que fue parte de los movimientos literarios como; el realismo, naturalismo y simbolismo. Destacados en muchas de sus novelas que ella misma escribió, así como también cuentos. Algunas obras que fueron destacadas y que fueron importantes son: *La Tribuna* (1882), *La cuestión palpitante* (1882), *Los pazos de Ulloa* (1886), *La madre naturaleza* (1887),

*Insolación* (1889), *La piedra angular* (1891), *Memorias de un solterón* (1896), *El encaje roto* (1897) y otras más.

Emilia Pardo Bazán fue también reconocida por su lucha incansable por la emancipación de la mujer, introdujo en España el debate francés y británico sobre feminismo. Entre 1892 y 1914 dirigió y financió la Biblioteca de la mujer, un proyecto editorial cuyo objetivo principal era la difusión entre un público femenino de ideas progresistas relacionada con los derechos de la mujer. Se autodefinió como feminista y protagonizó conferencias y discursos en un tono adelantado para su época.

Como figura relevante sobresalió tanto a nivel social como cultural y político. Fue la primera mujer que tomó el cargo de la Presidencia de la Sección de literatura del Ateneo de Madrid y en 1916 fue nombrada catedrática de lenguas neolatinas en la Universidad Central. Se le concedió la Banda de la Orden de María Luisa y posteriormente Alfonso XIII la designó Consejera de Instrucción Pública.

Emilia Pardo Bazán falleció en Madrid el 12 de mayo de 1921 por complicaciones de diabetes, permaneciendo viva en su interminable obra.

## Preguntas de prelectura

1. ¿Qué sabes sobre el realismo y el naturalismo literario español?
2. ¿Qué crees que podría significar “Borgoñona”? ¿Qué impresión te dio al leer el título del cuento?
3. ¿Conoces algo sobre la vida de San Francisco de Asís y Santa Clara?
4. ¿Conoces algunas mujeres escritoras en general o del siglo XIX? En una o dos palabras, que puedes decir sobre Emilia Pardo Bazán.

## La borgoñona

El día que encontré esta leyenda en una crónica franciscana, cuyas hojas amarillentas soltaban sobre mis dedos curiosos el polvillo finísimo que revela los trabajos de la polilla, quedeme un rato meditabunda<sup>213</sup>, discurriendo<sup>214</sup> si la historia, que era edificante para nuestros sencillos tatarabuelos, parecería escandalosa a la edad presente. Porque hartas<sup>215</sup> veces observo que hemos crecido, si no en maldad, al menos en malicia, y que nunca un autor necesitó tanta cautela como ahora para evitar que subrayen sus frases e interpreten sus intenciones y tomen por donde queman sus relatos más inocentes. Así todos andamos recelosos y, valga esta propia metáfora, con la barba sobre el hombro, de miedo de escribir algo funesto para la moral y las costumbres.

---

<sup>213</sup> Meditabunda: Que medita, cavila o reflexiona en silencio. (RAE)

<sup>214</sup> Discurriendo: discurrir: Inventar o idear algo, pensar o imaginar algo. (RAE)

<sup>215</sup> Hartas: Fastidiado, cansado. (RAE)

Pero acontece que, si llega a agradarnos o a producirnos honda impresión un asunto, no nos sale ya fácilmente de la cabeza, y diríase que bulle<sup>216</sup> y se revuelve allí cual el feto en las maternas entrañas, solicitando romper su cárcel oscura y ver la luz. Así yo, desde que leí la historia milagrosa que dejando escrúpulos a un lado voy a contar, no sin algunas variantes, viví en compañía de la heroína, y sus aventuras se me aparecieron como serie de viñetas de misal<sup>217</sup>, rodeadas de orlas de oro y colores caprichosamente iluminadas, o a modo de vidriera de catedral gótica, con sus personajes vestidos de azul turquí, púrpura y amaranto. ¡Oh, quién tuviese el candor, la hermosa serenidad del viejo cronista para empezar diciendo: «¡En el nombre del Padre...!»

– I –

Era muchos, muchos años o, por mejor decir, muchos siglos hace; el tiempo en que Francisco de Asís, después de haber recorrido varias tierras de Europa, exhortando a la pobreza y a la penitencia, enviaba sus discípulos por todas partes a continuar la predicación del Evangelio.

Los pueblecillos y aldehuelas<sup>218</sup> de Italia y Francia estaban acostumbrados ya a ver llegar misioneros peregrinos, de sayal<sup>219</sup> roto y descalzos pies, que se iban derechos a la plaza pública y, encaramándose sobre una piedra o sobre un montón de escombros, pronunciaban pláticas fogosas, condenando los vicios, increpando a los oyentes por su tibieza en amar a Dios. Bajábanse después del improvisado púlpito y los aldeanos se disputaban el honor de ofrecerles hospitalidad, lumbre y cena.

No obstante, en las inmediaciones de Dijón existía una granja aislada, a cuya puerta no había llamado nunca el peregrino ni el misionero. Desviada de toda comunicación, sólo acudían allí tratantes<sup>220</sup> dijonenses a comprar el excelente vino de la cosecha; pues el dueño de la granja era un cosechero ricote y tenía atestadas de toneles sus bodegas, y de grano su troj<sup>221</sup>. Colono de opulenta abadía<sup>222</sup>, arrendara al abad por poco dinero y muchos años pingües<sup>223</sup> tierras, y según de público se contaba, ya en sus arcas había algo más que viento. Él lo negaba; era avaro, mezquino, escatimaba la comida y el salario a sus jornaleros, jamás dio una blanca<sup>224</sup> de limosna y su mayor despilfarro consistía en traer a veces de Dijón una cofia<sup>225</sup> nueva de encaje o una tosca medalla de oro a su hija única.

Omite la crónica el nombre de la doncella, que bien pudo llamarse Berta, Alicia, Margarita o cosa por el estilo, pero a nosotros ha llegado con el rótulo de *la Borgoñona*. De cierto sabemos que la hija del cosechero era moza y linda como unas flores, y a más tan sensible, tierna y generosa como duro de cocer y tacaño su padre. Los mozos de las cercanías bien quisieran dar un tiento a la niña y de paso a la hucha

---

<sup>216</sup> Bulle: bullir: Dicho de una persona: moverse, agitarse con viveza excesiva, no parar. (RAE)

<sup>217</sup> Misal: (libro) litúrgico en que se contiene el orden y modo de celebrar la misa. (RAE)

<sup>218</sup> Aldehuelas: Aldeas pequeñas.

<sup>219</sup> Sayal: Tela muy basta tejida de lana burda. (RAE)

<sup>220</sup> Tratantes: Persona que se dedica a comprar géneros para revenderlos. (RAE)

<sup>221</sup> Troj: Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales. (RAE)

<sup>222</sup> Abadía: Dignidad de abad o de abadesa. (RAE)

<sup>223</sup> Pingües: Abundante, copioso, fértil. (RAE)

<sup>224</sup> Blanca: Moneda de vellón, que según los tiempos tuvo diferentes valores. (RAE)

<sup>225</sup> Cofia: Prenda femenina de cabeza, generalmente blanca y de pequeño tamaño, que llevan enfermeras, camareras, criadas, etc. Como complemento de uniforme. (RAE)

<sup>226</sup>del viejo, donde se guardaba, sin duda, una apetitosa dote en relucientes monedas de oro; más nunca requiebros de gañanes<sup>227</sup> tiñeron de rosa las mejillas de la doncella, ni apresuraron los latidos de su seno. Indiferente los escuchaba, acaso riéndose de sus extremos y finezas amorosas.

Un día de invierno, al caer de la tarde, hallábase la Borgoñona sentada en un poyo<sup>228</sup> ante la puerta de la granja, hilando su rueca. El huso giraba rápidamente entre sus dedos, el copo se abría y un tenue hilo, que semejava de oro, partía de la rueca ligera al huso danzarín. Sin interrumpir su maquina tarea, la Borgoñona pensaba involuntariamente en cosas tristes. ¡Qué solitaria era aquella granja, Madre de Dios! ¡Qué aire tenía de miseria y de vetustez! ¡Nunca se oían en ella risas ni canciones; siempre se trabajaba callandito,<sup>229</sup> plantando, cavando, podando, vendimiando, pisando el vino, metiéndolo en los toneles, sin verlo jamás correr, espumeante y rojo, de los tanques a los vasos, ¡en la alegría de las veladas!

¿A qué tanto afanarse? -reflexionaba la niña-. Mi padre taciturno,<sup>230</sup> vendiendo su vino, contando sus dineros a las altas horas de la noche; yo, hilando, lavando, fregando las cacerolas, amasando el pan que he de comer al día siguiente... ¡Ah!, ¡naciera yo hija de un pobre artesano de Dijón, de un vasallo del obispo, y sería más dichosa!

Distraída con tales pensamientos, la Borgoñona no vio a un hombre que por el estrecho sendero abierto entre las viñas caminaba despacio hacia la granja. Muy cerca estaba ya, cuando el ruido de su báculo sobre las piedrezuelas del camino movió a la doncella a alzar la cabeza con curiosidad que se trocó en sorpresa así que hubo contemplado al forastero, el cual frisaría<sup>231</sup> a lo sumo en los veinticinco años, si bien la demacración del rostro y el aire humilde y contrito le disimulaban la mocedad. Un sayal gris, que era todo él un puro remiendo, le resguardaba mal del frío; una cuerda grosera ceñía su cintura; traía la cabeza descubierta, desnudos los pies y muy maltratados de los guijarros<sup>232</sup> y apoyase en un palo de espino. Al punto comprendió la Borgoñona que no era un mendigo, sino penitente, el hombre que así se presentaba, y con palabras dulces y ademanes llenos de reverencia, le tomó de la mano y le hizo entrar en la cocina y sentarse junto al fuego. Veloz como una saeta corrió al establo, y ordeñó la mejor vaca para traer al peregrino una taza de leche caliente; partió del enorme mollete de pan un buen trozo, que migó en la taza, y arrodillándose casi, mostrando mucho amor y liberalidad, sirvió a su huésped.

Él agradeció en breves frases la caridad que le hacían, y mientras despachaba el frugal alimento comenzó a explicar, con suave pronunciación italiana, cosas que suspendieron y embelesaron a la Borgoñona. Habló de Italia, donde el cielo es tan azul, el aire tan tibio y, en especial, de la región de Umbría, amenísima en sus valles, y en sus montes severa. Después nombró a Asís, y refirió los prodigios que obraba el hermano Francisco, el serafín humano, el cual seguían, atraídos por sus predicaciones, pueblos enteros. Nombro a una joven muy bella y de sangre noble, Clara, cuya santidad portentosa era respetada no sólo por los hombres, sino hasta por los lobos de la sierra. Añadió que el hermano Francisco había compuesto, para alabar a Dios y desahogar sus afectos, tiernos cánticos; y como la Borgoñona solicitase

---

<sup>226</sup> Hucha: Alcancía de barro o caja de madera o de metal con una sola hendidura, que sirve para guardar dinero. (RAE)

<sup>227</sup> Gañanes: Mozo de labranza. (RAE)

<sup>228</sup> Poyo: Banco de Piedra u otra materia arrimada a las paredes, ordinariamente a la puerta de las casas de zonas rurales. (RAE)

<sup>229</sup> Callandito: Callado, silencioso.

<sup>230</sup> Taciturno: Callado, silencioso, que le molesta hablar. (RAE)

<sup>231</sup> Frisaría: Acercarse o estar próximo a algo, especialmente a una determinada edad. (RAE)

<sup>232</sup> Guijarros: Cuando un daño recibido sobreviene otros mayores. (RAE)

oírlos, el forastero cantó algunos; y aunque no entendía la letra, el tono y el modo de cantar del desconocido hicieron arrasarse en lágrimas los ojos de la niña. El forastero tenía los suyos bajos, rehuyendo ver el rostro femenino, que adivinaba fresco, hermoso y juvenil. Ella, en cambio, devoraba con la mirada aquellas facciones nobles y expresivas, que la mortificación y el ayuno habían empalidecido.

Cerrada ya la noche, fueron entrando en la cocina los mozos y mozas de labranza, encendiéronse candiles y antorchas de resina, aumentase el fuego con haces de secos sarmientos de vid y preparáronse a aprovechar la velada, ellas hilando, ellos cortando y afilando estacas destinadas a sostener las cepas de viña. Todos miraban curiosamente al forastero, que en la misma actitud humilde permanecía junto el fuego, silencioso y sin adelantar las palmas de sus amoratadas manos hacia el grato calorcillo de la llama. Un rumor contenido se dejó oír cuando entró el amo de casa: todos querían saber qué diría el avaro de la presencia del huésped.

Pero la Borgoñona, saliendo a recibir a su padre con afabilidad suma, le contó cómo ella había ofrecido hospitalidad a aquel santo, a fin de que no pasase la noche al frío en algún viñedo. No mostró el viejo gran disgusto, y contentóse con encogerse de hombros, yendo a sentarse a su sitio acostumbrado en el banco, cerca del hogar. La velada empezó pacífica.

De pronto, el forastero, saliendo de su letargo,<sup>233</sup> levantó la cabeza, y como si notase por primera vez que estaba próximo a una hoguera alegre y chispeante, comenzó a decir a media voz algunas palabras sobre la hermosura del fuego y la gratitud que el hombre debe a Dios por tan gran beneficio. La Borgoñona tocó al codo a su vecina, ésta transmitió la seña y en un instante callaron las conversaciones de la cocina para oír al penitente. Éste, arrastrado por su propia elocuencia, iba elevando la voz hasta pronunciar con gran calor su discurso.

De la consideración del fuego pasó a los demás bienes que nos otorga la bondad divina, y que estamos obligados a repartir con el prójimo por medio de limosna. Si, obligados, pues de toda riqueza somos usufructuarios<sup>234</sup> no más. ¿De qué sirve, por ejemplo, el tesoro encerrado en el arca del avaro? ¿De qué el trigo abundante en los graneros del hombre duro de corazón? ¿Creen ellos acaso que el Señor les dio tan cuantiosos bienes para que los guarden bajo llave y no alivien las necesidades del prójimo? ¡Ah! ¡El día del tremendo juicio, su oro será contrapeso horrible que los arrastre al infierno! ¡En vano tratarán entonces de soltar lo que en vida custodiaron tanto: allí, sobre sus lomos, estará el tesoro de perdición, ¡y con ellos se hundirá en el abismo!

A medida que arengaba<sup>235</sup> el penitente, los ojos del auditorio se fijaban en el cosechero, el cual, retorciéndose en el banco, no sabía qué postura tomar ni qué gesto poner. El penitente, incorporándose, hablaba ya casi a gritos, con voz vibrante y sonora. De repente, mudando de registro, encareció los placeres de la limosna, la dulzura inefable del espíritu que premia el sacrificio de bienes perecederos dados por el amor de Dios. Sus frases persuasivas fluían como miel, sus ojos estaban húmedos y elevados. Las mujeres del auditorio, profunda y dulcemente conmovidas, soltaron la rienda al llanto, y mientras unas acudían a los delantales para secar sus lágrimas, otras rodeaban al peregrino y se

---

<sup>233</sup> Letargo: Somnolencia, inactividad. (RAE)

<sup>234</sup> Usufructuarios: Dicho de una persona: que posee y disfruta una cosa. (RAE)

<sup>235</sup> Arengaba: Arengar: Discurso pronunciado para enardecer los ánimos de los oyentes. (RAE)

empujaban para besar el borde de su túnica. La Borgoñona, con las manos cruzadas, parecía como en éxtasis.

El cosechero, que había dejado escapar visibles muestras de impaciencia, no pudo sufrir semejante escena, y murmurando entre dientes empujó a unos y otros fuera de la cocina, dando por concluida la velada. Cuando dejó de oírse el ruido de los gruesos zapatos de los labradores que partían, pidió lacónicamente la cena. Según costumbre del país, la Borgoñona sirvió a su padre y al forastero. Éste, callado y humilde como al principio, apenas probó del rústico banquete y rogó le permitiesen retirarse. La Borgoñona le condujo a una sala baja donde había extendida paja fresca, y en seguida, volviéndose a la cocina, intentó cenar.

Los bocados se le atravesaban en la garganta; su estómago rehusaba el alimento, y viendo a su padre sombrío y ceñudo, resolviese a preguntar qué opinaba acerca de los discursos del peregrino y lo que había dicho respecto a la caridad.

-Paréceme, padre -añadió-, que, si no nos engaña el gentil predicador, nuestro fin será irnos al infierno en derechura<sup>236</sup>, pues en nuestra casa hay oro, pan y vino en abundancia y nunca damos limosna.

Al pronunciar estas palabras, sonríase dulcemente para congradar al viejo. Pero él, montando en cólera terrible, golpeó fuertemente la mesa con su vaso de estaño, maldijo a la hija que había traído a casa aquel mendigo desharrapado y loco, que acaso fuese un bandido disfrazado, y amenazó ir sin demora a cogerle de un brazo y echarle de la granja; con lo cual, la doncella se retiró a su cuarto trémula<sup>237</sup> y confusa.

En toda la noche apenas logró pegar los ojos. Veía al viajero, oía de nuevo su persuasiva y cálida voz y notaba las variaciones de su rostro, trasfigurado por la unción y fervor de la plática. El lecho de la Borgoñona tenía ascuas y espinas; su conciencia estaba tan despierta como si hubiese cometido un crimen; durmiese un instante y vio en sueños a su padre arrastrado por negros demonios que le aporreaban con sacos llenos de monedas. Apenas un rayo de luz pálida anunció el amanecer, la Borgoñona saltó de la cama y, a medio vestir y en cabello, corrió a la estancia del peregrino.

Éste tenía la puerta abierta y rezaba de rodillas con los brazos en cruz. Hallábase tan arrebatado en la oración, que le pareció a la niña que más de un palmo<sup>238</sup> se levantaba del suelo. Al ruido de los pasos de la Borgoñona, el forastero se puso en pie de un salto y mostró el rostro bañado en lágrimas, y al mismo tiempo resplandeciente de un júbilo celestial; pero cuando se fijó en la Borgoñona, al punto mudó de semblante. Fue como si le cerrasen con llave las facciones. Bajó los ojos y, cruzándose de brazos, preguntó a la niña qué deseaba. Ella, con movimiento rapidísimo, se echó a sus pies, y abrazando sus rodillas toda turbada, rompió a decirle que en aquella casa había riquezas estériles, tesoros malditos, que causarían la perdición de su dueño; que allí jamás se había dado al pobre ni un puñado de espigas, antes era su sudor el que rellenaba las arcas; que ella se encontraba arrepentida y resuelta, para asegurar su salvación y la de su padre, a irse por el mundo descalza, pidiendo limosna y haciendo

---

<sup>236</sup> Derechura: Cualidad de derecho. (RAE)

<sup>237</sup> Trémula: Que tiembla. (RAE)

<sup>238</sup> Palmo: Distancia que va desde el extremo del pulgar hasta el del menique, estando la mano extendida y abierta. (RAE)

penitencia, para lo cual pedía al forastero su bendición y que la llevase en su compañía y le enseñase a predicar y a seguir la regla del beato Francisco, la humanidad y pobreza absoluta.

Permanecía el misionero mudo y parado. No obstante, las palabras de la Borgoñona debían de producirle extraño efecto, porque ésta sentía que las rodillas del penitente se entrechocaban temblorosas, y se veía su faz demudada y sus manos crispadas,<sup>239</sup> cual si se clavase en el pecho las uñas. La doncella, creyendo persuadir mejor, apretaba las manos, escondía la cara en el sayal empapándolo en sus lágrimas ardientes. Poco a poco, el pendiente aflojó los brazos y por fin los abrió, inclinándose hacia la niña. Pero de pronto, con una sacudida violenta, se desprendió de ella y casi la echó a rodar por el suelo. La cabeza de la Borgoñona dio contra las losas del pavimento y el penitente haciendo la señal de la cruz y exclamando « ¡Hermano Francisco, valme!», saltó por la ventana y se perdió de vista en un segundo. Cuando la Borgoñona se incorporó llevándose la mano a la frente lastimada, sólo quedaba del misionero la señal de su cuerpo en la paja donde había dormido.

– II –

Todo el día se lo pasó la Borgoñona cosiendo una túnica de burel grosero, de la misma tela con que solían vestirse los villanos y jornaleros vendimiadores. Al anochecer salió a la granja y cortó un bastón de espino; bajó a la cocina y tomó de un rimero de cuerdas una muy gruesa de cáñamo, y subiendo otra vez a su habitación, empezó a desnudarse despacio, dejando sobre la cama, colocadas en orden, las diversas prendas de su traje.

En el siglo XIII, pocas personas usaban camisas de lino. Era un lujo reservado a los monarcas. La Borgoñona tenía pegado a las carnes un justillo de lienzo grueso y un faldellín de tela más burda aún. Quitóse el justillo y soltó sobre sus blancas y mórbidas espaldas la madeja de su pelo rubio que de día aprisionaba la cofia. Enarboló <sup>240</sup>la tijera, que solía llevar pendiente de la cintura, y desmochó sin piedad aquel bosque de rizos, que iban cayendo suavemente a su alrededor, como las flores en torno del arbusto sacudido por el aire. Se tentó la cabeza, y hallándola ya casi mocha <sup>241</sup>igualó los mechones que aún sobresalían; luego se descalzó; aflojó la cintura del faldellín, se puso el sayal sosteniendo el faldellín con los dientes por no quedarse del todo desnuda; soltó al fin la última prenda femenina, se ciñó la cuerda con tres nudos como la traía el pendiente, y empuñó el bastón. Pero acudió una idea a su mente, y recogiendo las matas de pelo esparcidas aquí y allí, las ató con la mejor cinta que tenía y las colgó al pie de una tosca madona <sup>242</sup>de plomo, que protegía la cabecera de su lecho. Aguardó a que la noche cerrase, y de puntillas, se lanzó a oscuras al corredor; bajó a tientas la escalera carcomida, se dirigió a la sala baja donde había hospedado al penitente, abrió la ventana y salió por ella al campo. Tal arte se dio a correr, que cuando amaneció estaba a tres leguas de la granja, camino de Dijón, cerca de unos hatos de pastores.

---

<sup>239</sup> Crispadas: Causar contracción repentina y pasajera en el tejido muscular, en cualquier otro tejido de naturaleza contráctil, o en una parte del cuerpo. (RAE)

<sup>240</sup> Enarboló: Levantar en alto un estandarte, una bandera o cosa semejante para que se vea bien. (RAE)

<sup>241</sup> Mocha: Pelado o con el pelo corto. (RAE)

<sup>242</sup> Madona: Cuadro o imagen que representa a la Virgen María, sola con el Niño Jesús.

Rendida se metió en un establo, del cual vio salir el ganado antes, y acostándose en la cama de las ovejas, tibia aún, durmió hasta el mediodía. Al despertarse resolvió evitar a Dijón, donde algún parroquiano de su padre podría conocerla.

En efecto, desde aquel día procuró buscar las aldeas apartadas, los caseríos solitarios, en los cuales pedía de limosna un haz de paja y un mendrugo de pan. Mientras caminaba, rezaba mentalmente, y si se detenía, arrodillase y oraba con los brazos en cruz, como el peregrino. El recuerdo de éste no se apartaba un punto de su memoria y copiaba por instinto sus menores acciones, añadiendo otras que le sugería su natural despejo.

Guardaba siempre la mitad del pan que le ofrecían, y al día siguiente lo entregaba a otro pobre que encontrase en el camino. Si le daban dinero, iba corriendo a distribuirlo entre los necesitados, pues recordaba que, según el penitente, nunca el beato Francisco de Asís consintió tener en su poder moneda acuñada<sup>243</sup>.

Al paso que seguía esta vida la Borgoñona, se desarrollaba en ella un don de elocuencia extraordinaria. Poníase a hablar de Dios, de los ángeles, del cielo, de la caridad, del amor divino, y decía cosas que ella misma se admiraba de saber y que las gentes reunidas en derredor suyo escuchaban embelesadas y enternecidas. A dondequiera que llegaba la rodeaban las mujeres, los niños se cogían a su túnica y los hombres la llevaban en triunfo.

Es de notar que todos la tenían por un jovencito muy lindo, y a nadie se le ocurrió que fuese una doncella quien tan valerosamente arrostraba la intemperie y demás peligros de andar por despoblado. Su pelo corto, su cutis oscurecido ya por el sol, sus pies endurecidos por la descalcez le daban trazas de muchacho, y el sayal grueso ocultaba la morbidez<sup>244</sup> de sus formas.

Gracias al disfraz, pudo pasar entre bandas de soldados mercenarios y aun de salteadores, sin más riesgo que el de sufrir algunos latigazos con las correas del tahalí<sup>245</sup>, género de broma que no perdonaban los soldados. Muchos se compadecieron de aquel rapaz humilde y le dieron dinero y vino; otros se burlaron; pero nadie atentó a su libertad ni a su vida.

En la selva de Fontainebleau sucedióle a la Borgoñona la terrible aventura de abrigarse bajo un árbol de donde colgaban humanos frutos: los pies péndulos de un ahorcado la rozaron la frente. Entonces, con valor sobrehumano, abrió una fosa, sin más instrumentos que su bastón de pino y sus uñas. Descolgó el cadáver horrendo, que tenía la lengua fuera y los ojos saliéndose de las órbitas, y estaba ya picado de grajos y cuervos, y mal como supo, reuniendo sus fuerzas, lo enterró. Aquella noche vio en sueños al penitente, que la bendecía.

Pero tantas fatigas, tan larga abstinencia, tan duras mortificaciones, una vida tan áspera y desacostumbrada, abrieron brecha en la Borgoñona y su salud empezaba a flaquear, cuando llegó a una gran villa, que preguntando a los aldeanos verduleros, supo era París.

Entró, pues, en París pensando si quizá moriría allí el peregrino, si lo encontraría casualmente y podría rogarle que le buscara un asilo como el que Clara ofrecía a sus hijas, un convento donde acabar su

---

<sup>243</sup> Acuñada: Imprimir y sellar una pieza de metal, especialmente una moneda o una medalla, por medio de cuño o troquel. (RAE)

<sup>244</sup> Morbidez: Blando, delicado. (RAE)

<sup>245</sup> Tahalí: Pieza de cuero que sirve para llevar colgada una arma u objeto. (RAE)

penitencia y morir en paz. Con estos propósitos se internó en un laberinto de calles sucias, torcidas, estrechas, sombrías: el París de entonces.

Embargaba a la Borgoñona singular recelo. En aquella ciudad vasta y populosa, donde veía tanto mercader, tanto arquero, tantos judíos en sus tiendas, tantos clérigos graves que pasaban a su lado sin volver la cabeza, no se atrevía a pedir hospitalidad, ni un pedazo de pan con que aplacar el hambre. Los edificios altos, las casas apiñadas, las plazuelas concurridas, todo le infundía temor.

Vagó como alma en pena las horas del día, entrando en las iglesias para rezar, apretándose la cuerda para no percibir el hambre, y a la puesta del sol, cuando resonó el toque de cubrefuego, que acá decimos de la queda, cubriósele a ella verdaderamente el corazón, y con mucha angustia rompió a llorar bajito, echando de menos por primera vez su granja, donde el pan no faltaba nunca y donde, al oscurecer, tenía seguro su abrigado lecho. Al punto mismo en que estas ideas acudían a su atribulado espíritu, vio que se acercaba una vejezuela gibosa<sup>246</sup>, de picuda nariz y ojuelos malignos, y le preguntaba afablemente: ¿Cómo tan lindo mozo a tales horas solito por la calle, y si era que por ventura no tenía posada?

-Madre -contestó la Borgoñona- si tú me la dieses, harías una gran caridad, pues cierto que no sé dónde he de dormir hoy, y a más no probé bocado hace veinticuatro horas.

Deshízose la vieja en lástimas y ofrecimientos, y echando a andar delante guio por callejuelas tristes, pobres y sospechosas, hasta llegar a una casuca, cuya puerta abrió con roñosa llave.

Estaba la casa a oscuras; pero la vieja encendió un candil y alumbró por las escaleras hasta un cuarto alto.

Ardía un buen fuego en la chimenea. La Borgoñona vio una cama suntuosa, sitaliales ricos y una mesa preparada con sus relucientes platos de estaño, sus jarras de plata para el agua y el vino, su dorado pan, sus bollos de especias y un pastel de aves y caza que ya tenía medio alzada la cubierta tostada.

Todo olía a lujo, a refinamiento, y aunque el caso era sorprendente, atendido el pergeño<sup>247</sup> de la vieja y la pobreza del edificio, como la Borgoñona sentía tanta hambre y de tal modo se le hacía agua la boca ante el espectáculo de los manjares, no se ocurrió manifestar extrañeza.

Iba buenamente a sentarse y a trinchar el pastel, pero la vieja lo impidió diciéndole que convenía aguardar al dueño de la habitación, un hidalgo estudiante muy galán, que ya no tardaría, y era de tan afable condición, que a buen seguro que no pondría el menor reparo en partir su cena con el forastero.

En efecto, bien pronto, se oyeron resueltos pasos, y un caballero mozo, envuelto en oscura capa y con pluma de garza en el airoso birrete, entró en la estancia.

Al verle, quedose estupefacta la Borgoñona, y no era para menos, pues aquel gallardo caballero tenía la mismísima cara y talle del penitente. Conoció sus grandes ojos negros, sus nobles facciones. Sólo la expresión era distinta. En éste dominaba un júbilo tumultuoso, una especie de energía sensual. Quitóse el birrete, descubriendo rizados y largos cabellos; soltó la capa, y contestó con una carcajada a las disculpas de la vieja, que explicaba cómo aquel pobrecito penitente partiría con él, por una noche, la

---

<sup>246</sup> Gibosa: Que tiene joroba. (RAE)

<sup>247</sup> Pergeño: Traza, apariencia, disposición exterior de alguien o algo. (RAE)

cena y el cuarto. Sentóse a la mesa muy risueño, y declaró que, aunque el camarada no parecía animado, él haría por que la cena fuese divertida. Dijo esto con la propia voz sonora del penitente.

Retiróse la vieja y la Borgoñona tomó asiento confusa y atónita, mirando a su comensal<sup>248</sup> y sin dar crédito al testimonio de los sentidos. Mientras mataba el hambre con el apetitoso pastel, sus ojos no se apartaban del mancebo, que comía y bebía por cuatro y, con mil chanzas, llenaba el vaso y el plato de la Borgoñona, que proseguía comparando al misionero con el estudiante.

Sí, eran los mismos ojos, sólo que antes no brillaba en ellos un fuego vivido y generoso, ni cabía ver el negro de las pupilas, porque estaban siempre bajos. Sí, era la misma boca, pero marchita, contraída por la penitencia, sin estos labios rojos y frescos, sin estos dientes blancos que descubría la sonrisa, sin este bigote fino que acentuaba la expresión provocativa y caballeresca del rostro. Sí, era la misma frente blanca y serena, pero sin los oscuros mechones de pelo que en torno jugueteaban. Era el mismo aire, pero con otras posturas menos gallardas y libres.

Y así, poco a poco, tratando de cerciorarse de si el penitente y el hidalgo componían un solo individuo, la doncella iba deteniéndose con sobrada complacencia en detallar las gracias y buenas partes del mancebo, y ya le parecía que si era el penitente, había ganado mucho en gentileza y donosura.

El caballero, festivamente, escanciaba vino y más vino, y la Borgoñona, distraída, lo bebía. El vino era color de topacio, fragante, aromatizado con especias, suave al paladar, pero después se sentía correr por las venas como líquida llama.

A cada trago de licor, la Borgoñona juzgaba más discreto y bizarro a su compañero de mesa. Cuando la mano de éste, por casualidad, al ofrecerle el vaso, rozaba la suya, un delicioso temblor, un escalofrío dulcísimo, le subía desde las yemas de los dedos hasta la nuca. Su razón vacilaba, la habitación daba vueltas, la luz de cada uno de los cirios que alumbraban el festín se convertía en miles de luces. Y he aquí que el caballero, después de beber el último trago, se levantó, y juró que a fe de hidalgo estudiante, era hora de acostarse y digerir la cena con un sueño reparador.

Semejantes palabras despejaron un poco las embotadas potencias de la doncella. Acordóse de que en la habitación no había más que un solo lecho, y alzándose de la mesa alegó humildemente, en voz baja, que sus votos obligaban a tener por cama el suelo, y que así dormiría, no siendo razón que se molestase el señor hidalgo. Pero éste, con generoso empeño, protestó que no lo sufriría, y tendiendo en el suelo su capa, afirmó que dormiría sobre ella si el mozo penitente no le otorgaba un rincón del lecho, donde ambos habían muy holgados<sup>249</sup>.

La Borgoñona se negó con espanto a admitir la propuesta, y el estudiante con vigor hercúleo<sup>250</sup>, cogióla en brazos y la depositó sobre la cama. Ella, sintiendo otra vez desmayar su voluntad, cerró los ojos, y con singular contentamiento se dejó llevar así, apoyando la cabeza en el hombro del caballero y percibiendo el roce de sus negros y perfumados bucles<sup>251</sup>.

Abrió el estudiante la cama, metió dentro a la Borgoñona, arregló la sobrecama bordada de seda y, con la misma dulzura con que se habla a los niños, preguntó si no le sería lícito al menos tenderse a los pies,

---

<sup>248</sup> Comensal: Cada una de las personas que comen en una misma mesa. (RAE)

<sup>249</sup> Holgados: Ancho y sobrado para lo que ha de contener. (RAE)

<sup>250</sup> Hercúleo: Perteneciente o relativo a Hércules, dicho de una persona muy fuerte y de gran musculatura. (RAE)

<sup>251</sup> Bucle: Rizo de cabello en forma helicoidal. (RAE)

que siempre estarían más blandos que el santo suelo. No encontró la Borgoñona objeción fundada que oponer, y el hidalgo se envolvió en su capa y se tumbó, poniendo por cabezal un almohadón, y al poco tiempo se le oyó respirar tranquilamente, como si durmiese.

La Borgoñona, en cambio, se revolvía inquieta. En vano quería recordar las oraciones acostumbradas a aquella hora. No podía levantar el espíritu; su corazón se derretía, se abrasaba; el penitente y el estudiante formaban para ella una sola persona, pero adorable, perfecto, por quien se dejaría hacer pedazos sin exhalar un ¡ay! La blandura del lecho incitando a su cuerpo a la molicie, reforzaba las sugerencias de su imaginación; en el silencio nocturno, le ocurrían las resoluciones más extremas y delirantes: llamar al hidalgo, declararle que era una doncella pérdida de amores por él, que la tomase por mujer o esclava, pues quería vivir y morir a su lado.

Pero ¿y aquellas matas de pelo colgadas al pie de la efigie de Nuestra Señora, acaso no eran prenda de un voto solemne? Con estas dudas, las frentes se le abrían, las venas saltaban, zumbaban los oídos y la respiración sosegada del estudiante se la figuraba honda como el ruido de gigantesca fragua. ¡Oh tentación, tentación!

La Borgoñona se sentó en el lecho, y a la luz del fuego, que aún ardía, miró al estudiante dormido, pareciéndole que en su vida había contemplado cosa que tanto le agradase; y así, embebida en el gusto de mirar, fuese acercando hasta casi beberle el aliento.

De pronto el durmiente se incorporó bien despierto, abriendo los brazos y sonriendo con sonrisa extraña. La doncella dio un gran grito, y acordándose del penitente, exclamó:

-¡Hermano Francisco, valme!

Al mismo tiempo saltó del lecho y huyó de la habitación como loca.

Cuatro a cuatro bajó las escaleras; halló la puerta franca y encontrase en la calle; siguió corriendo, y no paró hasta una gran plaza, donde se elevaba un edificio de pobre y humilde arquitectura; allí se detuvo sin saber lo que le pasaba.

Trató de coordinar sus pensamientos; los sucesos de la noche le parecían soñados, y lo que la confirmaba en esta idea era que no podía, por más que se golpease la frente, recordar la linda figura del estudiante. La última impresión que de ella guardaba era la de un rostro descompuesto por la ira, unas facciones contraídas por furor infernal, unos ojos inyectados, una espumante boca.

Del edificio humilde salieron cuatro hombres vestidos de túnicas grises amarradas con cuerdas y llevando en hombros un ataúd. La Borgoñona se acercó a ellos, y ellos la miraron sorprendidos, porque vestía su mismo traje. Impulsada por la curiosidad, la doncella se inclinó hacia el ataúd abierto y vio, acostado sobre la ceniza, sin que pudiese caber duda alguna respecto a su entidad, el cadáver del penitente.

- ¿Cuándo murió ese santo? -preguntó, trémula y horrorizada.

-Ayer tarde, al sonar el cubrefuego.

-Y ese edificio donde vivía, ¿qué es?

-Allí habitamos los pobres de la regla de San Francisco de Asís, los Menores, tus hermanos -contestaron gravemente, y se alejaron con su fúnebre carga.

La Borgoñona llamó a la portería del convento.

Nadie adivinó jamás el sexo del novicio, hasta que su muerte, después de una larga y terrible penitencia, hubo de revelarlo a los encargados de vestirle la mortaja. Hicieron la señal de la cruz, cubrieron el cuerpo con un paño tupido y lo llevaron a enterrar al cementerio de las Minoritas o Clarisas, que ya existían en París.

## Preguntas de comprensión

1. ¿De dónde toma la autora la inspiración del cuento? Al ver ella la leyenda ¿por qué dice que se queda “meditabunda”?
2. ¿Cómo era la vida de la Borgoñona, a pesar que lo tenía todo? ¿Cómo era su padre?
3. ¿Cómo aparece descrito el joven penitente? ¿Qué edad tiene? ¿Cuáles fueron aquellas cosas que embelesaron a la Borgoña del penitente?
4. ¿De qué trata el sermón improvisado del penitente en torno al fuego? ¿Cuáles fueron las reacciones de las mujeres y del padre de la Borgoña?
5. ¿Qué ocurre cuando la protagonista visita al penitente en el lugar donde se había quedado?
6. ¿Qué determina hacer ella con su vida? ¿Por qué la gente piensa que es un muchacho?
7. ¿Con que persona misteriosa se encuentra la Borgoñona en París?
8. ¿Qué sucede a continuación cuando se encuentra con el joven hidalgo? ¿Qué relación parece tener el hidalgo con el penitente?
9. El fuego es un símbolo importante. Aparece en el sermón del penitente y cuando ella esta con el hidalgo. ¿Qué puede representar en este caso el fuego?
10. Al final, ¿Qué descubrimos que le ha pasado al penitente? ¿Cómo termina el cuento para la Borgoñona?

## Preguntas de análisis

1. ¿Por qué considera la autora que el cuento puede ser controversial? ¿Por qué piensa que puede ser más controversial en el XIX que en la Edad Media?
2. ¿Por qué razón o razones piensas que nunca se menciona el nombre de los personajes?
3. Cuando habla de Clara y de su santidad, dice que “era respetada, no sólo por los hombres, sino hasta por los lobos de la tierra” ¿Cómo puede conectarse la vida de Santa Clara con la de la protagonista?
4. ¿Qué motivó a la Borgoñona a huir y emprender un camino diferente? ¿De qué quería huir en realidad ella?
5. ¿Cómo explicas el parecido del estudiante hidalgo con el penitente? ¿De qué modo o modos puede interpretarse este episodio?

6. ¿Qué paralelismos pueden encontrarse entre las escenas de la Borgoñona con el penitente y con el hidalgo? ¿En qué sentido los encuentros de la Borgoñona con los personajes masculino tienen un carácter erótico?

### Temas de investigación propuestos

1. La avaricia, un pecado condenando.
2. El prejuicio sobre la mujer es existente en la Borgoñona.
3. La valentía de la mujer en un mundo predominado por hombres.

### Bibliografía

Bastida, Rebeca S. "Flor de santidad y La Borgoñona: medievalismo, estética y peregrinos en Valle-Inclán y Pardo Bazán". *Hispanic Research Journal*, Vol. 4, No. 3, octubre 2023, pp. 223-237.

Bazán, Pardo E. *La Dama Joven*. Barcelona, Biblioteca, arte y letras, 1885

Quitáns, López J. "Emilia Pardo Bazán ante el fin de siglo. Edición de "Eduardo Rod. El Pensador". *Lexis*, Vol. XXXIV, No. 2, 2015, pp. 287-315

Suárez, García P. "Mujer, lectura y educación en la obra de Emilia Pardo Bazán". *Hispanic Research Journal*, Vol. 18, No. 6, 2017, pp. 466-478.

Prólogo, edición y preguntas de Luis E. Pérez

# Pedro Antonio de Alarcón

(1833-1891)



[https://en.wikipedia.org/wiki/Pedro\\_Antonio\\_de\\_Alarcón#/media/File:Pedro\\_Antonio\\_de\\_Alarcón.png](https://en.wikipedia.org/wiki/Pedro_Antonio_de_Alarcón#/media/File:Pedro_Antonio_de_Alarcón.png)

Pedro Antonio de Alarcón de Ariza conocido por ser un destacado escritor español del siglo XIX es uno de los pocos autores en el que confluyen dos movimientos literarios: el Romanticismo durante su etapa formativa y el Realismo en los años que escribe y publica. Alarcón ha sido considerado uno de los autores más sobresalientes del movimiento y se ha destacado en su generación por su inigualable capacidad imaginativa al momento de crear argumentos que cautivaban el interés del lector.

Alarcón nació en Guadix (Granada) España, el 10 de marzo de 1833. Proveniente de una familia de agricultores, afectados económicamente a consecuencia de la invasión francesa de 1808. Fue el cuarto hijo de Joaquina de Ariza y don Pedro de Alarcón. Nieto del regidor de Granada, destacan entre sus antecesores paternos, Martín de Alarcón por su participación en la conquista de Granada; así como también don Hernando de Alarcón, quien fue capitán de Carlos V.

Durante su juventud, tras un año de estudios en la carrera de Leyes, motivado por su padre y las limitaciones económicas de la hacienda familiar, Alarcón incurre en los estudios de Teología en 1848. Sin embargo, los abandona por falta de vocación religiosa. Él fue considerado un radical por evadir tanto la vida eclesiástica, como el servicio militar. Publica sus primeros escritos durante sus años como estudiante del seminario para una revista del *Eco del Comercio*, tiempo en el que también escribe algunas piezas teatrales. Para el 1853, se dirige a Madrid persiguiendo sus intereses en la incursión de círculos literarios e intentando publicar sin éxito una continuación de *El diablo mundo de Espronceda*. Luego, se traslada a Granada donde pasa a formar parte de la asociación literaria juvenil.

Para 1854, incurre en la política movido por los hechos que dieron origen a la revolución conocida como la *Vicalvarada*. Persuadido tanto por ideales liberadores como románticos, el autor participó en los hechos revolucionarios en Granada. Su rol en dichas actividades era definido como agitador político radical. Más tarde en Madrid, dirigió *El Látigo*, después participó en la Guerra de África, cuya experiencia la escribió en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859). Guiado por sus impulsos revolucionarios llegó a publicar artículos de carácter antidinásticos y anticlerical, esto generó gran controversia y conflictos entre Alarcón y otros escritores, llevándolo incluso a enfrentarse en un duelo contra Heriberto García de Quevedo. Tras las consecuencias de aquellos turbulentos hechos, el autor, apartándose de su oficio como redactor se muda a Segovia y años después, parece inclinarse por defender ideas conservadoras del catolicismo. Para esta misma fecha, inicia su carrera novelística de la que surgen grandes éxitos literarios, entre sus obras más conocidas se encuentran: *El sombrero de los tres picos* (1874), *El escándalo* (1875) y *El capitán veneno* (1881). Otras incluyen *El niño de la bola* (1880) y *El final de Norma* (1855), cercano a la publicación de esta última, da a conocer su colección de artículos con el título *Cosas que fueron*; en esta misma década publica en prensa algunos cuentos cortos como: “El amigo de la muerte”, “La buenaventura”, “El extranjero”, “El clavo”. En el teatro español se destacó por su exitosa obra *El hijo pródigo* (1857). Finalmente, tras años de gran producción literaria y periodística, en 1882, Alarcón publica *La pródiga*, su última novela y se aparte de su oficio como literato. Pedro Antonio de Alarcón muere en Madrid el 19 de julio de 1891, a raíz de una parálisis cerebral.

El cuento “El amigo de la muerte” fue escrito en el año 1852 y es una de las obras que representa la literatura fantástica española del siglo XIX. Dentro del marco contextual que enmarca la obra se encuentra el hecho de que, España atravesaba por varios conflictos políticos. La reina Isabel estuvo en el poder desde 1833-1868 y el país enfrentaba gran inestabilidad. No obstante, el cuento toma lugar en el siglo XVIII (1724). El cuento incluye uno de los conflictos del rey Felipe V, el momento en que, el monarca se ve entre el reino español y francés, sin saber cuál le beneficiaría más y cuál sería suyo.

El cuento es considerado una obra romántica cuya temática gira alrededor de doctrinas características del catolicismo, un reflejo de la trayectoria y formación teológica del autor. Además de ser una obra fantástica, el cuento ha sido considerado como literatura histórica y sentimental en la que también se destaca la crítica política. Algunos de los elementos que podemos identificar en “El amigo de la Muerte” son: pasión, terror, ficción, humor y filosofía.

La pasión se refleja en la trama en el rencor de la madrastra, en la desesperación de un rey que desconoce el futuro, en un ser divino resentido con la humanidad, dos jóvenes enamorados y el amor que trasciende más allá de la muerte; siendo este último uno de los elementos románticos de la obra. El elemento del terror está presente durante toda la narración, esto incluye los hechos sobrenaturales, el miedo y la confusión del protagonista al acercarse a una deidad desconocida, así como al fin del mundo. La ficción se manifiesta en los acontecimientos inexplicables e imágenes fantásticas que caracterizan la historia. Mientras que el humor se hace notorio en la ironía, el sarcasmo, el uso de guiños y comentarios dirigidos al lector. Entre tanto, la filosofía, resalta en los temas de reflexión que plantea la obra incluyendo: la condición humana, el sin sentido de la vida y la fugacidad del tiempo.

En esta edición, el cuento está dividido en dos partes con preguntas de prelectura, comprensión y análisis para cada una de ellas.

## Parte I

### Preguntas de prelectura

1. Al escuchar el título “El amigo de la muerte” ¿de qué piensas que se tratará la historia?
2. ¿Qué es la muerte? ¿Por qué los humanos le tememos a la muerte?
3. Según leyendas que conoces, ¿cuáles son algunos signos de que la muerte se acerca?
4. ¿Qué crees que pasa después que alguien se muere?

### El amigo de la muerte

#### I. Méritos y servicios

Éste era un pobre muchacho, alto, flaco, amarillo, con buenos ojos negros, la frente despejada y las manos más hermosas del mundo, muy mal vestido, de altanero porte y humor inaguantable... Tenía diecinueve años, y llamábase Gil Gil.

Gil Gil era hijo, nieto, biznieto, chozno, y Dios sabe qué más, de los mejores zapateros de viejo de la corte, y al salir al mundo causó la muerte a su madre, Crispina López, cuyos padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos honraron también la misma profesión.

Juan Gil, padre legal de nuestro melancólico héroe, no principió a amarlo desde que supo que llamaba con los talones a las puertas de la vida, sino meramente desde que le dijeron que había salido del claustro materno, por más que esta salida le dejase a él sin esposa; de donde yo me atrevo a inferir que el pobre maestro de obra prima y Crispina López fueron un modelo de matrimonios cortos, pero malos.

Tan corto fue el suyo, que no pudo serlo más, si tenemos en cuenta que dejó fruto de bendición... hasta cierto punto. Quiero significar con esto que Gil Gil era sietemesino, o, por mejor decir, que nació a los siete meses del casamiento de sus padres, lo cual no prueba siempre una misma cosa. Sin embargo, y juzgando sólo por las apariencias, Crispina López merecía ser más llorada de lo que la lloró su marido; pues al pasar a la suya desde la zapatería paterna, llevóle en dote, amén de una hermosura casi excesiva y de mucha ropa de cama y de vestir, un riquísimo parroquiano —¡nada menos que un conde, y conde de Rionuevo!—, quien tuvo durante algunos meses (creemos que siete), el extraño capricho de calzar sus menudos y delicados pies en la tosca obra del buen Juan, representante el más indigno de los santos mártires Crispín y Crispiniano, que de Dios gozan...

Pero nada de esto tiene que ver ahora con mi cuento, llamado “El amigo de la Muerte”.

Lo que sí nos importa saber es que Gil Gil se quedó sin padre, o sea sin el honrado zapatero, a la edad de catorce años, cuando ya iba él siendo también un buen remendón, y que el noble conde de Rionuevo, compadecido del huerfanito, o prendado de sus clarísimas luces, que lo cierto nadie lo supo, se lo llevó a su propio palacio en calidad de paje, no empero sin gran repugnancia de la señora condesa, quién ya tenía noticias del niño parido por Crispina López.

Nuestro héroe había recibido alguna educación —leer, escribir, contar y doctrina cristiana—; de manera que pudo emprenderla, desde luego, con el latín, bajo la dirección de un fraile jerónimo que entraba mucho en casa del conde...; y en verdad sea dicho, fueron estos años los más dichosos de la vida de Gil Gil; dichosos, no porque careciese el pobre de disgustos (que se los daba y muy grandes la condesa, recordándole a todas horas la lezna y el tirapié), sino porque acompañaba de noche a su protector a casa del duque de Monteclaro, y el duque de Monteclaro tenía una hija, presunta universal y única heredera de todos sus bienes y rentas habidos y por haber, y hermosísima por añadidura..., aunque el tal padre era bastante feo y desgarrado.<sup>252</sup>

Rayaba Elena en los doce febreros<sup>253</sup> cuando la conoció Gil Gil, y como en aquella casa pasaba el joven paje por hijo de una muy noble familia arruinada —piadoso embuste del conde de Rionuevo—, la aristocrática niña no se desdeñó de jugar con él a las cosas que juegan los muchachos, llegando hasta darle, por supuesto en broma, el dictado de novio, y aun a cobrarle algún cariño cuando los doce años de ella se convirtieron en catorce, y los catorce de él en dieciséis.

Así transcurrieron tres años más.

El hijo del zapatero vivió todo este tiempo en una atmósfera de lujo y de placeres: entró en la corte, trató con la grandeza, adquirió sus modales, tartamudeó el francés (entonces muy de moda) y aprendió, en fin, equitación, baile, esgrima, algo de ajedrez y un poco de nigromancia.

Pero he aquí que la Muerte vino por tercera vez, y ésta más despiadada que las anteriores, a echar por tierra al porvenir de nuestro héroe. El conde de Rionuevo falleció ab intestato<sup>254</sup>, y la condesa viuda, que odiaba cordialmente al protegido de su difunto, le participó, con lágrimas en los ojos y veneno en la sonrisa, que abandonase aquella casa sin pérdida de tiempo, pues su presencia le recordaba a la de su marido, y esto no podía menos de entristecerla.

Gil Gil creyó que despertaba de un hermoso sueño, o que era presa de cruel pesadilla. Ello es que cogió debajo del brazo los vestidos que quisieron dejarle, y abandonó, llorando a lágrima viva, aquel que ya no era hospitalario techo.

---

<sup>252</sup> Sin gracia.

<sup>253</sup> Doce años.

<sup>254</sup> Sin testamento.

Pobre, y sin familia ni hogar a que acogerse, recordó el desgraciado que en cierta calleja del barrio de las Vistillas poseía un humilde portal y algunas herramientas de zapatero encerradas en un arca; todo lo cual corría a cargo de la vieja más vieja de la vecindad, en cuya casa había encontrado el mísero caricias y hasta confituras en vida del virtuoso Juan Gil... Fue, pues, allí: la vieja duraba todavía; las herramientas se hallaban en buen estado, y el alquiler del portal le había producido en aquellos años unos siete doblones, que la buena mujer le entregó, no sin regarlos antes con lágrimas de alegría.

Gil decidió vivir con la vieja, dedicarse a la obra prima y olvidar completamente la equitación, las armas, el baile y el ajedrez... ¡Pero de ningún modo a Elena de Monteclaro! Esto último le hubiera sido imposible.

Comprendió, sin embargo, que había muerto para ella, o que ella había muerto para él, y antes de colocar la fúnebre losa de la desesperación sobre aquel amor inextinguible, quiso dar un adiós supremo a la que era hacía mucho tiempo alma de su alma.

Vistióse, pues, una noche con su mejor ropa de caballero y tomó el camino de la casa del duque.

A la puerta había un coche de camino con cuatro mulas ya enganchadas.

Elena subía a él seguida de su padre.

—¡Gil! —exclamó dulcemente al ver al joven.

—¡Vamos! —gritó el duque al cochero, sin oír la voz de ella ni ver al antiguo paje de Rionuevo.

Las mulas partieron a escape.

El infeliz tendió los brazos hacia su adorada, sin tener ni aun tiempo para decirle ¡adiós!

—¡A ver! —gruñó el portero—; ¡hay que cerrar!

Gil volvió de su atolondramiento.

—¡Se van! —dijo.

—Sí, señor: ¡a Francia! —respondió el portero secamente, dándole con la puerta en la boca.

El ex paje volvió a su casa más desesperado que nunca, desnudóse y guardó la ropa; se vistió lo peor que pudo; cortóse los cabellos; se afeitó un ligero bozo que ya le apuntaba, y al día siguiente tomó posesión de la desvencijada silla que Juan Gil ocupó durante cuarenta años entre hormas, cuchillas, leznas y cerote.

Así lo encontramos al empezar este cuento, que, como ya queda dicho, se titula “El amigo de la Muerte”.

## II. Más servicios y méritos

Acababa el mes de junio de 1724.

Gil Gil llevaba dos años de zapatero; mas no por esto creáis que se había resignado con su suerte.

Tenía que trabajar día y noche para ganarse el preciso sustento, y lamentaba a todas horas el deterioro consiguiente de sus hermosas manos; leía cuando le faltaba parroquia, y ni por casualidad pisaba en toda la semana el dintel de su escondido albergue. ¡Allí vivía solo, taciturno<sup>255</sup>, hipocondríaco<sup>256</sup>, sin otra distracción que oír de labios de la vieja alguna que otra descripción de la hermosura de Crispina López o de la generosidad del conde de Rionuevo!

Ahora, los domingos, la cosa variaba completamente. Gil Gil se ponía sus antiguos vestidos de paje, muy conservados el resto de la semana, y se iba a las gradas de la iglesia de San Millán, la más próxima al palacio de Monteclaro, y donde su inolvidable Elena oía misa en mejores tiempos.

Allí la esperó un año y otro, sin verla aparecer. En cambio, solía encontrar estudiantes y pajes que trató cuando niño, y que le ponían ahora al corriente de cuanto sucedía en las altas esferas que ya no frecuentaba..., y por ellos precisamente estaba enterado de que su adorada seguía en Francia... ¡Por supuesto, nadie sospechaba en aquellos barrios que nuestro joven fuese en otros un pobre remendón, sino que todos lo creían poseedor de algún legado del conde de Rionuevo, quien manifestó en vida demasiada predilección al joven paje, para que se pudiera creer que no había pensado en asegurar su porvenir!

Así las cosas, y por la época que hemos citado al empezar este capítulo, hallándose Gil Gil un día de fiesta a la puerta del susodicho templo, vio llegar dos damas lujosamente vestidas y con gran séquito, las cuales pasaron lo bastante cerca de él para que reconociese en una de ellas a su fatal enemiga la condesa de Rionuevo.

Iba nuestro joven a esconderse entre la multitud, cuando la otra dama se levantó el velo, y... ¡oh, ventura...! Gil Gil vio que era su adorada Elena, la dulce causa de sus acerbos pesares.

El pobre mozo dio un grito de frenética alegría y se adelantó hacia la beldad.

Elena lo reconoció al momento, y exclamó con igual ternura que dos años antes:

—¡Gil!

---

<sup>255</sup> Callado.

<sup>256</sup> Que padece de hipocondría. Hipocondría: tristeza habitual y preocupación contante y angustiosa por la salud.

La condesa de Rionuevo apretó el brazo a la heredera de Monteclaro, y murmuró, volviéndose a Gil Gil:

—Te he dicho que estoy contenta con mi zapatero... ¡Yo no calzo de viejo!... Déjame en paz.

Gil Gil palideció como un difunto y cayó contra las losas del atrio. Elena y la condesa penetraron en el templo.

Dos o tres estudiantes que presenciaron la escena se rieron a todo trapo, aunque no la entendieron completamente.

Gil Gil fue conducido a su casa. Allí le esperaba otro golpe.

La vieja que constituía toda su familia había muerto de lo que se llama muerte senil.

Él cayó en cama con una fiebre cerebral muy intensa, y estuvo, como quien dice, a las puertas de la muerte. Cuando volvió en sí, se encontró con que un vecino de aquella calle, más pobre aún que él, lo había cuidado durante su larga enfermedad, no sin verse obligado, para costear médico y botica, a vender los muebles, las herramientas, el portal, los libros y hasta el traje de caballero de nuestro joven.

Al cabo de dos meses, Gil Gil, cubierto de harapos, hambriento, debilitado por la enfermedad, sin un maravedí, sin familia, sin amigos, sin aquella vieja a quien amaba ya como a una madre, y, lo que era peor que todo, sin esperanzas de volver a acercarse a su amiga de los primeros años de la juventud, a su soñada y bendecida Elena, abandonó el portal (asilo de sus ascendientes y ya propiedad de otro zapatero) y tomó a la ventura por la primera calle que encontró, sin saber adónde iba, ni qué hacer, ni a quién dirigirse, ni cómo trabajar, ni para qué vivir...

Llovía. Era una de esas tristísimas tardes en que parece que hasta los relojes tocan a muerto; en que el cielo está cubierto de nubes y la tierra de lodo; en que el aire, húmedo y macilento, ahoga los suspiros dentro del corazón del hombre; en que todos los pobres sienten hambre, todos los huérfanos frío y todos los desdichados envidia a los que ya murieron.

Anocheció, y Gil Gil, que tenía calentura, acurrucóse en el hueco de una puerta y se echó a llorar con infinito desconsuelo...

La idea de la muerte ofrecióse entonces a su imaginación, no entre las sombras del miedo y las convulsiones de la agonía, sino afable, bella y luminosa, como la describe Espronceda<sup>257</sup>.

---

<sup>257</sup> Poeta español del siglo XIX

El desgraciado cruzó los brazos contra su corazón como para retener aquella dulce imagen que tanto descanso, tanta gloria y tanta dicha le ofrecía, y, al hacer este movimiento, sintió que sus manos se posaban sobre una cosa dura que tenía en el bolsillo.

La reacción fue súbita; la idea de la vida, o de la conservación, que corría atribulada por el cerebro de Gil Gil huyendo de la otra idea que hemos enunciado, asíóse<sup>258</sup> con toda su fuerza a aquel inesperado accidente que se le presentaba en el borde mismo del sepulcro.

La esperanza murmuró en su oído mil seductoras promesas que le indujeron a sospechar si aquella cosa dura que había tocado sería dinero o una enorme piedra preciosa, o un talismán...; algo, en fin, que encerrase la vida, la fortuna, la dicha y la gloria (que para él se reducían al amor de Elena de Monteclaro), y, diciendo a la muerte: *Aguarda...*, se llevó la mano al bolsillo.

Pero, ¡ay!, la cosa dura era el barrilillo de ácido sulfúrico, o, por decirlo más claramente, de aceite vitriolo,<sup>259</sup> que le servía para hacer betún, y que último resto de sus útiles de zapatero, se hallaba en su faltriquera por una casualidad inexplicable.

De consiguiente, allí donde el desgraciado creyó ver un ánora de salvación, encontraron sus manos un veneno, y de los más activos.

—¡Muramos, pues! —se dijo entonces. Y se llevó el bote a los labios...

Y una mano fría como el granizo se posó sobre sus hombros, y una voz dulce, tierna, divina, murmuró sobre su cabeza estas palabras:

—¡HOLA, AMIGO!

### III. De cómo Gil Gil aprendió medicina en una hora

Ninguna frase pudiera haber sorprendido tanto a Gil Gil como la que acababa de escuchar:

—¡Hola, amigo!

Él no tenía amigos.

Pero mucho más le sorprendió la horrible impresión de frío que le comunicó la mano de aquella sombra, y aun el tono de su voz, que penetraba, como el viento del polo, hasta la médula de los huesos.

Hemos dicho que la noche estaba muy oscura...

---

<sup>258</sup> Agarrarse o sujetarse

<sup>259</sup> Ácido sulfúrico concentrado. Es usado para la fabricación de la nitroglicerina, éter y tintes.

El pobre huérfano no podía, por consiguiente, distinguir las facciones del ser recién llegado, aunque sí su negro traje talar, que no correspondía precisamente a ninguno de los dos sexos.

Lleno de dudas, de misteriosos temores y hasta de una curiosidad vivísima, levantóse Gil del tranco de la puerta en que seguía acurrucado y murmuró con voz desfallecida, entrecortada por el castañeteo de sus dientes:

—¿Qué me queréis?

—¡Eso te pregunto yo! —respondió el ser desconocido, enlazando su brazo al de Gil Gil con familiaridad afectuosa.

—¿Quién sois? —replicó el pobre zapatero, que se sintió morir al frío contacto de aquel brazo.

—Soy la persona que buscas.

—¡Quién!... ¿Yo?... ¡Yo no busco a nadie! —replicó Gil queriendo desasirse.

—Pues ¿por qué me has llamado? —repuso aquella persona, estrechándole el brazo con mayor fuerza.

—¡Ah!... Dejádme...

—Tranquilízate, Gil, que no pienso hacerte daño alguno... —añadió el ser misterioso—. ¡Ven! Tú tiembles de hambre y de frío... Allí veo una hostería abierta, en la que cabalmente tengo que hacer esta noche... Entremos y tomarás algo.

—Bien...; pero ¿quién sois? —preguntó de nuevo Gil Gil, cuya curiosidad empezaba a sobreponerse a los demás sentimientos.

—Ya te lo dije al llegar: somos amigos... ¡Y cuenta que tú eres el único a quien doy este nombre sobre la tierra! ¡Úneme a ti el remordimiento!... Yo he sido la causa de todos tus infortunios.

—No os conozco... —replicó el zapatero.

—¡Sin embargo, he entrado en tu casa muchas veces! Por mí quedaste sin madre al tiempo de nacer; yo fui causa de la apoplejía<sup>260</sup> que mató a Juan Gil; yo te arrojé del palacio de Rionuevo; yo asesiné un domingo a tu vieja compañera de casa; yo, en fin, te puse en el bolsillo ese bote de ácido sulfúrico...

Gil Gil tembló como un azogado; sintió que la raíz del cabello se le clavaba en el cráneo, y creyó que sus músculos crispados se rompían.

---

<sup>260</sup> Síndrome neurológico, debido a un trastorno vascular del cerebro.

—¡Eres el demonio! —exclamó con indecible miedo.

—¡Niño! —contestó la enlutada persona en son de amable censura—. ¿De dónde sacas eso? ¡Yo soy algo más y mejor que el triste ser que nombras!

—¿Quién eres, pues?

—Entremos en la hostería y lo sabrás.

Gil entró apresuradamente; puso al desconocido ser delante del humilde farol que alumbraba el aposento, lo miró con avidez inmensa...

Érase una persona como de treinta y tres años, alta, hermosa, pálida, vestida con una larga túnica y una capa negra, y cuyos luengos cabellos cubría un gorro frigio, también de luto.

No tenía ni asomos de barba, y, sin embargo, no parecía mujer. Tampoco parecía hombre, a pesar de lo viril y enérgico de su semblante.

Lo que realmente parecía era un ser humano sin sexo, un cuerpo sin alma, o más bien un alma sin cuerpo mortal determinado. Dijérase que era una negación de personalidad.

Sus ojos no tenían resplandor alguno. Recordaban la negrura de las tinieblas. Eran, sí, unos ojos de sombra, unos ojos de luto, unos ojos muertos... Pero tan apacibles, tan inofensivos, tan profundos en su mudez, que no se podía apartar la vista de ellos. Atraían como el mar; fascinaban como un abismo sin fondo; consolaban como el olvido.

Así fue que Gil Gil, a poco que fijó los suyos en aquellos ojos inanimados, sintió que un velo negro lo envolvía, que el orbe tornaba al caos y que el ruido del mundo era como el de una tempestad que se lleva el aire...

Entonces, aquel ser misterioso dijo estas tremendas palabras:

—Yo soy la Muerte, amigo mío... Yo soy la Muerte, y Dios es quien me envía... ¡Dios, que te tiene reservado un glorioso lugar en el cielo! Cinco veces he causado tu desventura, y yo, la deidad implacable, te he tenido compasión. Cuando Dios me ordenó esta noche llevar ante su tribunal tu alma impía, le rogué que me confiase tu existencia y me dejase vivir a tu lado algún tiempo, ofreciéndole entregarle al cabo tu espíritu limpio de culpas y digno de su gloria. El Cielo no ha sido sordo a mi súplica. ¡Tú eres, pues, el primer mortal a quien me he acercado sin que su cuerpo se torne fría ceniza! ¡Tú eres mi único amigo! Oye ahora, y aprende el camino de tu dicha y de tu salvación eterna.

Al llegar aquí la Muerte, Gil Gil murmuró una palabra casi ininteligible.

—Te he comprendido... —replicó la Muerte—. Me hablas de Elena de Monteclaro.

—¡Sí! —respondió el joven.

—¡Te juro que no la estrecharán otros brazos que los tuyos o los míos! ¡Y, además, te repito que he de darte la felicidad en este mundo y la del otro!

Para ello bastará con lo siguiente: Yo, amigo mío, no soy la Omnipotencia... ¡Mi poder es muy limitado, muy triste! Yo no tengo la facultad de crear. Mi ciencia se reduce a destruir.

Sin embargo, está en mis manos darte una fuerza, un poder, una riqueza mayor que la de los príncipes y emperadores... ¡Voy a hacerte médico; pero médico amigo mío, médico que me conozca, que me vea, que me hable! Adivina lo demás.

Gil Gil estaba absorto.

—¿Será verdad? —exclamó cual si luchara con una pesadilla.

—Todo es verdad, y algo más que te iré diciendo... Por ahora sólo debo advertirte que tú no eres hijo de Juan Gil. Yo oigo la confesión de todos los moribundos, y sé que eres hijo natural del conde de Rionuevo, tu difunto protector, y de Crispina López, que te concibió dos meses antes de casarse con el infortunado Juan Gil.

—¡Ah, calla! —exclamó el pobre niño, tapándose el rostro con las manos.

Luego, herido de una súbita idea, exclamó con indescriptible horror:

—¿Conque tú matarás a Elena algún día?

—Tranquilízate... —respondió la divinidad—. ¡Elena no morirá nunca para ti! Así, pues, ¡responde!... ¿Quieres o no quieres ser mi amigo?

Gil contestó con esta otra pregunta:

—¿Me darás en cambio a Elena?

—Te he dicho que sí.

—¡Pues ésta es mi mano! —añadió el joven alargándosela a la Muerte.

Pero otra idea más horrible que la anterior le asaltó en aquel momento.

—¡Con estas manos que estrechan la mía —dijo— mataste a mi pobre madre!

—¡Sí! ¡Tu madre murió!... —respondió la Muerte—. Entiende, sin embargo, que yo no le causé dolor alguno...

¡Yo no hago sufrir a nadie! Quien os atormenta hasta que dais el último suspiro es mi rival la Vida, ¡esa vida que tanto amáis!

Gil se arrojó en brazos de la Muerte por toda contestación.

—Vamos, pues —dijo el ser enlutado.

—¿Adónde?

—A La Granja, a comenzar tus funciones de médico.

—Pero ¿a quién vamos a ver?

—Al ex rey Felipe V.

—¡Cómo! ¿Felipe V va a morir?

—Todavía no; antes ha de volver a reinar, y tú vas a regalarle la corona.

Gil inclinó la frente, abrumado bajo el peso de tantas nuevas ideas. La Muerte lo cogió del brazo y lo sacó de la hostería.

No habían llegado a la puerta, cuando oyeron a su espalda gritos y lamentaciones. El dueño de la hostería acababa de morir.

#### IV. Digresión que no hace al caso

Desde que Gil Gil salió de la hostería empezó a observar tal cambio en sí mismo y en la naturaleza toda, que, a no ir asido a un brazo tan robusto como el de la Muerte, indudablemente hubiera caído anonadado contra el suelo.

Y era que nuestro héroe sentía lo que no ha sentido ningún otro hombre ¡el doble movimiento de la Tierra alrededor del sol y en torno de su propio eje!

En cambio, no percibía el de su propio corazón.

Por lo demás, cualquiera que hubiese examinado a la esplendorosa luz de la luna el rostro del ex zapatero, habría echado de ver que la melancólica hermosura que siempre lo hizo admirable había subido de punto de una manera extraordinaria... Sus ojos, de un negro aterciopelado, reflejaban ya aquella paz misteriosa que reinaba en los de la personificación de la Muerte. Sus largos y sedosos cabellos, oscuros como las alas del cuervo, adornaban una fisonomía pálida como el alabastro de las tumbas, radiosa y opaca a un mismo tiempo, cual si dentro de aquel alabastro ardiese una luz funeral que se filtrara tenuemente por sus poros. Su gesto, su actitud,

su ademán, todo él se había transfigurado, adquiriendo cierto aire monumental, eterno, extraño a toda relación con la naturaleza, y que indudablemente, dondequiera que Gil se presentase, lo haría superior a las mujeres más insensibles, a los poderosos más soberbios, a los guerreros más esforzados.

Andaban y andaban los dos amigos hacia la Sierra, unas veces por el camino y otras fuera de él.

Siempre que pasaban por algún pueblo o caserío, lentas campanadas, vibrando en el espacio en son de agonía, anunciaban a nuestro joven que la Muerte no perdía su tiempo; que su brazo alcanzaba a todas partes, y que, no por sentirlo él sobre su corazón como una montaña de hielo, dejaba de cubrir de luto y de ruinas todo el haz de la dilatada Tierra.

Grandes y peregrinas cosas iba contándole la Muerte a su protegido.

Enemiga de la Historia, complacíase en hablar pestes acerca de su pretendida utilidad, y para demostrarlo presentaba los hechos tales como acontecieron y no como los guardan monumentos y cricones.

Los abismos de lo pasado se entreabrían ante la absorta imaginación de Gil Gil, ofreciéndole revelaciones importantísimas sobre el destino de los imperios y de la humanidad entera, descubriéndole el gran misterio del origen de la vida y el no menos temeroso y grande del fin a que caminamos los mal llamados mortales, y haciéndole, por último, comprender a la luz de tan alta filosofía, las leyes que presiden al desenvolvimiento de la materia cósmica y a sus múltiples manifestaciones en esas formas efímeras y pasajeras que se llaman minerales, plantas, animales, astros, constelaciones, nebulosas y mundos.

La fisiología, la geología, la química, la botánica, todo se esclarecía a los ojos del ex zapatero, dándole a conocer los misteriosos resortes de la vida, del movimiento, de la reproducción, de la pasión, del sentimiento, de la idea, de la conciencia, de la reflexión, de la memoria y de la voluntad o el deseo.

¡Dios, sólo Dios, permanecía velado en el fondo de aquellos mares de luz!

¡Dios, sólo Dios, era ajeno a la vida y a la muerte; extraño a la solidaridad universal; único y superior en esencia; sólo como sustancia; independiente, libre y todopoderoso como acción! La Muerte no alcanzaba a envolver al Creador en su infinita sombra. ¡Sobre Él era! Su eternidad, su inmutabilidad, su impenetrabilidad, deslumbraron la vista de Gil Gil, el cual inclinó la cabeza, y adoró y creyó, quedando sumido en mayor ignorancia que antes de bajar a los abismos de la Muerte...

## V. Lo cierto por lo dudoso

Eran las diez de la mañana del 30 de agosto de 1724 cuando Gil Gil, perfectamente aleccionado por aquella potestad negativa, penetraba en el palacio de San Ildefonso <sup>261</sup>y pedía audiencia a Felipe V.

Recordemos al lector la situación de este monarca en el día y hora que acabamos de citar.

El primer Borbón de España, nieto de Luis XIV de Francia, aceptó el trono español cuando no podía soñar con sentarse en el trono francés. Pero fueron muriendo otros príncipes, tíos y primos suyos, que le separaban del solio de su tierra nativa y, entonces, a fin de habilitarse para ocuparlo, si moría también su sobrino Luis XV (que estaba muy enfermo y sólo contaba catorce años de edad), abdicó la corona de Castilla en su hijo Luis I, se retiró a San Ildefonso. <sup>262</sup>

En tal situación, no sólo mejoró algo de salud Luis XV, sino que Luis I cayó en cama gravísimamente atacado de viruelas ¡hasta el extremo de temerse ya por su vida!... Diez correos, escalonados entre La Granja y Madrid, llevaban cada hora a Felipe noticias del estado de su hijo, y el padre ambicioso, excitado además por su célebre segunda esposa. Isabel Farnesio (mucho más ambiciosa que él), no sabía qué partido tomar en tan inesperado y grave conflicto.

¿Iba a vacar el trono de España antes que el de Francia? ¿Debía manifestar su intención de reinar de nuevo en Madrid, disponiéndose a recoger la herencia de su hijo? Pero ¿y si no moría éste? ¿No sería insigne torpeza haber descubierto a toda Europa el oscuro fondo de su alma? ¿No era esterilizar el sacrificio de haber vivido siete meses en la soledad? ¿No fuera renunciar para siempre a la dulce esperanza de sentarse en el ansiado trono de San Luis? ¿Qué hacer, pues? ¡Esperar equivalía a perder un tiempo precioso!... La Junta de Gobierno lo aborrecía y le disputaba toda influencia en las cosas del estado... Dar un solo paso podía comprometer la ambición de toda su vida y su nombre en la posteridad...

¡Falso Carlos V las tentaciones del mundo le asaltaban en el desierto, y pagaba hartos cara, en aquellas horas de incertidumbre, la hipocresía de su abdicación!

Tal era la circunstancia en que nuestro amigo Gil Gil se anunciaba al meditabundo Felipe, diciéndose portador de importantísimas noticias.

—¿Qué me quieres? —preguntó el Rey sin mirarlo cuando lo sintió dentro de la cámara.

---

<sup>261</sup> El palacio favorito, residencia estival y lugar de retiro de Felipe V. Ubicado en Segovia, España.

<sup>262</sup> Carlos II sin descendencia nombró como heredero a Felipe V, quien se convirtió en el primer Borbón de la línea dinástica Española; la única condición era que no podía nunca unirse a la francesa. En 1701 juró como rey de España. En enero de 1724 abdicó en su hijo Luis, quien murió en agosto del mismo año y Felipe V volvió a reinar.

—Señor, míreme vuestra majestad —respondió Gil Gil con desenfado—. No tema que lea sus pensamientos, pues no son un misterio para mí.

Felipe V se volvió bruscamente hacia aquel hombre, cuya voz, seca y fría como la verdad que revelaba, había helado la sangre en su corazón.

Pero su enojo se estrelló en la fúnebre sonrisa del *Amigo de la Muerte*.

Sintióse, pues, poseído de supersticioso terror al fijar sus ojos en los de Gil Gil, y llevando una mano trémula a la campanilla de la escribanía que adornaba la mesa, repitió su primera pregunta:

—¿Qué me quieres?

—Señor, yo soy médico... —respondió el joven tranquilamente—, y tengo tal fe en mi ciencia que me atrevo a decir a vuestra majestad el día, la hora y el instante en que ha de morir Luis I.

Felipe V miró con más atención a aquel niño cubierto de harapos, cuyo rostro tenía tanto de hermoso como de sobrenatural.

—Habla... —dijo por toda contestación.

—¡No tan así, señor Rey! —replicó Gil con cierto sarcasmo—. ¡Antes hemos de convenir en el precio!

El francés sacudió la cabeza al oír estas palabras, como si despertase de un sueño; vio aquella escena de otro modo, y casi se avergonzó de haberla tolerado.

—¡Hola! —dijo, tocando la campanilla—. ¡Prended a este hombre! Un capitán apareció, y puso su mano sobre el hombro de Gil Gil. Éste permaneció impasible.

El Rey, volviendo a su anterior superstición, miró de reojo al extraño médico... Levantóse luego trabajosamente, pues la languidez que sufría hacía algunos años se había agravado aquellos días, y dijo al capitán de guardias:

—Déjanos solos.

Plantóse, por último, enfrente de Gil Gil, cual si quisiera perderle el miedo, y le preguntó con fingida calma:

—¿Quién diablos eres, cara de búho?

—¡Soy el *Amigo de la Muerte*! —respondió nuestro joven sin pestañear.

—Muy señora mía y de todos los pecadores... —dijo el Rey con aire de broma a fin de disfrazar su pueril espanto—. ¿Y qué decías de nuestro hijo?

—Digo, señor —exclamó Gil Gil dando un paso hacia el Rey, quien retrocedió a su pesar—, que vengo a traeros una corona...; no os diré si la de España o la de Francia, pues éste es el secreto que habéis de pagarme. Digo que estamos perdiendo un tiempo precioso, y que, por consiguiente, necesito hablaros pronto y claro. Oídmelo, por tanto, con atención. Luis I está agonizando... Su enfermedad es, sin embargo, de las que tienen cura... Vuestra majestad es el perro de la fábula...

Felipe V interrumpió a Gil Gil:

—¡Di!... ¡Di lo que gustes! Deseo oírlo todo... ¡De todas maneras voy a tener que ahorcarte!...

El *Amigo de la Muerte* se encogió de hombros y continuó:

—Decía que vuestra majestad es el perro de la fábula. Teníais en la cabeza la corona de España; os bajasteis para coger la de Francia; se os cayó la vuestra sobre la cuna de vuestro hijo; Luis XV se ciñó la suya, y vos os quedasteis sin la una y sin la otra...

—¡Es verdad! —exclamó Felipe V, si no con la voz, con la mirada.

—Hoy... —continuó Gil Gil recogiendo la mirada del Rey—; hoy, que estáis más cerca de la corona de Francia que de la de España, vais a exponeros al mismo azar... Luis XV y Luis I, los dos Reyes niños, están enfermos. Podéis heredar a ambos; pero necesitáis saber con algunas horas de anticipación cuál de los dos va a morir antes. Luis I está de más peligro; pero la corona de Francia es más hermosa. De aquí vuestra perplejidad... ¡Bien se conoce que estáis escarmentado! ¡Ya no os atrevéis a tender la mano al cetro de San Fernando, temeroso de que vuestro hijo se salve, la historia os escarnezca y vuestros partidarios de Francia os abandonen!... Más claro: ¡ya no os atrevéis a soltar la presa que tenéis entre los dientes, temeroso de que la otra que veis sea una nueva ilusión o mero espejismo!

—¡Habla..., habla! —dijo Felipe con ansiedad, creyendo que Gil había terminado—. ¡Habla! ¡De todos modos has de ir de aquí a una mazmorra<sup>263</sup>, donde sólo te oigan las paredes!... ¡Habla!... ¡Quiero saber qué dice el mundo acerca de mis pensamientos!  
El ex zapatero sonrió con desdén.

—¡Cárcel! ¡Horca!... —exclamó—. ¡He aquí todo lo que los reyes sabéis! Pero yo no me asusto. Escuchadme otro poco, que voy a concluir. Yo, señor, necesito ser médico de cámara, obtener un título de duque y ganar hoy mismo treinta mil pesos... ¿Se ríe vuestra majestad? ¡Pues los necesito tanto como vuestra majestad saber si Luis I morirá de las viruelas!

---

<sup>263</sup> Lugar o celda subterránea y oscura en una fortificación donde se encerraba a los presos.

—¿Y qué? ¿Lo sabes tú? —preguntó el Rey en voz baja, sin poder sobreponerse al terror que le causaba aquel muchacho.

—Puedo saberlo esta noche.

—¿Cómo?

—Ya os he dicho que soy *Amigo de la Muerte*.

—¿Y qué es eso? ¡Explícamelo!

—Eso... ¡Yo mismo lo ignoro! Llevadme al palacio de Madrid. Hacedme ver al Rey reinante, y yo os diré la sentencia que el Eterno haya escrito sobre su frente.

—¿Y si te equivocas? —dijo el de Anjou<sup>264</sup> acercándose más a Gil Gil.

—¡Me ahorcáis!..., para lo cual me retendréis preso todo el tiempo que os plazca.

—¡Conque eres hechicero! —exclamó Felipe por justificar de algún modo la fe que daba a las palabras de Gil Gil.

—¡Señor, ya no hay hechizos! —respondió éste—. El último hechicero se llamó Luis XIV<sup>265</sup>, y el último hechizado, Carlos II. <sup>266</sup>La corona de España, que os mandamos a París hace veinticinco años envuelta en el testamento de un idiota, nos rescató de la cautividad del demonio en que vivíamos desde la abdicación de Carlos V. Vos lo sabéis mejor que nadie.

—Médico de cámara..., duque... y treinta mil pesos... —murmuró el Rey.

—¡Por una corona que vale más de lo que pensáis! —respondió Gil Gil.

—¡Tienes mi real palabra! —añadió con solemnidad Felipe V, dominado por aquella voz, por aquella fisonomía, por aquella actitud llena de misterio.

—¿Lo jura vuestra majestad?

—¡Lo prometo! —respondió el francés—. ¡Lo prometo si antes me pruebas que eres algo más que un hombre!

—¡Elena..., serás mía! —balbuceó Gil.

---

<sup>264</sup> Felipe V, ya que fue duque de Anjou.

<sup>265</sup> Rey de Francia desde 1638 hasta 1715.

<sup>266</sup> Rey de España de 1665-1700, lo llamaban "El Hechizado".

El Rey llamó al capitán y le dio algunas órdenes.

—Ahora... —dijo—, mientras se dispone tu marcha a Madrid, cuéntame tu historia y explícame tu ciencia.

—Voy a complaceros, señor; pero temo que no comprendáis ni la una ni la otra.

Una hora después el capitán corría la posta hacia Madrid al lado de nuestro héroe, quien, por de pronto, ya había soltado sus harapos y vestía un magnífico traje de terciopelo negro, adornado con encajes vistosísimos; ceñía espadín, y llevaba sombrero galoneado.

Felipe V le había regalado aquella vestimenta y mucho dinero, después que se hubo enterado de su milagrosa amistad con la Muerte.

Sigamos nosotros al buen Gil Gil por mucho que corra, pues podría acontecer que se encontrara en la cámara de la Reina con su idolatrada Elena de Monteclaro, o con la odiosa condesa de Rionuevo, y no es cosa de que ignoremos los pormenores de unas entrevistas tan interesantes.

## VI. Conferencia preliminar

Serían las seis de la tarde cuando Gil Gil y el capitán se apeaban a las puertas de palacio.

Un gentío inmenso inundaba aquellos lugares, sabedor del peligro en que se encontraba la vida del joven Rey.

Al poner nuestro amigo el pie en el umbral del alcázar dio de manos a boca con la Muerte, que salía con paso precipitado.

—¿Ya? —preguntó Gil Gil lleno de susto.

—¡Todavía no! —respondió la siniestra deidad.

El médico respiró con satisfacción.

—Pues ¿cuándo? —replicó al cabo de un momento.

—No puedo decírtelo.

—¡Oh! Habla...¡Si supieras lo que me ha prometido Felipe V!

—Me lo figuro.

—Pues bien: necesito saber cuándo muere Luis I.

—Lo sabrás a su debido tiempo. Entra... El capitán ha penetrado ya en la regia estancia. Trae instrucciones del Rey padre... En este momento te anuncian como el primer médico del

mundo... La gente se agolpa a la escalera para verte llegar... ¡Vas a encontrarte con Elena y con la condesa de Rionuevo!...

—¡Oh, dicha! —exclamó Gil Gil.

—Las seis y cuarto... —continuó la Muerte, tomándose el pulso, que era su único e infalible reloj—. Te esperan... Hasta luego.

—Pero dime...

—Es verdad... ¡Se me olvidaba! Escucha: si cuando veas al rey Luis estoy en la cámara su enfermedad no tiene cura.

—¿Y estarás? ¿No dices que vas a otro lado?

—No sé todavía si estaré... Yo soy ubicua, y si recibo órdenes superiores, allí me verás, como donde quiera que me halle...

—¿Qué hacías ahora aquí?

—Vengo de matar un caballo.

Gil Gil retrocedió lleno de asombro.

—¿Cómo? —exclamó—. ¡También tienes que ver con los irracionales!...

—¿Qué es eso de irracionales? ¿Acaso los hombres tenéis verdadera razón? ¡La razón es una sola, y ésta no se ve desde la Tierra!

—Pero dime —replicó Gil—: los animales..., los brutos..., los que aquí llamamos irracionales, ¿tienen alma?

—Sí y no. Tienen un espíritu sin libertad e irresponsable... Pero, ¡vete al diablo! ¡Qué preguntón estás hoy! Conque, adiós... Me encamino a cierta noble casa..., donde voy a hacerte otro favor.

—¡Un favor a mí! ¡Dímelo claramente! ¿De qué se trata?

—De frustrar cierta boda.

—¡Ah!... —exclamó Gil Gil, concibiendo una horrible sospecha—. ¿Será acaso...?

—Nada más te puedo decir... —contestó la Muerte—. Ve adentro, que se hace tarde, tarde. Déjate llevar y lo pasarás mejor! Tienes mi promesa de que llegarás a ser completamente dichoso.

—¡Ah! ¡Conque somos amigos! ¿No piensas matarnos ni a mí ni a Elena?

—¡Descuida! —replicó la Muerte con una tristeza y una solemnidad, con una ternura y una alegría, con tantos y tan distintos efectos en la voz, que Gil renunció, desde luego, a la esperanza de comprender aquella palabra.

—¡Espera! —dijo, por último, viendo que el ser enlutado se alejaba—. Repíteme aquello de las horas, pues no quiero equivocarme... Si estás en la habitación de un enfermo, pero no lo miras, significa que el paciente muere de aquella enfermedad...

—¡Cierto! Mas si estoy de cara a él, fenece<sup>267</sup> dentro del día... Si yazgo en su mismo lecho, le quedan tres horas de existencia... Si lo encuentras entre mis brazos, no respondas sino de una hora... Y si me ves besarle la frente, reza un credo por su alma.

—¿Y no me hablarás ni una palabra?

—¡Ni una! Carezco de permiso para revelarte de esa manera los propósitos del Eterno. Tu ventaja sobre los demás hombres consiste solamente en que soy visible para ti. Conque adiós, ¡y no me olvides!

Dijo, y se desvaneció en el espacio.

## VII. La cámara real

Gil Gil penetró en la regia morada ni arrepentido ni contento de haber entablado relaciones con la personificación de la Muerte.

Mas no bien pisó las escaleras del palacio y recordó que iba a ver a su idolatrada Elena, todas sus ideas lúgubres desaparecieron, como huyen las aves nocturnas al despuntar el día.

Con lucido acompañamiento de palaciegos y de otros personajes de la nobleza, atravesó Gil Gil galerías y salones, dirigiéndose a la cámara real, y por cierto que todos admiraban la extraña hermosura y tierna juventud del famoso médico que Felipe V enviaba desde La Granja como última apelación del humano poder para salvar la vida de Luis I.

Allí estaban las dos Cortes: la de Luis y la de Felipe.

Eran éstas, por decirlo así, los poderes rivales, que hacía una semana vivían en constante guerra; eran los antiguos servidores de la primera rama de Borbón y los nuevos que el Regente de Francia, Felipe de Orleans el Generoso, había agrupado alrededor del trono de España para evitar que el ambicioso ex duque de Anjou saltase desde él al trono de su abuelo; eran, en fin,

---

<sup>267</sup> Muere.

Los cortesanos del dócil niño que yacía moribundo, y los de su bella esposa, la indomable hija del Regente, la renombrada duquesa de Montpensier.

Los allegados a Isabel de Farnesio, madrastra de Luis I, deseaban que éste muriese para que los hijos del segundo matrimonio de Felipe V se hallasen más cerca de la corona de San Fernando. Los partidarios de la joven Orleáns, de la Reina hija, deseaban que el enfermo se salvase, no por amor a los mal avenidos esposos, sino en odio a Felipe V, a quien no querían ver reinar nuevamente.

Los amigos del desgraciado Luis temblaban a la idea de que muriese, porque, habiéndole inducido ellos a sacudir la tutela en que lo tenía el solitario de La Granja, sabían muy bien que al volver éste al trono lo primero que haría sería desterrarlos o prenderlos. El palacio era, pues, un laberinto de encontrados deseos, de opuestas ambiciones, de intrigas y recelos, de temores y esperanzas.

Gil Gil penetró en la cámara buscando con la vista a una sola persona: a su inolvidable Elena.

Cerca del lecho del Rey vio al padre de ésta, al grande amigo del difunto conde de Rionuevo, al duque de Montecclaro, en fin, el cual hablaba con los arzobispos de Santiago y de Toledo, con el marqués de Mirabal y con don Miguel de Guerra, los cuatro más encarnizados enemigos de Felipe V.

El duque de Montecclaro no reconoció al antiguo paje, compañero de infancia de su encantadora hija.

En otro lado, y no sin cierta impresión de miedo, el *Amigo de la Muerte* vio, entre las damas que rodeaban a la joven y hermosa Luisa Isabel de Orleáns, a su implacable y eterna enemiga: la condesa de Rionuevo.

Gil Gil pasó casi rozando con su vestido al ir a besar la mano a la Reina.

La condesa no reconoció tampoco al hijo natural de su marido.

En esto se levantó un tapiz detrás del grupo que formaban las damas, y apareció, entre otras dos o tres, que Gil Gil no conocía, una mujer alta, pálida, hermosísima...

Era Elena de Montecclaro.

Gil Gil la miró intensamente y la joven se estremeció al ver aquella fúnebre y bella fisonomía, cual si contemplara el espectro de un difunto adorado: cual si tuviese ante sus ojos, no a Gil, sino su sombra envuelta en la mortaja; cual si viese, en fin, un ser del otro mundo.

¡Gil en la Corte! ¡Gil consolando a la Reina, a aquella princesa altiva y burlona que todo lo desdeñaba! ¡Gil, con aquel lujoso traje, mirado y considerado de toda la nobleza!...

«¡Ah! ¡Sin duda es un sueño!» —pensó la encantadora Elena.

—Venid, doctor... —dijo en esto el marqués de Mirabal—: Su majestad ha despertado. Gil hizo un penoso esfuerzo para sacudir el éxtasis que embargaba todo su ser al verse enfrente de su adorada, y se acercó a la cama del virulento.

El segundo Borbón de España era un mancebo de diecisiete años, flaco, largo y raquítico, como planta que crece a la sombra.

Su rostro (que no había carecido de cierta finura de expresión, a pesar de la irregularidad de sus facciones) estaba ahora espantosamente hinchado y cubierto de cenicientas pústulas.

Parecía un tosco boceto de escultura modelado en barro.

Tendió el Rey niño una angustiosa mirada a aquel otro adolescente que se acercaba a su lecho, y al encontrarse con sus mudos y sombríos ojos, insondables como el misterio de la eternidad, dio un ligero grito y ocultó el semblante bajo las sábanas.

Gil Gil, en tanto, miraba a los cuatro ángulos de la habitación buscando a la Muerte.

Pero la Muerte no estaba allí.

—¿Vivirá? —le preguntaron en voz baja algunos cortesanos, que habían creído leer una esperanza en el rostro de Gil Gil.

Iba a decir que sí, olvidando que su opinión debía darla solamente a Felipe V, cuando sintió que le tiraban de la ropa.

Volvióse, y vio cerca de sí a una persona vestida toda de negro, que se hallaba de espaldas al lecho del Rey...

Era la Muerte.

«Morirá de esta enfermedad, pero no hoy» —pensó Gil Gil.

—¿Qué os parece? —le preguntó el arzobispo de Toledo, sintiendo, como todos, aquel invencible respeto que infundía el rostro sobrehumano de nuestro joven.

—Dispensadme... —respondió el ex zapatero—. Mi opinión queda reservada para el que me envía...

—Pero vos... —añadió el marqués de Mirabal—, vos, que sois tan joven, no podéis haber aprendido tanta ciencia... Indudablemente, Dios o el diablo os la ha infundido... Seréis un santo que hace milagros o un mago amigo de las brujas...

—Como gustéis... —respondió Gil Gil—. De un modo o de otro, yo leo en el porvenir del príncipe que yace en ese lecho; secreto por el cual dierais alguna cosa, pues resuelve la duda de si mañana seréis el privado de Luis I o el prisionero de Felipe V.

—¡Y qué! —balbuceó el de Mirabal, pálido de ira, pero sonriendo levemente.

En esto reparó Gil Gil en que la Muerte, no contenta con acechar al Monarca, aprovechaba su permanencia en la cámara real para sentarse al lado de una dama..., casi en su misma silla..., y mirarla con fijeza.

La sentenciada era la condesa de Rionuevo.

«¡Tres horas!» —pensó Gil Gil.

—Necesito hablaros... —seguía diciéndole, entretanto, el marqués de Mirabal, a quien se le había ocurrido, nada menos que comprar su secreto al extraño médico.

Pero una mirada y una, sonrisa de Gil, que adivinó los pensamientos del marqués, desconcertaron a éste de tal modo que retrocedió un paso.

Aquella mirada y aquella sonrisa eran las mismas que habían dominado por la mañana a Felipe V.

Gil aprovechó aquel momento de turbación de Mirabal para dar un gran paso en su carrera y fijar su reputación en la corte.

—Señor... —dijo al arzobispo de Toledo—. La condesa de Rionuevo, a quien veis tranquila y sola en aquel rincón... (ya sabemos que la Muerte sólo era visible a los ojos de Gil), morirá antes de tres horas. Aconsejadle que disponga su espíritu para el supremo trance.

El arzobispo retrocedió espantado.

—¿Qué es eso? —preguntó don Miguel de Guerra.

El prelado contó a varias personas las profecías de Gil Gil, y todos los ojos se fijaron en la condesa, que, efectivamente, empezaba a palidecer horriblemente.

Gil Gil, entretanto, se acercaba a Elena.

Elena estaba en medio de la cámara, de pie sobre el mármol del pavimento, inmóvil y silenciosa como una noble escultura.

Desde allí, fanatizada, subyugada, poseída de un terror y de una felicidad que no podían definirse, seguía todos los movimientos del amigo de su infancia.

—Elena... —murmuró el joven al pasar a su lado.

—Gil... —contestó ella maquinalmente—. ¿Eres tú?

—¡Sí, soy yo! —replicó él con idolatría—. Nada temas...

Y salió de la habitación.

El capitán lo esperaba en la antecámara.

Gil Gil escribió algunas palabras en un papel, y dijo al fiel servidor de Felipe V:

—Tomad... y no perdáis un momento. ¡A La Granja!

—Pero... ¿y vos? —replicó el capitán—. Yo no puedo dejaros. Estáis preso bajo mi custodia.

—Lo estaré bajo mi palabra... —respondió Gil con nobleza—. No puedo seguiros.

—Mas... el Rey...

—El Rey aprobará vuestra conducta.

—¡Imposible!

—Escuchad, y veréis cómo tengo razón.

En este momento se oyó en la cámara real un fuerte murmullo.

—¡El médico! ¡Ese médico!... —salieron gritando algunas personas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gil Gil.

—La condesa de Rionuevo se muere... —dijo don Miguel de Guerra—. ¡Venid! Por aquí... Ya estará en la cámara de la Reina...

—Id, capitán... —murmuró Gil Gil—. Yo os lo digo.

Y apoyó estas palabras con una mirada y un gesto tales que el soldado partió sin replicar palabra.

Gil siguió a Guerra y penetró en la cámara de la esposa de Luis I.

#### VIII. Revelaciones

—¡Oye! —dijo una voz a Gil Gil cuando caminaba hacia el lecho en que yacía la condesa de Rionuevo.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó nuestro joven, reconociendo a la Muerte—. ¿Ha expirado ya?

—¿Quién?

—La condesa...

—No.

—Pues ¿cómo la abandonas?

—No la he abandonado, amigo mío, sino que, como ya te he dicho, yo estoy a un mismo tiempo en todas partes y bajo diversas formas.

—Bien...; ¿qué me quieres? —preguntó Gil con cierto disgusto al oír aquella sentencia.

—Vengo a hacerte otro favor.

—¡Así será él! Habla.

—¿Sabes que vas faltándome al respeto? —exclamó la Muerte con mucha sorna.

—Es natural... —respondió Gil—. La confianza..., la complicidad...

—¿Qué es eso de complicidad?

—¡Nada!... Aludo a una pintura que vi cuando niño. Representaba a la Medicina. En una cama yacían dos personas, o, por mejor decir, un hombre y su enfermedad. El médico había entrado en la habitación con los ojos vendados y armado de un garrote, y una vez cerca de la cama había empezado a dar palos de ciego sobre el enfermo y sobre la enfermedad... No recuerdo precisamente quién fue antes víctima de los golpes... Creo que fue el enfermo.

—¡Donosa alegoría! Pero vamos a cuentas...

—Sí..., vamos..., que todos se extrañan de verme así, tan solo, parado en medio de la cámara.

—¡Déjalos! Creerán que meditas o que aguardas la inspiración. Óyeme un momento. Tú sabes que lo pasado me pertenece de derecho, y que puedo referírtelo... No así lo por venir...

—¡Adelante!

—¡Un poco de paciencia! Vas a hablar por última vez con la condesa de Rionuevo, y es de mi deber contarte cierta historia.

—Es inútil. Yo perdono a esa mujer.

—¡Se trata de Elena, majadero! —exclamó la Muerte.

—¡Cómo!

—Digo se trata de que seas noble y puedas casarte con ella.

—¡Noble lo soy ya!... El Rey Felipe V me hace duque.

—Monteclaro no se contentará con un advenedizo<sup>268</sup>... Necesitas ascendientes.

—¿Y qué?

—Ya te tengo dicho que eres el último vástago de los Rionuevo.

—¡Sí!..., pero... adulterino.

—¡Te equivocas! ¡Natural... y muy natural!

—Sea..., pero ¿quién prueba eso?

—Es precisamente lo que voy a decirte.

—Habla.

—Oye, y no me interrumpas. La condesa es la tremenda esfinge de tu vida...

—Ya lo sé...

—¡Ella tiene en su mano toda tu felicidad!

—¡Lo sé también!

—Pues ha llegado la ocasión de arrancársela.

---

<sup>268</sup> Venido de un lugar distinto de aquel donde se ha establecido.

—¿De qué manera?

—Verás. Como tu padre te amaba tanto...

—¡Ah! ¿Me amaba mucho? —exclamó Gil Gil.

—¡Te he dicho que no me interrumpas! Como tu padre te amaba tanto, no se fue de este mundo sin pensar muy seriamente en tu porvenir.

—¡Pues qué! ¿No murió ab intestato el conde?

—¿De dónde sacas eso?

—Así consta en todas partes.

—¡Pura invención de la condesa para apoderarse de todo el dinero del conde y dejar luego por heredero a cierto sobrino!...

—¡Oh!

—¡Calma, que todo puede arreglarse! Tu padre poseía una declaración de Crispina López, otra de Juan Gil y además una justificación facultativa en toda forma que acreditaban perfectamente que tú eres hijo natural del conde de Rionuevo y de Crispina López, concebido cuando los dos eran solteros. Esto mismo confesó tu padre a la hora de la muerte ante un cura y un escribano que yo vi allí, y que conozco perfectamente... Por cierto que el cura... Pero esto no puedo decírtelo. En fin, el caso es que el conde te nombró su único y universal heredero, cosa que podía hacer con tanta mayor facilidad cuanto que no tenía ningún pariente próximo ni lejano. Ni paró aquí la solicitud con que aquel buen padre echaba los cimientos de tu felicidad futura desde el borde mismo del sepulcro...

—¡Oh, padre mío! —murmuró Gil Gil.

—Escucha. Tú sabes la grande amistad que unía de muy antiguo al honrado conde con el duque de Montecarlo, compañero suyo de armas durante la Guerra de Sucesión<sup>269</sup>...

—Sí, la sé.

—Pues bien —continuó la Muerte—: tu padre, adivinando el amor que profesabas a la encantadora Elena, dirigió al duque, pocos momentos antes de expirar, una larga y sentida carta en que se lo declaraba todo, le pedía para ti la mano de su hija y le recordaba tantas y tan señaladas pruebas de amistad como se habían dado en todo tiempo...

---

<sup>269</sup> Conflicto internacional que duró desde 1701 hasta la firma del tratado de Utrecht de 1713, que tuvo como causa fundamental la muerte sin descendencia de Carlos II.

—¿Y esa carta? —preguntó Gil con extraordinaria vehemencia<sup>270</sup>.

—Esa carta sola hubiera convencido al duque, y ya serías su yerno... hace muchos años...

—¿Qué ha sido de esa carta? —volvió a preguntar el joven, trémulo de amor y rebosando de ira.

—Esa carta te hubiera ahorrado el entrar en relaciones conmigo... —continuó la Muerte.

—¡Oh!... ¡No seas cruel!... ¡Dime que la carta existe!

—Ésa es la verdad.

—¿Conque existe?

—Sí.

—¿Quién la tiene?

—La misma persona que la interceptó.

—¡La condesa!

—La condesa.

—¡Oh!... —exclamó el joven, dando un paso hacia el lecho de agonía.

—Espera —dijo la Muerte—. No he concluido aún. La condesa conserva también el testamento de su marido, que casi me arrebató de las manos...

—¿A ti?

—Digo a mí porque el conde estaba ya medio muerto. En cuanto al cura y al escribano, yo te diré dónde viven, y creo que declararán la verdad.

Gil Gil meditó un momento.

Luego, mirando fijamente al fúnebre personaje:

—Es decir...—exclamó—, que si logro apoderarme de esos documentos...

---

<sup>270</sup> Que tiene una fuerza impetuosa.

—Mañana puedes casarte con Elena.

—¡Oh, Dios! —murmuró el joven dando otro paso hacia el lecho.

Allí se volvió de nuevo hacia la Muerte.

Los cortesanos no comprendían lo que pasaba en el corazón de Gil Gil. Creíanle solo, o luchando con la visión milagrosa a que debía su peregrina ciencia; pero era tal el terror que ya les inspiraba, que ninguno se atrevía a interrumpirlo.

—Dime —añadió el ex zapatero dirigiéndose a su tremenda compañía—, y ¿cómo es que la condesa no ha quemado esos papeles?

—Porque la condesa, como todos los criminales, es supersticiosa: porque temía arrepentirse algún día; porque adivinaba que esos papeles podrían ser en tal situación su pasaporte para la eternidad... En fin: porque es un hecho constante que ningún pecador borra las huellas de sus crímenes, temeroso de olvidarlos a la hora de la muerte y de no poder retroceder por sus mismos pasos hasta encontrar la senda de la virtud. Te repito, pues, que esos papeles existen.

—De modo que en consiguiéndolos Elena será mía... —insistió Gil Gil, dudando siempre que la Muerte pudiera procurarle la felicidad.

—Aún habría que vencer otro obstáculo... —respondió la Muerte.

—¿Cuál?

—Que Elena está prometida por su padre a un sobrino de la condesa, al vizconde de Daimiel.

—¡Cómo! ¿Ella le ama?

—No; pero es lo mismo, puesto que hace dos meses contrajeron esponsales...

—¡Oh!... ¡Conque todo es inútil! —exclamó Gil con desesperación.

—¡Lo hubiera sido sin mí! —replicó la Muerte—. Pero ya te dije a las puertas de este palacio que trataba de frustrar una boda...

—¡Cómo! ¿Has matado al vizconde?

—¡Yo!... —exclamó la Muerte con cierto terror sarcástico—. ¡Dios me libre!... Yo no lo he matado... Él se ha muerto.

—¡Ah!

—¡Chito!... Nadie lo sabe todavía... Su familia cree en este instante que el pobre joven está durmiendo la siesta. Conque... ¡a ver cómo te portas! Elena, la condesa y el duque se hallan a dos pasos de ti... ¡Ahora, o nunca!

Y así diciendo, la Muerte se acercó al lecho de la enferma.

Gil Gil siguió sus pasos.

Muchas de las personas que se hallaban en el aposento, entre ellas el duque de Monteclaro, sabían ya el vaticinio de Gil respecto a que antes de tres horas moriría la condesa de Rionuevo; así es que al verlo casi cumplido, pues de buena y alegre que se hallaba la dama pocos momentos antes, habíase convertido de pronto en un tronco inerte, que agitaban por intervalos violentas convulsiones, empezaron todos a mirar a nuestro amigo con supersticioso terror y fanática idolatría.

La condesa, por su parte, no bien distinguió a Gil, tendió hacia él una mano trémula y suplicante, mientras con la otra hacía seña de que los dejasen solos.

Alejáronse todos del lecho, y Gil se sentó al lado de la moribunda.

#### Preguntas de comprensión

##### Capítulo I

1. ¿A qué edad murió el padre de Gil Gil? ¿Qué pasó con él al morir el padre?
2. ¿Cuál fue el “piadoso embuste” que el conde dijo acerca de Gil Gil?
3. Al morir el conde, ¿qué pasó con Gil Gil? ¿Por qué la condesa hizo lo que hizo con él?
4. ¿Qué pasó al llegar al humilde portal de la calleja del barrio de las Vistillas?
5. ¿Qué es de lo único que Gil Gil no se puede olvidar? ¿Qué hizo llevado del amor/pasión?

##### Capítulo II

1. ¿Adónde iba el domingo Gil Gil y qué hacía ahí?
2. ¿Quiénes son las dos mujeres hermosas que Gil Gil ve cerca de la iglesia? ¿Qué pasa entre ellos?
3. ¿Qué descubre Gil Gil al llegar a su casa? ¿Qué le pasa después de descubrir esto? ¿Quién lo cuida y cómo costea los gastos?
4. ¿Qué era la cosa dura del bolsillo? ¿Qué hizo Gil Gil con esto?

##### Capítulo III

1. ¿Quién es y cómo es descrita la entidad que llama “amigo” a Gil Gil? ¿Qué le ofrece “la amiga” a Gil Gil? ¿Por qué?
2. ¿Qué le revela “la amiga” a Gil Gil acerca de su madre?
3. ¿Adónde y a quién van a ver su amiga y Gil Gil?

#### Capítulo IV

1. ¿Cómo cambió Gil Gil? (cambios físicos y no físicos)

#### Capítulo V

1. ¿Qué pasó entre Felipe V y Gil Gil?

#### Capítulo VI

1. ¿A qué hora y adónde llega Gil Gil con el capitán?
2. ¿De dónde dice la amiga que viene? ¿Qué hizo con el caballo? ¿Cuál es la reacción de Gil Gil?
3. ¿Cuáles son las señales de que la muerte está cerca?

#### Capítulo VII

1. ¿Adónde llega Gil Gil?
2. ¿Quiénes querían que Luis I viva y quiénes querían que Luis I muera? ¿Por qué?
3. ¿A quién buscaba Gil Gil? ¿A quiénes vio?
4. ¿Quién iba a morir en tres horas? ¿A quién se lo dice Gil Gil?
5. ¿Por qué llaman al “médico”?
6. ¿Qué hizo el capitán?

#### Capítulo VIII

1. ¿Qué le revela la muerte a Gil Gil acerca de su padre?
2. ¿Qué le pedía el padre de Gil Gil al padre de Elena en la carta? ¿Qué le pasó a la carta?
3. ¿Por qué son importantes los documentos que la condesa guarda? ¿Por qué la Condesa no los ha quemado?
4. Aparte de no ser noble, ¿cuál es el otro obstáculo que Gil Gil tiene que vencer para que Elena sea suya? ¿Cómo la muerte dice ayudar a vencer ese obstáculo?
5. ¿Quién está moribunda? ¿Qué hace cuando Gil Gil se acerca?

#### Preguntas de análisis

1. ¿Por qué crees que el cuento está organizado en pequeños capítulos?
2. La muerte menciona que la causante de sufrimiento y tormentos es la vida, ¿qué crees que quiere decir con esto? ¿estás de acuerdo? ¿por qué?
3. ¿Cómo crees que el cuento va a terminar? Hipotetiza su final.
4. ¿Crees que fue justo que la muerte se presentará ante Gil Gil?
5. ¿Por qué crees que la muerte se presenta ante él como su amigo?
6. ¿Qué piensas sobre la personificación de la muerte? Es decir, ¿estás de acuerdo con la descripción que le dan? ¿Por qué o por qué no? ¿Piensas que es usada de manera exitosa?

## Parte II

### Preguntas de prelectura

1. ¿Cómo crees que influye la religión en la percepción del suicidio?
2. ¿Consideras que existen diferencias culturales en la percepción del suicidio y la religión?
3. ¿Cuáles son las creencias populares con relación al alma después de la muerte?
4. ¿Cómo se relaciona el juicio final con la creencia en la vida después de la muerte?

### IX. El alma

Aunque la condesa de Rionuevo, la terrible enemiga de Gil Gil, hace tan odioso papel en nuestra historia, no era, como muchos habrán quizá imaginado, una mujer vieja o fea, o fea y vieja a un mismo tiempo...La naturaleza física es también hipócrita algunas veces. La ilustre moribunda, que a la sazón tendría treinta y cinco años, se hallaba en toda la plenitud de una magnífica hermosura. Era alta, recia y muy bien formada. Sus ojos, azules como la mar, pérfidos como ella, encubrían hondos abismos bajo su apariencia lánguida y suave. La frescura de su boca, la morbidez de sus facciones revelaban que ni el dolor ni la pasión habían trabajado nunca aquella insensible belleza. Así es que al verla ahora caída y paciente, dominada por el terror y vencida por el sufrimiento, el alma menos compasiva hubiera experimentado cierta rara piedad muy parecida al susto o al espanto. Gil Gil, que tanto odiaba a aquella mujer, no dejó de sentir esta complicada impresión de lástima y asombro, y cogiendo maquinalmente la hermosa mano que le tendía la enferma, murmuró con más tristeza que resentimiento:

—¿Me conocéis?

—¡Salvadme! —respondió la moribunda sin escuchar la pregunta de Gil Gil.

En esto se deslizó por detrás de las cortinas un nuevo personaje, y vino a colocarse entre los dos interlocutores, apoyando su codo en la almohada y la cabeza sobre una mano.

Era la Muerte.

—¡Salvadme! —repitió la condesa, a quien la intuición del miedo le había ya revelado que nuestro héroe la aborrecía

—. Vos sois hechicero... Dicen que habláis con la Muerte... ¡Sálvadme!

—¡Mucho teméis el morir, señora! —respondió el joven con despego, soltando la mano de la enferma.

Aquella estúpida cobardía, aquel terror animal que no dejaba paso a ninguna otra idea, a ningún otro afecto, a idea, a ningún otro afecto, Gil, por cuanto le dio la medida del espíritu egoísta de la autora de todos sus males.

—¡Condesa! —exclamó entonces—. ¡Pensad en vuestro pasado y en vuestro porvenir! ¡Pensad en Dios y en vuestro prójimo!... ¡Salvad el alma, supuesto que el cuerpo ya no os pertenece!

—¡Ah, voy a morir! —exclamó la condesa.

—¡No..., condesa..., no vais a morir!

—¡No voy a morir! —gritó la pobre mujer con una alegría salvaje.

El joven continuó con la misma seriedad:

—¡No vais a morir, porque nunca habéis vivido!... Al contrario, ¡vais a nacer a la vida del alma, que para vos será un sufrimiento eterno, como para los justos es una eterna bienaventuranza!

—¡Ah! ¡Con que voy a morir! —murmuró la enferma nuevamente, derramando lágrimas por la primera vez de su vida.

—¡No, condesa, no vais a morir! —replicó otra vez el médico con indecible majestad.

—¡Ah! ¡Tenedme compasión! —exclamó la pobre mujer recobrando la esperanza.

—No vais a morir —prosiguió el joven—, supuesto que lloráis. El alma nunca muere, y el arrepentimiento puede abriros las puertas de una eterna vida...

—¡Ah, Dios mío! —exclamó la condesa, rendida por aquella cruel incertidumbre.

—Hacéis bien en llamar a Dios. ¡Salvad el alma!, os repito... ¡Salvad el alma! Vuestro cuerpo hermoso, vuestro ídolo de tierra, vuestro sacrílego existir han concluido para siempre. Esta vida temporal, estos goces del mundo, aquella salud y aquella belleza, y aquel regalo y aquella fortuna que tanto procurasteis conservar; los bienes que usurpasteis; el aire, el sol; el mundo que hasta aquí habéis conocido, todo lo vais a perder; todo ha desaparecido ya; todo será mañana para vos polvo y tinieblas, vanidad y podredumbre, soledad y olvido: sólo os queda el alma, condesa... ¡Pensad en vuestra alma!

—¿Quién sois? —preguntó sordamente la moribunda, fijando en Gil Gil una atónita mirada—. Yo os he conocido antes de ahora... Vos me aborrecéis... Vos sois quien me matáis... ¡Ah!...

En este instante la Muerte colocó su mano pálida sobre la cabeza de la enferma, y dijo:

—Concluye, Gil: concluye..., que la hora eterna se aproxima.

—¡Ah! ¡Yo no quiero que muera! —respondió Gil—. ¡Aún puede enmendarse, aún puede remediar todo el mal que ha hecho!... ¡Salva su cuerpo, y yo te respondo de salvar su alma!

—Concluye, Gil; concluye —repitió la Muerte—, que la hora eterna va a sonar.

—¡Pobre mujer! —murmuró el joven con piedad a la condesa.

—¡Me compadecéis! —dijo la agonizante con inefable ternura—. Nunca he agradecido..., nunca he amado..., nunca he sentido lo que por vos siento... ¡Compadecedme!... ¡Decídmelo!... ¡Mi corazón se ablanda al escuchar vuestra voz entristecida!

Y era verdad. La condesa, exaltada por el terror en aquel supremo trance, atribulada por los remordimientos, temerosa del castigo, desposeída de cuanto había constituido su orgullo y sus aficiones sobre la tierra, empezaba a sentir los primeros suspiros de un alma que hasta entonces había permanecido escondida y silenciosa allá en los últimos ámbitos de su mente; alma siempre insultada,

pero rica en paciencia y heroísmo; alma, en fin, comparable a la triste hija de padres criminales y viciosos que piensa, calla, se oculta de su vista y llora en rincones de la casa, hasta que un día, al primer síntoma de arrepentimiento que nota en ellos, recobra el valor, corre a sus brazos, y les deja oír su voz pura y divina, cántico de alondra, música del cielo, que parece saludar el amanecer de la virtud después de las tinieblas del pecado...

—¡Me preguntáis quién soy! —respondió Gil comprendiendo todo esto

—¡Ya no lo sé yo! Era vuestro mortal enemigo; pero ahora ya no os odio. ¡Habéis oído la voz de la verdad..., la voz de la muerte..., y vuestro corazón ha respondido! ¡Dios sea loado! ¡Yo venía a este lecho de dolor a pedir os la felicidad de mi vida..., y ya me iría gustoso sin ella porque creo haber labrado vuestra felicidad..., porque he salvado vuestra alma! ¡Jesús divino: he aquí que he perdonado las injurias y hecho el bien a mi enemigo!... Estoy satisfecho...; soy feliz...; no pido más.

—¿Quién eres, misterioso y sublime niño? ¿Quién eres tú, tan bueno y tan hermoso, que vienes como un ángel a la cabecera de mi lecho de agonía, y me haces tan dulces mis últimos momentos? —preguntó la condesa, cogiendo con ansia las manos de Gil Gil.

—¡Yo soy el Amigo de la Muerte!... —respondió el joven—. No extrañéis, pues, que serene vuestro corazón. Yo os hablo en nombre de la Muerte, y por eso me habéis creído. Yo he venido a vos delegado por aquella divinidad piadosa que es la paz de la tierra, que es la verdad de los mundos, que es la redentora del espíritu, que es la mensajera de Dios, que lo es todo, menos el olvido. El olvido está en la vida, condesa, no en la muerte. Recordad... y me conoceréis.

—¡Gil Gil! —exclamó la condesa, perdiendo el sentido.

—¿Se ha muerto? —preguntó el médico a la Muerte.

—No. Aún le queda media hora.

—Pero... ¿hablará todavía?

—¡Gil!... —suspiró la moribunda.

—Acaba... —añadió la Muerte.

El joven se inclinó sobre la condesa, cuyo hermoso semblante resplandecía con una belleza nueva, inmortal, divina; y de aquellos ojos, donde el fuego de la vida se quebraba en lánguidas y melancólicas luces; de aquella boca anhelante y entreabierta que la fiebre coloreaba; de aquellas manos suaves y ardorosas; de aquel blanco cuello que se extendía hacia él con infinita angustia, recibió tan elocuente expresión de arrepentimiento y ternura, tan íntima caricia y frenético ruego, tan infinita y solemne promesa, que, sin vacilar un instante, se apartó del lecho, llamó al duque de Monteclaro, al arzobispo y a otros tres nobles de los muchos que había en la cámara, y les dijo:

—Escuchad la confesión pública de un alma que vuelve a Dios.

Los personajes susodichos se acercaron a la moribunda, arrastrados más por el inspirado rostro que por las palabras de Gil Gil.

—Duque —murmuró la condesa al ver a Monteclaro—, mi confesor tiene una llave... Señor... —continuó volviéndose al arzobispo—, pedídsela... Este niño, este médico, este ángel, es hijo natural reconocido del

conde de Rionuevo; mi difunto esposo, quien, al morir, os escribió una carta, duque, pidiéndoos para él la mano de Elena. Con esa llave... en mi alcoba... todos los papeles... ¡Yo lo ruego!... ¡Yo lo mando!...

Dijo, y cayó sobre la almohada sin luz en los ojos, sin aliento en los labios, sin color en el semblante.

—Va a expirar... —exclamó Gil Gil—. Quedad con ella, señor... —añadió, dirigiéndose al arzobispo—. Y vos, señor duque, escuchadme.

—Aguarda... —dijo la Muerte al oído de nuestro joven.

—¿Qué más? —respondió éste.

—¡No la has perdonado!...

—¡Gil Gil!... ¡Tu perdón!... —tartamudeó la moribunda.

—¡Gil Gil! —exclamó el duque de Monteclaro—. ¿Eres tú?

—Condesa, ¡que Dios os perdone como yo os perdono!... ¡Morid en paz!

—dijo con religioso acento el hijo de Crispina López.

En esto se inclinó la Muerte sobre la condesa y puso los labios en su frente...

Aquel beso resonó en el pecho de un cadáver.

Una lágrima fría y turbia corrió por el rostro de la muerta.

Gil enjugó las suyas y respondió al de Monteclaro:

—Sí, señor duque; yo soy.

El arzobispo rezaba fúnebres oraciones a la cabecera del lecho.

Entretanto, la Muerte había desaparecido. Eran las doce de la noche.

## X. Hasta mañana

—Buscad esos papeles, señor duque —dijo Gil Gil—, y hacedme la merced de hablar con Elena.

—¡Venid, señor doctor, venid! El Rey se muere... —exclamó don Miguel de Guerra interrumpiendo al Amigo de la Muerte.

—Seguidme, señor duque... —dijo el joven con gran respeto—. Han dado las doce, y puedo comunicaros una noticia muy importante, no sé si buena o mala. Esto es: puedo deciros si Luis I morirá o no morirá durante el día que principia en este momento.

En efecto; ya había empezado el día 31 de agosto, en que Luis I debía entregar su espíritu al Creador.

Gil Gil tuvo la certeza de ello al ver que la Muerte se hallaba de pie, en medio de la cámara, con los ojos fijos en el regio enfermo.

—Hoy muere el Rey... —dijo Gil Gil al oído de Monteclaro—. Esta noticia es el regalo de boda que hago a Elena. Si conocéis el valor de tal regalo, guardadlo en secreto, y sírvaos de regla de conducta con

Felipe V.

—Elena está prometida a otro... —replicó el duque.

—El sobrino de la condesa de Rionuevo ha muerto esta tarde—interrumpió Gil Gil.

—¡Oh! ¿Qué es esto que nos pasa? —exclamó el duque—. ¿Quién eres tú, a quien yo conocí niño, y que ahora me espantas con tu poder y tu ciencia?

—La Reina os llama... —dijo en este momento una dama al duque de Monteclaro, el cual permanecía absorto.

Aquella dama era Elena.

El duque se acercó a la Reina, dejando solos en medio de la cámara a los dos amantes.

No solos, pues a tres pasos de ellos estaba la Muerte.

Elena y Gil Gil quedaron de pie mirándose, sin acertar a decirse una palabra, como asustados de verse, como si temieran que su mutua presencia fuese un sueño del que despertarían al tenderse la mano o al lanzar el más leve suspiro.

Ya otra vez, aquella tarde, al encontrarse en aquel mismo sitio, ambos experimentaron, en medio de su inefable alegría, cierta secreta angustia, semejante a la que sentirían dos amigos que, al cabo de mucho tiempo de total ausencia, se reconociesen en una cárcel, al clarear el día del suplicio, cómplices sin saberlo de un delito fatal o víctimas ambos de idéntica persecución...

También pudiera decirse que el doloroso júbilo con que se reconocieron Gil y Elena fue semejante al amargo placer con que el cadáver de un marido celoso (si los cadáveres sintiesen) sonreiría dentro de la tumba al oír abrir una noche la puerta del cementerio y comprender que era el cadáver de su esposa el que llevaban a enterrar...

«—¡Ya estás aquí! —diría el pobre muerto—; ¡ya estás aquí!... Hace cuatro años que cuento solo las noches y los días, pensando en lo que harías en el mundo, tú, tan hermosa y tan ingrata, que te quitarías el luto al año de mi muerte. ¡Mucho has tardado!... Pero ya estás aquí. Si entre nosotros no es ya posible el amor, en cambio tampoco son posibles las infidelidades, y muchísimo menos el olvido... ¡Nos pertenecemos negativamente! Aunque nada nos une, estamos unidos, puesto que nada nos separa. A los celos, a la incertidumbre, a las zozobras de la vida ha sustituido una eternidad de amor o de recuerdos. ¡Todo te lo perdono!»

Estas ideas, si bien dulcificadas un tanto por la suavidad de los caracteres de Gil y Elena, por la inocencia de ella, por la alta inteligencia de él y por la elevada virtud de ambos, lucían en el alma de los dos amantes como fúnebres antorchas, a cuya luz veían un porvenir ilimitado de pacífico amor, que nadie podría turbar ni destruir, a menos que todo lo que les pasaba fuese un fugitivo sueño.

Se miraron, pues, mucho tiempo con fanática idolatría.

Los ojos azules de Elena se abismaban en los oscuros ojos de Gil Gil, como el alto cielo envía inútilmente sus claridades a las tinieblas de nuestras noches, mientras que los ojos negros de Gil Gil se perdían en la insondable diafanidad de los celestes purísimos ojos de Elena, como la

vista y la idea, y hasta el sentimiento, se fatigan inútilmente cuando miden la inmensidad de los espacios infinitos.

Así hubieran permanecido no sabemos cuánto tiempo, creemos que toda la eternidad, si la Muerte no hubiera llamado la atención a Gil Gil.

—¿Qué me quieres? —murmuró el joven.

—¿Qué he de querer? —respondió la Muerte—. ¡Que no la mires más!

—¡Ah! ¡Tú la amas! —exclamó Gil con indecible angustia.

—Sí... —contestó la Muerte con dulzura.

—¡Piensas arrebatármela!

—¡No! Pienso unirte a ella.

—Un día me dijiste que no la estrecharían otros brazos que los tuyos o los míos... —murmuró Gil Gil con desesperación—. ¿De quién va a ser antes? ¿Mía o tuya? ¡Dímelo!

—¡Tienes celos de mí!

—¡Haces mal!... —replicó la Muerte.

—¿De quién va a ser antes? —repitió el joven cogiendo las heladas manos de su amigo.

—No te puedo responder. Dios, tú y yo, nos la disputamos... Pero no somos incompatibles.

—¡Dime que no piensas matarla!... ¡Dime que me unirás a ella en este mundo!...

—¡En este mundo! —repitió la Muerte con ironía—. Será en este mundo...

Yo te lo prometo.

—¿Y después?

—Después... será de Dios.

—¿Y tuya? ¿Cuándo?

—Mía... ¡Lo ha sido ya!

—Me vuelves loco. ¿Elena vive?

—¡Lo mismo que tú! —replicó la Muerte.

—Pero... ¿vivo yo?

—Más que nunca.

—¡Habla, por piedad!

—Nada tengo que decirte... Todavía no podrías comprenderme. ¿Qué es el morir? ¿Te lo has explicado? ¿Qué es la vida? ¿Te la has explicado alguna vez? Pues si ignoras el valor de esas palabras, ¿a qué me preguntas si estás muerto o vivo?

—Pero ¿las entenderé alguna vez? —exclamó Gil Gil desesperado.

—Sí... Mañana... —respondió la Muerte.

—¡Mañana! No te comprendo.

—Mañana serás esposo de Elena.

—¡Ah!

—Y yo seré quien os apadrine... —continuó la Muerte.

—¡Tú! ¿Piensas acaso matarnos?

—Nada de eso. Mañana serás rico, noble, poderoso, feliz... ¡Mañana también lo sabrás todo!

—¿Con que me amas? —exclamó Gil Gil.

—¿Si te amo? —replicó la Muerte—. ¡Ingrato! ¿Cómo lo dudas?

—Pues hasta mañana... —dijo Gil Gil, dando la mano a la terrible divinidad.

Elena seguía de pie delante de Gil Gil.

—Hasta mañana... —respondió ella, como si hubiese oído aquella frase, como si respondiese a otra secreta voz, como si adivinase los pensamientos del joven.

Y se volvió lentamente y salió de la cámara real.

Gil se acercó al lecho del Rey.

El duque de Monteclaro, colocóse al lado de nuestro amigo, y le dijo a media voz:

—Hasta mañana... Si muere el Rey, mañana se verificará vuestro enlace con mi hija. La Reina acaba de participarme la muerte del vizconde de Rionuevo... Yo le he anunciado vuestras bodas con Elena y las aplaude con todo su corazón. Mañana seréis el primer personaje de la corte si

efectivamente baja hoy al sepulcro Luis I.

—¡Pues no lo dudéis, señor duque! —respondió Gil Gil con acento sepulcral.

—Entonces ¡hasta mañana! —repitió solemnemente Monteclaro.

## XI. Gil vuelve a ser dichoso, y acaba la primera parte de este cuento

Al día siguiente, el 1 de septiembre de 1724, a las nueve de la mañana, se paseaba Gil Gil por una sala del palacio de Rionuevo.

Aquel palacio le pertenecía, puesto que ya era conde y estaba legitimado en virtud del testamento y demás papeles de su padre, que el duque de Montecarlo y el arzobispo de Toledo encontraron en el lugar que dijo la condesa.

Además, la noche antes un mensajero le había entregado de parte de Felipe V, quien al fin se decidía a volver al trono de San Fernando, un título de médico de cámara, el nombramiento de Duque de la Verdad y treinta mil pesos en oro.

En fin: al otro día debía verificarse su matrimonio con Elena de Montecarlo.

Por lo que respecta a la Muerte, Gil Gil la había perdido completamente de vista desde la mañana anterior que salió de palacio llevándose el alma de Luis I.

Sin embargo, nuestro joven recordaba que la implacable deidad le había ofrecido apadrinarlo en su casamiento con Elena, y ved la razón de que se paseara tan pensativo.

—¡He aquí —decía— que ya soy noble, rico y poderoso! ¡Heme aquí dueño de la mujer que idolatro!... Y, sin embargo, no soy feliz. Anoche, al mirar a Elena, y luego en mi última plática con la Muerte, he creído entrever no sé qué pavorosos misterios. ¡Yo necesito romper mis

relaciones con el siniestro numen que me ha protegido!... Será una ingratitud... ¡Que lo sea! ¡Ya tendrá con el tiempo ocasión de vengarse! No... ¡No quiero ver más a la Muerte!... ¡Soy tan feliz!...

El nuevo duque se puso a excogitar la manera de no tener amistad con la Muerte sino en la última hora de su vida.

Es un hecho —continuaba— que yo no me moriré hasta que Dios quiera. ¡La Muerte, por sí y ante sí, no puede hacerme ningún daño, dado que no está en sus facultades acelerar mi fallecimiento ni el de Elena! La cuestión, por tanto, es no verla, no oírla a todas horas. Su voz me espanta, sus revelaciones me desconsuelan, sus discursos me inspiran desprecio a la vida y

a las cosas. ¿Cómo haré yo para que no siga siendo mi pesadilla? ¡Ah, qué idea!... La Muerte no se presenta sino donde tiene algo que matar... ¡Viviendo en el campo..., sin ver gente..., solo con Elena..., mi enemiga me dejaría en paz hasta que, por decreto del Altísimo, fuese directamente a buscarnos a uno de los dos! Y entretanto, para no verla tampoco en Madrid, viviré con los ojos vendados...

Entusiasmado con este último pensamiento nuestro joven radió de alegría como si acabara de salir de una larga enfermedad y se creyese asegurado sobre la tierra hasta la consumación de los siglos.

A la tarde siguiente, a las seis, Gil Gil y Elena de Montecarlo contrajeron matrimonio en una hermosa quinta situada al pie del Guadarrama y perteneciente al nuevo conde y duque.

A las seis y media regresó a Madrid la comitiva, y quedaron solos nuestros desposados en un frondosísimo jardín.

El antiguo Gil Gil no había vuelto a ver a la Muerte.

Y aquí pudiera terminar la presente historia, y, sin embargo, aquí es donde verdaderamente comenzará a ser interesante y clara.

## XII. El sol en el ocaso

*Amaba y era amada; adoraba y era adorada. Siguiendo la ley de la naturaleza,  
las almas de los dos amantes al confundirse la una con la otra,  
hubieran dejado de existir en la embriaguez de la pasión si las almas  
pudieran morir.*

(Lord Byron)

Gil y Elena se amaban, se pertenecían, eran libres, estaban solos.

Los recuerdos de su infancia, los latidos de su corazón, la voluntad de sus padres, la fortuna, el nacimiento, la bendición de Dios, todo los unía, todo los enlazaba.

Los que se vieron con placer desde muy niños; los que se prendaron recíprocamente de su belleza cuando adolescentes; los que habían llorado a unas mismas horas los tormentos de la ausencia, Gil y Elena, Elena y Gil; aquellas dos almas inseparables por predestinación, perdían al fin, en hora tan mística y solemne, su individualidad mísera y solitaria para confundirse en un porvenir inmenso de ventura, como dos ríos nacidos en una misma montaña, y alejados uno de otro en su tortuoso curso, se reúnen y se identifican en la soledad infinita del Océano.

Era por la tarde, pero no parecía la tarde de un solo día, sino la tarde de la existencia del mundo, la tarde de todo el tiempo transcurrido desde la Creación.

El sol declinaba melancólicamente hacia el ocaso. Las esplendorosas luces de Poniente doraban la fachada de la quinta<sup>271</sup>, filtrándose a través de los lujosos y verdes pámpanos de una extensa parra<sup>272</sup>, especie de dosel que cobijaba a los dos nuevos esposos. El aire sosegado y tibio, las últimas flores del año, las aves inmóviles en las ramas de los árboles, toda la naturaleza, en fin, asistía muda y asombrada a la muerte de aquel día, a aquella puesta del sol, como si debiera ser la última que presenciasen los humanos; cual si el astro—rey no hubiera de volver al día siguiente tan generoso y alegre, tan pródigo de vida y juventud como se había presentado tantas mañanas consecutivas durante tantos miles de siglos...

Diríase que en aquel punto el tiempo se había parado; que las horas, rendidas de su continua danza, se habían sentado a descansar sobre la hierba y se contaban las patéticas historias amor y de la muerte,

---

<sup>271</sup> Quinta: casa de recreo en el campo.

<sup>272</sup> Parra: casta de vid originaria de Corinto, cuya uva no tiene granillos y hecha pasa es muy apreciada en el comercio.

como jóvenes pensionistas que, fatigadas de jugar, hacen corro en el jardín de un convento y se refieren las aventuras de su niñez y los delirios de su adolescencia.

Se diría también que en aquel momento terminaba un período de la historia del mundo; que todo lo criado se daba una despedida eterna: el pájaro, a su nido; el céfiro<sup>273</sup>, a las flores; los árboles, a los ríos; el sol, a las montañas; que la íntima unión en que todos habían vivido, prestándose mutuamente color o fragancia, música o movimiento, y confundiendo en una misma palpitación de la existencia universal, se había interrumpido para siempre y que en adelante cada uno de aquellos elementos quedaría sometido a nuevas leyes e influencias.

Se diría, en fin, que en aquella tarde iba a disolverse la asociación misteriosa que constituye la unidad y la armonía de los orbes; asociación que hace imposible la muerte de la más fútil de las cosas creadas; que transforma y resucita continuamente la materia; que de nada prescinde; que todo se lo identifica; que todo lo renueva y embellece.

Más que nada y más que nadie poseídos de esta suprema intuición y de esta alucinación extraña, Gil y Elena, inmóviles también, también silenciosos, cogidos de la mano, atentos a la augusta tragedia de la muerte de aquel día, último de sus desventuras, se miraban con hondo afán y ciega idolatría, sin saber en qué pensaban, olvidados del universo entero, extáticos y suspendidos, como dos retratos, como dos estatuas, como dos cadáveres.

Quizá creían estar solos sobre la tierra; quizá creían haberla abandonado...

Desde que desaparecieron los testigos de su casamiento; desde que expiró el rumor de sus pasos a lo lejos del camino; desde que el mundo los abandonó completamente, nada se habían dicho, ¡nada!, absortos en la delicia de mirarse.

¡Allí estaban, sentados en un banco de césped; rodeados de flores y verdura; con un cielo infinito ante los ojos; libres y solitarios como dos gaviotas paradas en medio de los desiertos del Océano sobre un alga mecida por las olas!

Allí estaban, embebidos<sup>274</sup> en su mutua contemplación; avaros de su misma dicha; con la copa de la felicidad en la mano; sin atreverse a llevar los labios a ella, temerosos de que todo fuera un sueño, o no codiciando mayor ventura por miedo de perder la que ya sentían...

¡Allí estaban, en fin, ignorantes, vírgenes, hermosos, inmortales, como Adán y Eva en el Paraíso antes del pecado!

Elena, la doncella de diecinueve años, se hallaba en toda la plenitud de su peregrina hermosura, o, por mejor decir, se hallaba en aquel fugitivo momento de la juventud de la mujer, en que, poseedora ya de todos sus hechizos, conocedora de su propia naturaleza, colmada de bendiciones del cielo y de promesas de felicidad, puede sentirlo todo y aún no ha sentido nada, es mujer y niña al mismo tiempo... Rosa entreabierta al generoso influjo del sol, que ha desplegado ya todas sus hojas, muestra todos sus

---

<sup>273</sup> Céfiro: viento suave y apacible.

<sup>274</sup> Embebidos: contenidos o encerrados.

encantos y recibe los halagos del céfiro, pero que aún conserva aquella forma, aquel color y aquel perfume que sólo guardan los púdicos pimpollos<sup>275</sup>.

Elena era alta, de formas esbeltas y esculturales, toda bella, artística y seductora. Su redonda cabeza, coronada de cabellos rubios, dorados hacia las sienes y castaños en lo más recio de sus ondas, se adelantaba valientemente sobre un cuello blanco y torneado como el de Juno<sup>276</sup>. Sus ojos azules parecían reflejar lo infinito del pensamiento increado. De aquellos ojos podía decirse que, por mucho que se los miraba, nunca se acababa de verlos. Tenían algo del cielo, además del color y de la pureza.

Y era así: en la mirada de Elena había una luz de eternidad, de espíritu puro, de pasión inmortal, que no pertenecía a la tierra. Su tez, blanca y pálida como el agua al anochecer, ofrecía la transparencia del nácar, pero no reflejaba el rubor de la sangre: sólo alguna delgada vena, de color celeste, interrumpía tan serena y apacible blancura. Dijérase que Elena era de mármol.

Su rostro de ángel tenía, empero, boca de mujer. Aquella boca, bermeja<sup>277</sup> como la flor del granado, húmeda y brillante como la cuna de las perlas, estaba, si puede decirse así, anegada en un vapor tibio y voluptuoso como el suspiro que la mantenía entreabierta. Hubiérase, pues, podido comparar también a Elena a la estatua labrada por Pigmalión<sup>278</sup>, cuando, por primera vez y para besar al artista, movió los hechiceros labios...

Elena, en fin, vestía de blanco, lo cual aumentaba la deslumbradora magnificencia de su hermosura. Sin embargo, era una de esas mujeres que los atavíos nunca logran disfrazar. Acontecía con ella lo que con las nobles Minervas paganas, que dejan adivinar, a través de sus vestiduras, las purísimas formas de la belleza olímpica. La acabada y suprema beldad de la nueva esposa se revelaba también en todo su esplendor, aun bajo la seda y los encajes. Parecía como que su cuerpo radiaba entre los pliegues del vestido blanco, al modo que las náyades y las nereidas iluminan con sus bruñidos<sup>279</sup> miembros el fondo de las olas.

Tal era Elena la tarde de sus bodas con Gil Gil...

Y tal la miraba Gil Gil: ¡tal era suya!

### XIII. Eclipse de luna

*Nunca pusieran fin al triste lloro  
los pastores, ni fueran acabadas  
la canciones que sólo el monte oía,  
si mirando la nubes coloradas,  
el transmontar del sol, bordadas de oro,  
no vieran que era ya pasado el día.*

---

<sup>275</sup> Pimpollos: árboles nuevos.

<sup>276</sup> Juno: aquí alude a la diosa romana protectora de la nación, también considerada como versión romana de la diosa griega del amor y el matrimonio (Jáuregui 2015).

<sup>277</sup> Bermeja: un color rojo o rojizo.

<sup>278</sup> Pigmalión: en la mitología griega Pigmalión era un escultor que se enamoró de una de sus creaciones, Galatea.

<sup>279</sup> Bruñido: sacar lustre o brillo de una cosa.

*La sombra se veía  
venir corriendo apriesa,  
ya por la falda espesa  
del altísimo monte...*  
(Garcilaso de la Vega)

¡Oh! Sí; el joven la miraba... como el ciego mira al sol; que no ve el astro, pero siente el calor en las muertas pupilas.

Después de tantos años de soledad y pena, después de tantas horas de fúnebres visiones, ¡él, EL AMIGO DE LA MUERTE, se contemplaba engolfado<sup>280</sup> en un océano de vida, en un mundo de luz, de esperanza, de felicidad!

¿Qué había de decir, qué había de pensar el desventurado, si todavía no acertaba a creer que existía, que aquella mujer era Elena, que él era su esposo, que ambos habían escapado a las garras de la Muerte?

—¡Habla, Elena mía!... ¡Dímelo todo! —exclamó al cabo Gil Gil, cuando ya se hubo puesto el sol y los pájaros interrumpieron el silencio—. ¡Habla, bien mío!...

Entonces le contó Elena todo lo que había pensado y sentido durante aquellos tres últimos años; su pena cuando dejó de ver a Gil Gil; su desesperación al marchar a Francia; cómo lo divisó, al partir, a la puerta de su palacio; cómo el duque de Monteclaro se había opuesto a este amor, de que le enteró la condesa de Rionuevo; cómo gozó al encontrarlo en el atrio de San Millán hacía tres días; cuánto sufrió al verlo caer herido por la terrible frase de la condesa... ¡Todo..., todo se lo contó...; porque todo había aumentado su cariño, lejos de entibiárselo!

Caía la noche... y, a medida que se espesaban sus tinieblas, se calmaba la secreta angustia que turbaba la dicha de Gil Gil.

«¡Oh! —pensaba el joven atrayendo a Elena sobre su corazón—. La Muerte ha perdido mi rastro, y no sabe dónde me encuentro... ¡No vendrá aquí, no!... ¡Nuestro amor inmortal la ahuyentaría! ¿Qué había de hacer la Muerte a nuestro lado? ¡Ven, ven, noche tenebrosa, y envuélvenos en tu negro velo!... ¡Ven, aunque hayas de durar siempre!... ¡Ven, aunque el día de mañana no amanezca nunca!

—¡Tiemblas..., Gil!... —balbuceó Elena—. ¡Lloras!...

—¡Esposa mía! —murmuró el joven—. ¡Mi bien!... ¡Mi cielo! ¡Lloro de felicidad!

Dijo, y, cogiendo en sus manos la hechicera cabeza de la desposada, fijó en sus ojos una mirada intensa, delirante, loca.

Un hondo y abrasador suspiro, un grito de embriagadora pasión, se confundió entre los labios de Gil y de Elena.

—¡Amor mío! —tartamudearon los dos en el delirio de aquel primer beso, a cuyo regalado son se estremecieron los espíritus invisibles de la soledad.

En esto salió súbitamente la luna, plena, magnífica, esplendorosa.

---

<sup>280</sup> Engolfado: entrar muy adentro del mar.

Su fantástica luz, no esperada, asustó a los dos esposos, que volvieron la cabeza a un mismo tiempo hacia el Oriente, alejándose el uno del otro no sabemos por qué misterioso instinto, pero sin desenlazar sus manos trémulas<sup>281</sup> y crispadas,<sup>282</sup> frías en aquel instante como el alabastro de un sepulcro.

—¡Es la luna! —murmuraron los dos con enronquecido acento.

Tornaron a mirarse extáticamente, y Gil extendió los brazos hacia Elena con un afán indefinible, con tanto amor como desesperación...

Pero Elena estaba pálida como una muerta.

Gil se estremeció.

—Elena..., ¿qué tienes? —dijo.

—¡Oh, Gil!... —respondió la niña—. ¡Estás muy pálido!

En este momento se eclipsó la luna, como si una nube se hubiese interpuesto entre ella y los dos jóvenes...

Pero, ¡ay! ¡No era una nube!...

Era una larga sombra negra, que, vista por Gil Gil desde el césped en que se reclinaba, tocaba en los cielos y en la tierra, enlutando casi todo el horizonte...

Era una colosal figura, que acaso agrandaba su imaginación...

Era un terrible ser, envuelto en larguísima capa oscura, el cual se hallaba de pie, a su lado, inmóvil, silencioso, cubriéndolos con su sombra...

¡Gil Gil adivinó quién era!

Elena no veía al lúgubre personaje... Elena seguía viendo a la luna.

XIV. Al fin... ¡médico!

Gil Gil estaba entre su amor y la Muerte, o sea entre la muerte y la vida.

Sí; porque aquella lúgubre sombra que se había interpuesto entre él y la luna, nublando en el semblante de Elena los resplandores de la pasión, era la divinidad de las tinieblas, la fiel compañía de nuestro héroe desde la triste noche en que el entonces infortunado pensó suicidarse.

—¡Hola, amigo! —le dijo como aquella noche.

—¡Ah, calla!... —murmuró Gil Gil, tapándose el rostro con las manos.

---

<sup>281</sup> Trémula: que tiene un movimiento o agitación semejante al temblor.

<sup>282</sup> Crispada: contracción repentina y pasajera en el tejido muscular.

—¿Qué tienes, amor mío? —preguntó Elena reparando en la angustia de su esposo.

—¡Elena!... ¡Elena!... ¡No te apartes de mí! —exclamó el joven desesperadamente, rodeando con el brazo izquierdo el cuello de la desposada.

—Tengo que hablarte... —añadió la Muerte, cogiendo la mano derecha de Gil Gil y atrayéndolo con dulzura.

—¡Ah! ¡Ven!... ¡Entremos!... —decía la joven, tirando de él hacia la quinta.

—¡No! ¡Ven!... ¡Salgamos!... —murmuraba la Muerte, señalándole la puerta del jardín.

Elena no veía a la Muerte ni la oía.

Este triste privilegio era sólo del duque de la Verdad.

—Gil..., ¡te estoy esperando!... —añadió el siniestro personaje.

El desgraciado se estremeció hasta la médula de los huesos. Copiosas lágrimas cayeron de sus ojos, que Elena enjugó con su mano. Se desprendió luego de los brazos de ésta, y corrió desatentado por el jardín, gritando entre desgarradores sollozos:

—¡Morir, morir ahora!

Elena quiso seguirle; pero, a causa, sin duda, del terror que le causó el estado de su esposo, al dar el primer paso cayó sobre la hierba sin sentido.

—¡Morir, morir! —seguía exclamando el joven con desesperación.

—No temas... —replicó la Muerte, acercándosele con afabilidad—. Por lo demás, es inútil que huyas de mí; la casualidad ha hecho que nos encontremos y no pienso abandonarte así como quiera.

—Pero ¿a qué has venido aquí? —exclamó el joven con acento de furor, enjugándose las lágrimas, como quien renuncia a la suplica, y quizá a la prudencia, y encarándose con la Muerte, no sin cierto aire de desafío—. ¿A qué has venido aquí? ¡Responde!

Y giró en torno la irritada vista como buscando un arma.

Cerca de él había un azadón perteneciente al jardinero; cogiólo con mano convulsiva, lo levantó en el aire como si fuera débil caña (que la desesperación había duplicado su fuerza), y repitió por tercera vez y con más ira que nunca:

—¿A qué has venido aquí?

La Muerte lanzó una carcajada que debiéramos llamar filosófica.

El eco de aquella risa se prolongó por mucho rato, repercutiendo en las cuatro tapias del jardín y remedando con su estridente son el chasquido de los huesos de muerto cuando dan unos contra otros.

—¡Quieres matarme! —exclamó por fin el ser enlutado—. ¿Con que la Vida se atreve con la Muerte? Esto es curioso... ¡Luchemos!

Dijo, y echando atrás su larga capa negra, mostró un brazo armado de otra especie de azadón (que más parecía una hoz o guadaña<sup>283</sup>) y se puso en guardia enfrente de Gil Gil.

Tomó la luna el color amarillento de la cera que alumbraba los templos el Viernes Santo; alzóse un viento tan frío, que hizo gemir de dolor a los árboles cargados de frutos; sintióse el lejano ladrido de muchos perros, o más bien largos aullidos de funeral augurio<sup>284</sup>, y hasta pareció oírse allá, muy alto, en la región de las nubes, el destemplado son de innumerables campanas que tocaban a muerto...

Gil Gil percibió todas estas cosas y cayó de hinojos<sup>285</sup> delante de su antagonista.

—¡Piedad! ¡Perdón! —le dijo con indescriptible angustia.

—Estás perdonado... —respondió la Muerte, ocultando su guadaña.

Y como si todo aquel fúnebre aparato de la Naturaleza hubiera provenido <sup>286</sup> del furor de la negra divinidad, no bien lució una sonrisa en los labios de ésta, calmóse el frío de la atmósfera, callaron las campanas, dejaron de aullar los perros y brilló la luna tan dulcemente como al principio de la noche.

—¡Has pretendido luchar conmigo! —exclamó la Muerte con buen humor—. ¡Al fin, médico! Levántate, infeliz; levántate, y dame la mano. Te he dicho ya que no temas nada por esta noche.

—Pero ¿a qué has venido aquí? —repitió el joven con creciente zozobra—. ¿A qué has venido aquí? ¿Cómo te hallo en mi casa? ¡Tú sólo entras donde tienes que matar a alguien!... ¿A quién buscas?

—Todo te lo diré... Sentémonos un momento... —respondió la Muerte, acariciando las heladas manos de Gil Gil.

—Pero Elena... —murmuró el joven.

—Déjala. En este momento está dormida; yo velo por ella. Con que vamos la cuentas. Gil Gil..., ¡eres un ingrato! ¡Eres como todos! ¡Una vez en la cumbre, das un puntapié a la escalera por donde has subido! ¡Oh! ¡Tu conducta conmigo no tiene perdón de Dios! ¡Cuánto me has hecho padecer en estos últimos días! ¡Cuánto! ¡Cuánto!

—¡Ay!... ¡Yo la adoro! —balbuceó Gil Gil.

—¡Tú la adoras! ¡Eso es!... La habías perdido para siempre; eras un miserable zapatero, y ella se iba a casar con un magnate; me interpongo entre vosotros y te hago rico, noble, afamado; te libero de tu rival; te reconcilio con tu enemiga y me la llevo al otro mundo; te doy, en fin, la mano de Elena, y ¡he aquí que en este momento me vuelves la espalda, te olvidas de mí y te pones una venda en los ojos para no verme!... ¡Insensato! ¡Tan insensato como los demás hombres! ¡Ellos, que deberían estar viéndome siempre con la imaginación, se ponen la venda de las vanidades del mundo y viven sin dedicarme un recuerdo hasta que llego a buscarlos! ¡Mi suerte es bien desgraciada! ¡No guardo memoria de haberme acercado a un mortal sin que se haya asustado y sorprendido como si no me esperase nunca! ¡Hasta los viejos de cien años creen que pueden pasar sin mí! Tú, por tu parte, que tienes el privilegio de verme

---

<sup>283</sup> Guadaña: instrumento para segar a ras de tierra.

<sup>284</sup> Augurio: indicio de algo futuro.

<sup>285</sup> Hinojos: de rodillas.

<sup>286</sup> Provenido: originarse.

con los sentidos físicos, y que no podrías olvidarte de mí así como quiera, te pusiste el otro día ante los ojos un olvido material, una venda de trapo, y hoy te encierras en un jardín solitario y te crees libre de mí para siempre! ¡Imbécil! ¡Ingrato! ¡Mal amigo! ¡HOMBRE..., y esto lo dice todo!

—Y bien... —tartamudeó Gil Gil, a quien la confusión y la vergüenza no habían hecho desistir de su recelosa curiosidad—, ¿a qué vienes a mi casa?

—Vengo a continuar la misión que el Eterno me ha encomendado cerca de ti.

—Pero ¿no vienes a matarnos?

—De ninguna manera.

—¡Ah!... Entonces...

—Sin embargo, ya que logro verte, o, por mejor decir, que tú me veas, necesito tomar ciertas precauciones a fin de que no vuelvas a olvidarme.

—¿Y qué precauciones son éstas? —preguntó Gil temblando mas que nunca.

—Necesito también hacerte ciertas revelaciones importantísimas...

—¡Ah! ¡Vuelve mañana!

—¡Oh!... No. ¡Imposible! Nuestro encuentro de esta noche es providencial.

—¡Amigo mío! —exclamó el pobre joven.

—¡Y tan amigo! —respondió la Muerte—. Porque lo soy necesito que me sigas.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¡A tu casa! ¿Conque vienes a matarme? ¡Ah, cruel! ¡Y ésta es tu amistad! ¡Espantoso sarcasmo! ¡Me haces conocer la ventura y me la arrebatas en seguida!... ¿Por qué no me dejaste morir aquella noche?

—¡Calla, desgraciado! —replicó la Muerte con solemne tristeza—. ¡Dices que conoces la felicidad!... ¡Cómo te engañas! ¡A eso propendo<sup>287</sup> yo! ¡A que la conozcas!

—¡Mi felicidad es Elena! ¡Renuncio a todo lo demás!

—Mañana verás más claro.

—¡Mátame, pues! —gritó Gil, con desesperación.

—Sería inútil.

—¡Mátala a ella entonces! ¡Mátanos a los dos!

—¡Cómo deliras!

---

<sup>287</sup> Propendo: inclinarse o tender a algo.

— ¡Ir a tu casa, Dios mío! Pero ¡déjame siquiera despedirme de mi adorada!... ¡Déjame decirle adiós!...

— Accedo a ello... ¡Despierta, Elena! ¡Ven! ¡Yo te lo mando! Mírala... Allí viene...

— Y bien: ¿qué le digo? ¿A qué hora podré volver esta noche?

— Dile..., que al amanecer os veréis.

— ¡Oh! ¡No!... ¡Yo no quiero estar contigo tantas horas!... ¡Hoy te tengo más miedo que nunca!

— ¡Cuidado conmigo!

— ¡No te enojés! —exclamó el desconsolado esposo—. ¡No te enojés, y di la verdad!... ¿Nos veremos, en efecto, al amanecer Elena y yo?

La Muerte levantó solemnemente la mano derecha y miró al cielo, mientras que su triste voz respondía:

— Te lo juro.

— ¡Oh! Gil... ¿Qué es esto? —exclamó Elena, avanzando por entre los árboles, pálida, gentil y resplandeciente como una personificación mitológica de la luna.

Gil, pálido también como un desenterrado, descompuesto el cabello, torva<sup>288</sup> la mirada, anheloso el corazón, besó en la frente a Elena y dijo con acento sepulcral:

— Hasta mañana. ¡Espérame, vida mía!

— ¡Su vida! —murmuró la Muerte con honda compasión.

Elena levantó al cielo los ojos, bañados en dulces lágrimas; cruzó las manos poseída de misteriosa angustia y repitió con voz que no era de este mundo:

— Hasta mañana.

Y Gil y la Muerte se marcharon, y ella se quedó allí, entre los árboles, de pie, con las manos cruzadas y los brazos caídos, inmóvil, magnífica, intensamente alumbrada por la luna.

Parecía una noble estatua sin pedestal, olvidada en medio del jardín.

## XV. El tiempo al revés

— Mucho tenemos que andar... —dijo la Muerte a nuestro amigo Gil luego que salieron de la quinta. — Voy a pedir mi carro.

E hirió con el pie el suelo.

---

<sup>288</sup> Torva: dicho de la mirada fiera, espantosa, airada.

Un sordo ruido, como el que precede al terremoto, resonó debajo de la tierra. Alzóse luego alrededor de los dos amigos un vapor ceniciento, entre cuya niebla apareció una especie de carro de marfil por el estilo de los que vemos en los bajorrelieves de la antigüedad pagana.

A poco que reparase cualquiera (no lo ocultaremos al lector), habría echado de ver que aquel carro no era de marfil, sino pura y simplemente de huesos humanos, pulidos y enlazados con exquisito primor, pero que no habían perdido su forma natural.

Dio la Muerte la mano a Gil y montaron en el carro, el cual se alzó por el aire como los globos que conocemos hoy, con la única diferencia de que lo dirigía la voluntad de los que iban dentro.

—Aunque tenemos mucho que andar —continuó la Muerte—, ya nos sobra tiempo, pues este carro volará tanto como a mí se me antoje... ¡Tanto como la imaginación! Quiero decir que iremos alternativamente deprisa y despacio, procurando dar una vuelta a toda la Tierra en las tres horas de que podemos disponer. Ahora son las nueve de la noche en Madrid...Caminaremos hacia el Nordeste, y así evitaremos el encontrarnos desde luego con la luz del sol...

Gil permaneció silencioso.

—¡Magnífico! ¡Te empeñas en callar! —prosiguió la Muerte. Pues hablaré yo solo. ¡Verás qué pronto te distraen y te hacen romper el silencio los espectáculos que vas a contemplar! ¡En marcha!

El carro, que oscilaba en el aire sin dirección desde que nuestros viajeros subieron a él, se puso en movimiento casi rozando con la Tierra, pero con una velocidad indescriptible.

Gil vio a sus plantas montes, árboles, ríos, despeñaderos, llanuras...; todo en revuelta confusión.

De vez en cuando alguna hoguera le revelaba el albergue de sencillos pastores; pero más frecuentemente el carro pasaba algo despacio por encima de grandes masas pétreas, hacinadas<sup>289</sup> en formas rectangulares, por entre las que cruzaba alguna sombra precedida de una luz..., y al mismo tiempo se oían tañidos de campanas que doblaban a muerto o daban la hora, lo cual es casi lo mismo, y el canto del sereno que la repetía...

Reíase entonces la Muerte, y el carro volaba otra vez sumamente deprisa.

A medida que avanzaban hacia Oriente la oscuridad era más densa, el reposo de las ciudades más profundo, mayor el silencio de la Naturaleza.

La luna huía hacia el ocaso como una paloma asustada, mientras que las estrellas cambiaban de lugar en el cielo como un ejército en dispersión.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gil Gil.

—En Francia... —respondió la Muerte—. Hemos atravesado ya mucha parte de las dos belicosas naciones que tan encarnizadamente han luchado al principio de este siglo... Hemos visto todo el teatro de la guerra de Sucesión... Vencidos y vencedores duermen en este instante... Mi

aprendiz, el sueño, reina sobre los héroes que no murieron entonces en las batallas, ni después de enfermedad o de viejos... ¡Yo no sé cómo abajo no sois amigos todos los hombres! La identidad de

---

<sup>289</sup> Hacinada: (participio de hacinar) amontonar.

vuestras desgracias y debilidades, la necesidad que tenéis los unos de los otros, la brevedad de vuestra vida, el espectáculo de la grandeza infinita de los orbes y la comparación de éstos con vuestra pequeñez, todo debía uniros fraternalmente, como se unen los pasajeros de un buque amenazado de naufragar. En él no hay amores, ni odios, ni ambiciones; nadie es acreedor ni deudor; nadie grande ni pequeño; nadie feo ni hermoso; nadie feliz ni desgraciado. Un mismo peligro los rodea..., y mi presencia los iguala a todos. Pues bien: ¿qué es la Tierra, vista desde esta altura, sino un buque que se va a pique, una ciudad presa de la peste o del incendio?

—¿Qué luces fatuas son esas que desde que se ocultó la luna veo brillar en algunos puntos del Globo terrestre? —preguntó el joven.

—Son cementerios... Estamos encima de París. Al lado de cada ciudad, de cada villa, de cada aldea viva hay siempre una ciudad, una villa o una aldea muerta, como la sombra está siempre al lado del cuerpo. La geografía es doble, por consiguiente, aunque vosotros jamás habléis sino

de la mitad que os parece más agradable. Con hacer un mapa de todos los cementerios que hay sobre la Tierra, os bastaría para explicar la geografía política de vuestro mundo. Sin embargo, os equivocaríais en la cuantía o número de la población: las ciudades muertas están mucho más

habitadas que las vivas: en éstas hay apenas tres generaciones, y en aquéllas se hallan hacinadas a veces por centenares. En cuanto a esas luces que ves brillar, son fosforescencias de los cadáveres, o, por mejor decir, son los últimos fulgores de mil existencias desvanecidas; son

crepúsculos de amor, de ambición, de ira, de genio, de caridad; son, en fin, las últimas llamaradas de la luz que se extingue, de la individualidad que desaparece, del ser que devuelve sus sustancias a la madre tierra... Son, y ahora es cuando acierto con la verdadera frase, lo que la espuma que forma el río al fenecer en el Océano.

La Muerte hizo una pausa.

Gil Gil sintió al mismo tiempo un estruendo espantoso bajo sus pies, como el trote de mil carros sobre largo puente de madera. Miró hacia la Tierra y no la encontró, sino que vio en su lugar una especie de cielo movable en que se abismaban.

—¿Qué es eso? —preguntó asombrado.

—Es el mar... dijo la Muerte—. Acabamos de cruzar la Alemania y entramos en el mar del Norte.

—¡Ah!... ¡No!... —murmuró Gil, poseído de un terror instintivo—. Llévame hacia otro lado... ¡Quisiera ver el sol!

—Te llevaré a ver el sol aunque retrocedamos para ello. Así verás el curiosísimo espectáculo del tiempo al revés.

Giró al carro en el espacio y empezaron a correr hacia el Sudoeste.

Un momento después volvió a escuchar Gil Gil el ruido de las olas.

—Estamos en el Mediterráneo —dijo la Muerte—. Ahora cruzamos el estrecho de Gibraltar... ¡He aquí el océano Atlántico!

—¡El Atlántico! —murmuró Gil con respeto.

Y ya no vio sino cielo y agua, o, por mejor decir, cielo solamente.

El carro parecía vagar en el vacío, fuera de la atmósfera terrestre.

Las estrellas brillaban en todas partes: bajo sus pies, sobre su cabeza, en derredor suyo..., dondequiera que fijaba la vista.

Así transcurrió otro minuto.

Al cabo de él percibió a lo lejos una línea purpúrea que separaba aquellos dos cielos, inmóvil el uno y flotante el otro.

Esta línea purpúrea se convirtió en roja y luego en anaranjada; después se dilató brillante como el oro, iluminando la inmensidad de los mares.

Las estrellas desaparecieron poco a poco...

Se Diría que iba a amanecer.

Pero entonces volvió a salir la luna...

Sin embargo, apenas brilló un momento, cuando la luz del horizonte eclipsó su claridad...

—Está amaneciendo... —dijo Gil Gil.

—Al contrario... —respondió la Muerte—. Está anocheciendo; sólo que, como caminamos detrás del sol y mucho más deprisa que él, el ocaso va a servirnos de aurora y la aurora de poniente... Aquí tienes las lindas Azores.

En efecto: un gracioso grupo de islas apareció en medio del Océano.

La luz melancólica de la tarde, quebrándose entre nubes y filtrándose por la tiniebla de los ríos, daba al archipiélago un aspecto encantador.

Gil y la Muerte pasaron sobre aquellos oasis de los desiertos marinos sin detenerse un momento.

A los diez minutos salió el sol del seno de las olas, y se levantó un poco en el horizonte.

Pero la Muerte paró el carro, y el sol volvió a ponerse.

Echaron a andar de nuevo, y el sol tornó a salir.

Eran dos crepúsculos en uno.

Todo esto asombró mucho a nuestro héroe.

Anduvieron más y más, engolfándose en el día y en el Océano.

El reloj de Gil señalaba, sin embargo, las nueve y cuarto... de la noche, si así podemos decirlo.

Pocos minutos después la América del Norte surgió en los mares.

Gil vio al paso los afanes de los hombres, que ya labraban los campos, ya se deslizaban en buques por las costas, ya bullían<sup>290</sup> por las calles de las ciudades.

En no sé qué parte distinguió una gran polvareda... Se daba una batalla.

En otro lado le hizo reparar la Muerte en una gran solemnidad religiosa...consagrada a un árbol, ídolo de aquel pueblo...

Más allá le designó a unos jóvenes salvajes, solos en un bosque, que se miraban con amor...Luego desapareció la Tierra otra vez, y penetraron en el mar Pacífico.

En la Isla de los Pájaros era mediodía.

Mil otras islas aparecieron a sus ojos por todos lados.

En cada una de ellas había costumbres, religión, ocupaciones diferentes. ¡Y qué variedad de trajes y de ceremonias!

Así llegaron a la China, donde estaba amaneciendo.

Este amanecer fue un anochecer para nuestros viajeros.

Otras estrellas distintas de las que habían visto con anterioridad decoraron la bóveda celeste.

La luna volvió a brillar hacia Levante, y se ocultó en seguida.

Ellos continuaban volando con más rapidez que gira la Tierra sobre su eje.

Cruzaron, en fin, el Asia, donde era de noche; dejaron a la izquierda las cordilleras del Himalaya, cuyas eternas nieves brillaban a la luz de los luceros; pasaron por las orillas del mar Caspio; viraron <sup>291</sup>un poco hacia la izquierda e hicieron alto en una colina al lado de cierta ciudad, donde era medianoche en aquel momento.

—¿Qué ciudad es ésa? —preguntó Gil Gil.

—Estamos en Jerusalén —dijo la Muerte.

—¿Ya?

—Sí... Poco nos falta para haber dado la vuelta a la Tierra. Me detengo aquí porque oigo las doce de la noche y yo no dejo de arrodillarme nunca a esta hora.

—¿Por qué?

—Para adorar al Creador del Universo.

Y así diciendo, descendió del carro.

—Yo también quiero contemplar la ciudad de Dios y meditar sobre sus ruinas —repuso Gil, arrodillándose al lado de la Muerte y cruzando las manos con fervorosa piedad.

---

<sup>290</sup>Bullían: se movían.

<sup>291</sup>Viraron: cambiaron de rumbo.

Cuando ambos hubieron terminado aquella oración, la Muerte recobró su locuacidad y su alegría, y, entrando otra vez en el carro precedida de Gil Gil, dijo de esta manera:

—Aquella aldea que ves sobre un monte es Getsemaní. En ella estuvo el Huerto de las Olivas. A este otro lado distinguirás una eminencia coronada por un templo que se destaca sobre un campo de estrellas... ¡Es el Gólgota! ¡Ahí pasé el gran día de mi vida!... Creí haber vencido al mismo Dios..., y vencido lo tuve durante muchas horas... Pero, ¡ay!, que también fue en este monte donde, tres días después, me vi desarmada y anulada al amanecer de un domingo... ¡Jesús había resucitado! También presenciaron estos sitios, en la misma ocasión, mis grandes combates personales con la Naturaleza... Aquí fue mi duelo con ella; aquel terrible duelo... (a las tres de la tarde; me acuerdo perfectamente) en que, no bien me vio blandir la lanza de Longinos <sup>292</sup>contra el pecho del Redentor, empezó a tirarme piedras, a desarreglarme los cementerios, a resucitar los muertos... ¡Qué sé yo! ¡Creí que la pobre Natura había perdido el juicio!

La Muerte reflexionó un momento; y, alzando luego la cabeza, con más seriedad en el semblante, añadió:

—¡Es la hora!... Ha pasado la medianoche. Vamos a mi casa y despachemos lo que tenemos que hablar.

—¿Dónde vives? —preguntó tímidamente Gil Gil.

—¡En el Polo Boreal! —respondió la Muerte—.

¡Allí donde nunca ha pisado ni pisará pie humano!... ¡Entre nieves y hielos tan viejos como el mundo!

Dicho esto, la Muerte puso el rumbo hacia el Norte, y el carro voló con más celeridad que nunca.

El Asia Menor, el mar Negro, la Rusia y el Spitzberg desaparecieron bajo sus ruedas como fantásticas visiones.

Iluminóse luego el horizonte de vistosísimas llamas, reflejadas por un paisaje de cristal de roca.

Todo era silencio y blancura sobre la Tierra...

El resto del cielo estaba cárdeno, salpicado de casi imperceptibles astros.

¡La Aurora boreal y el hielo!... He aquí toda la vida de aquella pavorosa región.

—Estamos en el Polo... —dijo— la Muerte—. Hemos llegado

## XVI. La muerte recobra su seriedad

Si Gil Gil no hubiera visto ya tantas cosas extraordinarias durante su viaje aéreo; si el recuerdo de Elena no ocupase completamente su imaginación; si el deseo de saber adónde le llevaba la Muerte no conturbase su contristado espíritu, ocasión muy envidiable era en la que se veía para estudiar y resolver el mayor de los problemas geográficos: la forma y la disposición de los polos de la Tierra.

---

<sup>292</sup> Lanza de Longinos: se refiere al objeto considerado una poderosa reliquia cuyo nombre proviene del centurión romano que atravesó el costado de Cristo en la cruz, Cayo Casio Longinos (Flacó 68-74).

Los límites misteriosos de los continentes y del mar polar, confundidos por eternos hielos; la prominencia o el abismo que, según opuestas opiniones, ha de señalar el paso del eje racional sobre el que gira nuestro globo; el aspecto de la bóveda estrellada, en la cual distinguiría entonces a un mismo tiempo todos los astros que esmaltan los cielos de la América del Norte, de la Europa entera, del Asia, desde Troya hasta el Japón, y de la parte septentrional de los dos Océanos; el ardiente foco de la aurora boreal, y, en fin, tantos otros fenómenos como persigue la ciencia inútilmente hace muchos siglos a costa de mil ilustres navegantes que han perecido en aquellas pavorosas regiones, hubieran sido para nuestro héroe cosas tan claras y manifiestas como la luz del día, y nosotros podríamos hoy comunicarlas a nuestros lectores...

Pero pues Gil no estaba para semejantes observaciones, ni nosotros podemos hacernos cargo de cosa alguna que no tenga relación con nuestro cuento, quédese el género humano en su ignorancia respecto al Polo, y continuemos esta relación.

Por lo demás, con recordar nuestros lectores que a la sazón eran los primeros días de un mes de septiembre, comprenderán que el sol brillaba todavía en aquel cielo, donde no había sido de noche ni un solo instante durante más de cinco meses.

A su pálida y oblicua luz descendieron del carro nuestros dos viajeros, y cogiendo la Muerte la mano de Gil Gil, le dijo con afable cortesía:

—Estás en tu casa: entremos.

Un colosal témpano de hielo se elevaba ante sus ojos.

En medio de aquel témpano, especie de muro de cristal clavado en una nieve tan antigua como el mundo, había cierta prolongada grieta que apenas permitía pasar a un hombre.

—Te enseñaré el camino... —dijo la Muerte pasando delante.

El Duque de la Verdad se paró, no atreviéndose a seguir a su compañero.

Pero ¿qué hacer? ¿Adónde huir por aquel páramo infinito? ¿Qué camino tomar en aquellas blancas e interminables llanuras del hielo?

—¡Gil! ¿No entras? —exclamó la Muerte.

Gil dirigió al pálido sol una última y suprema mirada, y penetró en el hielo.

Una escalera de caracol, tallada en la misma congelada materia, condújole por retorcida espiral hasta un vasto salón cuadrado, sin muebles ni adorno alguno, todo de hielo también, que recordaba las grandes minas de sal de Polonia o las estancias de mármol de los baños de Ispahán y de Medina.

La Muerte se había acurrucado en un rincón, sentándose sobre las piernas como los orientales.

—Ven acá, siéntate a mi lado y hablaremos —le dijo a Gil.

El joven obedeció maquinalmente.

Reinó un silencio tan profundo, que se hubiera oído la respiración de un insecto microscópico si en aquella región pudiese existir ser alguno que no contase con la protección de la Muerte.

Del frío que hacía, cuanto dijéramos sería poco.

Imaginaos una total ausencia de calor: una negación completa de vida; la cesación absoluta de todo movimiento; la muerte como forma del ser, y aún no habréis formado idea exacta de aquel mundo cadáver...; o más que cadáver, puesto que no se corrompía ni se transfiguraba, y no daba, por consiguiente, pasto a los gusanos, ni abono a las plantas, ni elementos a los minerales, ni gases a la atmósfera.

Era el caos sin el embrión del universo; era la nada bajo la apariencia de hielos seculares.

Sin embargo, Gil Gil soportaba aquel frío gracias a la protección de la Muerte.

—Gil Gil... —exclamó ésta con reposado y majestuoso acento—, ha llegado la hora de que brille ante tus ojos la verdad en toda su magnífica desnudez: voy a resumir en pocas palabras la historia de nuestras relaciones y a revelarte el misterio de tu destino.

—Habla... —respondió Gil Gil denodadamente.

—Es indudable, amigo mío —continuó la Muerte—, que quieres vivir; que todos mis esfuerzos, que todas mis reflexiones, que las revelaciones que te hago a cada momento, son ineficaces para apagar en tu corazón el amor a la vida...

—¡El amor a Elena querrás decir! —interrumpió el joven.

—El amor al amor... —replicó la Muerte—. El amor es la vida, la vida es el amor...: no desconozcas esto... Y si no, piensa en una cosa que habrás comprendido perfectamente en tu gloriosa carrera de médico y durante el viaje que acabamos de hacer. ¿Qué es el hombre? ¿Qué significa su existencia? Tú lo has visto dormir de sol a sol y soñar durmiendo. En los intervalos de este sueño, tenía delante de sí doce o catorce horas diarias de vigilia, que no sabía en qué emplear. En una parte, lo has hallado con las armas en la mano matando semejantes suyos; en otra lo has visto cruzar los mares a fin de cambiar de alimentos. Quiénes se afanaban por vestirse de este o de aquel color; quiénes agujereaban la tierra y extraían metales con que adornarse. Aquí ajusticiaban a uno; allí obedecían ciegamente a otro. En un lado, la virtud y el derecho consistían en tal o cuál cosa; en otro lado, consistían en lo adverso. Éstos tenían por verdad lo que aquéllos juzgaban error. La misma belleza te habrá parecido convencional e imaginaria, a medida que hayas pasado por Circasia, por la China, por el Congo o por los esquimales. También te será patente que la ciencia es un experimento torpísimo de los efectos más inmediatos o una conjetura desatinada de las causas más recónditas, y que la gloria es una palabra hueca añadida por la casualidad, nada más que por la casualidad, al nombre de este o de aquel cadáver. Habrás comprendido, en fin, que todo lo que hacen los hombres es un juego de niños para pasar el tiempo; que sus miserias y sus grandezas son relativas; que su civilización, su organización social, sus más serios intereses, carecen de sentido común; que las modas, las costumbres, las jerarquías, son humo, polvo, vanidad de vanidades... Mas ¿qué digo vanidad? ¡Menos aún! ¡Son los juguetes con que entretenéis el ocio de la vida; los delirios de un calenturiento; las alucinaciones de un loco! Niños, andanos, nobles, plebeyos, sabios, ignorantes, hermosos, contrahechos, reyes, esclavos, ricos, mendigos..., todos son iguales para mí: todos son puñados de polvo que deshace mi aliento. ¡Y aún clamarás por la vida! ¡Y aún me dirás que deseas permanecer en el mundo! ¡Y aún amarás esa transitoria apariencia!

—¡Amo a Elena!... —replicó Gil Gil.

—¡Ah! Sí... —continuó la Muerte—. La vida es el amor; la vida es el deseo... Pero el ideal de ese amor y de ese deseo no debe ser tal o cual hermosura de barro... ¡Ilusos, que tomáis siempre lo próximo por lo remoto! La vida es el amor; la vida es el sentimiento; pero lo grande, lo noble, lo revelador de la vida, es la lágrima de tristeza que corre por la faz del recién nacido y del moribundo, la queja melancólica del corazón humano que siente hambre de ser y pena de existir, la dulcísima aspiración a otra vida, o la patética memoria de otro mundo. El disgusto y el malestar, la duda y la zozobra de las grandes almas que no se satisfacen con las vanidades de la Tierra, no son sino un presentimiento de otra patria, de una más alta misión que la ciencia y el poder; de algo, en fin más infinito que las grandezas temporales de los hombres y que los hechizos deleznales<sup>293</sup> de las mujeres. Fijémonos ahora en ti y en tu historia, que no conoces; descendamos al misterio de tu anómala existencia; expliquemos las razones de nuestra amistad. Gil Gil, tú lo has dicho; de cuantas supuestas felicidades ofrece la vida, una sola deseas, y es la posesión de una mujer. ¡Grandes conquistas he hecho en tu espíritu, por consiguiente! Ni poder, ni riquezas, ni honores, ni gloria..., nada sonrío a tu imaginación... Eres, pues, un filósofo consumado, un cristiano perfecto... y a este punto he querido encaminarte... Ahora bien, dime: si esa mujer hubiera muerto, ¿sentirías el morir?

Gil Gil se levantó dando un espantoso grito.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Elena...?

—Cálmate... —continuó la Muerte—. Elena se halla tal como la dejaste...

Hablamos en hipótesis. Así, pues, contéstame.

—¡Antes de matar a Elena, quítame la vida! He aquí mi contestación.

—¡Magnífico! —replicó la Muerte—. Y dime: si supieras tú que Elena estaba en el cielo esperándote, ¿no morirías tranquilo, contento, bendiciendo a Dios y encomendándole tu alma?

—¡Oh! Sí. ¡La muerte sería entonces la resurrección! exclamó Gil Gil.

—De modo... —prosiguió el tremendo personaje— que, con tal de ver a tu lado a Elena, nada te importa lo demás...

—¡Nada!

—Pues bien: ¡sábelo todo! Hoy no es en el mundo católico el día 2 de septiembre de 1724, como acaso te imaginas... Hace muchísimos más años que tú y yo somos amigos...

—¡Cielos! ¿Qué me dices? ¿En qué año estoy?

—El siglo dieciocho ha pasado, y el diecinueve, y el veinte, y algunos más. La Iglesia reza hoy por San Antonio, y es el año de 2316.

—¡Conque estoy muerto!

—Hace muy cerca de seiscientos años.

—¿Y Elena?

---

<sup>293</sup> Deleznable: poco durable.

—Murió cuando tú. Tú moriste la noche en que nos conocimos...

—¿Cómo? ¿Me bebí el aceite vitriolo?

—Hasta la última gota. En cuanto a Elena, murió del sentimiento cuando supo tu desgraciado fin. Hace, pues, seis siglos que los dos os halláis en mi poder.

—¡Imposible! ¡Tú me vuelves loco! —exclamó Gil Gil.

—Yo no vuelvo loco a nadie... —replicó la Muerte—. Escucha, y sabrás todo lo que he hecho en tu favor. Elena y tú moristeis el día que te digo; Elena, destinada a subir a la mansión de los ángeles el día del Juicio final, y tú, merecedor de todas las penas del infierno. Ella, por inocente y pura; tú, por haber vivido olvidado de Dios y alimentando viles ambiciones. Ahora bien: el Juicio final se celebrará mañana, no bien den las tres de la tarde en Roma.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Con que se acaba el mundo! —exclamó Gil Gil.

—¡Ya era tiempo! —replicó el formidable ser—. Al fin voy a descansar...

—¡Se acaba el mundo! —tartamudeó Gil Gil con indecible espanto.

—¡Nada te importe! Tú no tienes ya nada que perder. Escucha. Viendo hoy que se acercaba el Juicio final, yo (que siempre te tuve predilección, como ya te dije la primera vez que hablamos) y Elena, que te amaba en el Cielo tanto como te había amado en la tierra, suplicamos al Eterno que salvase tu alma. «Nada debo hacer por el suicida... —nos respondió el Creador—: os confío su espíritu por una hora; mejoradlo si podéis. «¡Sálvalo!» —me dijo Elena por su parte—. Yo se lo prometí y bajé a buscarte al sepulcro, donde dormías hace seis siglos. Me senté allí, a la cabecera de tu féretro, y te hice soñar con la vida. Nuestro encuentro, tu visita a Felipe V, tus escenas en la corte de Luis I, tu casamiento con Elena, todo lo has soñado en la tumba. ¡En una sola hora has creído pasar tres días de vida, como en un solo instante habías pasado seiscientos años de muerte!

—¡Oh!... No... ¡No ha sido un sueño! —exclamó Gil Gil.

—Comprendo tu extrañeza... —replicó la Muerte—. ¡Te parecía verdad!... ¡Eso te diré lo que es la vida! Los sueños parecen realidades, y las realidades, sueños. Elena y yo hemos triunfado. La ciencia, la experiencia y la filosofía han purificado tu corazón, han ennoblecido tu espíritu, te han hecho ver las grandezas de la tierra en toda su repugnante vanidad, y he aquí que huyendo de la muerte, como lo hacías ayer, no huías sino del mundo, y que, clamando por un amor eterno, como lo haces hoy, clamabas por la inmortalidad. ¡Estás redimido!

—Pero Elena... —murmuró Gil Gil.

—¡Se trata de Dios!... No pienses en Elena. Elena no existe ni ha existido realmente jamás. Elena era la belleza, reflejo de la inmortalidad. Hoy que el Astro de verdad y de justicia recoge sus resplandores, Elena se confunde con Él para siempre. ¡A Él, pues, debes encaminar tus votos!

—¡Ha sido un sueño! —exclamó el joven con indecible angustia.

—Y eso será el mundo dentro de algunas horas: un sueño del Creador.

Diciendo así la Muerte, levantóse, descubrió su cabeza y alzó los ojos al cielo.

—Amanece en Roma... —murmuró—. Empieza el último día. Adiós. Gil...

¡Hasta nunca!

—¡Oh! ¡No me abandones! —exclamó el desgraciado.

—«¡No me abandones», dices a la Muerte. ¡Y ayer huías de mí!

—¡Oh!... ¡No me dejes aquí solo, en esta región de desconsuelo!... ¡Esto es una tumba!...

—¿Qué? —repuso la negra divinidad con ironía—. ¿Tan mal te ha ido en ella seiscientos años?

—¿Cómo? ¿He vivido aquí?

—¡Vivido! Llámalo como quieras. Aquí has dormido todo ese tiempo.

—¿Con que éste es mi sepulcro?

—Sí..., amigo mío..., y, no bien desaparezca yo, te convencerás de ello.

¡Sólo entonces sentirás todo el frío que hace en esta mansión!

—¡Ah!... ¡Moriré instantáneamente! exclamó Gil Gil—. Estoy en el Polo boreal.

—No morirás, porque estás muerto; pero dormirás hasta las tres de la tarde, en que despertarás con todas las generaciones.

—¡Amiga mía!... —gritó Gil Gil con indescriptible amargura—. ¡No me dejes o haz que siga soñando! Yo no quiero dormir... ¡Ese sueño me asusta!... ¡Este sepulcro me ahoga! ¡Vuélveme a aquella quinta del Guadarrama, donde imaginé ver a Elena, y sorpréndame allí la ruina del

universo! Yo creo en Dios, y acato su justicia, y apelo a su misericordia... Pero volvedme a Elena!

—¡Qué inmenso amor! —dijo la deidad—. Él ha triunfado de la vida, y va a triunfar de la muerte! ¡Él menospreció la Tierra y menospreciaría el Cielo! Será como deseas, Gil Gil... Pero no olvides tu alma...

—¡Oh! ¡Gracias..., gracias, amiga mía!... ¡Veo que vas a llevarme al lado de Elena!

—No; no voy a llevarte. Elena duerme en su sepulcro. Yo la haré venir aquí, a que duerma a tu lado las últimas horas de su muerte.

—¡Estaremos un día enterrados juntos! ¡Es demasiado para mi gloria y mi ventura! ¡Vea yo a Elena; óigala decir que me ama; sepa que permanecerá a mi lado eternamente, en la Tierra o el Cielo, y nada me importa la noche del sepulcro!

—¡Ven, pues, Elena; yo lo mando! —dijo la Muerte con cavernoso<sup>294</sup> acento, llamando en la Tierra con el pie.

Elena, tal como quedó, al parecer, en el jardín del Guadarrama, envuelta en sus blancas vestiduras, pero pálida como el alabastro, apareció en medio de la estancia de hielo en que ocurría esta maravillosa escena.

---

<sup>294</sup> Cavernoso: se refiere a la voz grave o áspera.

Gil Gil la recibió arrodillado, inundado de lágrimas el rostro, con las manos cruzadas, fija una mirada de profunda gratitud en el apacible semblante de la Muerte.

—Adiós, amigos míos... exclamó ésta...—. ¡Tu mano, Elena! —balbuceó Gil Gil.

—¡Gil mío! —murmuró la joven, arrodillándose al lado de su esposo.

Y con las manos enlazadas y los ojos levantados al cielo, respondieron al adiós de la Muerte con otro melancólico adiós.

La negra divinidad se retiraba en tanto lentamente.

—¡Hasta nunca! —murmuraba la Amiga del hombre al alejarse.

—¡Mío para siempre! exclamaba Elena estrechando entre las suyas las manos de Gil Gil—. ¡Dios te ha perdonado, y viviremos juntos en el cielo!

—¡Para siempre! —repitió el joven con inefable alegría.

La Muerte desapareció en esto.

Un frío horrible invadió la estancia, e instantáneamente Gil Gil y Elena quedaron helados, petrificados, inmóviles en aquella religiosa actitud, de rodillas, cogidos de las manos, con los ojos alzados al cielo, como dos magníficas estatuas sepulcrales.

## Conclusión

Pocas horas después estalló la Tierra como una granada.

Los astros más próximos a ella atrajeron y se asimilaron los fragmentos de la deshecha mole, no sin que la anexión les originase tremendos cataclismos, como diluvios, desviaciones de sus ejes polares, etc.

La Luna, casi intacta, pasó a ser satélite, no sé si de Venus o de Mercurio.

Entretanto se había verificado el juicio final de la familia de Adán y Eva, no en el valle de Josafat<sup>295</sup>, sino en el cometa llamado de Carlos V, y las almas de los réprobos fueron desterradas a otros planetas, donde hubieron de emprender nueva vida... ¿Qué mayor castigo?

Los que se purifiquen en esta segunda existencia alcanzarán la gloria de volver al seno de Dios el día que desaparezcan aquellos astros...

Los que no se purifiquen aún habrán de emigrar a otros cien mundos, donde peregrinarán del mismo modo que nosotros peregrinamos por el nuestro...

---

<sup>295</sup> Valle de Josafat: según la Biblia, libro del profeta Joel (Jl 3: 1-2 y 12), el valle de Josafat fue el lugar elegido por Yahveh para celebrar, cuando se consumara el juicio final de toda la humanidad.

En cuanto a Gil y Elena, aquella tarde entraron en la Tierra de Promisión<sup>296</sup>, cogidos de la mano, libres para siempre de duelo y penitencia, salvos y redimidos; reconciliados con Dios, partícipes de su bienaventuranza y herederos de su gloria, ni más ni menos que el resto de los justos y de los purificados...

Por lo demás, yo puedo terminar mi cuento del propio modo que terminan las viejas todos los suyos diciendo que fui, vine y no me dieron nada.

Guadix, 1852.

## Preguntas de comprensión

### Capítulo IX

1. ¿Qué nos dice el cuento sobre la edad y apariencia física de la condesa?
2. ¿De qué manera cambia la actitud de Gil hacia la condesa en su lecho de muerte?
3. ¿Cómo se siente nuestro protagonista después de este encuentro con la condesa y por qué?
4. ¿Qué es lo que confiesa y pide la condesa antes de morir?
5. ¿Por qué eran tan importantes los papeles de los que habló la condesa?

### Capítulo X

1. ¿Cuáles señales le indicaron a Gil que Luis I moriría el 31 de agosto?
2. ¿Cuál es la noticia que Gil da a Elena como regalo de bodas?
3. ¿Cómo reaccionan Gil y Elena al verse de nuevo en la cámara real?
4. ¿Qué es todo aquello que le sucederá “mañana” a Gil según la Muerte?

### Capítulo XI

1. Tras haber conseguido todas las cosas que deseaba, ¿por qué se paseaba Gil tan pensativo y poco feliz?
2. ¿Por qué Gil no quería ver más a la Muerte? ¿Qué sentía al verla y cuáles argumentos se daba a sí mismo para no verla más?
3. ¿Qué resolución tomó Gil con relación a su amistad con la Muerte? ¿Cuál es la idea que tiene para que su enemiga lo deje en paz?
4. ¿Qué es lo que sucede la tarde siguiente que pone a nuestro protagonista tan feliz?

### Capítulo XII

1. ¿En qué parte del día sucede el encuentro entre Gil y Elena en este capítulo y cómo es descrito aquel momento? ¿Cómo se describe el paisaje?
2. ¿Qué emociones transmite la descripción de aquella tarde? ¿Qué nos dice acerca del tiempo?
3. ¿De qué forma se comportan Gil y Elena durante esta tarde en la que oficialmente ya son esposos?

---

<sup>296</sup> Promisión: según la Biblia, Dios prometió al pueblo de Israel, tierra muy fértil y abundante.

4. ¿Cómo es Elena físicamente? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo vestía en la tarde de sus bodas con Gil?

### Capítulo XIII

1. ¿Cuál era la reacción de Gil al contemplar a Elena tras haber contraído nupcias con ella?
2. ¿Qué era lo que pensaba Gil con relación a la Muerte mientras abrazaba a Elena?
3. ¿Qué parte del día es cuando los ya esposos se besan por primera vez? ¿Cómo cambia la apariencia de Elena?
4. ¿Qué era aquella nube negra que eclipsó la luna y se interpuso en medio de los recién casados?

### Capítulo XVI

1. ¿Qué sucede en este encuentro de Gil y su amiga Muerte? ¿Cómo reacciona Gil ante la llegada de su amiga?
2. ¿Qué intenta hacer Gil para defenderse o “librarse” de la Muerte? ¿Cómo reacciona ésta ante dicho desafío?
3. ¿Qué es lo que le reclama la muerte a Gil? ¿Por qué compara a Gil con los demás hombres?
4. ¿A qué dice la Muerte que viene y a dónde le pide a Gil que la acompañe?

### Capítulo XV

1. ¿Cuál es el medio de transporte que utiliza la muerte? ¿De qué está realmente hecho y qué necesita para volar?
2. ¿Cuál es el recorrido que la Muerte pretende hacer con Gil en tres horas?
3. ¿Qué son aquellas “luces” que observaba Gil en algunos puntos del globo terrestre mientras volaban?
4. Al pasar por Jerusalén eran las doce de la media noche, ¿Por qué se detuvo la Muerte en este momento? ¿Qué hizo Gil?
5. ¿Por qué es el Gólgota tan importante para la Muerte? ¿Qué le sucedió allí?
6. ¿Dónde vive la Muerte?

### Capítulo XVI

1. ¿Cómo reacciona Gil al llegar a la casa de la Muerte? ¿Cómo era aquel lugar?
2. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Gil y Elena habían muerto? ¿Cómo murieron?
3. ¿Cuáles son los destinos de Elena y Gil después de su muerte? ¿Por qué les corresponden estos destinos?
4. ¿En dónde y a qué hora se celebraría el juicio final? ¿Qué es lo que suplican la Muerte y Elena al eterno? ¿Qué contesta el eterno?
5. ¿En qué consistió todo aquello que había vivido Gil según le explica la muerte? ¿Qué es Elena según la muerte? ¿Qué tiempo había transcurrido realmente?

### Preguntas de análisis

1. En el capítulo XVI la Muerte plantea lo siguiente: “¡Se trata de Dios!... No pienses en Elena. Elena no existe ni ha existido realmente jamás. Elena era la belleza, reflejo de la inmortalidad. Hoy que el Astro de verdad y de justicia recoge sus resplandores, Elena se confunde con Él para siempre.

¡A Él, pues, debes encaminar tus votos!”. ¿Elena existió realmente? ¿A qué crees que se refiere esta cita?

2. ¿Qué podríamos decir sobre el papel de la religión en la historia y cómo influye en las perspectivas de los personajes sobre la vida y la muerte?
3. ¿De qué manera se utiliza la naturaleza y el paisaje para crear un ambiente y una atmósfera en la historia?
4. ¿Por qué crees que la risa de la Muerte en este encuentro con Gil debería considerarse filosófica según la voz narrativa?

#### Temas de investigación propuestos

1. La vida después de la muerte.
2. La religión y la fe.
3. El suicidio y la religión.
4. La amistad/el amor.

#### Bibliografía preliminar

Alarcón, Pedro Antonio de. *El escándalo*. Ediciones Cátedra, 2013.

---. *Novelas cortas de D. Pedro Antonio de Alarcón. Tercera serie: narraciones inverosímiles*. Est. tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1907.

Alarcón, Eduardo Moreno. “‘El amigo de la Muerte’, de Pedro A. de Alarcón (1852). Por Eduardo Moreno [Reseña].” *CosmoVersus*, 19 Mar. 2021. <https://cosmoversus.com/el-amigo-de-la-muerte-de-pedro-a-de-alarcon-1852-por-eduardo-moreno/>

Bottineau, Yves. *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Fundación Universitaria Española, 1986.

Falcó, Laura. "La lanza de longinos." *Revista de historia* 225, 2020, 68-74.

García-Badell Arias, Luis María. “Los primeros pasos de Felipe V en España: los deseos, los recelos y las primeras tensiones”.

<https://produccioncientifica.ucm.es/documentos/5d3999ef29995206844590bc>. Accessed 9 May 2023.

Jáuregui, Manuel Correa. "Mitología, mito y psiquiatría." *Revista del Hospital Psiquiátrico de La Habana* vol, 12, no. 1, 2015.

Payán, Juan Jesús. “Picaresca literaria: estrategias alarconianas de reapropiación En ‘El amigo de la Muerte.’” *Hispanic Review*, vol. 82, no. 3, 2014, pp. 307–29.

Redondo, Ignacio. “El amigo de la Muerte, Pedro Antonio de Alarcón: la fantasía como antídoto del racionalismo.” *Fabulantes*, 17 Feb. 2022, [www.fabulantes.com/2022/01/el-amigo-de-la-muerte-pedro-antonio-de-alarcon/](http://www.fabulantes.com/2022/01/el-amigo-de-la-muerte-pedro-antonio-de-alarcon/).

Prólogo, edición y preguntas de Paula Castro y Ana Ramírez Rosario

# Leopoldo Alas, Clarín

(1852-1901)



<https://www.poemas-del-alma.com/blog/especiales/curiosidades-sobre-leopoldo-alas>

Escribir sobre la vida y obras de Leopoldo García- Alas y Ureña «Clarín» resulta bastante interesante porque son muchas las cualidades que se pueden resaltar, tanto de sus obras como de su vida. Nace en Zamora, España, el 25 de abril de 1852 y muere en Oviedo, el 13 de junio de 1901. A los siete años, comienza sus estudios en el colegio jesuita de San Marco donde se graduaría con los más altos honores recibiendo la “Cinta Azul”. Entre los doce o trece años ingresa en la Universidad de Oviedo y se gradúa como el número uno de su promoción. En plena juventud, se muda a Madrid para continuar sus estudios y obtiene un doctorado en Derechos Civiles, a la edad de 26 años, con calificaciones sobresalientes. Mientras cursaba su doctorado, consigue su primer trabajo como periodista y crítico literario. Sucede que en Madrid entra en contacto con sus amigos de Oviedo y deciden fundar un periódico al que llamaran *El Solfeo*. A sus integrantes se le pone como condición que debían adoptar un seudónimo para poder trabajar en él y es por esta razón que Leopoldo García Alas adopta el sobrenombre de «Clarín». En el verano de 1878, participa en una convocatoria de oposición a cátedra en la Universidad de Salamanca y, como siempre, queda en primer lugar, pero no la obtiene por motivos políticos, ideológicos y resentimientos, en su lugar la ceden al tercer concursante. Su vida matrimoniar fue normal y sin escándalos, se casó con un joven asturiana, Onofre García Argüelles, con quien tuvo un hijo, el cual siguió los pasos de su padre, pero fue fusilado por las tropas de Francisco Franco en 1937. Clarín impartió cátedra en las universidades de Zaragoza y Oviedo, su hijo en la Universidad Central de Madrid y en Oviedo. En cuanto a la vida política Clarín perteneció al Partido

Republicano y cuando este se disuelve pasa a formar parte del Partido Liberal Fusionista, fundado por Práxedes Mateo Sagasta. Según Antonio Ramos-Gascón, « (...) Clarín [creía] en la necesidad de educar al pueblo para reformar políticamente el país, creyendo que lo segundo no sería posible sin lo primero (1987).»

En cuanto al campo literario, Clarín pertenece al movimiento Realista-Naturalista. En una carta dirigida a Benito Pérez Galdós (1843-1920) le comunica que «Los dos únicos novelitas vivos que me gustan en absoluto son usted y Zola (1840-1902, Francia) [precursores del realismo europeo].» Como novelista, *La Regenta* (1884), su obra cumbre, es considerada prototipo de la novela realista española. Su segunda novela la titula *Su Único Hijo*. Como crítico literario, se destaca entre los mejores de su época y de todos los tiempos en España. Como dramaturgo no alcanza a trascender pero escribe muchos y muy buenos artículos periodísticos y cuentos. El cuento, "*Mi Entierro: Discurso de un loco*" el cual trataremos en este proyecto pertenece a la colección de cuentos titulada, *Pipá*. Es un cuento fuera de serie, en el relato vemos como los entresijos de la muerte van de mano con la locura, lo grotesco está unido al humor negro, la obsesión por el ajedrez y la traición juegan un papel crucial en el relato. Es un cuento bastante moderno en todos sus aspectos.

### Preguntas de prelectura

1. ¿Qué sabe sobre el juego del ajedrez, cómo afecta y se puede relacionar con la vida del individuo que lo practica? ¿Cómo se considera o se puede considerar a una persona que le guste jugar ajedrez? ¿Piensas qué es beneficioso o no jugar ajedrez?
2. ¿Qué sabes sobre los cafés y sobre todo los de Madrid de la España del siglo XIX? ¿Cuáles actividades se llevaban a cabo en los cafés y que tipo de personas los visitaban?
3. ¿Qué piensa sobre el título del cuento, «Mi entierro» y sobre todo del subtítulo: «Discurso de un loco»? ¿Con cuáles tipos de situaciones piensas qué te vas a encontrar en el relato? ¿Cuál piensas tu qué será el desenlace del cuento.

## Mi entierro

### Discurso de un loco

Una noche me descuidé más de lo que manda la razón jugando ajedrez<sup>297</sup> con mi amigo Roque Tuyo en el café San Benito. Cuando volví a casa estaban apagado los faroles, menos los guías<sup>298</sup>. Era en primavera, cerca ya de junio. Hacía calor, y refrescaba más el espíritu que el cuerpo el grato murmullo del agua, que corría libre por las bocas de riego, formando ríos en las aceras. Llegué a casa encharcado. Llevaba la cabeza hecha un horno y aquella humedad en los pies podía hacerme mucho daño; podía volverme loco, por ejemplo. Entre el ajedrez y la humedad hacíanme padecer no poco. Por lo pronto los polizontes que, cruzados de brazos, dormían en las esquinas, apoyados en la puerta cochera de alguna casa grande, ya me parecían las *torres negras*. Tanto es así, que al pasar junto a San Ginés uno de los guardias me dejó la acera, y yo en vez de decir gracias, exclamé enroco,<sup>299</sup> y seguí adelante. Al llegar a mi casa vi que el balcón de mi cuarto estaba abierto y por él salía un resplandor como de hachas de cera. Di en la puerta tres golpes de ordenanza. Una voz ronca, de persona medio dormida, preguntó:

—¿Quién?

—¡Rey negro! —constaté, y no me abrieron—. ¡Jaque!<sup>300</sup> —grite tres veces en un minuto, y nada, no me abrieron. Llamé al sereno,<sup>301</sup> que venía abriendo puertas de acera en acera, saliéndose de su casilla a cada paso.

—Chico —le dije cuando le tuve a salto de peón—. ¡Ni que fueras un caballo; vaya modo de comer que tienes!

—El *pollín*<sup>302</sup> será usted y el comedor, y el sinvergüenza... Y poco ruido, que hay un difunto en el tercero, de cuerpo presente.

—¡Alguna víctima de la humedad! —dije lleno de compasión, y con pies como sopa en vino.

—Sí, señor, de la humedad es; dicen si ha muerto de una borrachera; él era muy vicioso, pero pagaba buenas propinas; en fin, la señora se consolará, que es guapetona y

---

<sup>297</sup> *Ajedrez*: juego de mesa se considera educativo, recreativo y deporte mental. Se juega entre dos competidores, cada uno dispone de dieciséis piezas, de un lado las blancas y del otro las negras, (ocho peones, dos torres, dos caballos, dos alfiles, una reina y un rey) que la mueven sobre un tablero con casillas blancas y negras. Es como en la guerra, su objetivo es eliminar al rey, el primero que lo logre es el ganador.

<sup>298</sup> *Faroles de guías*: se encendían, después que se apagaban los faroles regulares que alumbraban las calles, tarde en la noche. En las iglesias y capillas se usan para señalar la dirección donde se encuentra el féretro de los difuntos

<sup>299</sup> *Enroco*: jugada de ajedrez en la cual se protege al rey parcialmente, ya que el caballo es la única pieza que puede eliminarlo debido a su capacidad de saltar.

<sup>300</sup> *Jaque*: jugada de ajedrez donde se amenaza de muerte al rey. La jugada *Jaque Mate* se da cuando el rey queda eliminado.

<sup>301</sup> *Sereno*: humedad que hay en la atmosfera durante la noche. Persona encargada de cuidar durante la noche un lugar: vecindad, comercio, entre otros.

<sup>302</sup> *Pollín*: en asturiano burro, asno o pollino. Forma despectiva: delincuente, torpe, bruto.

fresca todavía, y así podrá ponerse en claro y conforme a la ley, lo que ahora anda a oscuras y contra lo que manda la justicia.

—¿Y tú qué sabes, mala lengua?

—Que no ponga motes,<sup>303</sup> señorito; yo soy el sereno, y hasta aquí callé como un santo, pero muerto el perro... ¡Allá voy! —gritó aquel oso del Pirineo,<sup>304</sup> y con su paso de andadura se fue a abrir otra puerta. Un criado bajó a abrirme. Era Perico, mi fiel Perico.

—¡Cómo has tardado tanto, animal!

—¡Chist! No grite usted, que se ha muerto el amo.

—¿El amo de quién?

—Mi amo.

—¿De qué?

—De un ataque celebrar, creo. Se humedeció los pies después de una partida de ajedrez con el señor Roque... y claro, lo que decía don Clemente a la señora: «No te apures, que el bruto de marido se quita de en medio el mejor día reventando de bestia y por mojarse los pies después de calentarse los cuernos...»

—Los cascos diría, que es como se dice.

—No, señor, cuernos decía.

—Sería por chiste; pero en fin, al grano. Vamos a ver, y si tu amo se ha muerto, ¿Quién soy yo?

—Toma, usted es el viene a amortajarle, dijo don Clemente que le mandaría a estas horas por no dar que decir... Suba usted, suba.

Llegué a mi cuarto. En medio de la alcoba había una cama rodeada de blandones,<sup>305</sup> como en Lucrecia Borgia<sup>306</sup> están los ataúdes de los convidados. El barcón estaba abierto. Sobre la cama, estirado,

---

<sup>303</sup> *Motes*: sobrenombre que se da a una persona; sentencia breve que encierra un sentido oculto o clave.

<sup>304</sup> *Pirineo*: sistema montañoso situado entre España y Francia.

<sup>305</sup> *Blandones*: grandes candelabros donde se colocan las hachas de ceras o velones para celebrar las exequias

<sup>306</sup> Lucrecia *Borgia* (1480-1519) fue hija del poderoso Rodrigo Borgia (1431-1503), el cual se convirtió en el papa Alejandro VI desde 1492 hasta 1503. Víctor Hugo en 1835 escribió un drama titulado *Lucrecia Borgia* donde la describe como una mujer viciosa, despiadada, y maestra en venenos, decía que tenía un anillo con veneno dentro. Famosa por sus lujosos convites y alegaciones de incesto.

Saqué la levita negra, la que estrene en la reunión del Circo Price,<sup>307</sup> cuando Martos dijo aquello de «traidores como Sagasta»<sup>308</sup> y el difunto Mata<sup>309</sup> habló del cubo de las Danaides.<sup>310</sup> ¡No supe nunca qué cubo era ése! Pero en fin, quise empezar a mudarme los calcetines, porque la humedad me molestaba mucho, y además quería ir limpio al cementerio. ¡Imposible! Estaban pegados al pellejo. Aquellos calcetines eran como la túnica de no sé quién, solo en vez de quemar mojaban. Aquella sensación de humedad una vez daba frío y otras calor. A veces se me figuraba sentir los pies en la misma nuca, y las orejas me echaban fuego... En fin, me vestí de duelo, como conviene a un difunto que va al entierro de su mejor amigo. Una de las hachas de cera se torció y empezaron a caer gotas de ardiente líquido en mis narices. Perico, que estaba allí solo, porque el hombre que me había amortajado había desaparecido. Perico dormía a poca distancia sobre una silla. Despertó y vio el estrago que la cera iba haciendo en mi rostro; probó a enderezar el gran cirio sin levantarse, pero no llegaba su brazo al candelero... y bostezando volvió a dormir pacíficamente. Entró el gato, saltó a mi lecho y enrocándose se acostó sobre mis piernas. Así pasamos la noche.

Al amanecer, el frío de los pies se hizo más intenso. Soñé que uno de ellos era el Mississippi y el otro un río muy grande que hay en el norte de Asia y que yo no recordaba cómo se llamaba. ¡Qué tormento padecí por no recordar el nombre de aquel pie mío! Cuando la luz del día vino a mezclarse, entrando por las rendijas, con la luz amarilla de las hachas, despertó Perico; abrió la boca, bostezó en gallego<sup>311</sup> y sacando una bolsa verde de posadero se puso a contar dinero sobre el lecho mortuorio. Un moscón negro se plantó sobre mis narices cubiertas de cera. Perico miraba distraído al moscón mientras hacía cuenta con los dedos, pero no se movió para librarme de aquella molestia. Entró mi mujer en la sala a eso de las siete. Vestida ya de negro, como los cómicos que cuando tiene que pasar algo triste en el tercer acto se ponen antes de luto. Mi mujer traía el rostro pálido, compungido, pero la expresión del dolor parecía en el gesto de mal humor más que otra cosa. Aquellas arrugas y contorsiones de la pena parecían atadas con un cordel invisible. ¡Y así era en efecto! La voluntad, imponiéndose a los músculos, tenía los en tensión forzosa... En presencia de mi mujer sentí una facultad extraordinaria de mi conciencia de difunto; mi pensamiento se comunicaba directamente con el pensamiento ajeno; veía a través del cuerpo lo más recóndito del alma. No había echado de ver esa facultad milagrosa antes

---

<sup>307</sup> *Circo Price*: fue fundado en 1853 en Madrid, en el representaban actividades de circos, óperas, obras teatrales, etc.

<sup>308</sup> *Martos*: Cristiano Martos y Balbi (1830-1893) político y jurista español. *Sagasta*: Práxedes M. Mateo-Sagasta (1825- 1903) ingeniero y político español, fundador del Partido Liberal-Fusionista.

<sup>309</sup> *El difunto Mata*: Pedro Mata y Fontanet (1811-1877) médico, escritor y político español. **13**

<sup>310</sup> Las Danaides es el nombre de las cincuenta hijas del rey Dánao. Según la mitología fueron condenadas a llenar de agua un barril sin fondo por haber matado a sus esposos. La mención de las Danaides en el relato tiene que ver con el tipo de teatro satírico que se representaba en el Circo Price.

<sup>311</sup> Perico, « (...) bostezó en gallego...» El acto de bostezar aparece por dos veces en el relato, el primero es un bostezo regular y el segundo es a lo gallego, ¿cuál es la deferencia entre uno y otro? Es como decir que Mr. John estornudó a la francesa.

porque Perico era mi única compañía, y Perico no tenía pensamiento en que yo pudiera leer cosa alguna.

—Sal —dijo mi esposa al criado; y arrodilláanse a mi pies quedó sola conmigo. Su rostro se serenó de repente; quedaron en él las señales de la vigilia, pero no de las penas. Y rezó mentalmente en esta forma:

«Padre nuestro (¡como tarda el otro!) que estás en los cielos (¿habrá otra vida y me verá este desde allá arriba?), santificado (haré los lutos baratos, porque no quiero gastar mucho en ropa negra) sea el tu nombre; venga a nos el reino (el entierro me va a costar un sentido si los del partido de mi difunto no lo toman como cosa suya), y hágase tu voluntad (lo que es si me caso con el otro, mi voluntad ha de ser primera, y no admito ancas<sup>312</sup> de nadie —ancas, pensó mi mujer, ancas así como suena—) así en la tierra como en el cielo (¿estará ya en el purgatorio este animal?)»

A las ocho llegó otro personaje, Clemente Cerrojos, del comité del partido, del distrito de la Latina, vocal.<sup>313</sup> Cerrojo había sido amigo mío político y privado, aunque no le creía yo tan metido en mis cosas como estaba efectivamente. Antes jugaba al ajedrez, pero conociendo yo que hacía trampas, que mudaba las piezas subrepticamente, rompí con él, en cuanto jugador, y me fui a buscar adversarios más nobles hay café. Clemente se quedaba en mi casa todas las noches haciendo compañía a mi mujer. Estaba vestido con esa etiqueta de los tenderos, que consiste en levita larga y holgada de paño negro liso, reluciente, y pantalón, chaleco y corbata del mismo color. Clemente Cerrojos era bizco del derecho; la niña de aquel ojo brillaba inmóvil casi siempre, sin expresión, como si tuviese allí clavada una manzanilla de esas que cubren los baúles y las puertas. Mi mujer no levanto la cabeza. Cerrojos se sentó sobre el lecho mortuario, haciéndole crujir de arriba abajo. Cinco minutos estuvieron sin hablar palabras. Pero ¡ay! que yo veía el pensamiento de los infames. Mi mujer pensó de pronto en lo horrorosa y criminal que sería abrazar a aquel hombre o dejarse abrazar allí, delante de mi presunto cadáver. Cerrojos pensó lo mismo. Y los dos desearon ardientemente. No era el amor lo que los atraía, sino el placer de gozar impunemente un crimen, delicioso por lo horrendo. «Si él se atreviera, yo no resistiría», pensó ella temblando. «Si ella se insinuara, no quedaría por mí», dijo él para sus adentros. Ella tosió, arregló la falda negra y dejó ver su pie hasta el tobillo. Él la tocó con la rodilla en el hombro. Yo sentí que el fuego del adulterio sacrílego pasaba de uno a otro, a través de la ropa... Clemente inclinábase ya hacia mi viuda... Ella, sin verle, le sentía venir... Yo no podía moverme; pero él creyó que yo me había movido. Me miro a los ojos,

---

<sup>312</sup> *Ancas*: cada una de las dos mitades laterales de la parte trasera de las caballerías y otros animales; caderas de una persona. “No voy a sufrir ancas de nadie.” No sufrir injurias ni chanzas; no ser juguete de nadie.

<sup>313</sup> *Vocal de un partido político*: es un individuo que funge como asesor consultivo designado por la junta directiva o asamblea general de un partido político o institución. Dentro de sus funciones se encuentran llevar la orden del día, levantar las actas y lista de asistencia de las asambleas y reuniones, entre otras asignaciones.

abiertos como ventanas sin madera y retrocedió tres pasos. Después vino a mí y me cerró las ventanas con que le estaba amenazando mi pobre cadáver. Llegó gente.

Bajaron la caja mortuoria hasta el portal y allí me dejaron junto a la puerta, uno de cuyos batientes estaba cerrado. Parte del ataúd, la de los pies, la mojaba fina lluvia que caía; ¡Siempre la humedad! Vi bajar, es decir, sentí por los medios sobrenaturales que disponía, bajar a los señores del duelo. Llenaron el portal, que era grande. Todos vestían de negro, había levitas del tiempo del retraimiento. Estaban allí todo el comité del distrito y muchos soldados rasos del partido, de esos que solo figuran cuando se echa un guante para cualquier calamidad de algún correligionario<sup>314</sup> y se publican las listas de suscripción. Allí estaba mi tabernero, que bien quisiera consagrar una lágrima y un pensamiento melancólico a la memoria del difunto; pero la levita le traía a mal traer; se le enredaba entre las piernas, y en cuanto a la corbata le hacía cosquillas y le sofocaba; por lo cual no pensó en mí ni un solo instante. El duelo se puso en orden; me metieron en el carro fúnebre y la gente fue entrando en los coches. Había dos presidencias, una era la de la familia, que como yo no tenía parientes, la representaban mis amigos, los íntimos de la casa; Clemente Cerrojo presidía a la derecha llevaba a Roque Tuyo, a la izquierda a mi casero, que solía entrar a casa a ver si les maltratábamos la finca. La otra presidencia era política. Iban en medio don Mateo Gómez, hombre íntegro, consecuente, que profesaba este dogma: mis amigos, los de mi partido. Y juraba que Madoz<sup>315</sup> le había robado aquella frase célebre: «Yo seguiré a mi partido hasta en sus errores.» Uno de los títulos de gloria de don Mateo era que no se había muerto ningún correligionario suyo sin que él le acompañase al cementerio. Don Mateo me estimaba, pero valga la verdad, según caminábamos a la que él pensaba llamar en el discurso que le había tocado en suerte, última morada, un color se iba y otro se le venía; se le atravesaba no sabía qué en la garganta, y maldecía, para sus adentro, la hora en yo había nacido y mucho más en la que había muerto. Yo iba penetrando el pensamiento de don Mateo desde mi carro fúnebre, merced a la doble vista de que ya he hablado. El buen patricio, no vale mentir, se había aprendido su discurso de memoria: era sobre poco más o menos y tal como la habían publicado los periódicos, la oración fúnebre de cierto correligionario, mucho más ilustre que yo, pronunciada por un orador célebre de nuestro partido. Pero al buen Gómez se la había olvidado más de la mitad, mucho más, de la arenga prendida con alfileres, y allí eran los apuros. Mientras sus compañeros de presidencia discucurrían con gran tranquilidad de ánimo cerca de las vicisitudes del mercado de granos, a que ambos se consagraban, don Mateo procuraba en vano reedificar la desmoronada construcción del discurso premeditado. Por fin se convenció de que le sería necesario improvisar, porque de la memoria ya no había que esperar nada. «Lo mejor para que se me ocurriera algo, pensó, sería sentir de veras, con todo el corazón, la muerte de Ronzuelos (mi apellido).» Y

---

<sup>314</sup> *Correligionario*: persona que comparte con otras una misma doctrina religiosa o ideología partidaria.

<sup>315</sup> *Madoz* (1806-1870): político y publicista español. Militó desde joven con los liberales, luego pasó a las filas progresistas. Es autor del conocido *Diccionario geográfico, histórico y estadística de España*.

probaba a encenderse, pero en vano; a pesar de su cara compungida, le importaba tres pepinos la muerte de Ronzuelos (don Agapito) es decir, mi muerte.

—Es una pérdida, una verdadera pérdida —dijo algo para que los otros le ayudaran a lamentar mi desaparición del gran libro de los vivos, como dice Pérez Escrich<sup>316</sup> —¡Una gran pérdida! —repitió.

—Sí, pero el grano estaba averiado, y gracias que así y todo se pudo vender —contestó otro de los que precedían.

— ¿Cómo vender? Ronzuelos era incapaz... era integérrimo...<sup>317</sup> eso es, integérrimo.

—Pero ¿quién habla de Ronzuelos, hombre? Hablamos del grano que vendió Pérez Pinto...

—Pues yo hablo del difunto.

—Ah, sí. Era un carácter.

—Justo, un carácter, que es lo que necesitamos en este país sin...

—Sin *carácteres* —añadió el interlocutor acabando la frase con el esdrújulo apuntado.

Don Mateo dudaba si caracteres era esdrújulo o no, pero ya supo desde entonces a qué atenerse.

Llegamos al cementerio. Entonces los del duelo, por la primera vez, se acordaron de mí. En torno del ataúd se colocó el partido a quien don Mateo seguía hasta en sus extravíos. Hubo un silencio que no llamaré solemne porque no lo era. Todos los circunstantes esperaban con maliciosa curiosidad el discurso de Gómez.

—Es un inepto, ahora lo vamos a ver —decían unos.

—No sabe hablar, pero es un hombre enérgico.

—Que es lo que necesitamos —interrumpía alguno.

—Menos palabras y más hechos es lo que necesita el país.

—¡Eso!... Eso... Eso... —dijeron muchos—. Esooo!... —Repitió el eco a lo lejos.

—Señores —exclamó don Mateo, después de toser dos veces y desabrochándose y abrochándose un guante—. Señores, otro campeón ha caído herido como por el rayo (no

---

<sup>316</sup> Pérez Escrich, Enrique (1829-1897): autor de numerosas novelas por entregas, de inspiración evangélicas en su mayoría, que gozaron de mucha popularidad en España a mediados del siglo XIX.

<sup>317</sup> Integérrimo: forma superlativa de íntegro. Que es sumamente íntegro.

sabía que me había matado la humedad) en la lucha del progreso con el oscurantismo.<sup>318</sup> Modelo de ciudadanos, de esposos y de liberales, brilló entre sus virtudes como astro mayor la gran virtud cívica de la consecuencia. Integro como pocos, su corazón era un libro abierto. Modelo de ciudadanos, de esposos y de liberales...

Don Mateo se acordó de repente que esto ya lo había dicho; tembló como un azogado,<sup>319</sup> sintió que la memoria y todo su pensamiento se hundía en un agujero más oscuro que la tumba que iba a tragarme, y en el aquel instante me tuvo envidia; se hubiera cambiado por el difunto. El cementerio empezó a dar vueltas, los mausoleos bailaban y la tierra se hundía. Yo, que estaba de cuerpo presente, a la vista de todos, tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme y conservar la gravedad propia del cadáver en tan fúnebre ceremonia. Volvió a reinar el silencio de las tumbas. Don Mateo buscaba la palabra rebelde, el público callaba, con un silencio que valía por una tormenta de silbidos; sólo se oía el chisporroteo de los cirios y el ruido del aire entre las ramas de los cipreses. Don Mateo, mientras buscaba el hilo, maldecía su suerte, maldecía al muerto, el partido y la manía fea de hablar, que no conduce a nada, porque lo que hace falta son hechos. «¿De qué me ha servido una vida de sacrificios en aras o en alas (nunca había sabido don Mateo si se dice alas o aras hablando de esto) en alas de la libertad, pensaba, si porque soy un Cicerón<sup>320</sup> estoy ahora en ridículo a los ojos de muchos menos consecuentes y menos patriotas que yo?» Por fin pudo coger lo que él llamaba el hilo del discurso y prosiguió:

—¡Ah, señores, Ronzuelos, Agapito Ronzuelos fue un mártir de la idea (de la humedad, señor mío, de la humedad), de la idea santa, de la idea pura, de la idea del progreso, el progreso indefinido! No era un hombre de palabra, quiero decir, no era un orador,<sup>321</sup> porque en este desgraciado país lo que sobran son oradores, lo que hace falta es carácter, hechos y muchas consecuencia —hubo un murmullo de aprobación y don Mateo lo aprovechó para terminar su discurso. Se disolvió el cortejo. Entonces se habló un poco de mí, para criticar la oración fúnebre del presidente efectivo del comité.

—La verdad es —dijo uno encendiendo un fósforo en la tapa de mi ataúd —, lo cierto es que don Mateo no ha dicho más que cuatro lugares comunes.

—Claro, hombre —dijo otro—, lo de cajón; por lo demás, este pobre Ronzuelos era buena persona y nada más. ¡Qué había de tener carácter!

---

<sup>318</sup> Oscurantismo: práctica deliberada de grupos dominantes para evitar que ciertos hechos y conocimientos sean conocidos por la población en general.

<sup>319</sup> Azogue o Mercurio: sustancia química altamente tóxica. Azogado: aturdido.

<sup>320</sup> Marco Tulio Cicerón (106 a.C. – 43 a.C.): político, escritor, filósofo y gran orador romano.

<sup>321</sup> Durante el discurso de las exequias al difunto, don Mateo Gómez en un supuesto intento de defender la memoria del muerto (de una manera que a ningún vivo le gustaría que lo hagan) dice que Agapito Ronzuelos, «No era un hombre de palabra [lo que equivale a un charlatán], quiero decir, no era un orador...».

—Ni consecuencia.

—Lo que era un gran jugador de ajedrez.

—De eso habría mucho que hablar —replico un tercero. —Ganaba porque hacia trampas. Guardaba las piezas en el bolsillo.

¡El que hablaba así era Roque Tuyo, mi rival, el infame que enrocaba después de haber movido al rey!

No pude contenerme.

—¡Mientes! —grite saltando de la caja. Pero no vi a nadie; todos habían desaparecido. Empezaba la noche; la luna asomaba tras la tapias del cementerio. Los cipreses inclinaban sus copas agudas con melancólico vaivén, gemía el aire entre las ramas, como copo antes, cuando se *cortó* don Mateo. Llego un enterrador.

—¿Qué hace usted ahí? —me dijo, un poco asustado.

—Soy el difunto —respondí. —Sí, el difunto, no te espantes. Oye: alquilo ese nicho; te pagaré por vivir en él mejor que si lo ocupara un muerto. No quiero volver a la ciudad de los vivos... Mi mujer, Perico, Clemente, el partido, don Mateo... y sobre todo Roque Tuyo, me dan asco.

El enterrador dijo a todo amén. Quedamos en que el cementerio sería mi posada, aquel nicho mi alcoba. Pero ¡ay! el enterrador era hombre también. Me vendió. Al día siguiente vinieron a buscarme Clemente, Perico, mi mujer y una comisión del seno de partido, con don Mateo a la cabeza o a los pies. Resistí cuanto pude, defendiéndome con un fémur; pero venció el número; me cogieron, me vistieron con un traje de peón blanco, me pusieron en un casilla negra, y aquí estoy, sin que nadie me mueva, amenazado por un caballo que no acaba de comerme y no hace más que darme coces en la cabeza. Y los pies encharcados, como si fuera arroz.

Zaragoza, 1882.

## Preguntas de comprensión

1. ¿Qué tipo de narrador es el narra la historia? ¿En qué lugar y a qué hora comienza el relato? ¿Qué estaba haciendo el protagonista en ese lugar y qué le sucede? ¿Cuál era la manía u obsesión que tenía el protagonista?
2. De regreso a casa, ¿con qué tiempo atmosférico se encuentra el protagonista? ¿De qué se queja el protagonista? ¿Con quién se encuentra el protagonista en su trayectoria; con qué los confunde y qué le dice? ¿Cuándo llega frente al edificio donde vive, ¿qué ve el protagonista que sale por el barcón del tercer piso y quien vive en ese departamento?
3. Cuándo el protagonista toca a la puerta, ¿qué responde el protagonista y qué sucede? El protagonista le pide al sereno que le abra la puerta, ¿por qué se ofende el sereno? ¿Quién le abre la puerta al protagonista y qué le informa? Cuándo el protagonista sube a su alcoba, ¿con qué se encuentra y qué hace? ¿Qué sucedió con el hombre que vistió al difunto? ¿Qué le sucedió en la cara al protagonista y cuales animales aparecen en el relato?
4. ¿A qué hora entra la mujer del protagonista a la habitación del difunto y cómo iba vestida? ¿Qué le ordena a Perico; qué hace luego y quien viene a acompañarla? ¿Qué tipo de habilidad descubre el protagonista que posee? El protagonista describe a Clemente Cerrojos, ¿cómo iba vestido, te parece un personaje grotesco, por qué?
5. Cuándo bajan el ataúd, ¿dónde lo colocan, cuál es tiempo atmosférico y de qué se queja el protagonista? ¿Durante los funerales de qué iban hablando los concurrentes; quién da el discurso de las exequias al difunto; qué posición tiene en el partido y qué le sucede?
6. ¿Cuál era el nombre del protagonista? Después del sepelio, ¿con quién conversa el protagonista, qué le propone y qué hace éste? ¿Quiénes vinieron a buscar al protagonista y qué sucedió entre ellos? ¿A dónde llevan al protagonista y cómo termina el cuento?

## Preguntas de análisis

1. ¿Cómo internaliza el protagonista su manía y qué consecuencias piensa que le puede acarrear? ¿Piensas que el ajedrez puede ser usado como claves para comunicarse secretamente entre los miembros de un partido político? ¿Con cuántos personajes juega el protagonista?
2. ¿Qué es un leitmotiv? ¿Cuál es el leitmotiv que aparece en el cuento y qué consecuencia produce en el protagonista? ¿Aparte del protagonista qué otros personajes hacen referencias sobre el *leitmotiv* y por qué piensa que el autor del cuento elige este *leitmotiv*?
3. Al protagonista se le desarrolla una habilidad, ¿Cuál esa habilidad, por qué no tiene efecto en su criado Perico y en los demás personajes si, qué descubre el protagonista por vía de ésta facultad? ¿Qué tipo de sentimientos sienten la mujer del protagonista y sus amigos hacia él? ¿De cuántas formas Clemente Cerrojos le hace trampas al protagonista? ¿Cuál es la ventaja que posee el protagonista sobre los demás personajes y cuál es la incapacidad que muestra ante su propia situación existencial?

4. Dentro de la realidad del relato, ¿en cuántas realidades o dimensiones coexiste el protagonista? ¿En qué estado mental piensas que se encuentra el protagonista?
5. ¿Piensas que el protagonista está muerto? Si es así, ¿de qué y cómo murió? ¿Piensas que el protagonista está vivo? Si es así, ¿dónde se encuentra y desde qué lugar cuenta la historia? ¿Piensas que el cuento es verosímil y bajo qué género lo calificaría?

### Preguntas de opinión

1. Luego de leer y analizar el cuento nos damos cuenta que el protagonista desarrolla la facultad de escuchar los pensamientos de los demás personajes. Por vía de ésta se dio cuenta que su mujer y todos sus amigos los traicionaban. Ahora bien, tomando todo esto en cuenta: ¿Qué tipo de sentimiento te provocó la situación del protagonista? Si a ti se te presentara la oportunidad de poseer esta habilidad y te da cuenta de que te están traicionando ¿Qué harías en ese caso?
2. Sabiendo la manía del protagonista con el ajedrez y las consecuencias que le produjo ¿cuál es tu opinión sobre el ajedrez? Si tú sabes jugar ajedrez y luego de haber visto lo que le sucedió al protagonista, ¿piensas seguir jugando ajedrez? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Si no sabes jugar, estaría dispuesto a aprender?
3. Tomando en cuenta la manera en la que los del partido se comportaron durante los funerales del protagonista ¿Cuál es tu opinión sobre los líderes políticos y los partidos políticos del pasado y del presente?
4. ¿Qué opinas sobre aquello de que la mujer del protagonista no tiene nombre? ¿Te molesta o no te importa ese detalle?
5. ¿Piensa que en el cuento hay situaciones de comicidad? Si es así ¿cuál es tu opinión sobre la comicidad en el cuento y qué parte del cuento te parecieron lúdicas? ¿Cuáles episodios del cuento te parecieron grotescos u obscenos? ¿Qué piensas sobre el humor negro?
6. ¿Se te hizo difícil entender el cuento; piensas que es una obra erudita; te parece que la historia es verosímil? Por último, ¿te gustó el cuento; qué te gustó; qué no te gustó y qué le cambiaría?

## Temas de Investigación

1. A finales del siglo XIX (con la creación de la primera república española) y a mediados del siglo XX la vida política y partidaria en España experimentó mucha inestabilidad. Durante esta época surgieron nuevos partidos políticos, se reformaron y se fusionaron otros y algunos desaparecieron. Indiscutiblemente uno de los temas centrales del cuento tiene que ver con las actividades políticas partidarias. En el cuento vemos como el autor introduce el tema de la traición entre los miembros de los partidos políticos, el protagonista insinúa que fue traicionado por todos, los de su partido e incluso por su propia mujer y su criado. En este sentido, estudiar la traición entre los miembros de los partidos políticos españoles de esa época y cuáles fueron las consecuencias que dejó en el pueblo español, resulta interesante.
2. Sin lugar a duda, el tema de la locura aparece en el cuento en este caso sería interesante realizar un estudio sobre para explicar la forma que el autor lo presenta en el relato y averiguar cuáles métodos se empleaban en los manicomios europeos (en especial en España durante el siglo XIX) y qué consecuencias producían entre los enfermos mentales de la época. Por ejemplo, si los pacientes mostraban mejoría o empeoraba sus condiciones.
3. Evidentemente, Leopoldo Alas, «Clarín» es un autor que pertenece a los movimientos literarios del Realismo y Naturalismo. Pero resulta que algunas de sus obras, por ejemplo, el cuento o novela corta *Pipá* y el cuento *Mi Entierro: Discurso de un Loco*, aunque poseen elementos realistas y naturalistas, también entran en el realismo fantástico. Dicho esto, resultaría interesante estudiar cómo el autor entrelaza el realismo, el naturalismo, lo fantástico, lo grotesco y el humor negro en estas obras.

## Bibliografía

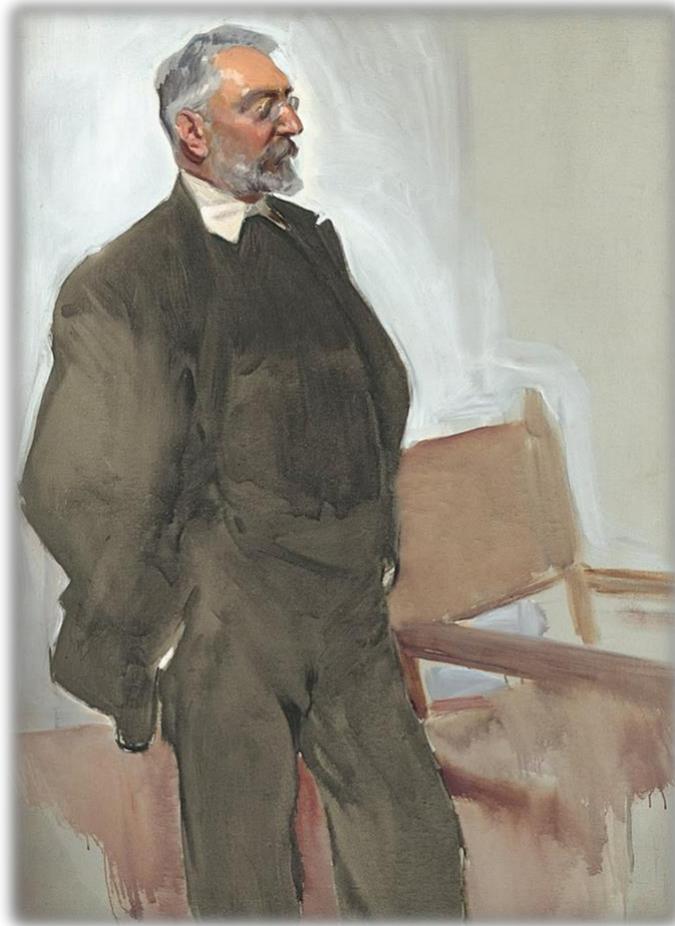
- Alas, Leopoldo «Clarín». *Pipá, Mi Entierro: Relato de un Loco*. Madrid, Fernando Fe, 1886. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011.  
<https://www.cervantesvirtual.com/obra/mi-entierro-discurso-de-un-loco/>
- Baldrich, Mireia. “Leopoldo Alas: el «Clarín» cuentista”. *Donaires del Parnaso. Cuaderno de Literatura*, 2019.
- Viñuales, Pedro Pablo. “Mi Entierro” de Clarín: un cuento raro”. *Anales de Literatura Española*, no. 8, 1992, pp, 196-206. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.  
[https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mi-entierro-de-clarin-un-cuento-raro-0/html/01a35aea-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html#i\\_0](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mi-entierro-de-clarin-un-cuento-raro-0/html/01a35aea-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#i_0)

Prólogo, edición y preguntas de Alfonso del Orbe

Transición al siglo XX

# Miguel Unamuno y Jugo

(1864-1936)



File: Joaquín Sorolla - Portrait of Unamuno - Google Art Project.jpg

Dominio público. Creado el: 1 de enero de 1912

[Joaquín Sorolla - RQHkczfZ2byV-w en el Instituto Cultural de Google](#) resolución máxima

Miguel de Unamuno y Jugo (septiembre de 1864, Bilbao / diciembre de 1936, Salamanca) Hijo de Félix de Unamuno y Salomé de Jugo. Su padre fue un comerciante relevante que logró acrecentar su patrimonio en México. El autor creció dentro de una familia numerosa y fue el tercero de seis hermanos. Desafortunadamente, desde temprana edad tuvo que lidiar con la muerte de su padre.

Unamuno fue un ensayista, novelista, catedrático, dramaturgo, poeta, filósofo, escritor y político español que se destacó dentro de la generación del 98. Cabe destacar que Unamuno consiguió tanta relevancia entre sus colegas contemporáneos que fue designado rector de la prestigiosa Universidad de Salamanca durante tres periodos, entre 1900 y 1936, cuando fue destituido por orden del régimen de Franco. Además, el autor fue diputado por Salamanca en las cortes constituyentes de la Segunda República entre los años 1931 a 1933.

El cuento “El que se enterró” fue publicado en el periódico bonaerense *La Nación* el 1 de enero del 1908. A ciencia cierta no sabemos cuáles son los detalles de la vida del autor que están plasmados en esta obra, pero si es sabido que existe mucha correlación entre su trabajo literario, su vida personal y sus cuestionamientos sobre sus propias crisis espirituales. Podemos ver que estos temas son tratados en obras tales como son: 1898 - *La esfinge*, 1899 - *La venda*, 1910 - *Fedra*, 1932 - *El otro*, etc.

Unamuno es considerado como uno de los autores más relevantes e influyentes de su época. Dirigido por un criterio bastante marcado en orientación al tema de la identidad, la búsqueda en base a los problemas de la identidad y los enigmas que dan lugar a la carencia de pensamiento racional. Es decir, en los temas que trabaja de manera continua en sus obras se enfoca mucho en la explicación ilógica y poco fundamentada a fenómenos sobrenaturales que tiene el ser humano. Unamuno menciona en esta obra que el ser humano siempre presenta una posición escéptica racionalista ante los fenómenos sobrenaturales con orientación religiosa porque dentro del criterio racional no hay argumentos para definirlos o esclarecerlos. Como menciona claramente la ideología de la transmigración del cuerpo e intercambio de las almas.

Puede observarse que dentro de la estructura de su obra “El que se enterró” el autor presenta un esquema de debate dialógico en el que contrapone sin solución la experiencia sobrenatural del protagonista (donde hay acontecimientos sobrenaturales que no pueden ser explicados de una manera coherente para su comprensión lógica) y la percepción escéptica del amigo racionalista (donde todos los acontecimientos ocurridos tienen una explicación coherente y lógica).

### Preguntas de prelectura

1. ¿Qué es lo primero que piensas al leer el título? ¿Qué imágenes hacen alusión con este el título? ¿Qué temas podrían relacionarse con el título? ¿Consideras que el texto hablara de muerte o de algún tema trágico?
2. ¿Cuál es tu conocimiento sobre la ideología del existencialismo?
3. ¿Qué conoces sobre la generación del 98?
4. ¿Por qué crees que la pérdida de las últimas colonias en España despertó un renovado interés por el sentido de la vida y la muerte?).

## El que se enterró

Era extraordinario el cambio de carácter que sufrió mi amigo. El joven oficial, dicharachero<sup>322</sup> descuidado habíase convertido en un hombre triston, taciturno y escrupuloso. Sus momentos de abstracción<sup>323</sup> eran frecuentes y durante ellos parecía como si su espíritu viajase por caminos de otro mundo. Uno de nuestros amigos, lector y descifrador asiduo<sup>324</sup> de Browning,<sup>325</sup> recordando la extraña composición<sup>326</sup> en que éste nos habla de la vida de Lázaro después de resucitado, solía decir que el pobre Emilio había visitado la muerte. Y cuantas inquisiciones<sup>327</sup> emprendimos para averiguar la causa de aquel misterioso cambio de carácter fueron inquisiciones<sup>328</sup> infructuosas.<sup>329</sup>

Pero tanto y tanto le apreté<sup>330</sup> y con tal insistencia cada vez, que por fin un día, dejando transparentar<sup>331</sup> el esfuerzo que cuesta una resolución<sup>332</sup> costosa y muy combatida, me dijo de pronto: «Bueno vas a saber lo que me ha pasado, pero te exijo, por lo que te sea más santo,<sup>333</sup> que no se lo cuentes a nadie mientras yo no vuelva a morirme». Se lo prometí con toda solemnidad y me llevó a su cuarto de estudio donde nos encerramos.

Desde antes de su cambio no había yo entrado en aquel su cuarto de estudio. No se había modificado nada, pero ahora me pareció más en consonancia<sup>334</sup> con su dueño. Pensé por un momento que era su estancia<sup>335</sup> más habitual y favorita la que le había cambiado de modo tan sorprendente. Su antiguo asiento, aquel ancho sillón frailer, de vaqueta, con sus grandes brazos, me pareció adquirir nuevo sentido. Estaba examinándolo cuando Emilio, luego de haber cerrado cuidadosamente la puerta, me dijo, señalándome:

—Ahí sucedió la cosa.<sup>336</sup> Le miré sin comprenderle.

Me hizo sentar frente a él, en una silla que estaba al otro lado de su mesita de trabajo, se arrellanó<sup>337</sup> en su sillón y empezó a temblar. Yo no sabía qué hacer.

---

<sup>322</sup> Bromista, parlanchín.

<sup>323</sup> Idealización, conceptualización.

<sup>324</sup> Habitual, frecuente.

<sup>325</sup> Robert Browning, dentro de los poetas ingleses es uno de los más reconocidos de la época victoriana. Se caracterizó por su manejo del monólogo dramático y el retrato psicológico.

<sup>326</sup> Narración.

<sup>327</sup> Indagación, pesquisa, análisis, averiguación, examen, investigación.

<sup>328</sup> Averiguaciones.

<sup>329</sup> Ineficaz.

<sup>330</sup> Insistí.

<sup>331</sup> Entrever.

<sup>332</sup> Decisión.

<sup>333</sup> Preciado.

<sup>334</sup> Semejanza.

<sup>335</sup> Habitación.

<sup>336</sup> Acontecimiento.

<sup>337</sup> Acomodó.

Dos o tres veces intentó empezar a hablar y otras tantas tuvo que dejarlo. Estuve a punto de rogarle que dejase su confesión, pero la curiosidad pudo en mí más que la piedad,<sup>338</sup> y es sabido que la curiosidad es una de las cosas que más hacen al hombre cruel. Se quedó un momento con la cabeza entre las manos y la vista baja; se sacudió luego como quien adopta una súbita<sup>339</sup> resolución, me miró fijamente y con unos ojos que no le conocía antes, y empezó:

—Bueno; tú no vas a creerme ni palabra de lo que te voy a contar, pero eso no importa. Contándotelo me libertaré de un grave peso, y me basta.

No recuerdo qué le contesté, y prosiguió:

—Hace cosa de año y medio, meses antes del misterio, caí enfermo de terror. La enfermedad no se me conocía en nada ni tenía manifestación externa alguna,<sup>340</sup> pero me hacía sufrir horriblemente. Todo me infundía miedo, y parecía envolverme una atmósfera de espanto. Presentía peligros vagos. Sentía a todas horas la presencia invisible de la muerte, pero de la verdadera muerte, es decir, del anonadamiento.<sup>341</sup> Despierto, ansiaba porque llegase la hora de acostarme a dormir, y una vez en la cama me sobrecogía la congoja<sup>342</sup> de que el sueño se adueñara de mí para siempre. Era una vida insoportable, terriblemente insoportable. Y no me sentía ni siquiera con resolución para suicidarme, lo cual pensaba yo entonces que sería un remedio. Llegué a temer por mi razón...

—¿Y cómo no consultaste con un especialista? —le dije por decirle algo.

—Tenía miedo, como lo tenía de todo. Y este miedo fue creciendo de tal modo, que llegué a pasarme los días enteros en este cuarto y en este sillón mismo en que ahora estoy sentado, con la puerta cerrada, y volviendo a cada momento la vista atrás. Estaba seguro de que aquello no podía prolongarse y de que se acercaba la catástrofe o lo que fuese. Y en efecto llegó.

Aquí se detuvo un momento y pareció vacilar.

—No te sorprenda el que vacile —prosiguió-, porque lo que vas a oír no me lo he dicho todavía ni a mí mismo. El miedo era ya una cosa que me oprimía por todas partes, que me ponía un dogal<sup>343</sup> al cuello y amenazaba hacerme estallar el corazón y la cabeza. Llegó un día, el 7 de septiembre, en que me desperté en el paroxismo<sup>344</sup> del terror; sentía acorchados cuerpo y espíritu. Me preparé a morir de miedo. Me encerré como todos los

---

<sup>338</sup> Clemencia.

<sup>339</sup> Repentina.

<sup>340</sup> Síntomas.

<sup>341</sup> Decaimiento.

<sup>342</sup> Angustia.

<sup>343</sup> Cuerda.

<sup>344</sup> Frenesí.

días aquí, me senté donde ahora estoy sentado, y empecé a invocar a la muerte. Y es natural, llegó.

—Advirtiéndome la mirada, añadió tristemente:

—Sí, ya sé lo que piensas, pero no me importa. Y prosiguió:

—A la hora de estar aquí sentado, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en un punto vago más allá de la superficie de esta mesa, sentí que se abría la puerta y que entraba cautelosamente<sup>345</sup> un hombre. No quise levantar la mirada. Oía los golpes del corazón y apenas podía respirar. El hombre se detuvo y se quedó ahí, detrás de esa silla que ocupas, de pie, y sin duda mirándome. Cuando pasó un breve rato me decidí a levantar los ojos y mirarlo. Lo que entonces pasó por mí fue indecible; no hay para expresarlo palabra alguna en el lenguaje de los hombres que no se mueren sino una sola vez. El que estaba ahí, de pie, delante mío, era yo, yo mismo, por lo menos en imagen. Figúrate que estando delante de un espejo, la imagen que de ti se refleja en el cristal se desprende de éste, toma cuerpo y se te viene encima...

—Sí, una alucinación... —murmuró.

—De eso ya hablaremos —dijo, y siguió-: Pero la imagen del espejo ocupa la postura<sup>346</sup> que ocupas y sigue tus movimientos, mientras que aquel mi yo de fuera estaba de pie, y yo, el yo de dentro de mí, estaba sentado. Por fin el otro se sentó también, se sentó donde tú estás sentado ahora, puso los codos sobre la mesa como tú los tienes, se cogió la cabeza, como tú la tienes, y se quedó mirándome como me estás ahora mirando.

Temblé sin poder remediarlo al oírle esto, y él, tristemente, me dijo:

—No, no tengas también tú miedo; soy pacífico —y siguió-: Así estuvimos un momento, mirándonos a los ojos el otro y yo, es decir, así estuve un rato mirándome a los ojos. El terror se había transformado en otra cosa muy extraña y que no soy capaz de definirte; era el colmo de la desesperación resignada.<sup>347</sup> Al poco rato sentí que el suelo se me iba de debajo de los pies, que el sillón se me desvanecía, que el aire iba enrareciéndose, las cosas todas que tenía a la vista, incluso mi otro yo, se iban esfumando,<sup>348</sup> y al oír al otro murmurar muy bajito y con los labios cerrados: ¡Emilio!, sentí la muerte. Y me morí.

Yo no sabía qué hacer al oírle esto. Me dieron tentaciones de huir, pero la curiosidad venció en mí al miedo. Y él continuó:

—Cuando al poco rato volví en mí, es decir, cuando al poco rato volví al otro, o sea resucité, me encontré sentado ahí, donde tú te encuentras ahora sentado y donde el otro

---

<sup>345</sup> Con cuidado.

<sup>346</sup> Lugar.

<sup>347</sup> Paciente.

<sup>348</sup> Desapareciendo.

se había sentado antes, de codos en la mesa y cabeza entre las palmas<sup>349</sup> contemplándome<sup>350</sup> a mí mismo, que estaba donde ahora estoy. Mi conciencia, mi espíritu, había pasado del uno al otro, del cuerpo primitivo a su exacta reproducción. Y me vi, o vi mi anterior cuerpo, lívido<sup>351</sup> y rígido, es decir, muerto. Había asistido a mi propia muerte. Y se me había limpiado el alma de aquel extraño terror. Me encontraba triste, muy triste, abismáticamente<sup>352</sup> triste, pero sereno y sin temor a nada. Comprendí que tenía que hacer algo; no podía quedar así y aquí el cadáver de mi pasado. Con toda tranquilidad reflexioné lo que me convenía hacer. Me levanté de esa silla, y tomándome el pulso, quiero decir, tomando el pulso al otro, me convencí de que ya no vivía. Salí del cuarto dejándolo aquí encerrado, bajé a la huerta, y con un pretexto<sup>353</sup> me puse a abrir una gran zanja. Ya sabes que siempre me ha gustado hacer ejercicio en la huerta. Despaché a los criados y esperé la noche. Y cuando la noche llegó cargué a mi cadáver a cuestras y lo enterré en la zanja. El pobre perro me miraba con ojos de terror, pero de terror humano; era, pues, su mirada una mirada humana. Le acaricié diciéndole: no comprendemos nada de lo que pasa, amigo, y en el fondo no es esto más misterioso que cualquier otra cosa...

—Me parece una reflexión demasiado filosófica para ser dirigida a un perro —le dije.

—¿Y por qué? —replicó-. ¿O es que crees que la filosofía humana es más profunda que la perruna?

—Lo que creo es que no te entendería.

—Ni tú tampoco, y eso que no eres perro.

—Hombre, sí, yo te entiendo.

—¡Claro, y me crees loco!...

Y como yo callara, añadió:

—Te agradezco ese silencio. Nada odio más que la hipocresía. Y en cuanto a eso de las alucinaciones, he de decirte que todo cuanto percibimos no es otra cosa, y que no son sino alucinaciones nuestras impresiones todas. La diferencia es de orden práctico. Si vas por un desierto consumiéndote de sed y de pronto oyes el murmurar del agua de una fuente y ves el agua, todo esto no pasa de alucinación.<sup>354</sup> Pero si arrimas<sup>355</sup> a ella tu boca y bebes y la sed se te apaga, llamas a esta alucinación una impresión verdadera, de realidad. Lo cual

---

<sup>349</sup> Manos.

<sup>350</sup> Mirándome.

<sup>351</sup> Pálido, demacrado, cadavérico, descolorido, marchito, exangüe.

<sup>352</sup> Profundamente.

<sup>353</sup> Excusa, disculpa, justificación, evasiva, simulación, motivo, salida.

<sup>354</sup> Visiones, alucinamiento, ceguedad, deslumbramiento, visión, ilusión, ofuscación.

<sup>355</sup> Aproximas.

quiere decir que el valor de nuestras percepciones se estima por su efecto práctico. Y por su efecto práctico, efecto qué has podido observar por ti mismo, es por lo que estimo lo que aquí me sucedió y acabo de contarte. Porque tú ves bien que yo, siendo el mismo, soy, sin embargo, otro.

—Esto es evidente...

—Desde entonces las cosas siguen siendo para mí las mismas, pero las veo con otro sentimiento. Es como si hubiese cambiado el tono, el timbre de todo. Vosotros creéis (ustedes piensan) que soy yo el que he cambiado y a mí me parece que lo que ha cambiado es todo lo demás.

—Como caso de psicología... —murmuré.

—¿De psicología? ¡Y de metafísica experimental!

—¿Experimental? —exclamé.

—Ya lo creo. Pero aún falta algo. Ven conmigo.

Salimos de su cuarto y me llevó a un rincón de la huerta. Empecé a temblar como un azogado (muy agitado), y él, que me observó, dijo:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡También tú! ¡Ten valor, racionalista!<sup>356</sup>

Me percaté entonces de que llevaba un azadón consigo. Empezó a cavar con él mientras yo seguía clavado al suelo por un extraño sentimiento, mezcla de terror y de curiosidad. Al cabo de un rato se descubrió la cabeza y parte de los hombros de un cadáver humano, hecho ya casi esqueleto. Me lo señaló con el dedo diciéndome:

—¡Mírame!

Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Volvió a cubrir el hueco. Yo no me movía.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —dijo sacudiéndome el brazo.

Creí despertar de una pesadilla. Lo miré con una mirada que debió de ser el colmo del espanto (susto).

—Sí —me dijo-, ahora piensas en un crimen; es natural. ¿Pero has oído tú de alguien que haya desaparecido sin que se sepa su paradero? ¿Crees posible un crimen así sin que se descubra al cabo (final)? ¿Me crees criminal?

—Yo no creo nada —le contesté.

---

<sup>356</sup> Mente pensante.

—Ahora has dicho la verdad; tú no crees en nada y por no creer en nada no te puedes explicar cosa alguna, empezando por las más sencillas. Vosotros, los que os tenéis por cuerdos, no disponéis de más instrumentos que la lógica, y así vivís a oscuras...

—¿Bueno —le interrumpí-, y todo esto que significa?

—¡Y salió aquello! Ya estás buscando la solución o la moraleja. ¡Pobres locos! Se os figura que el mundo es una charada<sup>357</sup> o un jeroglífico<sup>358</sup> cuya solución hay que hallar. No, hombre, no; esto no tiene solución alguna, esto no es ningún acertijo ni se trata aquí de simbolismo alguno. Esto sucedió tal cual te lo he contado, y si no me lo quieres creer, allá tú.

Después que Emilio me contó esto y hasta su muerte, volví a verle muy pocas veces, porque rehuía su presencia. Me daba miedo. Continuó con su carácter mudado, pero haciendo una vida regular y sin dar el menor motivo a que se le creyese loco. Lo único que hacía era burlarse de la lógica y de la realidad. Se murió tranquilamente, de pulmonía, y con gran valor. Entre sus papeles dejó un relato circunstanciado de cuanto me había contado y un tratado sobre la alucinación. Para nosotros fue siempre un misterio la existencia de aquel cadáver en el rincón de la huerta, existencia que se pudo comprobar.

En el tratado a que hago referencia sostenía, según me dijeron que, a muchas, a muchísimas personas les ocurren durante la vida sucesos trascendentales (importantes), misteriosos, inexplicables, pero que no se atreven a revelar por miedo a que se les tenga por locos.

«La lógica —dice— es una institución social y la que se llama locura una cosa completamente privada. Si pudiéramos leer en las almas de los que nos rodean veríamos que vivimos envueltos en un mundo de misterios tenebrosos, pero palpables».

*La Nación*, Buenos Aires, 1-1-1908

## Preguntas de comprensión

1. ¿A qué cambios de carácter en el protagonista hace referencia el autor el inicio de la obra?
2. ¿Qué características del personaje principal son resaltadas al principio de la obra?
3. ¿Cuál consideras tú que es la razón principal por la que Emilio duda en contarle lo que le pasó a su amigo?
4. ¿Qué elementos usa el autor para describir la escena de la transmigración del cuerpo y que sensaciones te genera?
5. ¿Se podría explicar de manera racional y lógica la experiencia que tuvo el protagonista?

---

<sup>357</sup> adivinanza, pasatiempo

<sup>358</sup> acertijo, pasatiempo, adivinanza, charada, rompecabezas, misterio

6. ¿Es posible que el protagonista haya experimentado sensaciones perturbadoras basadas en acontecimientos sobrenaturales?
7. ¿Qué suscita en el protagonista la transmigración?
  - ¿Cuál es su perspectiva a partir del acontecimiento?
  - ¿Cuál es la perspectiva de los demás a partir del acontecimiento?

### Preguntas de análisis

1. ¿Crees tú que existe una explicación racional para todo lo narrado dentro del texto?
2. ¿Nos reta Unamuno a encontrar una explicación lógica?
3. ¿Cuáles son algunas de las sensaciones perturbadoras que experimentan los protagonistas?
4. ¿Crees que Emilio padeciera de algún trastorno mental como alucinaciones o delirio?
5. ¿Qué te parece la charla que sostuvo Emilio con el perro?
6. ¿Consideras que existe algún momento reflexivo dentro del texto?

### Preguntas de opinión

1. ¿Qué te parece la experiencia del protagonista?
2. ¿Crees que el título hace buena referencia al contenido de la obra?
3. ¿Cuál consideras que fue el momento fantástico, si hubo alguno?
4. ¿Hace el autor cuestionamientos sobre la razón?
5. ¿A tu entender tiene alguna moraleja la obra?

### Temas de investigación propuestos

1. La identidad
2. La Insuficiencia de pensamiento racional
3. Fenómenos sobrenaturales
  - Transmigración del cuerpo
  - Intercambio del alma
4. La indagación en el problema de la personalidad
  - “El que somos”
5. Las crisis espirituales
6. Los enigmas de la existencia humana

## Bibliografía

- Martín, Rebeca. "El que se enterró", Germen de "El otro" o el misterio del doble en Miguel de Unamuno. *Catedra Miguel de Unamuno. Cuadernos*, Vol. 44, no. 2, 2007, pp. 113-24. JSTOR, <http://www.jstor.org/stable/45369074>.
- Moon, Harold K. "Doubles: From conflict to Reconciliation" *Hispanófila*. MAYO 1992, No. 105 (MAYO 1992), pp. 1-12, University of North Carolina at Chapel Hill for its Department of Romance Studies Stable. <https://www.jstor.org/stable/43808304>.
- Paucker, Eleanor Krane. "Kierkegaardian Dread and Despair in Unamuno's 'El que se enterró'" *Catedra Miguel de Unamuno. Cuadernos*, vol. 16/17, 1966, pp. 75-91. JSTOR, <http://www.jstor.org/stable/45371979>.
- Morton, Fernando Huarte. "El ideario lingüístico de Miguel Unamuno" *Cátedra Miguel de Unamuno. Cuadernos*, vol. 5, 1954, pp. 5-183. JSTOR, <http://www.jstor.org/stable/45368451>.

Prólogo, edición y preguntas de Mauren Urbáez